

CLASE III. DE LOS SANTOS. (C,G,S)*

SERMON CCLXXIII. En el Natalicio de los mártires Fructuoso obispo, Augurio y Eulogio diáconos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Muerte del alma a temer, no del cuerpo. Dios es la vida del alma. El Señor Jesús no solo instruyó a sus mártires con preceptos, sino que también los fortaleció con su ejemplo. Para que tuvieran a quién seguir en su sufrimiento, Él primero sufrió por ellos: mostró el camino y lo abrió. La muerte es del alma o del cuerpo. Pero el alma no puede morir, y puede morir: no puede morir porque su sentido nunca perece; pero puede morir si pierde a Dios. Así como el alma es la vida de su cuerpo, así Dios es la vida de su alma. Así como el cuerpo muere cuando el alma, su vida, lo abandona, así el alma muere cuando Dios la abandona. Para que Dios no abandone el alma, debe permanecer siempre en la fe, para no temer la muerte por Dios; y no muere abandonada por Dios. Queda entonces que la muerte que se teme, se tema para el cuerpo. Pero incluso de eso el Señor Cristo aseguró a sus mártires. ¿Cómo podrían estar inseguros sobre la integridad de sus miembros, quienes recibieron seguridad sobre el número de sus cabellos? Los cabellos, dice, están contados (Mat. X, 30, y Luc. XXII, 7). En otro lugar dice más claramente: Os digo que ni un cabello de vuestra cabeza perecerá (Luc. XXI, 18). ¿Dice la Verdad, y tiembla la debilidad?

CAPÍTULO II.

2. Solemnidades de los mártires para la exhortación de los fieles. Respuesta de San Fructuoso. Bienaventurados los santos, en cuyas memorias celebramos el día de su pasión: ellos recibieron por la salvación temporal una corona eterna, inmortalidad sin fin; nos dejaron en estas solemnidades una exhortación. Cuando escuchamos cómo sufrieron los mártires, nos alegramos y glorificamos a Dios en ellos: no nos duele que hayan muerto. Pues si no hubieran muerto por Cristo, ¿acaso vivirían hasta hoy? ¿Por qué no haría la confesión lo que habría hecho la enfermedad? Escuchasteis las preguntas de los perseguidores, escuchasteis las respuestas de los confesores, cuando se leía la pasión de los santos. Entre otras cosas, ¿cuál fue aquella respuesta del bienaventurado obispo Fructuoso? Cuando alguien le dijo y pidió que lo tuviera en mente y orara por él, respondió: Me es necesario orar por la Iglesia católica, extendida de oriente a occidente. ¿Quién ora por cada uno? Pero no pasa por alto a ninguno de los individuos quien ora por todos. Ningún miembro es omitido por aquel cuya oración se derrama por todo el cuerpo. ¿Qué os parece que advirtió a aquel que le rogaba que orara por él? ¿Qué pensáis? Sin duda lo entendéis. Recordad que os mencionamos. Aquel rogaba que orara por él. Y yo, dice, oro por la Iglesia católica, extendida de oriente a occidente. Si quieres que ore por ti, no te apartes de aquella por la que oro.

CAPÍTULO III.

3. Respuesta del diácono Eulogio. Mártires a ser honrados, Dios a ser adorado. Culto a los muertos por los paganos. ¿Cuál es también aquella respuesta del santo diácono, que sufrió y fue coronado con su obispo? El juez le dijo: ¿Acaso también tú adoras a Fructuoso? Y él: Yo no adoro a Fructuoso, sino que adoro a Dios, a quien también adora Fructuoso. Así nos advirtió que honremos a los mártires y que con los mártires adoremos a Dios. No debemos ser como aquellos paganos que lamentamos. Y ciertamente ellos adoran a hombres muertos. Todos aquellos cuyos nombres escucháis, a quienes se han construido templos, fueron hombres; y en asuntos humanos, muchos de ellos y casi todos tuvieron poder real. Escucháis

a Júpiter, escucháis a Hércules, escucháis a Neptuno, escucháis a Plutón, a Mercurio, a Baco y a otros: fueron hombres. No solo esto se declara en las fábulas de los poetas, sino también en la historia de las naciones. Quienes han leído, lo saben: quienes no han leído, crean a quienes han leído. Esos hombres, por ciertos beneficios temporales, se ganaron el favor de los asuntos humanos y comenzaron a ser adorados por hombres vanos y seguidores de la vanidad, de tal manera que fueron llamados dioses, considerados dioses; como si fueran dioses, se les construyeron templos, se les suplicó como a dioses, se les erigieron altares como a dioses, se les ordenaron sacerdotes como a dioses, se les sacrificaron víctimas como a dioses.

CAPÍTULO IV.

4. Templo y sacrificio debidos solo al único Dios verdadero. Solo el verdadero Dios debe tener templo, solo al verdadero Dios debe ofrecerse sacrificio. Estas cosas que se deben debidamente e íntegramente al único Dios verdadero, los miserables engañados las ofrecían a muchos dioses falsos. De aquí la miseria humana fue asediada por un error perverso: de aquí el diablo se posaba sobre las mentes abatidas de todos. Pero cuando la gracia del Salvador y la misericordia de Dios finalmente miraron a los indignos; se cumplió lo que proféticamente se predijo en el Cantar de los Cantares: Levántate, aquilón; y ven, austro; y sopla en mi jardín, y fluirán los aromas (Cant. IV, 16). Como si se dijera, Levántate, aquilón. La parte norte del mundo es fría. Bajo el diablo, como bajo el aquilón, las almas se enfriaron, y al perder el calor de la caridad, se congelaron. Pero ¿qué se le dice? Levántate, aquilón. Basta con que te hayas posado, basta con que hayas poseído, basta con que hayas descansado sobre los abatidos: Levántate. Ven, austro, viento de la parte de la luz y el fervor: y sopla en mi jardín, y fluirán los aromas. Estos aromas se leían poco antes.

CAPÍTULO V.

5. Aromas, santos y mártires. ¿Cuáles son estos aromas? De los que dice la misma esposa del Señor: Tras el olor de tus ungüentos correremos (Cant. I, 3). De cuyo olor el apóstol Pablo dice: Somos buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen. Gran sacramento: Somos buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen. Para algunos ciertamente olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte. Y para entender esto, ¿quién es suficiente (II Cor. II, 14-16)? ¿Cómo el buen olor vivifica a unos y mata a otros? Buen olor, no malo. No dice: El buen olor vivifica a los buenos, y el mal olor mata a los malos. No dice: Para algunos somos buen olor para vida, para otros mal olor para muerte. No dice esto: sino, Somos buen olor de Cristo en todo lugar. Ay de los miserables, a quienes el buen olor mata. Si entonces sois buen olor, oh Pablo, ¿por qué este olor mata a unos y vivifica a otros? Lo que vivifica a unos, lo escucho, lo entiendo: lo que mata a otros, me cuesta comprender: especialmente porque dijiste, ¿Y para esto quién es suficiente? No es de extrañar que no seamos suficientes. Que nos haga suficientes aquel cuyo olor era del que hablamos. Pues rápidamente me responde el Apóstol: Entiende, Somos buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen. Sin embargo, buen olor, para unos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte. Este olor vivifica a los que aman, mata a los que envidian. Pues si no hubiera claridad de los santos, no surgiría la envidia de los impíos. Comenzó a sufrir persecución el olor de los santos: pero como las ampollas de ungüentos, cuanto más se rompían, tanto más se difundía el olor.

CAPÍTULO VI.

6. Bienaventurada Inés. Los dioses de los paganos no comparables a los mártires.

Bienaventurados aquellos cuya pasión fue recitada. Bienaventurada Inés santa, cuyo día de pasión es hoy. Virgen que lo que se llamaba, era. Inés en latín significa cordero; en griego, casta. Era lo que se llamaba: merecidamente fue coronada. Entonces, hermanos míos, ¿qué os diré de aquellos hombres que los paganos adoraron como dioses, a quienes ofrecieron templos, sacerdocios, altares, sacrificios? ¿Qué os diré? ¿que no deben ser comparados con nuestros mártires? Incluso esto es una injuria, porque lo digo. A cualquier fiel débil, aunque aún carnal y necesitado de leche, no de alimento, que esos sacrílegos no se comparen. Contra una anciana cristiana fiel, ¿qué vale Juno? Contra un anciano débil y tembloroso en todos sus miembros, ¿qué vale Hércules? Venció a Caco, venció Hércules al león, venció Hércules al perro Cerbero: venció Fructuoso al mundo entero. Compara hombre con hombre. Inés, una niña de trece años, venció al diablo. Esta niña venció a aquel que engañó a muchos con Hércules.

CAPÍTULO VII.

7. Templos y sacrificios no se ofrecen a los mártires, sino solo a Dios. Los mártires se recitan en un lugar mejor en el altar. Y sin embargo, carísimos, no tenemos a nuestros mártires, a quienes aquellos no son comparables en ninguna parte, como dioses, no los adoramos como dioses. No les ofrecemos templos, no les ofrecemos altares, no les ofrecemos sacrificios. No les ofrecen los sacerdotes: de ninguna manera. Se ofrecen a Dios. Más bien, se ofrecen a Dios, de quien recibimos todo. Incluso en las memorias de los santos mártires, cuando ofrecemos, ¿acaso no ofrecemos a Dios? Los mártires santos tienen un lugar honorable. Prestad atención: en la recitación en el altar de Cristo se recitan en un lugar mejor; pero no se adoran en lugar de Cristo. ¿Cuándo habéis oído decir en la memoria de San Teógenes, por mí, o por algún hermano y colega mío, o algún presbítero: Te ofrezco a ti, santo Teógenes? o te ofrezco a ti, Pedro? o, te ofrezco a ti, Pablo? Nunca lo habéis oído. No se hace: no está permitido. Y si se te dice, ¿acaso adoras a Pedro? responde lo que Eulogio respondió sobre Fructuoso: Yo no adoro a Pedro, sino que adoro a Dios, a quien también adora Pedro. Entonces Pedro te ama. Pues si quisieras tener a Pedro como Dios, ofendes a la roca, y ten cuidado de no romperte el pie, tropezando con la roca.

CAPÍTULO VIII.

8. Los santos aborrecen que se les rinda culto debido a Dios. Para que sepáis que lo que digo es verdad; escuchad, os lo advierto. En los Hechos de los Apóstoles, cuando el apóstol Pablo hizo un gran milagro en Licaonia, los ciudadanos de esa región o provincia creyeron que los dioses habían descendido a los hombres, y creyeron que Bernabé era Júpiter, y Pablo Mercurio, porque él era el más elocuente. Creyendo esto, trajeron guirnaldas y víctimas, y quisieron ofrecerles sacrificio. Ellos inmediatamente no se burlaron, sino que se horrorizaron; rasgaron sus vestiduras de inmediato, y les dijeron: Hermanos, ¿qué hacéis? También nosotros somos hombres como vosotros, sujetos a las mismas pasiones: pero os anunciamos al Dios verdadero. Convertíos de estas vanidades (Hech. XIV, 10-14). Veis cómo los santos se horrorizaron de ser adorados como dioses. También el bienaventurado Juan evangelista, quien escribió el Apocalipsis, cuando se asombraba de las maravillas que se le mostraban, aterrizado, en un lugar cayó a los pies del ángel, por quien se le mostraban todas las cosas. Y le dijo el ángel, a quien ningún hombre es comparable: Levántate, ¿qué haces? Adora a Dios. Pues yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos (Apoc. XIX, 10). Los mártires aborrecen vuestras libaciones, aborrecen vuestras sartenes, aborrecen vuestras borracheras. Lo digo sin ofender a aquellos que no son así: que lo tomen aquellos que hacen tales cosas:

aborrecen estas cosas los mártires, no aman a quienes las hacen. Pero mucho más aborrecen, si se les adora.

CAPÍTULO IX.

9. En los días de los mártires se debe pensar en seguir sus huellas. Los mártires deben ser alabados y amados, el Dios de los mártires debe ser adorado. Por eso, carísimos, regocijaos en los días de los santos mártires: orad para seguir las huellas de los mártires. Pues no sois hombres, y ellos no fueron hombres: no nacisteis, y ellos nacieron de otro lugar: no llevaron carne de otro género que la que vosotros lleváis. Todos somos de Adán, en Cristo todos intentamos ser. Nuestro mismo Señor, la cabeza de la Iglesia, el unigénito Hijo de Dios, el Verbo del Padre por quien todas las cosas fueron hechas, no tuvo carne de otro género que nosotros. Por eso quiso tomar carne de una virgen, nacer de una carne del género humano. Pues si hubiera hecho para sí un cuerpo de otro lugar, ¿quién creería que llevaba la carne que nosotros llevamos? Pero sin embargo, Él llevó carne en semejanza de carne de pecado, nosotros carne de pecado. Pues no de semilla viril, ni de la concupiscencia de varón y hembra: sino ¿qué? Del anuncio del Padre. Y sin embargo, aunque nació de manera maravillosa, dignó nacer mortal, y morir por nosotros, y redimirnos con su sangre, según lo que es hombre. Ved lo que digo, hermanos: y el mismo Cristo, siendo Dios, siendo con el Padre un solo Dios, siendo el Verbo del Padre, unigénito, igual al Padre y coeterno; sin embargo, en cuanto hombre quiso ser llamado sacerdote, más que exigir un sacerdote para sí; quiso ser sacrificio, más que pedirlo; en cuanto hombre es. Pues en cuanto Dios es, todo lo que se debe al Padre, también se debe al Hijo unigénito. Por eso, carísimos, venerad a los mártires, alabad, amad, predicad, honrad: adorad al Dios de los mártires. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCLXXIV. En el Natalicio del mártir Vicente, I.

Vicente venció en todas partes. Redimido por la sangre de Cristo no perece. La paciencia es un don de Dios. Victoria perfecta sobre todas las maquinaciones enemigas. Hemos presenciado un gran espectáculo con los ojos de la fe, al santo mártir Vicente venciendo en todas partes. Venció en palabras, venció en sufrimientos; venció en confesión, venció en tribulación; venció quemado por los fuegos, venció sumergido en las olas: finalmente venció torturado, venció muerto. Cuando su carne, en la que estaba el trofeo de Cristo vencedor, era arrojada al mar desde la barca, decía en silencio: Somos derribados, pero no perecemos (II Cor. IV, 9). ¿Quién le otorgó a este soldado tal paciencia, sino aquel que primero derramó su sangre por él? A quien se dice en el Salmo: Porque tú eres mi paciencia, Señor; Señor, mi esperanza desde mi juventud (Sal. LXX, 5). Gran combate adquiere gran gloria; no humana, ni temporal, sino divina y eterna. La fe lucha; y cuando la fe lucha, nadie puede vencer la carne. Porque aunque se desgarre, aunque se lacere; ¿cuándo perece quien ha sido redimido por la sangre de Cristo? Un hombre poderoso no puede perder lo que compró con su oro, ¿y Cristo pierde lo que compró con su sangre? Pero todo esto no se refiere a la gloria del hombre, sino a la gloria de Dios. De Él verdaderamente es la paciencia, verdadera paciencia, santa paciencia, religiosa paciencia, recta paciencia; la paciencia cristiana es un don de Dios. Pues también muchos ladrones son torturados con gran paciencia; y no cediendo y venciendo al torturador, después son castigados con fuego eterno. La causa distingue al mártir de la paciencia, más bien de la dureza de los malvados. La pena es igual, pero la causa es diferente. Con la voz de los mártires cantamos (pues Vicente había dicho estas cosas en sus oraciones): Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1). Su causa ha sido discernida: porque luchó por la verdad, por la justicia, por Dios, por Cristo, por la fe, por la unidad de la Iglesia, por la caridad indivisa. ¿Quién le otorgó tal paciencia? ¿Quién? Que nos

lo indique el Salmo. Allí se lee, allí se canta: ¿No estará mi alma sujeta a Dios? De Él es mi paciencia (Sal. LXI, 2). Quien piense que el santo Vicente pudo estas cosas por sus propias fuerzas, se equivoca mucho. Quien presuma que puede esto por sus propias fuerzas, aunque parezca vencer con paciencia, es vencido por la soberbia. Vencer bien, esto es, vencer todas las maquinaciones. Las seducciones mientras las ofrece, se vencen por la continencia: las penas y tormentos inflige, se vencen por la paciencia: los errores sugiere, se vencen por la sabiduría. Al final, cuando todas estas cosas han sido vencidas, sugiere al alma, ¡Bien, bien, cuánto has podido! ¿Cuánto has luchado? ¿Quién se compara contigo? ¿Cuán bien has vencido? Que le responda el alma santa: Sean confundidos y avergonzados, los que me dicen, ¡Bien, bien! (Sal. LXIX, 4). ¿Cuándo entonces vence, sino cuando dice, En el Señor se alabará mi alma; oigan los mansos, y se alegren (Sal. XXXIII, 3). Los mansos saben lo que digo; porque en ellos habita la palabra, en ellos habita el ejemplo. Pues quien no es manso, no sabe qué significa lo que se ha dicho, En el Señor se alabará mi alma. Todo el que no es manso, soberbio, áspero, altivo, quiere ser alabado en sí mismo, no en el Señor. Pero quien dice, En el Señor se alabará mi alma; no dice, Oigan las naciones, y se alegren; oigan los hombres, y se alegren: sino, Oigan los mansos, y se alegren. Oigan a quienes les sabe. Pues Cristo era manso: Como oveja fue llevado al matadero (Is. LIII, 7). Por eso manso, porque como oveja fue llevado al matadero. Oigan los mansos, y se alegren. Porque saben lo que se ha dicho, Gustad, y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado el hombre que confía en Él (Sal. XXXIII, 3, 9). Hemos escuchado una larga lectura, el día es breve: con un largo sermón tampoco debemos retener vuestra paciencia. Sabemos que habéis escuchado pacientemente, y estando de pie y escuchando, como si hubierais compadecido al mártir. Quien os escucha, os ame, y os corone.

SERMON CCLXXV. En el Natalicio del mártir Vicente II.

1. La fortaleza de Vicente en los sufrimientos proviene de la ayuda de Cristo. Los mártires se distinguen por la causa, no por el sufrimiento. Nuestro espíritu ha captado un espectáculo grande y digno de admiración: no una diversión vacía y perniciosa, como suele ocurrir en los teatros con cualquier tipo de tonterías, sino que hemos bebido con los ojos interiores un placer verdaderamente útil y fructífero, cuando se leía la gloriosa pasión del bienaventurado Vicente. Era ver el alma invicta del Mártir luchando con el más feroz conflicto contra las insidias del antiguo enemigo, contra la crueldad del juez impío, contra los dolores de la carne mortal, y superando todo con la ayuda del Señor. Así fue, queridos, así fue realmente: alabemos esta alma en el Señor, para que los mansos oigan y se alegren (Salmo XXXIII, 3). Las voces que escuchó, las que respondió, los tormentos que venció, la lectura lo declaró y nos puso ante los ojos lo que sucedió. Tanto sufrimiento había en los miembros, tanta seguridad en las palabras, como si uno fuera torturado y otro hablara. Y verdaderamente era otro: el Señor lo predijo y prometió a sus mártires diciendo: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo X, 20). En el Señor, pues, sea alabada esta alma. Porque ¿qué es el hombre, sino lo que Él recuerda? (Salmo VIII, 5). ¿O qué fuerza tiene el polvo, sino con la ayuda de Aquel que nos hizo del polvo? Para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Pues si el espíritu diabólico y seductor a menudo llena a falsos profetas o a sus falsos mártires, para que ellos mismos se infligian tormentos corporales o desprecien los infligidos: ¿qué grande es para nuestro Dios confirmar la predicación de su nombre, entregando la carne de los predicadores a las manos de los perseguidores, pero elevando su mente a la fortaleza de la libertad; para que incluso mientras aquella sufre la iniquidad, esta afirme la verdad? Evidentemente, para que los vencedores no sean hechos por la tolerancia, sino por la justicia: porque los mártires se distinguen por la causa, no por el sufrimiento. Muchos han soportado dolores por terquedad, no por constancia;

por vicio, no por virtud; por error perverso, no por razón recta; poseídos por el diablo, no perseguidos por él. Pero en nuestro Vicente vencedor, aquel vencía, quien poseía: pero aquel poseía, quien había echado fuera al príncipe de este mundo (Juan XII, 31), para que incluso luchando desde fuera fuera superado, quien ya había sido superado, para que no dominara dentro. Aquel que fue echado fuera, no cesa de rondar como león rugiente buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). Pero lo combate aquel por nosotros, quien, habiéndolo excluido, reina en nosotros.

2. El diablo más torturado en los tormentos de Vicente que Vicente mismo. En efecto, el diablo era más torturado por no haber vencido a Vicente, que Vicente por el diablo perseguidor. Cuanto más truculentos y refinados eran aquellos tormentos, tanto más torturado triunfaba sobre el torturador; y de aquella carne, como de una tierra regada con su sangre, de la cual más dolía al enemigo, crecía la palma. Pero como aquel secretamente se enfurece, y secretamente vencido se aflige; claramente aparecía en el hombre juez, lo que en secreto sufría el diablo, y aquel adversario invisible se revelaba a través de las grietas de su vasija, que había llenado. Las voces de este hombre, los ojos, el rostro, y el movimiento turbulento de todo el cuerpo, indicaban que sentía tormentos más graves en su interior, que los que infligía exteriormente al Mártir. Si consideramos la perturbación del torturador y la tranquilidad del que sufre los tormentos, es muy fácil ver quién estaba bajo los sufrimientos, quién sobre los sufrimientos. ¿Qué alegrías habrá en la virtud de los que reinan, cuando son tantas por la verdad de los que mueren? ¿Qué será cuando la fuente de la vida sea con la incorruptibilidad del cuerpo, cuando su rocío es tan dulce entre los tormentos? ¿Y qué hará la llama eterna a los impíos, a quienes así devasta la locura de un corazón airado? ¿Qué sufrirán, cuando sean juzgados, quienes ya se atormentan cuando juzgan? ¿Qué poder tendrán los juicios futuros de los santos, cuando en esta vida el tribunal del juez haya torturado al Mártir?

3. El cuerpo exánime del Mártir no desamparado por la protección divina. Honor divino concedido a las reliquias de los santos. El Señor da un gran testimonio a sus testigos, cuando aquel que dirigió los corazones de los que luchan, tampoco abandona los cuerpos de los muertos, como mostró un milagro clarísimo del cuerpo de este mismo bienaventurado Vicente; para que lo que el enemigo deseaba que no apareciera en absoluto, se revelara por un presente gesto divino, y se mostrara más religiosamente digno de ser enterrado y venerado, para que en él perdurara la clara memoria de la piedad victoriosa y de la impiedad vencida. Verdaderamente preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15): cuando ni la tierra desprecia la carne al abandonar la vida; y al partir el alma invisible de la casa visible, la morada del siervo es custodiada por el cuidado del Señor, y en la gloria del Señor es honrada por los fieles compañeros. ¿Qué hace Dios, realizando obras maravillosas alrededor de los cuerpos difuntos de los santos, sino dar testimonio de que para Él no perece lo que muere; y para que de aquí se entienda en qué honor tiene consigo las almas de los asesinados, cuando la carne exánime es adornada con tal efecto de divinidad? Pues así como hablando de los miembros de la Iglesia, el Apóstol aplicó la similitud de los miembros de nuestro cuerpo, ya que a los que son menos decorosos, les damos más abundante honor (I Cor. XII, 23): así la providencia del Creador, al otorgar testimonios tan claros de milagros a los cadáveres de los mártires, rodea con más abundante honor las reliquias exangües de los hombres, y lo que ya queda como deforme al emigrar la vida, allí aparece más evidentemente el dador presente de la vida.

SERMO CCLXXVI. En la fiesta del mártir Vicente, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La fortaleza del mártir proviene de Cristo. En la pasión que hoy se nos ha recitado, hermanos míos, se muestra claramente un juez feroz, un torturador cruel, un Mártir invicto. En cuyo cuerpo, marcado por varios sufrimientos, ya los tormentos habían cesado, y aún los miembros perduraban. Persistía la impiedad, convicta por tantos milagros, no cedía la debilidad, atormentada por tantos suplicios: reconózcase, pues, la obra de la divinidad. Porque ¿cuándo podría el polvo corruptible resistir tormentos tan inmensos, si el Señor no habitara en él? En todas estas cosas, Él debe ser reconocido, Él glorificado, Él alabado, quien tanto en la primera vocación dio la fe, como en la suprema pasión la virtud. ¿Queréis saber que ambas cosas fueron donadas? Escuchad al apóstol Pablo: A vosotros, dice, se os ha concedido por Cristo, no solo que creáis en Él, sino también que sufráis por Él (Filip. I, 29). Vicente, el diácono, había recibido ambas cosas, las había recibido y las tenía. Porque si no las hubiera recibido, ¿qué tendría? Tenía confianza en el discurso, tenía tolerancia en la pasión. Nadie, pues, presume de su corazón cuando pronuncie un discurso; nadie confíe en sus fuerzas cuando sufra una tentación: porque tanto para hablar prudentemente el bien, nuestra sabiduría es de Él; y para soportar valientemente el mal, nuestra paciencia es de Él. Recordad al Señor Cristo advirtiéndolo a sus discípulos en el Evangelio: recordad al Rey de los mártires instruyendo a sus cohortes con armas espirituales, mostrando las batallas, ministrando las ayudas, prometiendo las recompensas: quien, después de haber dicho a sus discípulos, En este mundo tendréis tribulación; inmediatamente añadió, para que no se aterrorizaran, diciendo, Pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33). ¿Qué, pues, nos asombra, queridos, si en Él Vicente venció, por quien el mundo fue vencido? En este mundo, dice, tendréis tribulación: para que si oprime, no aplaste; si ataca, no derrote.

CAPÍTULO II.

2. Doble ejército del mundo contra los soldados de Cristo, halagos y terrores. El mundo produce un doble ejército contra los soldados de Cristo. Prestad atención, hermanos. Dije que el mundo produce un doble ejército contra los soldados de Cristo. Halaga para engañar; aterroriza para quebrar. No nos retenga el placer propio, no nos aterrorice la crueldad ajena; y el mundo ha sido vencido. A ambos accesos acude Cristo, y el cristiano no es vencido. Si se considera en esta pasión la paciencia humana, comienza a ser increíble; si se reconoce el poder divino, deja de ser admirable. Tanta crueldad se desataba en el cuerpo del Mártir, y tanta tranquilidad se manifestaba en la voz, y tanta aspereza de los tormentos se ensañaba en los miembros, y tanta seguridad resonaba en las palabras; que nos maravillábamos cuando pensábamos que Vicente sufría, que otro no hablaba mientras era torturado. Y verdaderamente, hermanos, así era: realmente así era; otro hablaba. Pues Cristo prometió también esto a sus testigos en el Evangelio, a quienes preparaba para tales combates. Así dijo: No os preocupéis de cómo o qué hablaréis. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo X, 19 y 20). La carne, pues, sufría, y el Espíritu hablaba. Y al hablar el Espíritu, no solo se convencía la impiedad, sino que también se fortalecía la debilidad.

CAPÍTULO III.

3. Vicente no tan devastado por sus tormentos como Daciano. Tantos tormentos hacían más claro al Mártir para nosotros. Perforado por la variedad múltiple de heridas, no abandonaba la lucha, sino que la repetía con más fuerza. Podrías pensar que el fuego lo endurecía, no lo quemaba; y como el horno del alfarero que recibe el barro blando, lo convertía en una vasija dura. Nuestro Mártir podría decirle a Daciano: Ya no quema tu fuego mi carne, porque mi fuerza se ha secado como una vasija (Salmo XXI, 16). Y puesto que verdaderamente está escrito, El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres

justos (Eclesiástico XXVII, 6); Vicente fue probado y purificado por aquel fuego: pero Daciano ardía y se quebraba. Pues si no ardía, ¿por qué clamaba? ¿Qué eran las palabras del iracundo, sino el humo del que arde? Así que a nuestro Mártir, que tenía refrigerio en su corazón, le aplicaba llamas desde fuera: pero él, encendido por las antorchas de la furia, ardía por dentro como un horno, y quemaba a su habitante, el diablo. Pues a través de las voces furiosas de Daciano, a través de sus ojos feroces y rostros amenazantes y el movimiento de todo su cuerpo, se mostraba aquel habitante interior; y por estas señales visibles, como a través de las grietas de su vasija, que había llenado, se veía. No tanto los tormentos atormentaban al Mártir, como la locura devastaba a aquel.

CAPÍTULO IV.

4. La gloria de Vicente después de la pasión, incluso en este mundo. Pero ya, hermanos, todo aquello ha pasado, y la ira de Daciano, y el sufrimiento de Vicente. Ahora, sin embargo, queda el castigo para Daciano, y la corona para Vicente. En efecto, habiendo precedido estos fines de la futura retribución, incluso en este mundo demostremos la gloria de los mártires. ¿Qué región hoy, qué provincia alguna, hasta donde se extiende el imperio romano o el nombre cristiano, no se alegra de celebrar el natalicio de Vicente? ¿Quién hoy habría oído siquiera el nombre de Daciano, si no hubiera leído la pasión de Vicente? Pero el hecho de que el Señor haya guardado con tanto cuidado el cuerpo del Mártir, ¿qué otra cosa demostró, sino que gobernó al viviente, a quien no abandonó exánime? Vicente, pues, venció a Daciano en vida, y lo venció muerto. Vivo pisoteó los tormentos, muerto cruzó los mares. Pero él mismo gobernó el cadáver extinto entre las olas, quien dio al alma invicta entre las uñas. No dobló el fuego del torturador su corazón, no sumergió el agua del mar su cuerpo. Pero en todas estas cosas y en otras semejantes no hay otra cosa, sino preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15).

SERMO CCLXXVII. En la fiesta del mártir Vicente, IV. En el que se discute sobre el cuerpo espiritual después de la resurrección, y si con los ojos de tal cuerpo se puede ver a Dios. Celebrado en la basílica Restituta.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El cadáver invicto de Vicente. Reliquias de los santos para consuelo de los fieles. Los cuerpos de los santos dados a las Iglesias para memorias de oración, no para glorias de los mártires. Con los ojos de la fe hemos esperado al Mártir luchador, y lo hemos amado todo invisible y hermoso. Pues ¿qué belleza de espíritu tenía, cuyo cadáver fue invicto? Confesó al Señor en vida: venció al enemigo incluso muerto. ¿Qué pensamos, hermanos, que este honor que la providencia y el consejo del omnipotente Creador otorgaron incluso al cuerpo difunto, le prestó algo al Mártir? ¿Qué, pues? si no fuera sepultado, ¿ignoraba Él de dónde resucitaría? Para él, tanto en la victoria la corona, como en la resurrección la vida eterna está guardada. Pero del cuerpo de él, a la Iglesia se le ha otorgado la memoria de consuelo. Así a menudo Dios otorga a sus siervos de sus siervos con cierta dignación, dando lo que más beneficia a aquel a quien se da, que a aquel de quien se da. Así Dios alimentaba al santo Elías por medio de un ave: pero no había fallado la misericordia y omnipotencia de Dios, para que siempre lo alimentara así. Sin embargo, es enviado a ser alimentado por una viuda (III Reyes XVII, 9): no porque no hubiera cómo alimentar al siervo de Dios, sino para que la viuda fiel mereciera la bendición. Así pues, Dios ha otorgado los cuerpos de los santos a sus Iglesias para memorias de oración, no para glorias de los mártires. Pues ellos tienen su gloria íntegra ante su Creador. Ni temen nada por su cuerpo, porque no hay nada que temer. Más bien, si

cuidan del cuerpo, también le hacen daño. Si, sin embargo, por la fe no cuidan del cuerpo, también le benefician.

CAPÍTULO II.

2. El mártir al no cuidar del cuerpo, se beneficia a sí mismo. Juicio, en lugar de castigo eterno. Considerad esto, y preguntad a vuestra fe. El santo Vicente, si por temor a los tormentos negara a Cristo, parecería haber cuidado de su cuerpo: pero de alguna manera mortal, el cuerpo sería disuelto. ¿Qué haría en la resurrección, cuando sería precipitado en el fuego eterno? Negando a Cristo, es negado por Cristo. Quien me niegue, dice, ante los hombres, yo lo negaré ante mi Padre que está en los cielos (Lucas XII, 9). He aquí que negara, cesarían aquellos torturadores, y con el alma herida el cuerpo estaría sano; más bien, con el alma muerta, viviría el cuerpo: ¿qué aprovecharía la breve vida del cuerpo a quien está muerto para siempre? Vendría el día, que el Señor menciona, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán: pero con gran diferencia. Todos saldrán, pero no todos saldrán para lo mismo. Todos resucitarán, pero no todos serán transformados. Porque los que hicieron el bien, dice, a la resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29). Cuando dice, Todos los que están en los sepulcros, manifiestamente indica la resurrección de los cuerpos. Pero cuando oyes juicio, no te halagues como si se tratara de un juicio temporal; se pone juicio por castigo eterno. Según esto se dijo, Pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18). Esta diferencia, pues, separará a los justos de los injustos, a los fieles de los infieles, a los confesores de los negadores, a los amantes de la vida perecedera de los amantes de la vida eterna; esta separación los dividirá. Y los justos irán a la vida eterna, pero los impíos al fuego eterno (Mateo XXV, 46). Allí serán atormentados con el cuerpo, quienes cuidaron del cuerpo. Pues temiendo los tormentos del cuerpo, cuidaron del cuerpo; y al cuidar del cuerpo, negaron a Cristo; y al negar a Cristo, también al cuerpo le reservaron castigos eternos. Si los reservaron, ¿acaso los quitaron?

CAPÍTULO III.

3. Los mártires no despreciaron el cuerpo, sino que lo cuidaron bien. Por tanto, los mártires de Cristo no despreciaron sus cuerpos. Es perversa esta filosofía mundana de aquellos que no creen en la resurrección de los cuerpos. Pues se creen grandes despreciadores del cuerpo, porque consideran que los cuerpos son como cárceles, donde creen que las almas han sido arrojadas, por lo que pecaron antes en otro lugar. Pero nuestro Dios hizo tanto el cuerpo como el espíritu; y es creador de ambos, y recreador de ambos; institutor de ambos, y también restaurador de ambos. Por tanto, los mártires no despreciaron ni persiguieron la carne como enemiga. Nadie jamás odió su propia carne (Efesios V, 29). Más bien, la cuidaron, cuando parecía que la descuidaban: cuando permaneciendo fielmente en ella, soportaban tormentos temporales, también para la carne misma adquirirían gloria eterna.

CAPÍTULO IV.

4. La gloria del cuerpo después de la resurrección. Salud del cuerpo, concordia de sus componentes. ¿Cuál será la futura gloria de esta carne en la resurrección, quién la explicará con palabras? Ninguno de nosotros la ha experimentado aún. Ahora llevamos un cuerpo pesado; porque es necesitado, porque es débil, porque es mortal, porque es corruptible. Pues el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma (Sabiduría IX, 15). Pero no temas esto en la resurrección. Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Lo que ahora es carga, será honor: lo que ahora es peso,

entonces será alivio. Pues no tendrá peso, para que sientas que llevas un cuerpo. Ved, queridos: cuando nuestro cuerpo está sano, incluso este frágil y mortal, cuando está moderado por el equilibrio de sus partes, cuando en él nada lucha contra otra cosa; no el calor supera y oprime el frío, no la abundancia de frío extingue el calor, y mientras lucha, aflige; no la sequedad absorbe la humedad, no inunda la humedad y oprime; sino que todo lo que lo compone está equilibrado en una unión concordante, lo que se llama salud. Es, en resumen, la salud del cuerpo, la concordia de sus componentes. Esta salud, es decir, la concordia de los miembros y humores en una cosa corruptible, en una cosa necesitada y débil, en una cosa que aún puede tener hambre y sed, cansarse de estar de pie, recuperarse al sentarse, cansarse de nuevo al sentarse, debilitarse al tener hambre, recuperarse al comer; no socorrer las deficiencias pasadas sino comenzando otras: pues cualquier otra cosa que tomes para reponerte cansado, es el comienzo de otro cansancio; porque en la cosa que tomaste para socorrer, si perseveras, también te cansarás de ella: en este cuerpo débil y corruptible, ¿qué es esa salud cualquiera que sea? Pues esta salud, que en la carne mortal y corruptible se llama salud, de ninguna manera es comparable a la salud de los ángeles, cuya igualdad se nos promete en la resurrección (Lucas XX, 36).

CAPÍTULO V.

Sin embargo, esta salud, como dije, cualquiera que sea, ¿qué tiene de deleite, qué bien tan deseable es para todos? ¿Cuánto tiene el pobre, cuando solo tiene esto; cuánto no tiene el rico, cuando solo no tiene esto? ¿Qué se jacta de ser abundante? La fiebre no teme la cama de plata: no teme la pompa del rico, no teme las lanzas del guerrero.

5. La salud es no sentir nada, es decir, nada molesto y oneroso. ¿Qué es entonces esta salud que los mártires despreciaron correctamente, porque en su carne esperaban otra? Sin embargo, como aún no hemos experimentado aquella, a partir de esta que conocemos, podemos de alguna manera conjeturar aquella. ¿Qué es la salud? Si me preguntas, ¿Qué es ver? en cuanto al cuerpo se refiere, te responderé quizás, sentir formas y colores. Si me preguntas, ¿Qué es oír? responderé, sentir sonidos. Si me preguntas, ¿Qué es oler? responderé, sentir olores. ¿Qué es tocar? Sentir lo duro o lo blando, lo caliente o lo frío, lo áspero y lo suave, lo pesado o lo ligero. ¿Qué es la salud? No sentir nada. Pero incluso esto en nosotros se devalúa en comparación con otros. Ves agudamente: quizás el águila ve más agudamente que tú. Oyes agudamente: hay animales que oyen más agudamente. Hueles agudamente: no superas al perro sagaz. Juzgas los sabores agudamente al probar: hay animales que distinguen hierbas desconocidas y no tocan lo que es nocivo. Pues tú, por más agudamente que distingas la comida, imprudentemente te lanzas al veneno. Sientes agudamente al tocar: ¿cuántas aves presienten el verano futuro y cambian de lugar; presienten que se avecina el invierno y emigran a lugares más cálidos? Lo que tú sientes cuando llega, ellas lo presienten antes de que llegue. Y esto mismo que alabé en la salud, no lo siente la piedra, no lo siente el árbol, no lo siente el cadáver.

CAPÍTULO VI.

6. Daciano ensañándose con un cuerpo muerto. Vivir en el cuerpo, y no sentir nada de su carga, es estar sano. La carga del cuerpo permanece siempre en esta vida. ¿Acaso aquel gobernador Daciano no sentía nada en su corazón cuando se ensañaba con un cadáver que no sentía nada? ¿Qué hacía ya a quien no sentía nada, quien pudo ser superado incluso por quien sentía? Sin embargo, hizo todo lo que pudo, lo hizo con ira. Pero quien ya no sufría nada abiertamente, era coronado en secreto. Pues mantenía la sentencia de su Señor: quien,

queriendo hacernos seguros sobre aquellos que matan el cuerpo, dijo: No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer (Mat. X, 28; Luc. XII, 4). ¿Cómo es que después no tienen qué hacer, cuando aquel insensato hizo tanto con el cuerpo de Vicente? Pero, ¿qué le hizo a Vicente, quien incluso sintiendo no le hizo nada? Por lo tanto, no es no sentir como no siente la piedra, como no siente el árbol, como no siente el cadáver; sino vivir en el cuerpo, y no sentir nada de su carga, eso es estar sano. Y sin embargo, por más sano que esté el hombre en esta vida, siente también el peso del cuerpo sano. El cuerpo que se corrompe, es decir, corruptible, agobia el alma. Agobia el alma, es decir, no obedece al alma al instante de toda voluntad. Obedece en muchas cosas: mueve las manos para trabajar, los pies para caminar, la lengua para hablar, los ojos para ver, presta el oído para sentir las voces: en todas estas cosas el cuerpo obedece. El deseo de cambiar de lugar siente la carga, siente el peso: el cuerpo no se mueve con tanta facilidad para llegar a donde desea. Alguien desea ver a un amigo estando en el cuerpo, estando el amigo en el cuerpo; sabe que está lejos, muchas mansiones intermedian: ya ha precedido con el ánimo, cuando llega con el cuerpo, entonces siente qué carga lleva. El peso de la carne no pudo obedecer a la velocidad presumida de la voluntad: no pudo ser arrebatado con la velocidad que quiso, con la que el ánimo lo lleva. Es lento y oneroso.

CAPÍTULO VII.

7. Debemos buscar algo en este cuerpo de donde se entienda la velocidad del cuerpo espiritual futuro. ¿Creemos que el mismo cuerpo tiene algo de donde se pruebe la velocidad del cuerpo? ¿Diremos los pies? ¿Qué más lento? Son ellos los que llegan, y apenas siguen los deseos, y llegan con esfuerzo. Pero haz a alguien tan veloz como algunos animales, cuya velocidad no se puede comparar con la nuestra; haz a alguien tan veloz como las aves: no llega con el golpe que quisiera. Las aves vuelan mucho tiempo migrando, y a veces cansadas se posan en los árboles de los barcos. Por lo tanto, si pudiéramos volar como las aves, seríamos lentos por el deseo de llegar. Pero cuando haya un cuerpo espiritual, del que se ha dicho, Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44); ¿cuánta facilidad habrá allí, cuánta velocidad, cuánta obediencia del que quiere? En nada peso, en nada necesidad, en nada cansancio, en nada resistencia y oposición de otra parte.

CAPÍTULO VIII.

8. Debemos hablar del cuerpo espiritual por ocasión. ¿Cómo era aquel cuerpo que el Señor atravesó por las barreras? Prestad atención, os ruego, si puedo, con la ayuda del Señor, satisfacer vuestras expectativas con cualquier palabra, o no faltar mucho. Se nos ha presentado la ocasión de discutir algo sobre el cuerpo espiritual por la pasión del Mártir, de quien vimos y admiramos cómo se despreciaba el cuerpo entre tormentos. Pues dijimos que al no perdonar el cuerpo, también lo cuidaba: no sea que huyendo de los castigos temporales, y negando a Cristo, destinara el mismo cuerpo a castigos eternos y suplicios atroces. Por lo tanto, deseando exhortaros a vosotros y a mí mismo a despreciar lo presente y esperar lo futuro: Porque en esta morada gemimos agobiados, y sin embargo no queremos morir, y tememos despojarnos del peso; no queremos ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (II Cor. V, 4): por esta ocasión he asumido hablaros algo sobre el cuerpo espiritual, y primero he considerado que debía recomendar esta misma salud del cuerpo frágil y corruptible, para que de ella encontremos algo grande. Encontramos en esa salud no sentir nada. Pues tenemos muchas cosas dentro de nuestras entrañas; ¿quién de nosotros las conocería si no las viera en cuerpos lacerados? Nuestras entrañas, nuestro interior, lo que se llama intestinos, ¿cómo lo conocemos? Y es bueno cuando no los sentimos. Pues cuando no los sentimos, entonces estamos sanos. Le dices a alguien, Cuida el estómago.

Te responde, ¿Qué es el estómago? Feliz ignorancia: no sabe dónde lo tiene, porque siempre lo tiene sano. Si no lo tuviera sano, lo sentiría: si lo sintiera, no lo sabría para su bien.

CAPÍTULO IX.

9. La velocidad de los cuerpos celestiales. Los cuerpos de los ángeles. Pero aunque hemos llegado a la velocidad del movimiento alabando la salud del cuerpo, nos encontramos de alguna manera pesados como plomo. ¿Cuánta es la velocidad de los cuerpos celestiales? ¿Quieres saber cuánta es? Miras el sol, y te parece que no se mueve, y sin embargo se mueve. Quizás dices: Se mueve, pero más lentamente. ¿Quieres saber cuánta es su velocidad? ¿Quieres deducir con razón lo que no sientes con la vista? Si alguien corriera en línea recta desde el oriente hasta el occidente en esta tierra, ¿en cuántos días llegaría? Con cualquier velocidad de caballos que se moviera, ¿cuántas mansiones haría? El sol, que te parece estar quieto, recorre en un día el espacio del viaje desde el principio del oriente hasta el fin del occidente, y en una noche regresa al oriente. No quiero decir, porque es oscuro, y difícil de persuadir, o quizás incierto, cuán más amplios son los espacios celestiales que los terrestres. Entonces, al ver tanta velocidad de los cuerpos celestiales, que nos parecen no moverse cuando se observan; ¿a qué velocidad podemos comparar el cuerpo angélico? También estuvieron presentes, y cuando quisieron se mostraron visibles y tangibles. Abraham lavó los pies a los ángeles (Gen. XVIII, 4). No solo lavó esos cuerpos, sino que también los tocó. Aparecieron, como quisieron, cuando quisieron, a quienes quisieron. No sienten ninguna dificultad, ninguna tardanza en absoluto. Pero no los vemos corriendo, no los vemos migrando de un lugar a otro, para saber que se alejan de los ojos de los hombres: cuando quisieron, llegaron. Por lo tanto, no hay de dónde ofrecer un ejemplo evidente de esta velocidad. Omitamos lo desconocido, y no nos atrevamos a presumir temerariamente de lo inexperto.

CAPÍTULO X.

10. La velocidad del rayo del ojo. En este mismo cuerpo que llevamos, encuentro algo cuya velocidad inefable me asombra. ¿Qué es esto? El rayo de nuestro ojo, con el que tocamos todo lo que vemos. Pues lo que ves, lo tocas con el rayo de tu ojo. Si quieres ver más lejos, y se interpone algún cuerpo, el rayo choca con el cuerpo interpuesto, y no se le permite pasar a lo que deseas ver; y le dices al que te impide, Sal, me estorbas. Quieres ver una columna, un hombre está en medio, impide tu visión. Tu rayo ha sido emitido, pero llega hasta el hombre, no se le permite llegar hasta la columna: choca con algo más, no se le permite. He aquí que quien te estorbaba, se ha apartado, la visión llega a donde quería. Ahora analiza, y si puedes, encuentra y responde, si esta visión, este rayo de tu ojo llega más rápido al cercano, más lento al lejano. Viste a un hombre situado cerca, lo viste con la misma rapidez, con la misma rapidez dirigiste el rayo de tu ojo hacia él, con la misma rapidez llegó el rayo de tu ojo a él, con la misma rapidez que llegas a esa columna que querías ver, y porque había un hombre interpuesto, no podías: no más rápido a él, y más lento a ella; y he aquí que él estaba cerca, y ella más lejos. Si quisieras caminar, llegarías más rápido al hombre que a la columna: porque quisiste ver, llegaste tan rápido al hombre como a la columna. No hay nada de esto entre la columna y el hombre. Aún más, lanza tus ojos, ves un muro lejano: envíalos más lejos, llegas al sol. ¿Cuánto hay entre tú y el sol? ¿Quién mediría esas distancias? ¿Quién con cualquier agudeza de pensamiento estimaría cuán lejos está el sol de ti? Y sin embargo, tan pronto como abres el ojo, he aquí que tú estás aquí, tu rayo está allí. Tan pronto como quisiste ver, al ver llegaste. No buscaste máquinas para apoyarte, ni escaleras para subir, ni cuerdas para elevarte, ni alas para volar. Abrir el ojo, es llegar.

CAPÍTULO XI.

11. La resurrección comparada con la velocidad del rayo emitido desde el ojo. ¿Qué es entonces esta velocidad? ¿cuánta es? ¿qué significa? Es de nuestro cuerpo, se emite de nuestra carne. Tenemos rayos, y no nos asombramos. Usamos la vista, al considerar nos asombramos. No encuentras algo que compares con esta velocidad, en cuanto a la velocidad del cuerpo se refiere. Con razón el apóstol Pablo comparó la facilidad de la resurrección con esta velocidad, diciendo, En un abrir y cerrar de ojos (I Cor. XV, 52). El abrir y cerrar de ojos no es en cerrar y abrir los párpados: pues esto se hace más lentamente de lo que se ve. Levantas el párpado más lentamente de lo que diriges el rayo. Tu rayo llega más rápido al cielo que el párpado levantado a la ceja. Veis qué es el abrir y cerrar de ojos: veis qué facilidad dio el Apóstol a la resurrección de los cuerpos. ¿Cuán lentamente fueron creados y formados estos? Recordemos las demoras del concepto, y en los mismos vientres de las madres las semillas de los pequeños que se consolidan; los miembros formados en un número de días, en muchos meses, hasta que lo que ha sido creado y formado dentro se lleva a la luz. Luego, ¿cuán lentamente crece, cuán lentamente la adolescencia sucede a la niñez, la juventud a la adolescencia, la vejez a la juventud, la muerte a todos? Se añade también otra demora: se ve el cadáver reciente e íntegro, se descompone en putrefacción; y para esa misma descomposición son necesarios tiempos, hasta que se disuelva en podredumbre, se seque en ceniza: y desde los mismos comienzos del útero hasta la última ceniza del sepulcro, ¿cuánta demora intermedia? ¿cuántos días? ¿qué espacios de tiempo? Viene a resucitar, en un abrir y cerrar de ojos se repara.

CAPÍTULO XII.

12. La facilidad de la resurrección futura entendida como la facilidad del cuerpo espiritual. Esto es más admirable que la velocidad del rayo del ojo. Atended, pues, hermanos, y comparad lo que debe compararse, con las cosas con las que debe compararse. Esta carne se mueve más rápido al caminar, de lo que fue formada, de lo que fue nutrida, de lo que creció, de lo que alcanzó el hábito juvenil, y percibió la edad y estatura completas: se mueve más rápido al caminar, de lo que esto se hace en ella. Pero la resurrección se hará en un abrir y cerrar de ojos: ¿cuánta será la velocidad de moverse, si tanta pudo ser la de resucitar? Los cuerpos fueron lacerados por los que se ensañaban: aunque se dispersen por todo el mundo los miembros de los muertos, se dispersen las cenizas por toda la tierra; de todo ese gran seno todo lo que está disperso se repara en un abrir y cerrar de ojos. Nos asombramos de la excesiva, y si no la experimentáramos, increíble velocidad de nuestros rayos, que se emiten de los ojos: más admirable es la facilidad en el cuerpo espiritual que será. En un abrir y cerrar de ojos resucitará: pero nuestro Señor, lo que el rayo de nuestro ojo no puede, también atravesó el cuerpo por las barreras. Después de la resurrección, estando sus discípulos reunidos en un lugar, apareció de repente con las puertas cerradas (Juan XX, 19). Lo que no podemos ver, él pudo también entrar. Nadie diga, Esto pudo hacerlo, pero el cuerpo del Señor; ¿acaso también el mío podrá hacerlo? Y de esto recibe del Espíritu, que hablaba por el Apóstol, plena seguridad. Pues de ese mismo Señor se ha dicho: Que transformará el cuerpo de nuestra humillación conforme al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21).

CAPÍTULO XIII.

13. Si Dios será visto por el cuerpo espiritual. Dios no puede ser visto en un lugar al modo del cuerpo. De este cuerpo tal, de tanta facilidad de este cuerpo, de tanta velocidad, de tanta salud, no se atreva la fragilidad humana a definir temeraria y presuntuosamente. Cómo seremos, lo sabremos cuando seamos. Antes de que seamos, no seamos temerarios, para que

no seamos eso. A veces la curiosidad humana pregunta, y se dice a sí misma: ¿Crees que veremos a Dios a través de ese cuerpo espiritual? Se puede responder rápidamente: En un lugar no se ve a Dios, por partes no se ve a Dios, difundido en espacios e intervalos no se ve a Dios. Aunque llene el cielo y la tierra, no por eso es medio en el cielo, medio en la tierra. Pues si este aire llena el cielo y la tierra; la parte que está en el cielo, no está en la tierra. Y cualquier cosa que el agua llene, llena el espacio que ocupa; pero está a medias en un espacio, a medias en otro, toda en todo. Dios no es algo así. No dudes en absoluto de esto, porque Dios no es cuerpo. Difundirse por espacios, ser contenido en lugares, tener partes a medias, terceras, cuartas, enteras, es propio de los cuerpos. Nada de esto es Dios; porque Dios es todo en todas partes: no en un lugar medio, y en otro lugar constituido con otra mitad; sino todo en todas partes. Llena el cielo y la tierra: pero es todo en el cielo, todo en la tierra. En el principio era el Verbo. Para que también escuches esto mismo del Hijo, porque el Hijo con el Padre es un solo Dios: no igual en tamaño, sino en divinidad. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho. Y poco después, Y la luz brilla en las tinieblas (Juan I, 1-5). Este unigénito permaneciendo todo con el Padre, todo brilla en las tinieblas, todo en el cielo, todo en la tierra, todo en la Virgen, todo en el infante; no en tiempos alternos como migrando de un lugar a otro. Pues tú estás todo en tu casa, y todo en la iglesia: pero cuando estás en la iglesia, no en tu casa; cuando estás en tu casa, no en la iglesia. Por lo tanto, él no es todo en el cielo, todo en la tierra, todo en la Virgen, todo en el infante (para no mencionar otra cosa), como migrando del cielo a la tierra, de la tierra a la Virgen, de la Virgen al infante, sino todo en todas partes al mismo tiempo. Pues no se derrama como agua, ni se separa y transfiere con esfuerzo como tierra. Cuando está todo en la tierra, no abandona el cielo: pero también cuando llena el cielo, no se aleja de la tierra. Pues alcanza de un extremo al otro con fuerza, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1).

CAPÍTULO XIV.

14. Si a través de un cuerpo espiritual pudiera verse una sustancia que no se ve en un lugar, aún no se ha comprobado. Si, por tanto, los ojos corporales pudieran ver una sustancia que no se ve en un lugar, cuando el cuerpo sea espiritual; si pudieran por alguna fuerza oculta, alguna fuerza inexperta y completamente desconocida, y no percibida por ninguna estimación, si pudieran, que puedan. Porque vemos con los ojos, no envidiamos a nuestros ojos. Solo no intentemos llevar a Dios a un lugar, no intentemos encerrar a Dios en un lugar, no intentemos difundir a Dios por los espacios de los lugares como si fuera una masa; no nos atrevamos a esto, no lo pensemos. Que la sustancia de la divinidad permanezca en su propia dignidad. Nosotros, ciertamente, cambiemos para mejor en lo que podamos, no cambiemos a Dios para peor. Especialmente porque no encontramos algo definido en la Escritura sobre esto, o aún no lo hemos encontrado. Pues tampoco me atrevo a presumir que no haya en ella algo que pueda ser encontrado. O no está, o está oculto, o me está oculto. Si alguien pudiera encontrar algo en cualquier dirección, lo acepto con gusto, y si no doy gracias por haber sido instruido, no al hombre que habla, sino a aquel que enseña a través del hombre, seré ingrato. Sin embargo, que el dador de la gracia no permita que yo sea ingrato. Solo digo esto, que los ojos que ven lo que ven a través de los intervalos de los lugares, es decir, que haya un espacio entre el que ve y lo que se ve; de otra manera, estos ojos no ven, pues si alejas algo mucho en la distancia, no ven porque los rayos no alcanzan lo que está lejos; pero si acercas algo más a ellos, a menos que haya algún intervalo entre los ojos del que ve y el cuerpo que se ve, no puede verse en absoluto; pues si al acercar más los ojos mismos, con los que se ve algo, los tocas, al perder el espacio se pierde la visión: por lo tanto, digo que tales ojos, que no ven nada sino a través de intervalos y espacios de lugares, ni ahora pueden ver a Dios, ni entonces

podrán, porque Él no está en un lugar. O bien habrá algo que puedan ver, y que no puede verse en un lugar: o si permanecen en ellos sin poder ver sino en un lugar, no verán a aquel que no está en un lugar.

CAPÍTULO XV.

15. Sobre el cuerpo espiritual y la naturaleza invisible de Dios, lo que ya es cierto. Sin embargo, hasta que se investigue más diligentemente sobre el cuerpo espiritual, lo que se entienda o se crea correctamente, mantengamos que el cuerpo resucitará, mantengamos que la forma de nuestro cuerpo será la que Cristo mostró o prometió en secreto. Mantengamos que el cuerpo será espiritual, no animal, como lo es ahora. Pues está claramente expresado, y no se puede contradecir: Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual (I Cor. XV, 44). Mantengamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son por naturaleza propia, sustancia propia, igualmente invisibles, porque igualmente creemos que son inmortales, igualmente creemos que son incorruptibles. En un solo lugar el Apóstol puso estas cosas juntas: Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, incorruptible, al único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. (I Tim. I, 17). Dios solo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, inmortal, invisible, incorruptible: no solo invisible, y luego visible; porque no solo incorruptible, y luego corruptible. Así como siempre inmortal, así como siempre incorruptible; así también siempre invisible. Si la invisibilidad cambia, se teme que la inmortalidad cambie. Creo que por eso el mismo Apóstol puso invisible en medio, entre inmortal e incorruptible. De lo que se podía dudar, lo fortaleció desde ambos lados.

CAPÍTULO XVI.

Mantengamos esta confesión inquebrantable. No es lo mismo ofender a la criatura que ofender al Creador. Ciertamente, investiguemos las cualidades de las criaturas discutiendo, y si en algo nos equivocamos, caminemos en lo que hemos alcanzado. Porque si en algo pensamos de manera diferente, Dios también nos lo revelará (Filip. III, 15-16). De lo que discutimos largamente ayer. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Esforcémonos de todas las maneras en limpiar nuestros corazones, vigilemos con todo esfuerzo; con toda oración, en la medida de lo posible, pidamos que limpiemos el corazón. Y si pensamos en las cosas que están afuera: Limpien, dice, lo que está dentro, y lo que está fuera será limpio (Id. XXIII, 26).

16. ¿La visión de Dios prometida a la carne? La salvación de Dios, Cristo, será vista a través de la carne. Cristo será visto en el juicio por toda carne. Tal vez a alguien le parezca que el testimonio sobre la carne es tan claro como sobre el corazón: porque está escrito, Verá toda carne la salvación de Dios (Luc. III, 6). Tenemos un testimonio muy claro sobre el corazón. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. También tenemos sobre la carne, Verá toda carne la salvación de Dios. ¿Quién dudaría ya de que la visión de Dios está prometida a la carne, a menos que se pregunte qué es la salvación de Dios? Pero como no se pregunta, no estamos en duda: la salvación de Dios es Cristo el Señor. Nuestro Señor Jesucristo, si solo se viera en la divinidad, nadie dudaría de que la carne verá la sustancia de Dios; porque, Verá toda carne la salvación de Dios. Pero como nuestro Señor Jesucristo puede ser visto tanto con los ojos del corazón limpios, perfectos, llenos de Dios en cuanto a su divinidad; y fue visto también en el cuerpo, según está escrito, Después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres (Baruc III, 38): ¿cómo sé cómo se dijo, Verá toda carne la salvación de Dios? Porque verá a Cristo, se dijo, nadie dude.

CAPÍTULO XVII.

Pero si en el cuerpo del Señor Cristo, o como era en el principio el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, aquí hay ambigüedad, esto se busca. No me presiones con un solo testimonio; confieso rápidamente: Verá toda carne la salvación de Dios. Dicen que esto es, Verá toda carne a Cristo de Dios. Pero Cristo fue visto también en la carne, no en carne mortal, si aún esa transformación espiritual debe llamarse carne; porque él mismo después de la resurrección dijo a los que lo veían y tocaban, «Palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Luc. XXIV, 39). Será visto así: no solo fue visto, sino que también será visto. Y tal vez entonces se cumplirá más perfectamente lo que se dijo, toda carne. Ahora bien, lo vio la carne, pero no toda carne: entonces, en el juicio viniendo con sus ángeles para juzgar a vivos y muertos, cuando oigan su voz todos los que están en los sepulcros, y salgan unos a resurrección de vida, otros a resurrección de juicio (Juan V, 28-29), verán esa forma que se dignó asumir por nosotros, no solo los justos, sino también los inicuos, unos a la derecha, otros a la izquierda; porque también los que lo mataron, verán a quien traspasaron (Juan XIX, 37). Verá, pues, toda carne la salvación de Dios. Cuerpo por cuerpo: porque vendrá en verdadero cuerpo a juzgar. Pero a los que estén a la derecha, y enviados al reino de los cielos, se mostrará a sí mismo como ya se veía en el cuerpo: y sin embargo decía, «El que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él» (Id. XIV, 21). Esto no lo verá el impío judío. Porque el impío será quitado, para que no vea la gloria de Dios (Isaías XXVI, 10, según LXX).

CAPÍTULO XVIII.

17. Simeón aquí vio con sus ojos la salvación de Dios. Cristo visible en el juicio futuro. Simeón justo lo vio también con el corazón, porque reconoció al niño; y lo vio con los ojos, porque llevó al niño. Viéndolo de ambas maneras, reconociendo al Hijo de Dios, y abrazando al nacido de la Virgen: «Ahora despides, Señor, a tu siervo en paz, porque han visto mis ojos tu salvación» (Luc. II, 25-30). Vean lo que dijo. Pues estaba retenido hasta que también lo viera con los ojos, a quien veía con fe. Tomó un cuerpo pequeño, abrazó un cuerpo; viendo el cuerpo, es decir, viendo al Señor en la carne, dijo, Han visto mis ojos tu salvación. ¿Cómo sabes si así verá toda carne la salvación de Dios? Pero para que no desesperemos de que venga en esa forma al juicio, que asumió por nosotros, no en la que siempre permaneció igual al Padre; escuchemos también aquí la voz de los ángeles. Ante los ojos de sus discípulos, cuando fue llevado al cielo, y ellos lo miraban, y con el corazón deseado lo seguían con la vista, oyeron de los ángeles: «Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros, así vendrá como le habéis visto ir al cielo» (Hechos I, 11). Así, pues, así vendrá, como ascendió al cielo. Vendrá visible al juicio; porque visible ascendió al cielo. Pues si visible ascendió y vendrá invisible, ¿cómo vendrá así? Pero si vendrá así, visible, pues vendrá visible; y verá toda carne la salvación de Dios.

CAPÍTULO XIX.

18. Sobre la dificultad propuesta, y sobre Dios y el cuerpo futuro espiritual, lo que debe mantenerse. No dije esto (recuerden tanto como puedan, para que aprendamos hasta que encontremos lo que aún no sabemos; pero lo que sabemos, no es necesario que lo aprendamos, sino que, con la ayuda del Señor, lo enseñemos): no dije esto porque negué que la carne verá; sino porque deben buscarse testimonios más claros, si es posible encontrarlos. Pues lo que se ha presentado, ven qué tipo es. Más bien nos favorece, o a la misma verdad, o a aquellos que casi con certeza sostienen que la carne no verá de ninguna manera a Dios, ni en la resurrección de los muertos. No discutimos sobre esto, sino que recordamos a los agudos repitiendo, inculcamos a los lentos. Aunque seamos tediosos para muchos, lo

decimos. Dios no se ve en un lugar, porque no es cuerpo; porque está en todas partes entero, porque no es menor en parte, y mayor en parte. Mantengamos esto firmemente. Pero si esa carne ha recibido tal transformación, que pueda verse a través de ella lo que no se ve en un lugar; que así sea. Pero debe buscarse de dónde se enseña. Y si aún no se enseña, aún no se niega; pero ciertamente al menos se duda. Sin embargo, que no se dude que la carne resucitará, que el cuerpo espiritual será del animal, que esto corruptible y mortal se vestirá de inmortalidad e incorruptibilidad: para que en lo que hemos alcanzado, en eso caminemos (Filip. III, 16). Ciertamente, si al investigar demasiado nos desviamos en algo; al menos en la criatura, no en el Creador nos desviemos. Que cada uno intente cuanto pueda, convertir el cuerpo en espíritu, siempre que no convierta a Dios en cuerpo.

SERMO CCLXXVIII. Sobre la vocación del apóstol Pablo, y la recomendación de la oración dominical. Por la solemnidad de la conversión de S. Pablo, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Pablo de perseguidor a predicador de Cristo. Ejemplo de la gracia de Dios dado en Pablo, para que ningún pecador desespere. Hoy se ha pronunciado la lectura de los Hechos de los Apóstoles, donde el apóstol Pablo, de perseguidor de los cristianos, se convirtió en anunciador de Cristo. Hoy en esas regiones incluso los mismos lugares testifican lo que entonces sucedió: y ahora se lee, y se cree. La utilidad de este hecho es la que el mismo Apóstol recuerda en sus Epístolas. Dice que se le concedió el perdón de todos sus pecados, y de aquella furia y locura con la que arrastraba a los cristianos a la muerte, siendo ministro de la furia de los judíos, ya sea en la lapidación del santo mártir Esteban, o en otros casos de presentar y llevar a la pena; para que nadie desespere de sí mismo, quien haya estado envuelto en grandes pecados, y atrapado en grandes crímenes, como si no fuera a recibir perdón, si se convierte a aquel que colgado en la cruz oró por los perseguidores diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Aquel se convirtió de perseguidor en predicador y doctor de los gentiles. «Fui primero, dice, blasfemo y perseguidor e injurioso: pero por eso obtuve misericordia, para que en mí primero mostrara Cristo Jesús toda su longanidad, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna» (I Tim. I, 13 y 16). Porque por la gracia de Dios somos salvados de nuestros pecados, en los que enfermamos. Suya, suya es la medicina que sana el alma. Pues ella misma pudo herirse, no pudo sanarse.

2. Enfermar y convalecer no está igualmente en poder del hombre. De la libre voluntad del hombre la semilla de la muerte. Quién es propiamente el médico. Pues también en el mismo cuerpo el hombre tiene en su poder enfermar, pero no tiene así en su poder convalecer. Porque si excede el límite, y vive intemperantemente, y hace aquellas cosas que son inconvenientes para la salud, y que atacan la sanidad, en un día, si quiere, cae en enfermedades; pero cuando ha caído, no convalece. Porque para enfermar, se aplica a sí mismo a la intemperancia: pero para convalecer, aplica al médico para la salud.

CAPÍTULO II.

Así también según el alma, para que pecando cayera en la muerte el hombre, para que de inmortal se hiciera mortal, para que se sometiera al diablo seductor, estuvo en su libre albedrío; por el cual inclinándose a lo inferior abandonó lo superior, y prestando oído a la serpiente, cerró el oído a Dios, y estando entre el preceptor y el seductor, eligió obedecer más al seductor que al preceptor. Pues de donde oyó a Dios, de allí oyó al diablo. ¿Por qué, entonces, no creyó más bien al mejor? Por eso encontró que era verdad lo que Dios había

predicho, falso lo que el diablo había prometido. Esta es la primera fuente de nuestros males, esta es la raíz de todas las miserias, esta es la semilla de la muerte de la propia y libre voluntad del primer hombre: que fue hecho de tal manera que si obedecía a Dios, siempre sería feliz e inmortal; si descuidaba y despreciaba su precepto, quien quería en él guardar la salvación perpetua, caería en la enfermedad de la mortalidad. Entonces, pues, el médico fue despreciado por el sano, ahora cura al enfermo. Porque son diferentes los preceptos que da la medicina para mantener la salud; pues se dan a los sanos, para que no enfermen: pero son diferentes los que ya reciben los enfermos, para que recuperen lo que han perdido.

CAPÍTULO III.

Era bueno para el hombre obedecer al médico cuando estaba sano, para que no necesitara al médico. Porque no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Pues propiamente se llama médico a aquel por quien se recupera la salud. Porque siempre Dios es médico necesario también para los sanos, para que se mantenga la misma salud. Por lo tanto, era bueno para él mantener la salud perpetua en la que fue creado. Despreció, abusó, por su intemperancia cayó en la mala salud de esta mortalidad: escuche al menos ahora al médico que prescribe, para que pueda levantarse de donde por el pecado, él mismo cayó.

3. El enfermo al observar los preceptos del médico no se hace sano sino poco a poco. Pero ciertamente, hermanos, así como en la misma medicina el sano haciendo lo que ordena la sabiduría de la salud, permanece en lo que tiene; pero si comienza a enfermar, comienza a escuchar el precepto, y comienza a hacer, si realmente se preocupa por recuperar la buena y completa salud; pero cuando comienza a hacerlo, no está ya sano; sino que observando durante mucho tiempo llega a esa salud que perdió por no temperar: esto le beneficia porque ya comienza a observar, para que no aumente la enfermedad, y para que no solo no empeore, sino que también comience a estar mejor, quien poco a poco se hace sano: pues hay esperanza de salud perfecta, cuando el hombre comienza a estar menos y menos enfermo. Así también vivir justamente en esta vida, ¿qué es sino escuchar los preceptos de la ley, y hacerlos? ¿Acaso, entonces, quienes hacen los preceptos de la ley, ya están sanos? Aún no: pero para hacerse sanos, lo hacen. No dejen de hacerlo: porque poco a poco se recupera lo que una vez se perdió. Pues si el hombre regresara rápidamente a la felicidad original, sería un juego para él caer en la muerte pecando.

CAPÍTULO IV.

4. Con los preceptos del médico también debe soportarse el dolor de la cirugía. Alguien cayó, por ejemplo, en una enfermedad del cuerpo por intemperancia, le nació algo en el cuerpo que necesita ser cortado: sin duda sufrirá dolores; pero esos dolores no serán infructuosos. Si no quiere sufrir los dolores de la cirugía, sufrirá los gusanos de la putrefacción. Entonces comienza a decir el médico: Observa esto y aquello, no toques esto, no uses este alimento o bebida, no seas inquieto para esa cosa. Comienza a hacerlo, ya es observante de los preceptos; pero aún no está sano. ¿Para qué, entonces, sirve lo que observa? Para que la peste que le ha ocurrido no aumente, y para que también disminuya. ¿Qué sigue entonces? Debe añadirse a la observancia de los preceptos también las manos del médico que corta, e inflige dolores saludables. Si, pues, aquel que está en una úlcera putrefacta dice, ¿De qué me sirve observar los preceptos, si sufro los dolores de la cirugía? se le responde, Pero con ambos serás curado, tanto con la observancia de los preceptos, como con la tolerancia de los dolores. Pues es tanto lo que te hiciste a ti mismo, por no observar cuando estabas sano. Acéptalo, pues, médico, hasta que sanes: porque es mérito de tu úlcera, cualquier molestia que sufras.

CAPÍTULO V.

5. Cómo Cristo, el médico, nos sana gradualmente. Así viene a los afligidos y fatigados el médico Cristo, quien dice: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 12 y 13). Llama a los pecadores a la paz, llama a los enfermos a la salud. Ordena la fe, ordena la continencia, la templanza, la sobriedad; refrena la concupiscencia de la avaricia: nos dice qué hacer, qué observar. Quien observa estas cosas, ya puede decirse que vive justamente según el precepto de la medicina: pero aún no ha recibido aquella salud y aquella integridad de la salud que Dios promete por el Apóstol, diciendo: «Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu victoria?» (I Cor. XV, 53-55). Entonces habrá plena salud, y con los santos ángeles igualdad. Pero ahora, antes de que esto suceda, hermanos míos, cuando comenzamos a observar los preceptos que el médico prescribe, cuando sufrimos también algunas tentaciones y tribulaciones, no pensemos que observamos en vano, porque parece que un mayor dolor sigue a esos preceptos que observas. Porque lo que sufres de tribulaciones es la mano del médico que corta, no la sentencia del juez que castiga. Esto se hace para que la salud sea perfecta: suframos, soportemos los dolores. El pecado es dulce: por las amarguras de la tribulación, la dulzura perniciosa se digiere. Te deleitaba cuando hacías el mal: pero caíste en la enfermedad al hacerlo. La medicina es lo contrario, te causa dolor por un tiempo, para que recibas salud perpetua. Úsala, y no la rechaces.

CAPÍTULO VI.

6. Antídoto contra todos los pecados. A dos géneros de pecados se oponen dos preceptos. Ciertamente, antes que nada, no debe faltar ese antídoto que es muy eficaz contra todas las corrupciones, contra todos los venenos de los pecados, para que digas, y digas verdaderamente al Señor tu Dios: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Este pacto lo escribió y firmó el médico con los enfermos. Porque hay dos géneros de pecados; uno por el que se peca contra Dios, otro por el que se peca contra el hombre. De ahí que también haya dos preceptos, en los que se basa toda la Ley y los Profetas: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Id. XXII, 37-40). Y en estos se contiene también el decálogo de los preceptos de la Ley, donde tres preceptos pertenecen al amor de Dios, y siete al del prójimo: de los cuales hemos tratado suficientemente en otras ocasiones.

CAPÍTULO VII.

7. Peca contra Dios quien corrompe en sí mismo su templo. Así como hay dos preceptos, también hay dos géneros de pecados. O se peca contra Dios, o se peca contra el hombre. Se peca contra Dios, incluso corrompiendo su templo en ti: pues Dios te redimió con la sangre de su Hijo. Aunque antes de ser redimido, ¿de quién eras siervo, sino de aquel que creó todo? De manera especial quiso tenerte redimido con la sangre de su Hijo. Y no sois vuestros, dice el Apóstol; porque habéis sido comprados por precio: glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (I Cor. VI, 19 y 20). Por tanto, aquel de quien fuiste redimido, te hizo su casa. ¿Acaso quieres destruir tu casa? Así tampoco Dios la suya, es decir, a ti mismo. Si no te perdonas a ti mismo por ti mismo, perdónate por Dios, que te hizo su templo. Porque el templo de Dios es santo, dice, que sois vosotros; y, Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él

(Id. III, 17). Estos pecados, cuando los hombres los cometen, piensan que no pecan, porque no dañan a ningún hombre.

CAPÍTULO VIII.

8. Corruptores de sí mismos, no inocentes. Quién es inocente. Quiero, por tanto, señalar a vuestra Santidad, en la medida en que el breve tiempo lo permite, el mal que hacen quienes se corrompen a sí mismos con voracidad, embriaguez, fornicación; y responden a quienes los reprenden: He hecho uso de lo mío, de mi posesión: ¿a quién he robado? ¿a quién he quitado algo? ¿contra quién he actuado? Quiero que me vaya bien, con lo que Dios me ha dado. Este parece inocente, porque aparentemente no daña a nadie. Pero, ¿cómo es inocente quien no se perdona a sí mismo? Porque el inocente es aquel que no daña a nadie: porque la regla del amor al prójimo proviene de él mismo. Esto es lo que dijo Dios, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¿Cómo, entonces, está a salvo en ti el amor al prójimo, cuando el amor a ti mismo se hiere por la intemperancia? Luego Dios te dice: Cuando por embriaguez quieres corromperte, no destruyes la casa de cualquiera, sino mi casa. ¿Dónde habitaré? ¿En estas ruinas? ¿en estas inmundicias? Si recibieras a algún siervo mío como huésped, limpiarías y ordenarías la casa para que entrara mi siervo: ¿no limpias el corazón, donde yo quiero habitar?

CAPÍTULO IX.

9. Es difícil mantener la moderación en el uso de las cosas permitidas. Uso desmedido de la esposa, a menos que sea por causa de procrear hijos. He mencionado una cosa, hermanos, para que veáis cómo pecan quienes se corrompen a sí mismos, cuando se creen inocentes. Pero dado que en esta fragilidad y mortalidad de la vida es difícil que el hombre no exceda un poco el límite en las cosas que usa por necesidad; debe aplicarse ese remedio, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores: si se dice, y se dice verdaderamente. Se te prohíbe cometer adulterio, para no dañar al prójimo. Porque así como no quieres que se acerquen a la tuya, tampoco debes acercarte a la esposa ajena. Pero si usas la tuya con intemperancia, ¿acaso parece que dañas a alguien, porque usas lo tuyo? Pero al usar desmedidamente lo que se te ha concedido, corrompes en ti el templo de Dios. Nadie te acusa de fuera: pero, ¿qué respuesta dará tu conciencia a Dios que te dice por el Apóstol, Que cada uno de vosotros sepa poseer su vaso en santificación y honor; no en pasión de concupiscencia, como los gentiles que no conocen a Dios (I Tes. IV, 4, 5)? ¿Quién es el que tiene esposa, que la use de tal manera que no exceda la ley de procrear hijos? Para esto fue dada: te convienen las tablas que se escriben en el matrimonio. Pactaste cómo la tomarías: te resuena la escritura del pacto, Por causa de procrear hijos. No te acerques, si puedes, sino por causa de procrear hijos. Si excedes el límite, actuarás contra esas tablas y contra el pacto. ¿No es evidente? Serás mentiroso y violador del pacto: y Dios busca en ti la integridad de su templo y no la encuentra; no porque usaste lo tuyo, sino porque lo usaste desmedidamente. Pues también bebes vino de tu bodega, y sin embargo, si bebes de tal manera que te embriagas, no porque usaste lo tuyo, por eso no pecaste: porque convertiste el don de Dios en tu corrupción.

CAPÍTULO X.

10. Dios mismo se ofende con el uso desmedido de las cosas permitidas. Remedios contra los pecados de tal desmesura. ¿Qué, entonces, hermanos? Ciertamente es evidente, y la conciencia de todos lo proclama, que es difícil usar las cosas permitidas de tal manera que no se exceda un poco el límite. Pero cuando excedes el límite, ofendes a Dios, cuyo templo eres.

Porque el templo de Dios es santo, que sois vosotros. Nadie se engañe: Quien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá. La sentencia ha sido pronunciada, eres culpable. ¿Qué dirás en tus oraciones, cuando pidas a Dios, a quien ofendes en su templo, a quien expulsas de su templo? ¿Cómo limpiarás de nuevo en ti la casa de Dios? ¿cómo lo harás volver a ti? ¿Cómo, sino diciendo de corazón verdadero, con palabras y hechos, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? ¿Quién te acusará de usar desmedidamente tu comida, tu bebida, tu esposa? Nadie te acusará de entre los hombres: pero, sin embargo, porque Dios te reprende, exigiendo de ti la integridad de su templo y la incorruptibilidad de su morada, te dio un remedio, como diciendo: Si al exceder el límite me ofendes, y yo te tendré por culpable, donde ningún hombre te acusa; perdona al hombre lo que pecó en ti, para que yo te perdone lo que pecas en mí.

CAPÍTULO XI.

11. Despreciado ese remedio, no queda esperanza alguna de salvación. Mantengan esto firmemente, hermanos. Porque quien renuncie incluso a este antídoto, no le quedará ninguna esperanza de salvación. Quien me diga, No perdono los pecados que los hombres cometen contra mí: no hay de dónde prometerle salvación. Porque no puedo prometer lo que Dios no promete. Sería no dispensador de la palabra de Dios, sino dispensador de la serpiente. Porque la serpiente prometió bien al pecador, pero Dios amenazó con la muerte. ¿Qué le sucedió, sino lo que Dios amenazó? Y estuvo lejos de cumplirse lo que él prometió. ¿Queréis, entonces, hermanos, que os diga: Aunque pequéis, aunque no perdonéis los pecados a los hombres, seréis salvos, cuando venga Cristo Jesús, os dará indulgencia a todos? No lo digo, porque no lo escucho: no digo lo que no se me dice. Dios promete indulgencia al pecador, pero perdonando todos los pecados pasados a los convertidos, creyentes, bautizados. Esto leo, esto me atrevo a prometer, esto prometo, y lo que prometo se me promete a mí. Y cuando se lee, todos escuchamos: porque somos condiscípulos, un solo maestro hay en esta escuela.

CAPÍTULO XII.

12. Pecados graves que exigen un trabajo de penitencia más intenso. Los pecados leves oprimen por su multitud, a menos que sean perdonados por Dios. Todos los pecados pasados se perdonan a los convertidos: sin embargo, en esta vida hay algunos graves y mortales, que no se perdonan sin una molestia muy intensa de humillación del corazón y contrición del espíritu y tribulación de la penitencia. Estos se perdonan por las llaves de la Iglesia. Porque si comienzas a juzgarte a ti mismo, si comienzas a disgustarte contigo mismo; Dios vendrá para tener misericordia. Si quieres castigarte a ti mismo, él te perdonará. Quien hace bien la penitencia, es su propio castigador. Debe ser severo consigo mismo, para que Dios sea misericordioso con él: como dice David, Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades. Pero, ¿con qué mérito? Dice en el mismo salmo: Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Sal. L, 11, 5). Si, pues, tú reconoces, él perdona. Pero hay pecados leves y pequeños, que no se pueden evitar del todo, que parecen menores, pero que por su multitud oprimen. Pues también un montón de trigo se recoge con granos muy pequeños, y sin embargo, de ahí se cargan los barcos: y si se cargan más, se hunden. Un rayo derriba a alguien y lo mata: pero si hay una lluvia excesiva, con gotas muy pequeñas, sin embargo, mata a muchos. Aquel mata de un golpe, esta mata por su multitud. Las grandes bestias matan al hombre de un solo mordisco: pero las pequeñas, cuando se congregan muchas, a menudo matan, e infligen tal daño que el pueblo orgulloso de Faraón mereció ser juzgado con tales castigos. Si, pues, aunque estos pecados sean pequeños, sin embargo, porque son tantos, que al reunirse forman un montón que te oprime; Dios es bueno, que

incluso estos perdona, sin los cuales no se puede llevar esta vida. Pero, ¿cómo los perdona, si tú no perdonas lo que se comete contra ti?

CAPÍTULO XIII.

13. Achicar, perdonando las deudas a nuestros deudores. Esta sentencia está en el corazón del hombre como un cubo, con el que se achica el agua del barco en el mar. Porque no puede sino admitir agua por las grietas de su estructura. Sin embargo, al admitir poco a poco el líquido tenue, hace una gran acumulación, de modo que si no se extrae, oprime el barco. Así también en esta vida tenemos ciertas grietas de nuestra mortalidad y fragilidad, por las que entra el pecado de las olas de este siglo. Tomemos, como si fuera un cubo, esta sentencia, para que achiquemos, no sea que nos hundamos. Perdonemos las deudas a nuestros deudores, para que Dios nos perdone nuestras deudas. Por esta sentencia (si se hace, para que se diga verdaderamente) extraes todo lo que había entrado. Pero ten cuidado: aún estás en el mar. Porque cuando lo hayas hecho una vez, no es suficiente, a menos que hayas cruzado este mar hacia aquella solidez y firmeza de la patria, donde no serás sacudido por olas, ni perdonarás lo que no se admite en ti, ni querrás que se te perdone lo que no admites.

CAPÍTULO XIV.

14. El odio debe ser depuesto rápidamente, para que no corrompa el corazón. Creo que he recomendado suficientemente esto a vuestra Caridad, y lo recomiendo para que, en medio de estas olas en las que estamos en peligro, mantengamos el remedio saludable. Y ved también cuánto peca quien se esfuerza por dañar al inocente; cuando ya no se puede soportar a quien no perdona lo que alguien le ha hecho. Que nuestros hermanos, por tanto, presten atención, y vean contra quiénes tenían alguna amargura de odios. Si no las han perdonado, o al menos durante estos días vean qué hacen con ellas en sus corazones. O al menos si se creen seguros, pongan vinagre en las vasijas donde suelen guardar buen vino. No lo ponen, y son cautos, para que la vasija no se eche a perder: ¿y ponen odio en su corazón, sin temer que cause alguna corrupción allí? Guardad, pues, hermanos, para no dañar a nadie, en la medida de lo posible: y si alguna intemperancia de este uso de las cosas permitidas, por la debilidad de la vida humana, se os ha deslizado, ya que pertenece a la corrupción del templo de Dios; mantened y practicad, para que lo que se comete contra vosotros, lo perdonéis rápidamente a los hombres, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados.

SERMO CCLXXIX. De Pablo apóstol. Para la solemnidad de su Conversión, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En la transformación de Pablo se cumple la profecía de Jacob sobre Benjamín. Hemos escuchado las palabras del Apóstol, o más bien, las palabras de Cristo hablando en él, a quien de perseguidor hizo predicador, golpeando y sanando, matando y vivificando; cordero muerto por los lobos, y haciendo corderos de los lobos. Estaba predicho en una clara profecía, cuando el santo patriarca Jacob bendecía a sus hijos, tocando a los presentes, mirando al futuro, estaba predicho lo que sucedió en Pablo. Porque Pablo era, como él mismo testifica, de la tribu de Benjamín (Filip. III, 5). Pero cuando Jacob, bendiciendo a sus hijos, llegó a Benjamín para bendecirlo, dijo de él: Benjamín es un lobo rapaz. ¿Qué, entonces? Si es un lobo rapaz, ¿siempre rapaz? De ninguna manera. Pero, ¿qué? Por la mañana devorará, por la tarde repartirá las presas (Gen. XLIX, 27). Esto se cumplió en el apóstol Pablo, porque también de él estaba predicho. Ahora, si os place, veamos a aquel devorando por la mañana, repartiendo las presas por la tarde. Mañana y tarde se han puesto como si se dijera, Antes y

después. Así, pues, tomemos, Primero devorará, después repartirá las presas. Observad al depredador: Saulo, dice, como testifican los Hechos de los Apóstoles, habiendo recibido cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que dondequiera que encontrara a los seguidores del camino de Dios, los arrastrara y llevara, para ser castigados, iba respirando y anhelando muertes. Este es el que devora por la mañana. Pues también cuando fue lapidado Esteban, el primer mártir por el nombre de Cristo, Saulo estaba presente más evidentemente. Y estaba tan presente con los que lapidaban, que no le bastaba si solo lapidaba con sus manos. Pues para estar en las manos de todos los que lapidaban, él mismo guardaba las vestiduras de todos, más feroz ayudando a todos que lapidando con sus manos. Hemos escuchado, Por la mañana devorará: veamos, por la tarde repartirá las presas. Fue derribado por la voz de Cristo desde el cielo, y recibiendo la prohibición de ser cruel, cayó sobre su rostro; primero debía ser derribado, luego levantado; primero golpeado, después sanado. Porque Cristo no viviría en él después, si no fuera muerto en lo que antes vivía mal. ¿Qué, entonces, escuchó derribado? Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón. Y él, ¿Quién eres, Señor? Y la voz desde arriba, Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. Con los miembros aún en la tierra, la cabeza en el cielo clamaba, y no decía, ¿Por qué persigues a mis siervos? sino, ¿Por qué me persigues? Y él, ¿Qué quieres que haga? Ya se prepara para obedecer, quien antes se ensañaba en perseguir. Ya se forma de perseguidor a predicador, de lobo a oveja, de enemigo a soldado. Escuchó lo que debía hacer. Ciertamente fue hecho ciego: para que su corazón brillara con luz interior, la exterior le fue arrebatada por un tiempo; le fue sustraída al perseguidor, para ser devuelta al predicador. Y en ese tiempo, en que no veía las demás cosas, veía a Jesús. Así, incluso en su ceguera, se formaba el misterio de los creyentes; porque quien cree en Cristo, debe contemplarlo a él, y no considerar las demás cosas como nacidas; para que la criatura se desprecie, y el Creador endulce en el corazón.

2. Pablo es llevado a Ananías, el lobo es llevado cautivo a la oveja. Veamos, pues. Fue llevado a Ananías, y Ananías se interpreta Oveja. He aquí, el lobo rapaz es llevado a la oveja para ser seguido, no para ser devorado. Pero para que la oveja no temiera repentinamente al lobo, el mismo pastor desde el cielo, que hacía todas estas cosas, anunció a la oveja que el lobo vendría, pero no sería feroz. Y sin embargo, tan inmensa fama del lobo depredador lo había precedido, que al oír su nombre, la oveja no podía dejar de turbarse. Pues cuando el Señor Jesús anunciaba a Ananías que Pablo ya venía para creer, y que Ananías debía ir a él, dijo Ananías: «Señor, he oído de este hombre, que ha hecho mucho mal a tus santos: y ahora ha recibido cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que dondequiera que encuentre a los seguidores de tu nombre, los arrastre.» Pero el Señor le dijo: «Déjalo, y yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre» (Act. IX, 13, 16). Se realiza una cosa maravillosa y grande. Se le prohíbe la ferocidad al lobo, el lobo es llevado cautivo a la oveja. Pero tanta fama del lobo depredador lo había precedido, que al oír su nombre, la oveja temía incluso bajo la mano del pastor. Se le conforta, para que ya no piense que es feroz, para que no tema al que se ensoberbece. Por el cordero muerto por las ovejas, la oveja se siente segura del lobo.

3. Cristo manso y humilde, cómo ni calla ni se suaviza. Luego aquel a quien en el domingo anterior cantamos, Señor, ¿quién como tú? No calles, ni te suavices, Dios (Salmo 82, 2); quien sin embargo dice, Venid a mí, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (Mateo 11, 28 y 29): veamos cómo muestra ambas cosas y en sí mismo demuestra que sus palabras son coherentes. Es manso y humilde de corazón, porque como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila sin abrir la boca, así no abrió su boca (Isaías 53, 7). Suspendido en el madero soportó las injustas llamas del odio, soportó las lenguas de los ministros de un corazón perverso: con esas lenguas hirieron al inmaculado,

crucificaron al justo. De cuyas lenguas se había dicho: Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada. ¿Y qué hizo la lengua? ¿Qué hizo la espada afilada? Mató. ¿Qué mató? La muerte mató a la vida, para que la muerte fuera muerta por la vida. ¿Qué, entonces, qué hizo la lengua, la espada afilada de ellos? Escucha lo que hizo: mira lo que sigue. Exáltate sobre los cielos, Dios; y sobre toda la tierra tu gloria (Salmo 56, 5-6). He aquí lo que hizo la espada afilada. Conocemos al Señor exaltado sobre los cielos, no viéndolo, sino creyendo; sobre toda la tierra su gloria, leyendo, creyendo, viendo. Mira, pues, al manso y humilde de corazón, para que a esa gloria llevara el trofeo de la carne muerta. Mira a aquel manso. Colgado decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34); y, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Aprendamos de ti, porque eres manso y humilde de corazón. ¿Dónde pudo aparecer más, o debió aparecer más dignamente, que en la misma cruz? Cuando en el madero colgaban los miembros, cuando las manos y los pies estaban clavados, cuando aún ellos se ensañaban con sus lenguas, cuando no se saciaban con la sangre derramada, cuando los enfermos no reconocían al médico: Padre, decía, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Como si dijera, Yo vine a curar a los enfermos: que no me reconozcan lo hace la inmensidad de la fiebre. Manso, pues, y humilde de corazón dice, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

4. Con Pablo muestra ambas cosas; y no calla, y no se suaviza. Las tribulaciones temporales deben ser consideradas de poca importancia en comparación con la esperanza de la gloria futura. ¿Qué, entonces, No calles, ni te suavices, Dios? Que cumpla también esto. He aquí que no calló: clamó desde el cielo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Hizo, No calles: que muestre, Y no te suavices. Primero porque no perdonó su error, porque no perdonó su crueldad, porque derribó con su voz al que anhelaba matanzas, le quitó la luz al que se ensañaba, lo llevó cautivo a Ananías, a quien buscaba persiguiendo. He aquí que no es manso, he aquí que se ensaña, no contra el hombre, sino contra el error. Esto es poco: aún no calla, ni se suaviza. A Ananías, temeroso y tembloroso al oír el nombre de ese lobo famoso, dice, Yo le mostraré. Yo le mostraré. Mira al que amenaza, mira al que aún se ensaña: Yo le mostraré. No calles, ni te suavices, Dios. Muestra al perseguidor, no solo tu bondad, sino también tu severidad. Muestra, que sufra lo que hizo, que aprenda también a sufrir lo que hacía, que sienta él mismo lo que infligía a otros. Yo, dice, le mostraré lo que debe sufrir. Pero como si se ensañara dice, y cumple lo que se dijo, No calles, ni te suavices, Dios. No se aparte de ahí, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Yo le mostraré lo que debe sufrir por mi nombre. Mostraste el terror; socorre, para que no sufra y perezca aquel que hiciste, que encontraste. Es amenazante, no calla, no se suaviza, amenaza. Yo le mostraré lo que debe sufrir por mi nombre. Donde hay terror, hay salvación. El que actuaba contra el nombre, que sufra por el nombre. ¡Oh crueldad misericordiosa! Ves que prepara el hierro: va a cortar, no a matar; va a curar, no a asesinar. Cristo decía, Yo le mostraré lo que debe sufrir por mi nombre. Pero, ¿con qué fin? Escucha al que sufría. Las pasiones de este tiempo no son comparables. Él mismo dice, quien sufría, y sabía por qué nombre sufría, y con qué fruto sufría. Las pasiones de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros (Romanos 8, 18). Que el mundo se ensañe, que el mundo brome, que increpe con lenguas, que relumbre con armas, que haga lo que pueda: ¿qué hará en comparación con lo que vamos a recibir? Comparo lo que sufro, con lo que espero. Esto siento, aquello creo. Y sin embargo, vale más lo que creo, que lo que siento. Todo lo que se ensaña por el nombre de Cristo, si se puede vivir, es tolerable: si no se puede vivir, hace que migremos de aquí. No extingue, sino que acelera. ¿Qué acelera? El mismo premio, la misma dulzura; que cuando venga, será sin fin. Obra con fin, recompensa sin fin.

5. De dónde fue llamado Saulo. Pablo, pequeño y humilde. Este, pues, hermanos, este vaso de elección, primero Saulo de Saúl. Recordad, pues, los que conocéis las Escrituras de Dios, quién era Saúl. Un rey pésimo, perseguidor del santo siervo de Dios David: y él mismo, si recordáis, de la tribu de Benjamín. De ahí este Saulo, llevando consigo el camino de la crueldad, pero no permaneciendo en la crueldad. Después, si Saulo de Saúl, ¿de dónde Pablo? Saulo de un rey cruel, cuando era soberbio, cuando se ensañaba, cuando anhelaba matanzas: pero, ¿de dónde Pablo? Pablo, porque pequeño. Pablo es un nombre de humildad. Pablo, después de haber sido llevado al Maestro, que dijo, Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. De ahí Pablo. Observad el uso de la locución latina: porque paulum, se dice modicum. Te veré paulo post, espera aquí paulum; es decir, Te veré después de un poco, espera aquí un poco. Escucha, pues, a Pablo: Yo soy, dice, el menor de los Apóstoles (1 Corintios 15, 9). En verdad, yo soy el menor de los Apóstoles: y en otro lugar, Yo soy el último de los Apóstoles (Id. 4, 9).

6. Dios exalta a los humildes. Y el menor, y el último, como el borde del vestido del Señor. ¿Qué hay tan pequeño, qué hay tan último, como el borde? Sin embargo, al tocarlo, una mujer fue sanada de su flujo de sangre (Mateo 9, 20-22). En este pequeño era grande, en el mínimo habitaba el grande; y cuanto menos excluía de sí al grande, cuanto más pequeño era. ¿Qué nos asombra que el grande habite en lo estrecho? Más bien habita en los mínimos. Escucha lo que dice, ¿Sobre quién reposará mi espíritu? Sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras (Isaías 66, 2). Por eso el alto habita en el humilde, para exaltar al humilde. Porque el Señor es excelso, y mira a los humildes; pero a los altivos los conoce de lejos (Salmo 137, 6). Humíllate, y se acercará a ti: enorgullécete, y se alejará de ti.

7. No debe avergonzarse de Cristo crucificado. ¿Qué dice, pues, este menor? Lo que hemos oído hoy: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Romanos 10, 10). Muchos creen con el corazón, y se avergüenzan de confesar con la boca. Sabed, hermanos, que ya casi no hay paganos que no se maravillen en sí mismos, y sientan que se cumplen las profecías sobre Cristo exaltado sobre los cielos; porque ven sobre toda la tierra su gloria. Pero cuando se temen unos a otros, se avergüenzan unos de otros, alejan de sí la salvación: porque con la boca se hace confesión para salvación. ¿De qué sirve haber creído con el corazón para justicia, si la boca duda en expresar lo que se ha concebido en el corazón? Dios ve la fe en el interior: pero es poco. No confiesas al humilde, temes a los soberbios; y antepones a los soberbios a aquel que por ti desagradó a los soberbios. Temes confesar al Hijo de Dios humilde. No te avergüenzas de confesar al gran Verbo de Dios, la virtud de Dios, la sabiduría de Dios: te avergüenzas de confesar al nacido, crucificado, muerto. Alto, excelso e igual al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, por quien fuiste hecho tú, se hizo lo que tú; se hizo hombre por ti, nació por ti, murió por ti. Enfermo, ¿cómo te sanarás, si te avergüenzas de tu medicina? Elige el tiempo. Ahora es el tiempo: después vendrá aquel despreciado para ser admirado, aquel juzgado para juzgar, aquel muerto para resucitar, aquel deshonrado para honrar. Ahora, y después: ahora es en la fe, después será en la manifestación. Elige en este tiempo qué parte tendrás en el futuro. ¿Te avergüenzas del nombre de Cristo? Por lo que ahora te avergüenzas ante los hombres, tendrás que avergonzarte cuando venga en su gloria a dar lo que prometió a los buenos, lo que amenazó a los malos. ¿Dónde estarás tú? ¿Qué harás, si aquel excelso te mira, y te dice, Te avergonzaste de mi humildad, no estarás en mi claridad? Que se aleje, pues, la mala vergüenza; que se acerque la saludable impudencia, si es que debe llamarse impudencia: pero, hermanos, me vi obligado a decir esto, y no temí en absoluto.

8. Por qué no debe avergonzarse de la muerte de Cristo. Cristo asumió dos males nuestros, para darnos dos bienes suyos. No quiero que nos avergoncemos del nombre de Cristo. Que se

nos insulte porque creemos en el crucificado, en el muerto. Claro que en el muerto; pero si no hubiera manado sangre de él, aún permanecería el documento de nuestros pecados. En verdad he creído en el muerto: pero en él fue muerto lo que tomó de mí, no lo que me hizo. En verdad creo en el muerto, pero ¿en qué muerto? Vino alguien, y tomó algo. ¿Quién vino? El que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. He aquí quién vino: ¿qué tomó? Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres (Filipenses 2, 6, 7). Aquel hacedor hecho, aquel creador creado. Pero, ¿en qué fue hecho y creado? En forma de siervo, tomando forma de siervo, no perdiendo la forma de Dios. En esta forma de siervo, en lo que tomó de nosotros por nosotros, nació, padeció, resucitó, y ascendió al cielo. Dije cuatro cosas. Nació, murió, resucitó, y ascendió al cielo. Dos primeras, dos últimas: dos primeras, nació, murió; dos últimas, resucitó, ascendió al cielo. En las dos primeras te mostró tu condición: en las dos últimas te ofreció el ejemplo de la recompensa. Nacer y morir conocías: está llena de estas dos cosas la región de los mortales. ¿Qué abunda aquí en toda carne, sino nacer y morir? Esto el hombre lo tiene en común con el animal: llevamos, pues, esta vida común con los animales. Nacimos, moriremos. Esto aún no conocías, resucitar, y ascender al cielo. Dos conocías, dos no conocías: asumió lo que conocías, mostró lo que no conocías: sufre lo que asumió, espera lo que mostró.

9. No debe temerse la muerte temporal, sino la eterna. ¿Qué, pues, si no quieres morir, no vas a morir? ¿Qué temes, lo que no puedes evitar? Temes, lo que aunque no quieras, será; y no temes, lo que aunque no quieras, no será. ¿Qué es lo que dije? Dios ha establecido la muerte para todos los hombres nacidos, por la cual emigran de este mundo. Serás exceptuado de la muerte, si fueras exceptuado del género humano. ¿Qué haces? ¿Acaso se te dice ahora, Elige si quieres ser hombre? Ya eres hombre, has venido. Piensa cómo salir de aquí: naciste, morirás. Huye, cuídate, rechaza, redime: puedes diferir la muerte, no quitarla. Vendrá, aunque no quieras: vendrá cuando no sepas. ¿Qué, pues, temes, lo que aunque no quieras, será? Teme más bien, lo que si no quieres, no será. ¿Qué es esto? A los impíos, infieles, blasfemos, perjurios, inicuos, y a todos los malos, Dios ha amenazado con los fuegos del infierno ardiente y las llamas eternas. Compara primero estas dos cosas, la muerte momentánea, y los castigos eternos. Temes la muerte momentánea, vendrá, aunque no quieras: teme los castigos eternos, que no vendrán, si no quieres. Mucho mayor es lo que debes temer, y tienes en tu poder que no te venga; y es mayor, y mucho mayor, incomparablemente mayor lo que debes temer, y tienes en tu poder que no te venga. Porque si vives bien, si vives mal, morirás: no escaparás de no morir, ya sea viviendo bien, ya sea viviendo mal. Pero si eliges vivir bien aquí, no serás enviado a los castigos eternos. Porque no puedes elegir aquí, no morir; elige mientras vives, no morir eternamente. Esta es la fe, esto mostró Cristo muriendo y resucitando. Muriendo mostró, lo que quieras o no sufrirás: resucitando mostró, lo que si vives bien, recibirás. Aquí con el corazón se cree para justicia, con la boca se hace confesión para salvación. Pero temes confesar, no sea que los hombres te insulten, no los que no han creído; pues también ellos creen en su interior: sino que temes que te insulten los que se avergüenzan de confesar. Escucha lo que sigue: Porque dice la Escritura, Todo el que creyere en él, no será confundido (Romanos 10, 10, 11). Medita estas cosas, en ellas permanece: este es el alimento no del vientre, sino de la mente. Aquel que arrebatava por la mañana, repartía estos mismos alimentos por la tarde. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCLXXX. En el Natalicio de las mártires Perpetua y Felicidad, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Perpetua y Felicidad alcanzaron el premio de la felicidad perpetua con un insigne martirio. El día de hoy nos recuerda con su repetición anual, y de algún modo nos representa el día en que las santas siervas de Dios Perpetua y Felicidad, adornadas con las coronas del martirio, florecieron en perpetua felicidad, sosteniendo el nombre de Cristo en la batalla, y encontrando también su propio nombre en el premio. Escuchamos cuando se leyeron sus exhortaciones en las revelaciones divinas, y los triunfos de sus pasiones; y todas estas cosas, dispuestas e iluminadas con las luces de las palabras, las percibimos con el oído, las contemplamos con la mente, las honramos con la religión, las alabamos con la caridad. Sin embargo, también se debe de nuestra parte un discurso solemne a tan devota celebración, que si lo pronuncio inferior a sus méritos, al menos ofrezco con diligente afecto el gozo de tan gran festividad. ¿Qué hay más glorioso que estas mujeres, a quienes los hombres admiran más fácilmente de lo que imitan? Pero esto es principalmente alabanza de aquel en quien creyendo, y en cuyo nombre concurriendo con fiel dedicación, según el hombre interior, no se encuentran ni masculino ni femenino; de modo que incluso en aquellas que son mujeres en el cuerpo, la virtud de la mente oculta el sexo de la carne, y en los miembros avergüenza pensar lo que en los hechos no pudo aparecer. Así, pues, el dragón fue pisoteado con pie casto y victorioso paso, cuando se mostraron las escaleras erguidas, por las cuales la bienaventurada Perpetua iría a Dios. Así, la cabeza de la serpiente antigua, que fue la caída de la mujer que caía, se convirtió en escalón para la que ascendía.

CAPÍTULO II.

2. Gloria de los mártires. ¿Qué espectáculo más dulce que este? ¿Qué combate más fuerte que este? ¿Qué victoria más gloriosa que esta? Entonces, cuando los santos cuerpos eran arrojados a las bestias, todo el anfiteatro rugía con las gentes, y los pueblos meditaban vanidades. Pero el que habita en los cielos se reía de ellos, y el Señor se burlaba de ellos (Salmo 2, 1, 4). Ahora, sin embargo, los descendientes de aquellos cuyas voces se ensañaban impiamente contra la carne de los mártires, alaban con piadosas voces los méritos de los mártires. Ni entonces se llenó la cueva de la crueldad con tanta concurrencia de hombres para matarlos, como ahora se llena la iglesia de la piedad para honrarlos. Cada año la caridad contempla con religión lo que en un solo día la impiedad cometió con sacrilegio. También ellos contemplaron, pero con voluntad muy diferente. Ellos clamando hacían lo que las bestias mordiendo no cumplían. Nosotros, sin embargo, lamentamos lo que hicieron los impíos, y veneramos lo que los piadosos sufrieron. Ellos vieron con los ojos de la carne lo que devolvían a la inhumanidad del corazón: nosotros miramos con los ojos del corazón lo que les fue arrebatado para que no vieran. Ellos se alegraron de los cuerpos muertos de los mártires, nosotros lamentamos las mentes muertas de ellos. Ellos, sin la luz de la fe, pensaron que los mártires estaban extinguidos, nosotros con la mirada más fiel los vemos coronados. Finalmente, su insulto se ha convertido en nuestra exultación. Y esta es religiosa y eterna: aquella fue entonces impía, ahora claramente ya no existe.

CAPÍTULO III.

3. Por qué los premios de los mártires son los más grandes. Amor a esta vida laboriosa. Creemos, queridos, que los premios de los mártires son los más grandes, y creemos correctamente. Pero si miramos atentamente sus combates, no nos maravillaremos de que sean tan grandes. Pues de esta vida, aunque laboriosa y temporal, hay tal dulzura, que aunque los hombres no puedan evitar morir, sin embargo, con muchos y grandes esfuerzos actúan para no morir pronto. No se puede hacer nada para evitar la muerte, y para diferirla se hace todo lo que se puede. Ciertamente, para toda alma es molesto trabajar: y sin embargo, incluso por aquellos que no esperan nada bueno o malo después de esta vida, se hace todo lo posible

con todos los trabajos para que todo trabajo no termine con la muerte. ¿Qué hay de aquellos que, ya sea por error, sospechan de falsas y carnales delicias futuras después de la muerte, o por fe recta esperan una cierta paz inefablemente tranquilísima y beatísima, no se esfuerzan también ellos, y con grandes cuidados actúan para no morir pronto? ¿Qué quieren decir, pues, tantos trabajos, tanta servidumbre, ya sea de la medicina, ya de otros servicios, que exigen los enfermos, o se exhiben a los enfermos, sino que no se llegue pronto al término de la muerte? ¿Cuánto, pues, debe compararse en la vida futura la no imposición de la muerte, cuya sola dilación es tan preciosa en esta vida? Tal es, en efecto, incluso de esta vida penosa no sé qué dulzura, y tal el horror de la muerte en la naturaleza de los que de alguna manera viven, que ni siquiera quieren morir aquellos que por la muerte pasan a una vida en la que no pueden morir.

CAPÍTULO IV.

4. Los mártires despreciaron la muerte y los dolores por Cristo. Por tanto, esta gran alegría de vivir y el temor de morir, los mártires de Cristo lo desprecian con caridad sincera, esperanza cierta y fe no fingida, con una virtud principal. Dejando atrás al mundo que promete y amenaza, se extienden hacia lo que está adelante. Pisoteando la cabeza de la serpiente que silba de diversas maneras, ascienden. Pues quien somete como a un tirano el amor a esta vida, del cual son satélites todos los deseos, es vencedor de todas las pasiones. Y no hay absolutamente nada que lo ate en esta vida, quien no está atado por el amor a la misma. Al temor de la muerte y a los dolores corporales suelen de alguna manera compararse. Pues a veces uno, a veces otro vence en el hombre. El torturado miente para no morir; y el que va a morir miente para no ser torturado. Dice la verdad, no soportando los tormentos, para no ser torturado mintiendo por sí mismo. Pero que cualquiera de estos prevalezca en cualquier mente. Los mártires de Cristo por el nombre y la justicia de Cristo vencieron ambos: no temieron ni morir ni sufrir. Venció en ellos quien vivió en ellos; para que quienes no vivieron para sí mismos, sino para Él, ni muertos murieran. Él les ofrecía delicias espirituales, para que no sintieran molestias corporales; tanto como fuera suficiente no para la deficiencia, sino para el ejercicio. Pues, ¿dónde estaba aquella mujer cuando no sintió que luchaba contra una vaca muy áspera, y cuando preguntó por lo que iba a suceder, que ya había sido? ¿Dónde estaba? ¿Qué veía, que no veía estas cosas? ¿De qué disfrutaba, que no sentía estas cosas? ¿Por qué amor estaba alienada, por qué espectáculo distraída, por qué copa embriagada? Y aún estaba atada a los lazos de la carne, aún llevaba miembros moribundos, aún estaba agobiada por un cuerpo corruptible. ¿Qué, cuando las almas de los mártires, liberadas de estos vínculos, después de los trabajos de la peligrosa lucha, son recibidas y restauradas con triunfos angélicos, donde no se les dice, Cumplan lo que ordené; sino, Reciban lo que prometí? ¿Con qué alegría ahora se deleitan espiritualmente? ¿Qué tan seguros en el Señor, y con qué honor sublime se glorían, quién puede enseñarlo con un ejemplo terrenal?

CAPÍTULO V.

5. La felicidad de los mártires antes y después de la resurrección. Y esta vida que ahora tienen los bienaventurados mártires, aunque ya no pueda compararse con las felicidades o suavidades de este siglo, es una pequeña parte de la promesa, más bien un consuelo de la dilación. Pero vendrá el día de la retribución, donde, devueltos los cuerpos, el hombre entero reciba lo que merece. Donde también los miembros de aquel rico que una vez fueron adornados con púrpura temporal, sean atormentados con fuego eterno, y la carne del pobre ulceroso, transformada, brille entre los Ángeles: aunque incluso ahora aquel ansíe una gota del dedo del pobre en el infierno, y aquel descansa deliciosamente en el seno del justo (Luc.

XVI, 19-24). Pues así como hay una gran diferencia entre las alegrías o miserias de los que sueñan y los que están despiertos; así hay una gran diferencia entre los tormentos o alegrías de los muertos y los resucitados: no porque sea necesario que los espíritus de los difuntos sean engañados como los de los que duermen; sino porque es diferente el descanso de las almas sin cuerpos, y la claridad y felicidad de los Ángeles con cuerpos celestiales, a los cuales se igualará la multitud de los fieles resucitados: en la cual los gloriosísimos mártires brillarán con la luz principal de su honor, y los mismos cuerpos en los que sufrieron tormentos indignos, se convertirán en ornamentos dignos para ellos.

CAPÍTULO VI.

6. Con qué ánimo deben celebrarse las solemnidades de los mártires. Los mártires se compadecen de nosotros y oran por nosotros. Por lo tanto, celebremos sus solemnidades, como lo hacemos, con la mayor devoción, con sobria alegría, con casta congregación, con fiel pensamiento, con confiada predicación. No es poca parte de la imitación alegrarse con las virtudes de los mejores. Ellos son grandes, nosotros pequeños: pero el Señor bendijo a los pequeños con los grandes (Sal. CXIII, 13). Nos precedieron, nos superaron. Si no podemos seguirlos en acción, sigámoslos en afecto: si no en gloria, al menos en alegría: si no en méritos, en deseos: si no en pasión, en compasión: si no en excelencia, en conexión. No nos parezca poco que somos miembros de su cuerpo, del cual también ellos, a quienes no podemos igualar. Porque si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él: así como cuando un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran con él (I Cor. XII, 26). Gloria a la cabeza, de donde se consulta tanto a las manos superiores como a los pies inferiores. Así como Él puso su alma por nosotros: así también los mártires lo imitaron, y pusieron sus almas por los hermanos, y para que esta fertilidad copiosísima de pueblos como de brotes surgiera, regaron la tierra con su sangre. Por tanto, también nosotros somos fruto de su trabajo. Los admiramos, se compadecen de nosotros. Nos alegramos por ellos, oran por nosotros. Ellos extendieron sus cuerpos como vestiduras, cuando el pollino que llevaba al Señor fue conducido a Jerusalén: nosotros al menos cortando ramas de los árboles, de las Escrituras sagradas arrancamos himnos y alabanzas, que presentamos para el gozo común (Mat. XXI, 7-9). Sin embargo, todos obedecemos al mismo Señor, seguimos al mismo maestro, acompañamos al mismo príncipe, nos unimos a la misma cabeza, nos dirigimos a la misma Jerusalén, seguimos la misma caridad, y abrazamos la misma unidad.

SERMO CCLXXXI. En el Natalicio de los mártires Perpetua y Felicidad, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. En Perpetua y Felicidad Cristo invicto. Resplandece y sobresale entre los compañeros mártires tanto el mérito como el nombre de Perpetua y Felicidad, santas siervas de Dios. Pues allí está la corona más gloriosa, donde el sexo es más débil. Porque ciertamente un ánimo viril en mujeres hizo algo mayor, cuando bajo tanto peso la fragilidad femenina no desfalleció. Bien se habían adherido a un solo varón, a quien la Iglesia virgen casta única se presenta (II Cor. XI, 2). Bien, digo, se habían adherido a aquel varón, de quien habían extraído la virtud para resistir al diablo: para que las mujeres derribaran al enemigo, que por una mujer había derribado al hombre. Él apareció invicto en ellas, quien por ellas se hizo débil. Él las llenó de fortaleza para cosecharlas; quien para sembrarlas, se vació a sí mismo. Él las condujo a estos honores y alabanzas, quien por ellas escuchó oprobios y crímenes. Él hizo que las mujeres murieran viril y fielmente, quien por ellas se dignó nacer misericordiosamente de una mujer.

CAPÍTULO II.

2. La victoria de Perpetua sobre el diablo. Deleita a la mente piadosa contemplar tal espectáculo, como el que la bienaventurada Perpetua narró que le fue revelado sobre sí misma, que se había convertido en varón y había luchado con el diablo. Pues en esa lucha también ella corría hacia el varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Efe. IV, 13). Con razón aquel enemigo viejo y astuto, para no dejar pasar ninguna trampa, que había engañado al hombre por una mujer, porque sintió a una mujer actuando virilmente contra él, intentó superarla por un hombre. Ni siquiera puso al marido, para que aquella que ya habitaba con pensamiento celestial en los cielos, permaneciera más fuerte avergonzándose de la sospecha del deseo carnal; sino que instruyó al padre con palabras de engaño, para que el ánimo religioso, que no se ablandara por el impulso de la voluptuosidad, se rompiera por el ímpetu de la piedad. Allí la santa Perpetua respondió a su padre con tanta moderación, que ni violó el precepto que debe honor a los padres, ni cedió a los engaños, con los cuales el enemigo actuaba más alto. Quien, superado por todos lados, hizo que el mismo padre la golpeará con una vara; para que al menos doliera por los golpes, ya que había despreciado las palabras. Allí verdaderamente ella sintió dolor por la injuria al anciano padre; y a quien no prestó su consentimiento, guardó su afecto. Pues odiaba en él la necedad, no la naturaleza; y su infidelidad, no su origen. Por tanto, con mayor gloria rechazó valientemente al padre tan amado que mal aconsejaba, a quien no pudo ver siendo golpeado sin tristeza. Por lo tanto, ese dolor no restó nada a la fortaleza del valor, y añadió algo a las alabanzas de la pasión. Porque a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien (Rom. VIII, 28).

CAPÍTULO III.

3. El parto y martirio de Felicidad. Felicidad, por su parte, también estaba embarazada en la cárcel. Al dar a luz, testificó con voz femenina la condición femenina. No faltaba el castigo de Eva, pero estaba presente la gracia de María. Se exigía lo que la mujer debía: ayudaba a quien la Virgen había dado a luz. Finalmente, el parto fue prematuro, pero maduro. Pues se actuó divinamente, para que la carga del útero no se pusiera en su tiempo, para que no se difiriera el honor del martirio en su tiempo. Se actuó, digo, divinamente, para que el feto se diera a luz en un día indebido, con tal de que se devolviera a Felicidad lo que se debía a tan gran compañía: para que si hubiera faltado, no solo se viera que faltaba la compañera de los mártires, sino también la recompensa de los mismos mártires. Pues ese era el nombre de ambas, que es el don de todos. Porque, ¿por qué soportan todo los mártires, sino para que se gloríen con perpetua felicidad? Por tanto, ellas se llamaban así, a lo que todos son llamados. Y por eso, aunque en esa lucha había una gran compañía, la perpetuidad de todos fue significada por los nombres de estas dos, y la solemnidad de todos fue señalada.

SERMO CCLXXXII. En el Natalicio de los mártires Perpetua y Felicidad, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Sobre los nombres de los mártires Perpetua y Felicidad. Hoy celebramos el día festivo de dos santas mártires, que no solo sobresalieron en la pasión con excelentes virtudes, sino que también señalaron la recompensa de su gran labor de piedad y la de sus demás compañeros con sus propios nombres. Perpetua y Felicidad son los nombres de dos, pero la recompensa es de todos. Pues no todos los mártires en la lucha de la pasión y confesión trabajarían valientemente por un tiempo, sino para que se alegraran con perpetua felicidad. Por tanto, bajo la providencia divina, estas no solo debieron ser mártires, sino también compañeras muy unidas, como sucedió, para que señalaran un día de su gloria, y propagaran una solemnidad

común para ser celebrada por la posteridad. Pues así como con el ejemplo de su gloriosísima lucha nos exhortan a imitar, así con sus nombres nos testifican que recibiremos un don inseparable. Ambas se sostienen mutuamente, se enlazan mutuamente. No esperamos una sin la otra. Pues ni sirve de nada la perpetuidad, si no hay felicidad; y la felicidad se pierde, si no hay perpetuidad. Estas pocas palabras sobre los nombres de los Mártires, a los que está consagrado el día, sean suficientes por ahora.

CAPÍTULO II.

2. Mujeres victoriosas sobre el enemigo. En cuanto a estas de quienes son estos nombres, como hemos escuchado cuando se leyó su pasión, como sabemos que se ha transmitido a la memoria, estas de tan grandes virtudes y méritos, no solo fueron mujeres, sino también féminas. De las cuales una era madre, para que a la debilidad del sexo se añadiera la impaciencia del afecto, para que en todo el enemigo las atacara, creyendo que, como no podían soportar las duras y crueles cargas de la persecución, cederían inmediatamente a él, y pronto serían suyas. Pero ellas, con la cautelosa y fortísima fortaleza del hombre interior, aplastaron todas sus insidias, y rompieron sus embestidas.

CAPÍTULO III.

3. Por qué no se celebran igualmente los nombres de los compañeros mártires. En esta insigne compañía de gloria también hubo mártires varones, y en el mismo día también varones fortísimos vencieron con su pasión; sin embargo, no señalaron el mismo día con sus nombres. Esto no se hizo porque las mujeres fueran preferidas a los hombres en dignidad de costumbres: sino porque tanto la debilidad femenina venció al antiguo enemigo con mayor milagro, como la virtud viril luchó por la perpetua felicidad.

SERMO CCLXXXIII. En el Natalicio de los mártires de Marsella.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La gracia de Dios debe ser proclamada en las fiestas de los mártires. El placer y el dolor, dos incentivos para pecar. Admiremos la fortaleza de los santos mártires en su pasión, para que proclamemos la gracia del Señor. Pues ellos no quisieron ser alabados en sí mismos, sino en aquel a quien se dice, En el Señor se alabará mi alma. Quienes entienden esto, no se enorgullecen: piden con temblor, reciben con gozo: perseveran, ya no pierden. Porque no se enorgullecen, son mansos. Y por eso, cuando dijo, En el Señor se alabará mi alma; añadió, Oigan los mansos, y se alegren (Sal. XXXIII, 3). ¿Qué sería la carne débil, qué el gusano y la podredumbre, si no fuera verdad lo que cantamos, A Dios se someterá mi alma, porque de él es mi paciencia (Sal. LXI, 6)? Pues para que los mártires soportaran todos los males por la fe, su virtud se llama paciencia. Pues hay dos cosas que inducen o impulsan a los hombres a pecar; el placer o el dolor: el placer induce, el dolor impulsa. Contra los placeres, es necesaria la continencia; contra los dolores, la paciencia. Pues de este modo se sugiere a la mente humana que peque: a veces se dice, Hazlo, y tendrás esto; y a veces, Hazlo, para que no sufras esto. La promesa precede al placer, la amenaza al dolor. Para que los hombres tengan placer, o no sufran dolor, pecan. Por eso Dios, contra estas dos cosas, una en la promesa halagadora, otra en la amenaza terrible, se dignó prometer y aterrorizar; prometer el reino de los cielos, aterrorizar con los castigos del infierno.

CAPÍTULO II.

El placer es dulce, pero Dios es más dulce. El dolor temporal es malo, pero el fuego eterno es peor. Tienes lo que amar en lugar de los amores del mundo, más bien de los amores inmundos. Tienes lo que temer en lugar de los terrores del mundo.

2. La paciencia y la continencia son dones de Dios. Conocimiento de la gracia de Dios y gratitud. Pero es poco ser advertido, si no obtienes ayuda. Por tanto, el salmo presente que cantamos, nos enseñó que nuestra paciencia contra los dolores es de Dios. ¿De dónde encontramos que también nuestra continencia, necesaria contra los placeres, es de él? Tienes un testimonio clarísimo: Y cuando supe, dice, que nadie puede ser continente, a menos que Dios lo dé; y esto mismo era sabiduría, saber de quién era este don (Sab. VIII, 21). Por tanto, si tienes algo de Dios, y no sabes de quién lo tienes, no serás recompensado, porque permaneces ingrato. Si no sabes de quién lo tienes, no das gracias: al no dar gracias, pierdes lo que tienes. Porque al que tiene, se le dará. ¿Qué es tener plenamente? Saber de quién lo tienes. Pero al que no tiene, es decir, no sabe de quién lo tiene, incluso lo que tiene se le quitará (Mat. XIII, 12). Finalmente, como el mismo dice, Esto mismo era sabiduría, saber de quién era este don. Así también el apóstol Pablo dice, al recomendarnos la gracia de Dios en el Espíritu Santo.

CAPÍTULO III.

3. Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios. Y como si se le dijera, ¿De dónde lo distingues? añadió, Para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (I Cor. II, 12). Por tanto, el Espíritu de Dios es el Espíritu de caridad: el espíritu de este mundo es el espíritu de soberbia. Quienes tienen el espíritu de este mundo, son soberbios, ingratos a Dios. Muchos tienen sus dones, pero no cultivan a aquel de quien los tienen: por eso son infelices. A veces uno tiene dones mayores, otro tiene menores: por ejemplo, inteligencia, memoria. Son dones de Dios. Encuentras a veces a un hombre muy agudo, con memoria increíblemente admirable; encuentras a otro con poco intelecto, memoria no tenaz, pero dotado de ambos en poco grado: sin embargo, aquel soberbio, este humilde; este dando gracias a Dios por las cosas pequeñas, aquel atribuyéndose las mayores.

CAPÍTULO IV.

Es incomparablemente mejor dar gracias a Dios por lo pequeño, que enorgullecerse por lo grande. Pues aquel que da gracias por lo pequeño, Dios lo admite a lo grande: pero quien no da gracias por lo grande, incluso lo que tiene lo pierde. Porque al que tiene, se le dará; pero al que no tiene, incluso lo que tiene se le quitará. ¿Cómo no tiene, si tiene? Tiene sin tener, quien no sabe de quién tiene. Pues Dios le quita su cosa, y le queda su iniquidad. Por tanto, nadie es continente, a menos que Dios lo dé. Tienes un don contra los placeres: Porque esto mismo, dice, era sabiduría, saber de quién era este don: nadie es continente, a menos que Dios lo dé. Tienes un don contra los dolores: Porque de él es, dice, mi paciencia. Por tanto, esperen en él, todo el consejo del pueblo. Esperen en él, no confíen en sus propias fuerzas. Confíen a él sus males, de él esperen sus bienes. Sin su ayuda no serán nada, por más soberbios que sean. Por tanto, para que puedan ser humildes, derramen ante él sus corazones. Y para que no permanezcan mal en ustedes, digan lo que sigue, Dios es nuestro ayudador (Sal. LXI, 9).

CAPÍTULO V.

4. Paciencia verdadera y falsa. Contra los Donatistas. Este ayudador tuvo el bienaventurado Mártir, a quien admiramos, cuya solemnidad hoy celebramos, para vencer. Sin él no vencería.

Y si venciera los dolores, no vencería al diablo. Pues a veces los vencidos por el diablo, vencen los dolores; no teniendo paciencia, sino dureza. Por tanto, el ayudador estuvo presente, para darle la verdadera fe, hacerle una buena causa, y por una buena causa darle paciencia. Pues entonces es paciencia, cuando precede una buena causa. Pues no otro que Dios da también la fe misma. Brevemente el Apóstol recomendó ambos, tanto la causa por la que sufrimos, como la paciencia con la que soportamos los males, que son de Dios para nosotros. Exhortando a los mártires dijo: Porque a ustedes se les ha dado por Cristo. He aquí la buena causa, porque por Cristo: no por sacrilegio contra Cristo, por herejía y cisma contra Cristo. Pues Cristo dijo: El que no recoge conmigo, desparrama (Luc. XI, 23). Por tanto, A ustedes, dice, se les ha dado por Cristo, no solo para que crean en él, sino también para que sufran por él (Filip. I, 29). Esta es la verdadera paciencia. Por tanto, amemos esta paciencia, mantengámosla: y si aún no la tenemos, pidámosla; y cantamos correctamente, A Dios se someterá mi alma, porque de él es mi paciencia.

SERMO CCLXXXIV. En el Natalicio de los mártires Mariano y Jacobo.

1. La paciencia de los mártires, don de Dios. Hoy ha amanecido el día propicio para saldar nuestra deuda, con la gracia de Dios. Siendo así que los devotos son deudores, ¿por qué se agitan los acreedores? Si mantenemos nuestras mentes en paz, lo que devolvemos puede llegar a todos. Se debe un discurso sobre la pasión y gloria de los santos mártires. Pues ellos sufrieron gloriosamente, nos imponen paciencia. Ellos soportaron multitudes furiosas, nosotros tenemos pueblos que consienten, porque hemos visto creyentes. La constancia de los mártires es digna de alabanza, pero ¿qué elocuencia es suficiente para alabarla? ¿Cómo puedo expresar con palabras lo que ya se ha hecho en vuestros corazones al creer? ¿De dónde proviene este gran don de paciencia? ¿De dónde, sino de donde proviene todo don perfecto? ¿De dónde proviene el don perfecto, sino de donde descende todo don excelente? Pues así está escrito, «La paciencia tiene su obra perfecta. Todo,» dice, «don excelente y todo don perfecto descende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación» (Santiago I, 4, 17). La paciencia descende a las mentes humanas cambiantes desde la fuente inmutable, que también las hace inmutables. ¿De dónde puede agradar el hombre a Dios, sino de Dios? ¿De dónde puede el hombre tener una buena vida, sino de la fuente de la vida? ¿De dónde puede el hombre recibir iluminación, sino de la luz eterna? Porque contigo está, dice, la fuente de la vida. Contigo está, dice: podría decir, De mí; pero si digo, De mí, me alejo de ti. Contigo, pues, la fuente de la vida. En tu luz; no en la nuestra: En tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). Por tanto, Acudid a él, y seréis iluminados (Salmo XXXIII, 6). Es fuente de vida; acércate, bebe y vive: es luz; acércate, toma y ve. Si él no fluye, estarás seco.

2. Mártires tentados por las caricias de los padres carnales. La madre de Mariano, María, se regocija en la pasión de su hijo. De aquí bebieron nuestros mártires: de aquí, embriagados, no reconocieron a los suyos. Pues cuántos mártires santos creemos que, al acercarse la pasión, fueron tentados por las caricias de los suyos, tratando de devolverlos a la dulzura temporal, vana y fugitiva de esta vida. Pero aquellos que, sedientos, bebieron de la fuente que está con Dios, y se embriagaron, confesaban a Cristo; no prestaban atención ni reconocían a sus carnales, ebrios de vino de error, que amaban mal y persuadían para apartarlos de la vida. No era de ellos la madre de Mariano, no de aquellos que aconsejaban mal, que acariciaban carnalmente, que engañaban amando: no era de ellos la madre del santo Mariano. No llevaba un nombre vano, no en vano se llamaba María: aquella mujer, aunque no virgen, no intacta del Espíritu Santo, pero sí casta de su esposo, había dado a luz un hijo que, con sus exhortaciones, lo conducía más bien a la gloriosísima pasión, que con sus malas caricias lo apartaba de ella. ¡Oh santa también tú, María, desigual en mérito, pero igual en deseo! ¡Feliz

también tú! Aquella dio a luz al Príncipe de los mártires, tú diste a luz al mártir del Príncipe: aquella dio a luz al Juez de los testigos, tú diste a luz al testigo del Juez. Feliz parto, más feliz afecto. Cuando diste a luz gemiste, cuando lo perdiste te regocijaste. ¿Qué es esto, Cuando diste a luz gemiste, te regocijaste cuando lo perdiste? No en vano, porque no lo perdiste. Donde no había dolor, había fe. La fe espiritual había expulsado el dolor carnal del corazón. Veías que no perdías a tu hijo, sino que lo enviabas adelante: todo lo que te alegraba, querías seguir.

3. La fortaleza de los mártires no proviene de ellos mismos, sino de Dios. Admiramos estas cosas, las alabamos, las amamos. Oh bienaventurados mártires, ¿de dónde os vienen estas cosas? Sé que tenéis corazones humanos: ¿de dónde os vienen estas cosas divinas? Yo digo, De Dios: ¿quién es el que dice, De vosotros? ¿Quién es el que, alabándoos mal, os envidia? No sé quién dice que estas cosas son de vosotros. Respondedle, En el Señor se alabará mi alma. No sé quién dice que estas cosas son de vosotros. Respondedle, si sois mansos, respondedle, En el Señor se alabará mi alma. Responded también esto en el pueblo de Dios, Oigan los mansos, y se alegren (Salmo XXXIII, 3). No sé quién dice que estas cosas son de vosotros. Respondedle, No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo (Juan III, 27). Porque a nosotros y a vosotros dice el Señor Jesús, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Sin mí, dice, nada podéis hacer: y esto os fue dicho; reconoced las palabras del pastor, evitad la adulación del engañador: esa soberbia, impía, iniqua, ingrata, sé que os desagrada. Santos mártires, sufristeis por Cristo; pero os benefició a vosotros lo que sufristeis, no a Cristo. ¿Qué os faltaría, si no os hubiera sido dado? Rechazad de vuestros oídos el veneno del enemigo serpiente. Esa es la lengua que dijo, Seréis como dioses (Génesis III, 5). El libre albedrío ingrato precipitó al hombre, el libre albedrío liberado diga ahora al Señor, Paciencia de Israel, Señor (Jeremías XVII, 13). ¿Por qué, infiel, te enorgullecen? ¿Alabas la paciencia de los mártires, como si pudieran ser pacientes por sí mismos? Escucha más bien al apóstol, maestro de los gentiles, no engañador de los infieles. ¿Ciertamente en los mártires alabas la paciencia por Cristo, y se la asignas a ellos? Escucha más bien al apóstol hablando a los mártires, y calmando los corazones humanos. Escucha, digo, diciendo, Porque a vosotros os es dado por Cristo. Escucha la piedad exhortando, no la adulación engañando: A vosotros, dice, os es dado. Os es dado, escucha: A vosotros os es dado por Cristo, no solo que creáis en él, sino también que sufráis por él (Filipenses I, 29). Os es dado: ¿qué se puede añadir a esta sentencia? Os es dado: reconoce lo dado, no pierdas lo usurpado. A vosotros, dice, os es dado por Cristo: ¿qué por Cristo, sino sufrir? Pero no sospeches, escucha lo que sigue: no solo que creáis en él; porque también esto es dado: pero no solo esto es dado; sino también que sufráis por él, y esto es dado. Que el mártir vuelva la espalda al infiel y al adulador ingrato: que vuelva el rostro al benignísimo dador, y atribuya su misma pasión a Dios, no como si de lo suyo lo hubiera ofrecido a Dios; sino más bien diga, En el Señor se alabará mi alma, oigan los mansos y se alegren. Y cuando le digas, ¿Qué es eso de, En el Señor se alabará mi alma? ¿En ti, pues, se alaba? Él, en cambio, ¿No estará mi alma sometida a Dios? Porque de él es mi paciencia (Salmo LXI, 6). ¿Por qué, entonces, mía? Abrí mi seno, y lo recibí con gusto; de él es mía. Y de él, y mía; y porque de él, por eso más seguramente mía. Es mía, pero no es de mí para mí. Para tener mi don, reconozco al dador Dios. Pues si no reconozco al dador Dios, Dios quita su bien, y queda mi mal, por mi libre albedrío.

4. De la multitud el corazón se convierte a uno por la gracia de Dios. Mártires vencedores por el amor de la única delectación de Dios en las caricias y amarguras del mundo. Dice la Escritura fiel: Hizo Dios al hombre recto, y ellos buscaron muchas razones (Eclesiastés VII, 30). Hizo Dios, dice, al hombre recto, y ellos: ¿de dónde ellos, sino por el libre albedrío? Y

ellos buscaron muchas razones. Dijo que fue hecho recto, y sin embargo no dijo, Y ellos buscaron razones perversas, porque dijo recto; o razones iniquas; sino que dijo, muchas. De esta multitud, el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15). Que Dios nos libere de esta multitud de pensamientos humanos, y nos libere de uno, para que seamos en él uno de la multitud. Que nos funda con el fuego de la caridad, para que con un solo corazón sigamos a uno, no sea que caigamos en muchos desde uno, y en muchos nos dispersemos dejando uno. De este uno hablaba el Apóstol, cuando decía, Hermanos, yo mismo no me considero haberlo alcanzado: ¿qué? Pero una cosa: ¿qué una cosa? Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo (Filipenses III, 13). Sigo una cosa; una cosa, dice, sigo: pero no me considero haberlo alcanzado; porque el cuerpo que se corrompe deprime el sentido que piensa en muchas cosas. Mirad a dónde iban los mártires; cuando ardían, no se preocupaban del gran ruido, porque amaban una cosa. Ved el deseo de los mártires: Una cosa, dice, he pedido al Señor. Una cosa he pedido: adiós, dice, hago a la multitud secular. Una cosa he pedido: una cosa ciertamente de bienaventuranza, una cosa de felicidad, una cosa verdadera, no muchas falsas. Una cosa, dice, he pedido al Señor, esto buscaré. ¿Cuál es esta una cosa? Que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida. ¿Para qué esto? Para contemplar las delicias del Señor (Salmo XXVI, 4). Los santos mártires cuando pensaban en aquella delectación, entonces todos los males y amargos y ásperos les parecían despreciables. Había una delectación contra la delectación: había una delectación contra el dolor. Aquella delectación luchaba contra ambos, y contra el mundo que se enfurecía, y contra el que acariciaba. Respondía al mundo: ¿Por qué acaricias? Es más dulce lo que amo, que lo que prometes. Oigo a Dios diciéndome, o más bien a la Escritura santa: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen! (Salmo XXX, 20). He aquí de nuevo una buena multitud, porque no disiente, sino en uno.

5. La Iglesia se encomienda a las oraciones de los mártires. Plena victoria de los mártires. Triple tentación del Señor relacionada con las seducciones. Otro tipo de tentación en los tormentos. No es de extrañar, hermanos míos: ¿sabéis en qué lugar se mencionan los mártires? La Iglesia no ora por ellos. Pues con razón la Iglesia ora por otros difuntos que duermen: por los mártires no ora, sino que más bien se encomienda a sus oraciones. Pues han luchado contra el pecado hasta la sangre. Han cumplido lo que está escrito, Lucha por la verdad hasta la muerte (Eclesiástico IV, 33). Despreciaron las promesas del mundo: pero es poco; pues es poco despreciar la muerte, es poco soportar lo áspero: donde hay lucha hasta la sangre, allí hay una victoria gloriosísima y plena. Pues las primeras tentaciones de nuestro Señor, príncipe de los mártires, son propuestas de halagos: Di a estas piedras que se conviertan en panes. Te daré todos estos reinos. Veamos si te reciben los ángeles; porque está escrito, No sea que tropieces con tu pie en piedra. Estas son las alegrías del mundo: en el pan, la concupiscencia de la carne; en la promesa de los reinos, la ambición del siglo; en la curiosidad de la tentación, la concupiscencia de los ojos: todas estas cosas son del mundo; pero halagan, no hieren. Atended al Duque de los mártires proponiendo ejemplos de lucha, y ayudando misericordiosamente a los que luchan. ¿Por qué se permitió ser tentado, sino para enseñar a resistir al tentador? El mundo promete placer carnal: respóndele, Más deleitable es Dios. El mundo promete honores y sublimidades seculares: respóndele, Más alto es el reino de Dios que todos. El mundo promete curiosidades superfluas o condenables: respóndele, Solo la verdad de Dios no yerra. Cuando el Señor fue tentado con esta triple tentación, porque en todas las seducciones de este mundo hay tres cosas, o placer, o curiosidad, o soberbia; ¿qué dice el Evangelista? Después que el diablo hubo acabado toda tentación: toda, pero perteneciente a las seducciones. Quedaba otra tentación en lo áspero y duro, en lo cruel, en lo atroz y despiadado; quedaba otra tentación. Sabiendo esto el Evangelista, lo que se había

cumplido, lo que quedaba, dice: Después que el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo (Mateo IV, 1-11, y Lucas IV, 1-13). Se apartó de él, es decir, la serpiente insidiosa: vendrá el león rugiente; pero lo vencerá, quien pisoteará al león y al dragón (Salmo XC, 13). Volverá: entrará en Judas, hará al traidor del maestro. Traerá a los judíos, ya no adulando, sino enfureciendo: poseyendo sus vasos clamará con las lenguas de todos, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Lucas XXIII, 21). Allí, ¿qué admiramos de Cristo vencedor? Era Dios todopoderoso.

6. Ejemplo de paciencia en el Señor y en nuestros consiervos mártires. Cristo quiso sufrir por nosotros. Dice el apóstol Pedro: Por vosotros sufrió, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus huellas (I Pedro II, 21). Te enseñó a sufrir, y sufriendo te enseñó. Poco era la palabra, si no se añadía el ejemplo. ¿Y cómo enseñó, hermanos? Colgaba en la cruz, los judíos se enfurecían: colgaba en ásperos clavos, pero no perdía la mansedumbre. Ellos se enfurecían, ellos ladraban alrededor, ellos insultaban al que colgaba; como si un solo médico supremo estuviera en medio, los frenéticos, por todas partes, se enfurecían. Él colgaba, y sanaba. Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Pedía, y sin embargo colgaba: no descendía, porque de su sangre hacía medicina para los frenéticos. Finalmente, porque las palabras del Señor que pedía, y de la misma misericordia que escuchaba, porque pidió al Padre, y con el Padre escuchó; porque esas palabras no pudieron ser pronunciadas en vano, después de su resurrección sanó a los que colgando soportó en su máxima locura. Subió al cielo, envió al Espíritu Santo; ni se mostró a ellos después de la resurrección, sino solo a sus fieles discípulos, para que no pareciera que quería insultar a los que lo mataron. Pues era más enseñar humildad a los amigos, que reprochar la verdad a los enemigos. Resucitó: hizo más de lo que ellos exigían, no creyendo, sino insultando y diciendo, Si es hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo XXVII, 40). Y el que no quiso descender del madero, resucitó del sepulcro. Subió al cielo, envió desde allí al Espíritu Santo: llenó a los discípulos, corrigió a los temerosos, hizo a los confiados. La vacilación de Pedro se convirtió de repente en la fortaleza de un predicador. ¿De dónde esto al hombre? Busca a Pedro presumiendo, encuentras a Pedro negando: busca a Dios ayudando, encuentras a Pedro predicando. Por un momento vaciló la debilidad, para que la presunción fuera vencida, no para que la piedad fuera borrada. Él llena con su Espíritu, y hace un predicador fortísimo, al que presumiendo le había predicho, Tres veces me negarás. Pues había presumido de sus fuerzas, no del don de Dios, sino del libre albedrío. Pues había dicho, Contigo estaré hasta la muerte (Mateo XXVI, 33-35). Había dicho en su abundancia, No seré movido para siempre. Pero el que en su voluntad había dado a su decoro la virtud, apartó su rostro, y fue turbado (Salmo XXIX, 7, 8). Apartó, dice, el Señor, su rostro: mostró a Pedro a Pedro; pero después lo miró, y a Pedro lo afirmó en la roca. Imitemos, pues, hermanos míos, en cuanto podamos, el ejemplo de la pasión en el Señor. Podremos cumplirlo, si le pedimos ayuda, no previniendo, como Pedro presumiendo; sino siguiendo y orando, como Pedro progresando. Pues cuando Pedro negó tres veces, ¿qué dice el evangelista, prestad atención: Y el Señor lo miró, y Pedro se acordó (Lucas XXII, 61). ¿Qué es, lo miró? Pues el Señor no lo miró en el rostro corporal como recordando. No es así: leed el Evangelio. El Señor era juzgado en el interior de la casa, Pedro era tentado en el atrio. Por tanto, lo miró el Señor, no con el cuerpo, sino con la majestad; no con la mirada de los ojos de la carne, sino con la misericordia altísima. Él porque había apartado su rostro, lo miró, y fue liberado. Por tanto, el presuntuoso habría perecido, si el Redentor no lo hubiera mirado. Y he aquí que lavado con sus lágrimas, corregido y rescatado predica Pedro. Predica el que había negado: creen los que habían errado. Vale en los frenéticos aquella medicina de la sangre del Señor. Beben creyentes lo que derramaron enfurecidos. Pero es mucho para mí, dice, imitar al Señor. Por la gracia del

Señor imita a un consiervo, imita a Esteban, imita a Mariano y a Jacobo. Eran hombres, eran consiervos; nacidos como tú, pero coronados por aquel que no nació así.

SERMO CCLXXXV. En el día del Natalicio de los mártires Casto y Emilio.

1. Las solemnidades de los mártires deben celebrarse de tal manera que deleite imitarlos. La virtud de los santos mártires no solo es grande, sino también piadosa (pues esa es la virtud útil, más bien esa es la verdadera y única virtud que debe llamarse, que no milita para el orgullo, sino para Dios) nos amonesta a hablar a vuestra Caridad, y a amonestarla, para celebrar las solemnidades de los mártires de tal manera que deleite imitarlos siguiendo sus huellas. Pues ellos no tuvieron de suyo el ser valientes. No hasta ellos manó aquella fuente. Quien les dio a ellos, puede darnos también a nosotros: pues un solo precio fue dado por todos nosotros.

2. No hace mártir el sufrimiento, sino la causa. La fe del ladrón en la cruz cambió la causa de su sufrimiento. Tres cruces. La cruz de Cristo, tribunal del juez. Por tanto, debéis ser especialmente advertidos de esto, que debéis ser advertidos continuamente y siempre debéis pensar que no hace mártir de Dios el sufrimiento, sino la causa. Porque Dios se deleita en nuestra justicia, no en los tormentos: y en el juicio del omnipotente y verdadero no se busca qué sufre cada uno, sino por qué sufre. Pues al signarnos con la cruz del Señor, no lo hizo el sufrimiento del Señor, sino la causa. Porque si el sufrimiento lo hubiera hecho, también el sufrimiento similar de los ladrones habría tenido valor. Había un solo lugar para los tres crucificados, en medio el Señor, que fue contado entre los inicuos (Isaías LIII, 12). Pusieron a dos ladrones a cada lado: pero no tenían una causa similar. Se unían a los lados del que colgaba, pero estaban muy separados. A ellos los crucificaron sus propios crímenes, a Él los nuestros. Sin embargo, incluso en uno de ellos se mostró suficientemente cuánto valía, no el tormento del que colgaba, sino la piedad del que confesaba. El ladrón adquirió en el dolor lo que Pedro había perdido en el temor: cometió un crimen, subió a la cruz; cambió la causa, ganó el paraíso. Mereció cambiar la causa, quien no despreció en Cristo la similitud del sufrimiento. Los judíos despreciaron al que hacía milagros, él creyó en el que colgaba. Reconoció al Señor como compañero de cruz, y creyendo hizo violencia al reino de los cielos. Entonces el ladrón creyó en Cristo, cuando la fe apostólica temblaba. Mereció escuchar, Hoy estarás conmigo en el paraíso. Esto ciertamente no se lo prometió a sí mismo: se encomendaba a una gran misericordia, pero también pensaba en sus propios méritos. Señor, dijo, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. Hasta que el Señor viniera en su reino, esperaba estar en penas, y al menos en su llegada pedía que se hiciera misericordia en él. Por tanto, el ladrón, pensando en sus méritos, se difería a sí mismo: pero el Señor le ofrecía al ladrón lo que él había desesperado; como si dijera, Tú pides que me acuerde de ti cuando venga en mi reino: Amén, Amén te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas XXIII, 42, 43). Reconoce a quién te encomiendas; a quien crees que vendrá, antes de que venga, estoy en todas partes. Por eso, aunque descenderé a los infiernos, te tengo hoy en el paraíso; no encomendado a otro, sino conmigo. Porque mi humildad desciende a los hombres mortales y a los mismos muertos, pero mi divinidad nunca se aparta del paraíso. Así se hicieron tres cruces, tres causas. Uno de los ladrones insultaba a Cristo, confesando sus males se encomendaba a la misericordia de Cristo. La cruz de Cristo en medio no fue un suplicio, sino un tribunal: desde la cruz condenó al que insultaba, liberó al que creía. Temed a los que insultan, alegraos los que creen: esto hará en la gloria, lo que hizo en la humildad.

3. Los dones de la gracia se dan desde el profundo juicio de Dios. Pedro, presuntuoso, es dejado por un momento, para que se le muestre a sí mismo. Dios odia a los presuntuosos. Los

dones divinos vienen del profundo juicio de Dios: podemos admirarlos, no podemos investigarlos. Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? y, ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Rom. XI, 34, 33). Siguiendo en todas las huellas de Cristo, Pedro se turba y niega: es mirado, y llora; el llanto limpia lo que el temor había manchado. No fue ese abandono de Pedro, sino una enseñanza. Pues había presumido en su corazón, cuando fue preguntado, que amaba al Señor, que moriría por Él. Atribuyó esto a sus propias fuerzas: si no hubiera sido dejado por un momento por el que lo guiaba, no se le habría mostrado a sí mismo. Se atrevió a decir, Pondré mi vida por ti. El presuntuoso jactaba que pondría su vida por Cristo, por quien aún no había puesto el Libertador. Finalmente, turbado por el temor, como el Señor había predicho, lo negó tres veces, por quien había prometido morir. Como está escrito, El Señor lo miró. Y él lloró amargamente (Lucas XXII, 33, 61, 62). Amargo era el recuerdo de la negación, para que dulce fuera la gracia de la redención. Si no hubiera sido abandonado, no habría negado; si no hubiera sido mirado, no habría llorado. Dios odia a los presuntuosos de sus propias fuerzas, y corta esa hinchazón en ellos, a quienes ama, como un médico. Al cortar, ciertamente inflige dolor: pero después fortalece la salud. Así que el Señor resucitado encomienda a Pedro sus ovejas, a ese negador; pero negador, porque presuntuoso; después pastor, porque amante. Pues, ¿por qué pregunta tres veces al amante, sino para punzar al que negó tres veces? Por tanto, Pedro después completó por la gracia de Dios, lo que al principio no pudo por su propia confianza. Pues después de que le encomendó las ovejas, no de Pedro, sino las suyas, para que no las apacentara para sí, sino para el Señor, le anunció la futura pasión, que al principio había perdido; porque se apresuraba imprudentemente. Cuando seas viejo, dijo, otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, significando con qué muerte había de glorificar a Dios (Juan XXI, 18 y 19). Sucedió, Pedro llegó a la pasión, quien había lavado con lágrimas la negación. Lo que le prometió el Salvador, no pudo quitárselo el tentador.

4. Casto y Emilio en los tormentos, cómo fueron vencidos primero, cómo después vencedores. Creo que algo similar sucedió también con estos santos mártires Casto y Emilio, cuyo día celebramos hoy. Quizás ellos también antes presumieron de sus propias fuerzas, y por eso fallaron. Les mostró quiénes eran ellos mismos, quién era Él. Reprimió a los presuntuosos, y llamó a los creyentes: ayudó a los que luchaban, coronó a los vencedores. Finalmente, ya el enemigo se regocijaba por ellos en el primer encuentro, cuando cedieron a los dolores, los contaba en sus filas; ya se regocijaba, ya los tenía como suyos: pero cuanto les fue concedido, por la misericordia del Señor; otros mártires vencieron al diablo tentador, estos incluso triunfante. Así que, hermanos míos, recordemos a quienes celebramos hoy: no queramos imitar lo que fueron vencidos, sino más bien lo que vencieron. Por eso no se ocultaron las caídas de los grandes, para que teman los que han presumido de sí mismos. En todas partes se nos recomienda diligentemente la humildad del buen maestro. Pues nuestra salvación en Cristo es la humildad de Cristo. No habría ninguna salvación nuestra, si Cristo no se hubiera dignado hacerse humilde por nosotros. Recordemos que no debemos confiar en nosotros mismos. Encomendemos a Dios lo que tenemos: imploramos de Él lo que nos falta.

5. Los mártires son nuestros abogados, y sin embargo, nuestro único abogado es Cristo. La justicia perfecta de los mártires es porque en su misma pasión fueron perfeccionados. Por eso no se ora por ellos en la Iglesia. Se ora por otros fieles difuntos, no se ora por los mártires: pues salieron tan perfectos, que no son nuestros protegidos, sino abogados. Y no esto en sí mismos, sino en aquel a cuya cabeza se unieron como miembros perfectos. Porque Él es verdaderamente el único abogado (1 Juan II, 1), que intercede por nosotros, sentado a la derecha del Padre (Rom. VIII, 34): pero un solo abogado, como también un solo pastor. Porque es necesario, dice, que yo traiga también a esas ovejas que no son de este redil (Juan

X, 16). ¿Para que Cristo sea pastor, y Pedro no pastor? Más bien, Pedro también es pastor, y otros como él sin ninguna duda son pastores. Porque si no es pastor, ¿cómo se le dice, Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17)? Pero sin embargo, el verdadero pastor, que apacienta sus ovejas. Porque a Pedro se le dijo, no, Apacienta tus ovejas; sino, las mías. Por tanto, Pedro no es pastor en sí mismo, sino en el cuerpo del pastor. Porque si apacentara sus propias ovejas, inmediatamente se convertirían en cabritos, a quienes apacentara.

6. Fuera de la Iglesia no se apacientan las ovejas de Cristo, sino los cabritos por los cismáticos. Voz de los donatistas. Contra esto que se le dice a Pedro, Apacienta mis ovejas; se dice en el Cantar de los Cantares, Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres. A quien se le dice, ciertamente reconocemos, y en ella también nos escuchamos. Pues la Iglesia escucha esto de Cristo, la esposa escucha del esposo: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú (Cant. I, 7). Qué mala voz, Sal. De nosotros, dice, salieron, pero no eran de nosotros (1 Juan II, 19). A esta triste voz, que es, Sal, se opone en el bien aquella voz jubilosa, Entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV, 21). Por tanto, Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, oh católica hermosa entre las herejías: si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú; pues no te expulso yo, sino sal tú. Porque de nosotros salieron, los que se separan a sí mismos, animales, no teniendo el espíritu (Judas 19). Porque no se dijo, Fueron expulsados; sino, Salieron. Esto también lo mantuvo la justicia divina en los primeros pecadores. Pues como ya inclinados por su propio peso, los dejó salir del paraíso, no los expulsó (Gén. III, 23). Si, por tanto, no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú: no te expulso yo, sal tú. Yo quiero que te sanes en mi cuerpo, tú deseas que tu podredumbre sea amputada. Esto se dijo a aquellos que se preveía que saldrían, para que puedan reconocerse y cuidarse los que permanecerán. Pues, ¿por qué salieron ellos, sino porque no se reconocieron a sí mismos? Porque si se reconocieran, verían allí que no es suyo, sino de Dios lo que dan. Yo doy: lo que doy es mío; y por eso es santo, porque yo lo doy. No te reconociste a ti mismo, por eso saliste. Pues no quisiste escuchar al que dice, Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres. Porque alguna vez eras hermosa, cuando te adherías a los miembros de tu esposo. Por tanto, no quisiste escuchar y considerar qué significa, Si no te conoces a ti misma: porque ciertamente te encontró fea, porque de fea te hizo hermosa, porque de negra te blanqueó. Pues, ¿qué tienes que no hayas recibido (1 Cor. IV, 7)? Por tanto, no advertiste cómo se dijo, Si no te conoces a ti misma, sal tú. Y pensaste que debías apacentar tus propias ovejas, no como se le dijo a Pedro, Apacienta mis ovejas. Pero mira lo que te añadió, lo que te predijo: Sal tú en las huellas de los rebaños; no del rebaño, sino de los rebaños. Pues allí se apacientan las ovejas de Cristo, donde hay un solo rebaño y un solo pastor. Sal, por tanto, tú en las huellas de los rebaños, divisible, dividida, desgarrada; sal tú en las huellas de los rebaños: y apacienta tus cabritos; no como Pedro, mis ovejas, sino tus cabritos: en las tiendas de los pastores, no en la tienda del pastor. Pedro entra por la caridad, tú sales por la animosidad: porque Pedro se reconoció a sí mismo, por eso lloró por haber presumido de sí mismo, y mereció encontrar al que ayuda: por eso sal tú. Él mis ovejas, tú tus cabritos. Él en la tienda del pastor, tú en las tiendas de los pastores. ¿Por qué, entonces, te jactas de tu mala pena, que no tienes una buena causa?

7. Los mártires deben ser honrados en la unidad de la Iglesia. Por tanto, honremos a los mártires dentro de la tienda del pastor, en los miembros del pastor, teniendo gracia, no audacia; piedad, no temeridad; constancia, no obstinación; recolección, no división. Por tanto, si queréis imitar a los verdaderos mártires, elegid una causa para vosotros, para que digáis al Señor: Júzgame, Señor, y discierne mi causa de la gente no santa (Salmo XLII, 1). Discierne, no mi pena; pues esta la tiene también la gente no santa; sino mi causa, que no la tiene sino la

gente santa. Por tanto, elegid una causa para vosotros, mantened una causa buena y justa, y con la ayuda del Señor no temáis ninguna pena. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCLXXXVI. En el Natalicio de los mártires Protasio y Gervasio.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Mártires en griego, en latín Testigos. No todo el que cree en Cristo es testigo de Cristo hasta la muerte. Tres grados de creyentes. Mártires, es un nombre griego, pero ya este nombre es usado como latino por costumbre: en latín, sin embargo, se llaman Testigos. Por tanto, hay mártires verdaderos, hay falsos: porque hay testigos verdaderos, hay falsos. Pero dice la Escritura, El testigo falso no quedará impune (Prov. XIX, 5 y 9). Si el testigo falso no quedará sin castigo, tampoco el testigo verdadero sin corona. Y fue fácil, ciertamente, para el Señor Jesucristo y la verdad, porque es Dios, dar testimonio; pero hasta la muerte, fue una gran obra. Hubo algunos, que el Evangelio señala, príncipes de los judíos, que creyeron en el Señor Jesús: pero por los judíos, dice, no se atrevían a confesar públicamente. Y enseguida se añadió una nota a la cabeza; pues el Evangelista dijo a continuación, Amaron más la gloria de los hombres que la de Dios (Juan XII, 43). Por tanto, hubo quienes se avergonzaron de confesar a Cristo ante los hombres: pero hubo otros ya mejores, que no se avergonzaron de confesar a Cristo ante los hombres, pero no pudieron confesarlo hasta la muerte. Porque estos son dones de Dios: y a veces se nutren gradualmente en el alma.

CAPÍTULO II.

Atended primero, y comparad a estos tres testigos entre sí: uno que cree en Cristo, y apenas susurra tímidamente a Cristo; otro que cree en Cristo, y confiesa públicamente a Cristo; un tercero que cree en Cristo, y está dispuesto en su confesión a morir por Cristo. El primero es tan débil, que lo vence la vergüenza, no el temor: el segundo ya tiene un rostro firme, pero aún no hasta la sangre: el tercero lo tiene todo, para que no quede nada más que esperar. Pues cumple lo que está escrito, Lucha por la verdad hasta la muerte (Eclesiástico IV, 33).

2. Pedro antes de la muerte del Señor más débil que los mártires y algunas doncellas. Pedro muere negando la vida. ¿Qué decimos de Pedro? Predicó a Cristo, fue enviado, evangelizó aún antes de la pasión del Señor. Pues sabemos que los Apóstoles fueron enviados a predicar el Evangelio: fue enviado, y predicó. ¿Cuánto había vencido a aquellos judíos, que temían confesar públicamente? Pero aún no era como Protasio y Gervasio. Ya era apóstol, era el primero, estaba adherido al Señor. Se le había dicho, Tú eres Pedro (Mat. XVI, 18): pero aún no era Protasius o Gervasius, aún no era Esteban, aún no era Nemesianus niño; aún no era Pedro, lo que la debilidad femenina de algunas mujeres, lo que Crispina, lo que Inés; aún no era Pedro, lo que la debilidad femenina de estas.

CAPÍTULO III.

Alabo a Pedro: pero primero me avergüenzo por Pedro. ¡Qué alma tan pronta! pero sin saber medirse a sí misma. Pues ciertamente si no fuera pronta, no diría al Salvador, Moriré por ti. Aunque sea necesario que muera contigo, no te negaré (Id. XXVI, 35). Pero el médico que sabía inspeccionar la vena del corazón, predijo el peligro de la fiebre. Tú, dijo, ¿pones tu vida por mí? Reconoce el orden. Yo primero pongo. ¿Tú pones tu vida por mí? Amén te digo, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces (Juan XIII, 37, 38). El médico predijo lo que el enfermo no sabía. Por tanto, el enfermo se encontró a sí mismo habiendo presumido falsamente, cuando fue preguntado, ¿Tú eres de ellos? (Mat. XXVI, 69). La criada que

preguntó, fue la fiebre. He aquí que la fiebre ha llegado, he aquí que se aferra: ¿qué diré? He aquí que está en peligro, he aquí que muere Pedro. ¿Qué es otra cosa que morir, sino negar la vida? Negó a Cristo, negó la vida, murió. Pero aquel que resucita a los muertos, el Señor lo miró, y lloró amargamente (Luc. XXII, 61, 62). Negando pereció, llorando resucitó. Y el Señor murió primero por él, como debía ser: y después murió Pedro por el Señor, como el mismo orden lo requería: y siguieron los mártires. El camino espinoso fue primero allanado, y pisoteado por los pies de los Apóstoles, hecho más suave para los que seguirían.

CAPÍTULO IV.

3. Los mártires afirman más a Cristo muertos, que vivos. Su muerte es preciosa. Como con semilla de sangre, la tierra fue llenada de mártires, y de esa semilla surgió la cosecha de la Iglesia. Afirmaron más a Cristo muertos, que vivos. Hoy afirman, hoy predicán: la lengua calla, los hechos resuenan. Eran apresados, atados, encerrados, llevados, torturados, quemados, apedreados, golpeados, entregados a las bestias. En todas sus muertes eran ridiculizados como viles: pero preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). Entonces era preciosa solo a los ojos del Señor, ahora también a nuestros ojos. Pues entonces, cuando era un oprobio ser cristiano, la muerte de los santos era vil a los ojos de los hombres: eran detestados, considerados execrables; se les lanzaban como maldiciones. Así mueras, así seas crucificado, así seas quemado. Ahora, ¿qué fiel no desea estas maldiciones?

CAPÍTULO V.

4. La revelación de Protasio y Gervasio ilustrada por milagros. Celebramos, por tanto, en este día, hermanos, la memoria colocada en este lugar de los santos Protasio y Gervasio, mártires de Milán. No el día en que fueron colocados aquí, sino el día que celebramos hoy, cuando fue encontrada preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus santos por el obispo Ambrosio, hombre de Dios: de cuya gloria de los mártires yo también fui testigo. Estaba allí, estaba en Milán, conozco los milagros realizados, con Dios atestiguando las preciosas muertes de sus santos: para que por esos milagros ya no solo fuera preciosa a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres. Un ciego muy conocido por toda la ciudad fue iluminado, corrió, se hizo llevar, regresó sin guía. Aún no hemos oído que haya muerto: tal vez aún vive. En la misma basílica donde están sus cuerpos, se dedicó a servir toda su vida. Nos alegramos de verlo, lo dejamos sirviendo.

5. Por los mártires no se da salud a todos, pero a sus imitadores se les da inmortalidad. El enfermo no es escuchado según su voluntad, sino para su salud. Dios no cesa de atestiguar: y sabe cómo debe recomendar sus propios milagros. Sabe actuar, para que sean magnificados: sabe actuar, para que no se vuelvan vulgares. No da salud a todos por los mártires: pero promete inmortalidad a todos los imitadores de los mártires. Que no se dé a todos, no lo busque quien no lo recibe; ni murmure contra Él porque no lo da, para que dé lo que prometió al final. Pues incluso los que ahora son sanados, después de un tiempo a veces mueren: los que resucitan al final, vivirán con Cristo.

CAPÍTULO VI.

Praecessit caput, exspectat membra secutura: implebitur totum corpus, Christus et Ecclesia. Ibi nos computet scriptos: et in hac vita quod expedit det. Novit enim ille quid expediat filiis suis. Si ergo vos, inquit, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris; quanto magis Pater

vester qui in coelis est, dabit bona petentibus se (Matth. VII, 11)? Quae bona? numquid temporalia? Dat et ipsa; sed et infidelibus dat. Dat et ipsa; sed et impiis dat, sed et blasphematoribus suis dat. Bona quaeramus, quae non nobis sint cum malis communia. Novit ille Pater dare ista bona filiis suis. Modo petit ab illo filius suus sanitatem corporis: et non dat, adhuc flagellat. Sed numquid pater, quando flagellat, non praestat? Profert flagellum, sed cogita quale praeparet patrimonium. Flagellat, inquit, omnem filium quem recipit. Quam enim diligit Dominus, corripit (Hebr. XII, 6). Ideo ista dico, fratres mei, ne contristemini quando petitis, et non accipitis, et arbitremini quod ante oculos vos non habeat Deus, si ad tempus non exaudiat voluntatem vestram. Non enim semper aegrum exaudit medicus ad voluntatem, quamvis ejus sine dubio procuret atque appetat sanitatem. Non dat quod petit: sed quod non petit, hoc procurat. Petit frigidam, non dat. Crudelis factus est, qui venit sanare? Artis est, non crudelitatis. Non dat ad horam quod delectat: ut sanus possit omnia, nondum sano negantur aliqua.

CAPÍTULO VII.

6. Martyribus et Machabaeis plus praestitum, quam tribus pueris ab igne liberatis. Considerate promissiones Dei. Istis ipsis martyribus quid, putatis quia omne quod postulaverunt dedit? Non. Multi se optaverunt dimitti, et cum aliquo miraculo dimitti, quomodo dimissi sunt tres pueri de camino. Qualis vox regis Nabuchodonosor? Quoniam, inquit, speraverunt in eum, et verbum regis immutaverunt. Quale testimonium perhibet, qui conabatur occidere? Incendi illos voluit, qui postea per illos credidit. Si illi in igne morerentur, occulte coronarentur, huic non prodesset. Ideo ad tempus servati sunt, ut crederet infidelis, ut laudaret Deum, qui damnaverat illos. Ipse fuit Deus trium puerorum, qui fuit Deus Machabaeorum. Illos de igne liberavit (Dan. III, 95), illos in igne mori fecit (II Machab. VII). Mutatus est? Plus illos quam illos diligebat? Major corona data est Machabaeis. Certe illi evaserunt ignes, sed ad pericula istius saeculi servati sunt: illi in ignibus omnia pericula finierunt. Non ulterius restabat ulla tentatio, sed sola coronatio. Ergo plus acceperunt Machabaei.

CAPÍTULO VIII.

Excutite fidem vestram, oculos cordis proferte, nolite humanos: habetis enim alios intus, quos vobis Dominus fecit, qui vobis oculos cordis aperuit, quando fidem dedit. Ipsos oculos interrogate: qui plus acceperunt, Machabaei, an tres pueri? Fidem interrogo. Homines saeculi hujus amatores si interrogem: Ego inter tres pueros volebam esse, dicit mihi anima infirma. Erubescere matri Machabaeorum, quae voluit filios suos ante se mori, quia sciebat non mori.

7. Libelli de miraculis martyrum lecti in Ecclesia. Martyrium in lecto. Ego aliquando memoror de libellis miraculorum martyrum, quae in conspectu vestro leguntur. Ante dies lectus est quidam libellus, ubi cuidam aegrotae quae doloribus acerrimis torquebatur, cum dixisset, Ferre non possum; ait illi ipse martyr qui sanare venerat: Quid, si martyrium duceres? Multi ergo ducunt martyrium in lecto: prorsus multi. Est quaedam persecutio satanae, occultior et astutior quam tunc fuit. Jacet fidelis in lecto, torquetur doloribus, orat, non exauditur: imo exauditur, sed probatur, sed exercetur, sed ut recipiatur filius, flagellatur. Ergo cum torquetur doloribus, venit linguae tentatio, accedit ad lectum aut muliercula aliqua, aut vir, si vir dicendus est; et dicit aegroti, Fac illam ligaturam, et sanus eris: adhibeatur illa praecantatio, et sanus eris. Ille et ille et ille, interroga, sani inde facti sunt. Non cedit, non obtemperat, non cor inclinat; certat tamen. Vires non habet, et diabolus vincit. Fit martyr in lecto, coronante illo qui pro illo pependit in ligno.

SERMO CCLXXXVII. In Natalis S. Joannis Baptistae, qui est VIII calendas julii.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Natalis dies Christi tantum et Joannis ab Ecclesia celebratus. Prolixa narratio, sed compensatur labor auditoris dulcedine veritatis. Illustrem nativitatem beatissimi Joannis praeconis et praecursoris Christi, cum sanctum Evangelium legeretur, audivimus. Hinc attendat Charitas vestra, quam magni hominis nativitas facta sit. Natalis dies carnis nulli Prophetarum, nulli Patriarcharum, nemini Apostolorum celebravit Ecclesia: solos duos Natales celebrat, hujus et Christi. Tempora ipsa quibus nati sunt ambo, magnum mysterium praefigurant. Joannes magnus erat homo, sed homo. Tam magnus autem erat homo, ut quidquid plus illo esset, Deus esset. Qui post me venit, major me est (Matth. II, 11). Dixit hoc Joannes: Ipse major me est. Si major te est, quid est quod ipsum majorem te, audivimus dicentem, In natis mulierum nemo exsurrexit major Joanne Baptista (Id. XI, 11)? Si nemo hominum est te major, quid est ille qui te major est? Quis sit, vis audire? In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.

2. Christus hic diem habet natalem ut homo, non ut Deus. Et quomodo Verbum Dei Deus, per quod facta sunt omnia, quod natum est sine initio temporis, per quod facta sunt tempora, diem natalem invenit in tempore? Quomodo, inquam, Verbum per quod facta sunt tempora, diem natalem invenit in tempore? Quaeris quomodo? Audi ipsum Evangelium: Verbum caro factum est, et habitavit in nobis (Joan. I, 1, 14). Natalis Christi natalis est carnis, non Verbi: sed ideo natalis est Verbi, quia Verbum caro factum est. Natum est Verbum, sed in carne natum est, non in se. In se autem est quidem a Patre, sed diem natalem non habet in tempore.

CAPÍTULO II.

3. Mirabilis utraque nativitas, Christi et Joannis, licet tanta sit inter eos distantia. Natus est Joannes, natus est et Christus: annuntiatus Joannes ab angelo, annuntiatus Christus ab angelo. Utrumque magnum miraculum. Servum praecursorem parit sterilis de sene viro, Dominum possessorem parit virgo sine viro. Magnus homo Joannes: sed plus quam homo Christus; quia et homo et Deus. Magnus homo; sed humiliandus erat homo, ut exaltaretur Deus. Denique quia humiliandus erat homo, audi ipsum hominem: Non sum dignus corrigiam calceamenti ejus solvere (Joan. I, 27). Si se dignum diceret, quantum se humiliaret? Nec hoc se dixit dignum. Omnino prostravit se, et prostravit se sub petra. Lucerna enim erat (Id. V, 35), et vento superbiae timebat exstingui.

CAPÍTULO III.

4. Christi et Joannis in die natali et in passione differentia quid significavit. Denique quia humiliandus erat omnis homo Christo, ac per hoc et Joannes; et quod exaltandus erat Deus homo Christus, demonstravit et dies natalis, et genera passionum. Natus est Joannes hodie: ab hodierno minuuntur dies. Natus est Christus octavo calendas januiarias: ab illo die crescunt dies. Joannes in passione capite est diminutus, Christus in ligno est exaltatus. Quam bene nuntiatus est virgini Mariae, quam vere, quam sancte: Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco? Credebat, sed modum quaerebat. Et quid audivit? Spiritus sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi, ipse Spiritus sanctus, id est, virtus Altissimi obumbrabit tibi. Et propterea hoc quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei (Luc. I, 34 et 35). Virtus Altissimi obumbrabit tibi. Erit in te conceptus, libido non erit concupiscentiae. Non erit aestus, ubi umbram facit Spiritus sanctus. Sed quia corpori nostro sunt aestus, sufficiant haec charitati vestrae: bene cogitata plura erunt.

SERMO CCLXXXVIII. In Natali Joannis Baptistae, II. De voce et verbo.

1. Celebritas nativitatis S. Joannis. Diei hodiernae festività anniversario reditu memoriā renovat, natum esse Domini praecursorem ante mirabilem mirabiliter; cujus nativitatem considerare nos et laudare maxime hodie convenit. Ad hoc enim et dies anniversarius huic miraculo dedicatus est, ut beneficia Dei et excelsi magnalia non deleat oblivio de cordibus nostris. Joannes ergo praeco Domini missus ante illum, sed factus per illum. Omnia enim per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil. Missus homo ante hominem Deum, agnoscens Dominum suum, annuntians Creatorem suum; jam in terra praesentem mente discernens, digito ostendens. Ipsius enim verba sunt ostendentis Dominum et testimonium perhibentis, Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi (Joan. I, 3, 29). Merito ergo sterilis peperit praeconem, virgo judicem. In matre Joannis sterilitas accepit fecunditatem: in matre Christi fecunditas non corrumpit integritatem. Si vestra patientia, et quietum studium, et attentum silentium praebeat mihi copiam, adjuvante Domino, dicere quod donat ut dicam; erit procul dubio fructus attentionis vestrae, et operae pretium studii nostri, ut aliquid quod ad magnum sacramentum pertineat, insinuem auribus et cordibus vestris.

2. Joannes plus quam propheta, se abjecto Christum commendat. Fuerunt Prophetæ ante Joannem, et multi, et magni, et sancti, digni Deo, Deo pleni, Salvatoris praenuntiatores; veritatis attestatores. Verumtamen de nullo eorum dici potuit, quod dictum est de Joanne: In natis mulierum nemo exsurrexit major Joanne Baptista (Matth. XI, 11). Quid ergo sibi vult ista magnitudo praemissa ante magnum? Ad testimonium magnae humilitatis. Tam enim magnus erat, ut Christus posset putari. Posset Joannes abuti errore hominum, et non laborare persuadere se esse Christum, quia hoc jam illi, qui eum audiebant et videbant, illo non dicente putaverant. Non erat ei opus seminare errorem, sed confirmare. At ille sponsi amicus humilis, sponso zelans, non se pro sponso adulterum supponens, perhibet testimonium amico suo, et eum qui vere sponsus erat, sponsae commendat: ut ametur in illo, odit se amari pro illo. Qui habet, inquit, sponsam, sponsus est. Et quasi diceret, Quid tu? Amicus autem, inquit, sponsi stat, et audit eum, et gaudio gaudet propter vocem sponsi (Joan. III, 29). Stat, et audit: discipulus audit magistrum; quia audit, stat; quia si non audit, cadit. Hinc magnitudo Joannis maxime commendatur; quia cum posset putari Christus, maluit Christo, testimonium perhibere, illum commendare; se humiliare, quam pro ipso accipi, et a se decipi. Merito dictus est amplius quam propheta. De Prophetis enim, qui fuerunt ante adventum Domini, Dominus ipse ita loquitur: Multi Prophetæ et justi voluerunt videre quae vos videtis, et non viderunt (Matth. XIII, 17). Etenim illi qui implebantur Spiritu Dei, ut annuntiarent Christum venturum, concupiscebant, si fieri posset, in terra videre praesentem. Unde Simeon ille differebatur exire de saeculo, ut videret natum, per quem conditum est saeculum (Luc. II, 25, 26). Et ille quidem infantem vidit Verbum Dei in carne: sed nondum docebat, nondum magistri personam professus erat, qui jam apud Patrem Angelis magister erat. Simeon ergo vidit, sed infantem: Joannes autem jam praedicantem, jam discipulos eligentem. Ubi? Ad flumen Jordanis. Inde enim coepit magisterium Christi. Ibi Baptismus Christi commendatus est futurus: quia susceptus est baptismus praeveniens, et viam parans, et dicens, Parate viam Domino, rectas facite semitas ejus (Matth. III, 3). Baptizari enim voluit Dominus a servo, ut viderent quid accipiunt qui baptizantur a Domino. Inde ergo coepit, unde merito prophetia praecesserat: Dominabitur a mari usque ad mare, et a flumine usque ad terminos orbis terrae (Psal. LXXI, 8). Ad ipsum flumen, unde coepit dominari Christus, vidit Joannes Christum, cognovit, testimonium perhibuit. Magno se humiliavit, ut a magno exaltaretur humilis. Et se amicum sponsi dixit: et qualem amicum? fortassis aequalem? Absit: longe infra. Quantum longe? Non sum dignus, ait, corrigiam calceamenti ejus solvere (Marc. I, 7). Hic propheta, imo amplius quam propheta, praenuntiari meruit per prophetam. De illo namque dixit Isaías,

quod hodie nobis lectum est, «Vox clamantis in deserto, Parate viam Domini, rectas facite semitas ejus. Omnis vallis implebitur, et omnis mons et collis humiliabitur; et erunt tortuosa in directum, et aspera in vias planas; et videbit omnis caro salutare Dei. Exclama: Quid exclamabo? Omnis caro fenum, et omnis claritas ejus ut flos feni: fenum aruit, flos decidit: Verbum autem Domini manet in aeternum» (Isai. XL, 3-8). Attendat Charitas vestra. Joannes interrogatus quis esset, utrum Christus esset, utrum Elias, utrum propheta, Non sum, inquit, Christus, nec Elias, nec propheta. Et illi, Quis ergo es? Ego sum vox clamantis in deserto. Vocem se dixit. Habes Joannem vocem. Quid habes Christum, nisi Verbum? Vox praemittitur, ut Verbum postea intelligatur. Et quale Verbum? Audi illud tibi clare ostendentem, «In principio,» inquit, «erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum: hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil» (Joan. I, 20, 21, 1, 2, 3). Si omnia, et Joannes. Quid miramur, si Verbum fecit sibi vocem? Vide, vide utrumque ad flumen, et vocem et Verbum. Vox Joannes, Verbum Christus.

3. La diferencia entre voz y palabra. Indaguemos qué diferencia hay entre voz y palabra: indaguemos con atención; no es un asunto pequeño, ni requiere poca atención. El Señor concederá que ni yo me canse al explicar, ni vosotros al escuchar. He aquí dos cosas, voz y palabra. ¿Qué es la voz? ¿Qué es la palabra? ¿Qué? Escuchad lo que podéis comprobar en vosotros mismos, y responded a vosotros mismos cuando os preguntéis. La palabra, si no tiene un significado, no se llama palabra. La voz, sin embargo, aunque solo suene y resuene irracionalmente, como el sonido de alguien que grita, no de alguien que habla, puede llamarse voz, pero no puede llamarse palabra. Alguien gime, es voz: se lamenta, es voz. Es un sonido informe, que lleva o introduce ruido en los oídos sin ninguna razón de entendimiento. La palabra, sin embargo, si no significa algo, si no lleva algo a los oídos y otra cosa a la mente, no se llama palabra. Así pues, como decía, si gritas, es voz: si dices, Hombre, es palabra; si dices, Animal; si, Dios; si, Mundo, o cualquier otra cosa. Todas estas voces significantes las he mencionado, no vacías, no sonantes y sin enseñar nada. Si ya habéis distinguido entre voz y palabra, escuchad lo que os asombrará en estos dos, Juan y Cristo. La palabra vale mucho incluso sin voz: la voz es vacía sin palabra. Demos razón, y lo que hemos propuesto, si podemos, expliquémoslo. He aquí que quisiste decir algo: eso mismo que quieres decir, ya está concebido en el corazón; se retiene en la memoria, se prepara con la voluntad, vive en el entendimiento. Y eso mismo que quieres decir, no pertenece a ninguna lengua. La cosa misma, que quieres decir, que ha sido concebida en el corazón, no pertenece a ninguna lengua, ni griega, ni latina, ni púnica, ni hebrea, ni de ninguna nación. Es una cosa concebida en el corazón, preparada para salir. Así pues, como dije, es una cosa, un pensamiento, una razón concebida en el corazón, preparada para salir, para insinuarse al oyente. Así, como es conocida por aquel en cuyo corazón está, es palabra, ya conocida por quien va a hablar, aún no por quien va a escuchar. He aquí, pues, la palabra ya formada, ya íntegra, permanece en el corazón: busca salir, para ser dicha al oyente. Aquel que ha concebido la palabra que va a decir, y la tiene conocida en su corazón, atiende a quien se la va a decir. Hablaré en nombre de Cristo a oídos instruidos en la Iglesia, y me atrevo incluso a insinuar algo ya más sutil, no a los inexpertos. Atienda, pues, vuestra Caridad. Ved la palabra concebida en el corazón, busca salir, para ser dicha: atiende a quien se le va a decir. ¿Encuentra a un griego? busca una voz griega, para salir hacia el griego. ¿Encuentra a un latino? busca una voz latina, para salir hacia el latino. ¿Encuentra a un púnico? busca una voz púnica, para salir hacia el púnico. Elimina la diversidad de oyentes, y esa palabra, que ha sido concebida en el corazón, no es ni griega, ni latina, ni púnica, ni de ninguna lengua. Busca una voz para salir, como la que asiste al oyente. Ahora, hermanos, para que algo se proponga que entendáis, he concebido en el

corazón decir, Dios. Esto que he concebido en el corazón, es algo grande. No son dos sílabas Dios; no es esta breve voz Dios. Quiero decir Dios, atiendo a quien se lo digo. ¿Es latino? Digo Dios. ¿Es griego? Digo Θεός. Al latino le digo Dios, al griego le digo Θεός. Entre Dios y Θεός difiere el sonido: las letras son diferentes aquí, son diferentes allí: en mi corazón, en lo que quiero decir, en lo que pienso, no hay diversidad de letras, ni sonido variado de sílabas: esto es lo que es. Para ser pronunciado al latino, se ha usado una voz; para el griego, otra. Si quisiera pronunciarlo en púnico, usaría otra; si en hebreo, otra; si en egipcio, otra; si en indio, otra. ¿Cuántas voces haría el cambio de personas del verbo del corazón, sin ningún cambio o variedad en sí mismo? Va al latino con voz latina, al griego con voz griega, al hebreo con voz hebrea. Llega al oyente, y no se aleja del hablante. ¿Acaso pierdo lo que hago en otro al decirlo? Ese sonido intermedio ha propagado algo en ti, no ha emigrado de mí. Ya pensaba en Dios: tú aún no habías escuchado mi voz; al escucharla, comenzaste también a tener lo que yo pensaba: pero yo no perdí lo que tenía. Así pues, en mí, como en el eje de mi corazón, como en el secreto de mi mente, precedió la palabra a mi voz. Aún no ha sonado la voz en mi boca, y ya está la palabra en mi corazón. Pero para que salga hacia ti lo que he concebido en el corazón, se requiere el ministerio de la voz.

4. Se necesita el ministerio de la voz para que la palabra se insinúe en la mente del oyente. Si puedo, con la ayuda de vuestra atención y oraciones, decir lo que quiero, creo que se alegrará quien entienda: pero quien no entienda, perdone al hombre que trabaja, y suplique a Dios que tenga misericordia. Pues lo que hablo también es de allí. De allí de donde hablo, está en el corazón lo que digo: pero los ministerios de las voces trabajan para vuestros oídos. ¿Qué, pues, hermanos? ¿Qué, pues? Ciertamente habéis atendido, ciertamente ya entendéis, que la palabra estaba en mi corazón, antes de que se le añadiera la voz, en la que procediera a vuestros oídos. Creo que todos los hombres entienden: porque lo que me sucede a mí, le sucede a todo hablante. He aquí que ya sé lo que quiero decir, lo tengo en el corazón, busco el ministerio de la voz; antes de que suene la voz en mi boca, ya se tiene la palabra en mi corazón. Así pues, la palabra precedió a mi voz, y en mí primero está la palabra, después la voz: pero para ti, para que entiendas, primero llega la voz a tu oído, para que la palabra se insinúe en tu mente. Pues no podrías conocer lo que estaba en mí antes de la voz, si no estuviera en ti después de la voz. Así que si Juan es la voz, Cristo es la palabra: antes de Juan, Cristo, pero con Dios; después de Juan, Cristo, pero con nosotros. Gran sacramento, hermanos. Atended, comprended la grandeza del asunto una y otra vez. Pues me deleita vuestro entendimiento, y me hace más audaz hacia vosotros, con la ayuda de aquel a quien predico, tan pequeño yo, tan grande él, hombre cualquiera el Verbo Dios. Con su ayuda, pues, me hago más audaz hacia vosotros, y con esta información previa de la distinción de voz y palabra, insinúo lo que sigue. Juan representaba la persona de la voz en el sacramento: pues no solo él era la voz. Todo hombre anunciador del Verbo es voz del Verbo. Pues lo que es el sonido de nuestra boca para la palabra que llevamos en el corazón, eso es toda alma piadosa predicatora para aquel Verbo del que se dijo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto era en el principio con Dios (Juan 1, 1-2). ¡Cuántas palabras, o más bien cuántas voces hace el verbo concebido en el corazón! ¡Cuántos predicadores hizo el Verbo permaneciendo con el Padre! Envió Patriarcas, envió Profetas, envió tantos y tan grandes anunciadores suyos. El Verbo permaneciendo envió voces, y después de muchas voces enviadas, vino el mismo Verbo como en su vehículo, en su voz, en su carne. Reúne, pues, como en uno todas las voces que precedieron al Verbo, y constitúyelas todas en la persona de Juan. Él llevaba el sacramento de todas ellas, él era la persona sagrada y mística de todas ellas. Por eso fue propiamente llamado voz, como el sello y misterio de todas las voces.

5. El ministerio de la voz disminuye, creciendo el progreso de la mente hacia el Verbo. Así que atended ya a lo que se refiere, Es necesario que él crezca, y yo disminuya. Atended, si puedo expresarlo; si no lo digo, insinuarlo, pero al menos pensaré lo suficiente, de qué manera, con qué razón, con qué intención, con qué causa, según la distinción que he hablado de la voz y el verbo, dijo la misma voz, el mismo Juan, Es necesario que él crezca, y yo disminuya (Juan 3, 30). ¡Oh gran y maravilloso sacramento! Atended a la persona de la voz, en cuya persona estaban los sacramentos de todas las voces, diciendo de la persona del Verbo, Es necesario que él crezca, y yo disminuya. ¿Por qué? Atended. El apóstol dice, En parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará (1 Cor. 13, 9-10). ¿Qué es lo perfecto? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Esto es lo perfecto. ¿Qué es lo perfecto? Que lo diga también el apóstol Pablo, Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse (Filip. 2, 6). A este igual a Dios Padre, a este Verbo de Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, lo veremos tal como es, pero al final. Pues ahora, lo que dice el evangelista Juan, "Amadísimos, somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Amadísimos, sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Esta visión se nos promete, para esta visión somos instruidos, para esta visión purificamos nuestros corazones. Bienaventurados, dice, los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8). Mostró su carne, la mostró a los siervos, pero la forma de siervo; como su propia voz, entre muchas voces, que envió antes, mostró también su carne. Se buscaba al Padre, como si ya él mismo se viera tal como es: el Hijo igual al Padre, en forma de siervo hablaba a los siervos. Señor, le dice Felipe, muéstranos al Padre, y nos basta. Buscaba el fin de toda su intención, esto es, el término de su progreso, al que cuando llegara, ya no buscaría nada más. Muéstranos, dice, al Padre, y nos basta. Bien, Felipe, bien, entiendes muy bien que el Padre te basta. ¿Qué es nos basta? No buscarás más: te llenará, te saciará, te perfeccionará. Pero mira si acaso te basta también este a quien escuchas. ¿Te basta solo, o con el Padre? Pero ¿cómo solo, cuando nunca se separa del Padre? Así que responda a Felipe que quiere ver: Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14, 8-9). ¿Qué es, Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre; sino, Tú no me has visto, por eso buscas al Padre? Felipe, el que me ha visto, ha visto al Padre. Pero tú me ves, y no me ves. No ves, en efecto, a quien te hizo; pero ves lo que me hice por ti. El que me ha visto, dice, ha visto al Padre. ¿De dónde, sino porque en forma de Dios no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse? ¿Qué veía, pues, Felipe? Lo que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en condición como hombre (Filip. 2, 6-7). Esto veía Felipe, la forma de siervo, futuro libre para la forma de Dios. Así que la persona de todas las voces es Juan, la persona del Verbo es Cristo. Todas las voces necesariamente deben disminuir, cuando progresamos para ver a Cristo. Cuanto más progresas para ver la sabiduría, tanto menos necesitas la voz. Voz en los Profetas, voz en los Apóstoles, voz en los Salmos, voz en el Evangelio. Venga aquello, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Cuando lo veamos tal como es, ¿acaso se recitará allí el Evangelio? ¿Acaso escucharemos profecías? ¿Acaso leeremos las Epístolas de los Apóstoles? ¿Por qué? Porque las voces cesan, creciendo el verbo: porque Es necesario que él crezca, y yo disminuya. Y el Verbo en sí mismo ni crece, ni disminuye en sí. En nosotros, sin embargo, se dice que crece, cuando progresando en él crecemos: como crece la luz en los ojos, cuando con la agudeza fortalecida se ve más, que con la agudeza debilitada ciertamente se veía menos. Y era menor para los ojos enfermos, mayor es para los ojos sanos: cuando ella en sí misma ni antes se había disminuido, ni después ha crecido. Así pues, el ministerio de la voz disminuye, cuando se hace el progreso de la mente hacia el Verbo. Así es necesario que Cristo crezca, y Juan disminuya. Esto lo indican sus pasiones. Pues Juan fue

disminuido, decapitado; Cristo fue exaltado, creció como en la cruz. Esto lo indican sus días natales. Pues desde el Natalicio de Juan comienzan las disminuciones de los días; desde el de Cristo, se renuevan los aumentos.

SERMON CCLXXXIX. En el Natalicio de Juan Bautista, III.

1. Juan no nació sin causa tan maravillosamente y tan grande. La causa de nuestra célebre congregación de hoy es el Natalicio de Juan Bautista, cuyo maravilloso concepción y nacimiento escuchamos cuando se leía el Evangelio. Gran misterio, hermanos míos: la madre de Juan era estéril y anciana, el padre viejo; en ambos, la posteridad estaba completamente desesperada. Pero porque para Dios nada es imposible, se prometió un hijo al que no creía. Se le quitó la voz al padre, a quien le faltó la fe: ya estaba escrito, Creí, por eso hablé (Salmo 115, 10). No creyó, y no habló. Mientras tanto, también una virgen concibió, y este es un milagro sublime y mucho más excelente. La estéril concibe al heraldo, la virgen al juez. Juan de varón y mujer, Cristo de sola mujer. ¿Se comparará acaso Juan con Cristo? De ninguna manera. Sin embargo, no sin razón precedió uno tan grande a otro tan grande. Pues si, con el poder del Señor Dios nuestro, dignándose y donando a mi intento, puedo explicar lo que siento, ni mi humildad será abandonada, ni vuestra expectativa defraudada. Pero si no puedo explicar lo que siento, el Señor Dios nuestro suplirá en vuestros corazones lo que quizás me haya sido retirado por mi debilidad. Esto lo he dicho de antemano, porque yo sé lo que quiero decir, vosotros no lo sabéis; y ya siento cuál es la dificultad en exponerlo. Sin embargo, debía ser recomendado a vosotros, para que en vuestra misma intención podáis orar por nosotros.

2. Juan solo hombre, Cristo Dios y hombre. A un hombre concibió Isabel, a un hombre María: Isabel madre de Juan, María madre de Cristo: pero Isabel solo hombre, María Dios y hombre. Es una cosa maravillosa cómo pudo concebir la criatura al Creador. ¿Qué se debe entender, pues, hermanos míos, sino que él mismo se hizo carne de sola madre, quien hizo al primer hombre sin padre y madre? Nuestra primera caída fue cuando la mujer por la que morimos, concibió en el corazón el veneno de la serpiente. Pues la serpiente persuadió al pecado, y fue admitido el mal consejero. Si nuestra primera caída fue cuando la mujer concibió en el corazón el veneno de la serpiente; no es de extrañar que nuestra salvación se haya hecho cuando la mujer concibió en el vientre la carne del Omnipotente. Ambos sexos habían caído, ambos debían ser restaurados. Por una mujer fuimos enviados a la perdición, por una mujer se nos devolvió la salvación.

3. Juan, un hombre tan excelente, que se pensó que era Cristo. Testimonio de Juan sobre sí mismo y sobre Cristo. ¿Qué quiere decir Juan entonces? ¿Por qué fue interpuesto? ¿Por qué fue enviado antes? Lo diré si puedo. Nuestro Señor Jesucristo dijo de Juan: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista" (Mateo XI, 11). Si se compara a Juan con los hombres, él supera a todos, no siendo vencido sino por Dios hecho hombre. Juan fue enviado antes del Señor. Tal era su excelencia, tal su gracia, que se pensó que él mismo era Cristo. Los judíos esperaban a Cristo; porque incluso en los mismos profetas, que ellos mismos leyeron, Cristo fue anunciado. Esperaban al ausente, mataron al presente: cuando piensan que no es él, ellos fallaron, y él permaneció. Sin embargo, no todos fallaron, y muchos de los judíos creyeron. Así que, como se esperaba a Cristo, vean la gloria de Juan: pues cuando en él se advertía tanta gracia, cuando bautizaba en penitencia y preparaba el camino al Señor como un precursor enviado, los judíos enviaron a él y le dijeron: "¿Quién eres tú? ¿Eres tú Elías, o el profeta? ¿O eres tú el Cristo?" "No soy", dijo, "Cristo, ni Elías, ni el profeta". Y le preguntan: "¿Quién eres tú?" Él respondió: "Yo soy la voz del que clama en el desierto" (Juan I, 21-23). Juan respondió a los judíos que preguntaban quién era, y ya

comenzaban a pensar que él mismo era Cristo: "Yo soy la voz del que clama en el desierto". Han escuchado, si han estado atentos, la lectura profética que primero se recitó. Allí está escrito: "Voz del que clama en el desierto, preparen el camino del Señor, enderecen sus sendas. Todo valle será llenado, y todo monte y colina será rebajado, y lo torcido será enderezado, y lo áspero será allanado; y toda carne verá la salvación de Dios". Luego el Señor dijo por medio del profeta: "Clama; y dije, ¿Qué clamaré? Y el Señor allí con el profeta: Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo: la hierba se seca, y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre" (Isaías XL, 3-8). Juan dijo: "Yo soy la voz del que clama en el desierto, preparen el camino del Señor": esto es decir, de mí fue predicho por el profeta que yo sería el que clama en el desierto. Por tanto, a Juan le corresponde decir: "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo: la hierba se seca, y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre". La Palabra es concebida en el vientre de la virgen; la voz clama en el desierto la Palabra. La voz, si no es palabra, es un ruido fuerte para los oídos; pues ni siquiera esto podría decirse con certeza. Toda palabra es voz, no toda voz es palabra. Si un hombre grita con la boca abierta tanto como puede, es voz, no es palabra. Pero, ¿cuál es la voz que se llama palabra? Donde se entiende algo, la voz es significativa de la palabra. Pero he aquí que aún no suena, quiero decir algo, ya es palabra en mi corazón. La palabra está en el corazón, y aún no es voz en la boca. Por tanto, puede haber palabra sin voz, y puede haber voz sin palabra. Añade voz a la palabra, la palabra sale al conocimiento. ¿Qué es entonces Cristo para María? Palabra oculta. La voz fue enviada antes para preceder a la Palabra. ¿Qué es Juan? La voz del que clama en el desierto. ¿Qué es Cristo? En el principio era la Palabra (Juan I, 1). ¿Qué eres tú, voz? ¿Qué eres tú, hombre? Toda carne es hierba, y toda la gloria del hombre como flor del campo: la hierba se seca, y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre. Aférrate a la Palabra; porque por ti la Palabra asumió la hierba. La Palabra encarnada es Cristo. Pero toda carne es hierba, y todo honor de la carne como flor del campo: despreciemos lo presente, esperemos lo futuro. Todo valle será llenado, toda humildad será exaltada: y todo monte y colina será rebajado, toda soberbia será derribada. Baja los montes, llena los valles, y se ha hecho la igualdad del campo. Dame ricos y honorables de la flor del campo; que ellos escuchen: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago IV, 6). Dame pobres desesperados, conscientes de su debilidad; que no desesperen, crean en aquel que vino por todos. Que aquellos sean levantados, que estos sean oprimidos. Que aquel que viene encuentre un campo, no una piedra donde tropiece su pie. Por eso decía Juan: "Preparen el camino del Señor"; no para mí, sino para el Señor; por quien fui enviado, no porque yo sea.

4. Juan evita la usurpación soberbia del nombre de Cristo. Pero dicen los judíos: "¿Eres tú el Cristo?" Si él no fuera un valle que debe ser llenado, sino un monte que debe ser rebajado, habría encontrado la ocasión de engañar. Pues ellos querían oír de él lo que creyeran. Tanto admiraban su gracia, que lo que dijera, sin duda lo creerían. He aquí que había encontrado la ocasión de engañar al género humano: si dijera, "Yo soy Cristo", ellos lo creerían. Si se jactara con un nombre ajeno, perdería su propio mérito. Si se jactara como Cristo, ¿no se respondería a sí mismo, "¿Por qué te exaltas? Toda carne es hierba, y su gloria como flor del campo: la hierba se seca, la flor se cae. Entiende qué permanece para siempre: pero la palabra del Señor permanece para siempre". Se reconoció a sí mismo: con razón el Señor lo llamó lámpara. El Señor dijo esto de Juan: "Él era la lámpara ardiente y brillante, y ustedes quisieron regocijarse por un tiempo en su luz" (Juan V, 35). Pero, ¿qué dice el evangelista Juan de él? "Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino como testigo, para dar testimonio de la luz; él no era la luz". ¿Quién? Juan el Bautista. ¿Quién dice esto? Juan el Evangelista: "Él no era la luz, sino para dar testimonio de la luz". Tú dices, "Él no era la luz": de quien dice la misma luz, "Él era la lámpara ardiente y brillante". Pero sé,

dice, qué tipo de luz digo; sé en comparación con qué luz no es lámpara luz. Escucha lo que sigue: "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 6-9). Juan no ilumina a todo hombre, Cristo ilumina a todo hombre. Y Juan se reconoció lámpara, para no ser apagado por el viento de la soberbia. La lámpara puede ser encendida y apagada. La palabra de Dios no puede ser apagada, la lámpara siempre puede.

5. Juan, precursor máximo hombre, para que Cristo sea reconocido más que hombre. Fue enviado, por tanto, el más alto, hombre, para dar testimonio de aquel que es más que hombre. Pues cuando aquel, de quien no ha surgido nadie mayor entre los nacidos de mujer, dice, "No soy yo el Cristo", y se humilla ante Cristo, se debe entender algo más que hombre. Pues si buscas al hombre más alto, Juan, Cristo es más que hombre; así entiende al precursor, para que busques al juez; así escucha al heraldo, para que temas al juez. Fue enviado, predijo que vendría. ¿Y qué testimonio da Juan de Cristo? Escucha qué: "De quien no soy digno de desatar la correa de su calzado" (Juan I, 27). ¿Entendiste, hombre, qué hacer? Todo el que se humilla, será exaltado (Lucas XIV, 11). ¿Qué, entonces, de Cristo? Todos nosotros hemos recibido de su plenitud (Juan I, 16). ¿Qué significa, "Todos nosotros"? Por tanto, los patriarcas, y los profetas y los santos apóstoles, ya enviados antes de la encarnación, o enviados por el encarnado, todos nosotros hemos recibido de su plenitud. Nosotros somos vasos, él es la fuente. Por tanto, si entendemos el misterio, hermanos míos, Juan es hombre, Cristo es Dios: que el hombre se humille, y que Dios sea exaltado. Para que el hombre se humille, Juan nació el día en que los días comienzan a decrecer. Para que Dios sea exaltado, Cristo nació el día en que los días comienzan a crecer. Gran sacramento. Por eso celebramos el nacimiento de Juan, como el de Cristo, porque ese nacimiento está lleno de misterio. ¿Qué misterio? De nuestra altura. En el hombre disminuimos, en Dios crezcamos. En nosotros humillémonos, para que en él seamos exaltados. El sacramento de esta gran cosa se cumplió en las pasiones de ambos. Para que el hombre disminuyera, Juan perdió la cabeza: para que Dios fuera exaltado, Cristo fue colgado en el madero. Juan fue enviado para que lo imitemos, y nos aferremos a la Palabra. Por mucho que se jacte la soberbia humana, de cualquier excelencia de santidad, ¿quién será como Juan? Quienquiera que seas que te crees grande, no serás como Juan. Aún no había nacido, y ya, exultante en el vientre, anunciaba al Señor que iba a nacer. ¿Qué hay más excelente que esta santidad? Imítalo: escucha lo que dice de Cristo. Nosotros hemos recibido de su plenitud. La lámpara en la noche te muestra la fuente, de la cual él mismo también bebe: "Nosotros, pues", dice, "hemos recibido de su plenitud todos nosotros". Todos nosotros: él es la fuente, nosotros los vasos: él es el día, nosotros las lámparas. Gran debilidad de los hombres: por la lámpara se busca el día.

6. No solo Juan, sino también los apóstoles son lámparas. El candelabro de la lámpara, la cruz de Cristo. Pero también los apóstoles, hermanos míos, son lámparas del día. No piensen que solo Juan es lámpara, y los apóstoles no lo son. El Señor les dice: "Ustedes son la luz del mundo". Y para que no piensen que son tal luz, como se dice de la luz, de la cual se dice: "Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo"; inmediatamente les enseña la verdadera luz. Cuando dijo, "Ustedes son la luz del mundo"; añadió, y dijo, "Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un almud". Lo que les dije que son luz, les dije que son lámpara: no se regocijen en su soberbia, para que la llama no se apague. No los pongo debajo de un almud: sino que para que brillen, estarán en el candelabro. ¿Qué es el candelabro de la lámpara? Escuchen el candelabro: sean lámparas, y tendrán candelabro. La cruz de Cristo es un gran candelabro. Quien quiera brillar, no se avergüence del candelabro de madera. Escucha, para que entiendas que el candelabro es la cruz de Cristo. Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un almud, sino sobre el candelabro, para que alumbre a todos los que están en la casa. Así brille su luz delante de los hombres, para que

vean sus buenas obras, y glorifiquen: no como tú buscas ser glorificado, buscas ser apagado: glorifiquen a su Padre que está en los cielos (Mateo V, 14-16). Por sus buenas obras glorifiquen a su Padre. Para que puedan ser lámparas, no pudieron encenderse ustedes mismos, no pudieron ponerse sobre el candelabro: que él sea glorificado, quien les concedió esto. Escucha, entonces, al apóstol Pablo, escucha a la lámpara regocijándose en el candelabro. Pero a mí, dice (claman los que saben lo que sigue), pero a mí: ¿qué a ti? Lejos esté gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Me glorío en el candelabro: si el candelabro se retira, caigo. Lejos esté gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gálatas VI, 14). Aplaudieron y aclamaron. Que el mundo les sea crucificado, y ustedes crucificados al mundo. ¿Qué significa esto? No busquen la felicidad del mundo: absténganse de la felicidad del mundo. El mundo halaga, cuídense del corruptor: el mundo amenaza, no teman al adversario. Si los bienes del mundo no te corrompen, si los males del mundo no te corrompen, el mundo te es crucificado, y tú al mundo. Gloríate en el candelabro: conserva, lámpara, siempre la humildad en el candelabro, para que mantengas el esplendor: cuida de no ser apagado por la soberbia. Conserva lo que eres, para que te gloríes en el creador. ¿Qué eras, hombre? Todo hombre, atiende a lo que naciste: aunque naciste noble, naciste desnudo. ¿Qué es la nobleza? La desnudez del nacimiento del pobre y del rico es igual. ¿O acaso porque naciste noble, vives cuanto quieras? Cuando no sabías, entraste: cuando no quieres, sales. Finalmente, que se examinen las tumbas, y se reconozcan los huesos de los ricos.

SERMO CCXC. En el Natalicio de Juan el Bautista, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Testimonio de Juan sobre Cristo, y de Cristo sobre Juan. San Juan, no el Evangelista, sino el Bautista, fue enviado ante la faz de Cristo para preparar sus caminos. El testimonio de Cristo sobre Juan es: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista" (Mateo XI, 11). El testimonio de Juan sobre Cristo es: "El que viene después de mí, es mayor que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado" (Juan I, 27). Consideremos ambos testimonios, el que el Señor dio al siervo, y el que el siervo dio al Señor. ¿Cuál es el testimonio del Señor sobre el siervo? "Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista". ¿Cuál es el testimonio del siervo sobre el Señor? "El que viene después de mí, es mayor que yo". Si, por tanto, entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista; quien es mayor que él, ¿qué es? Juan es un gran hombre, pero hombre: Cristo es mayor que Juan, porque es Dios y hombre. Ambos nacieron de manera maravillosa, el heraldo y el Juez, la lámpara y el día, la voz y la Palabra, el siervo y el Señor. Del estéril el siervo, de la virgen el Señor. El mismo Señor hizo para sí al siervo en el vientre estéril, de un padre anciano, y de una madre anciana: y el mismo Señor hizo para sí carne en el vientre de la virgen, sin padre humano, quien hizo al primer hombre sin padre ni madre. Nadie ha surgido entre los nacidos de mujer mayor que Juan el Bautista. Juan fue visto tan grande, que algunos incluso pensaron que era Cristo. Ni en su soberbia siguió el error ajeno, ni se atrevió a decir, "Soy lo que piensan": sino que, lo que era bueno para él, se reconoció a sí mismo, para que a los pies del Señor, y a la correa del calzado, el siervo se humillara, no fuera que el viento de la soberbia apagara la lámpara.

CAPÍTULO II.

2. Por qué se celebra el nacimiento de Cristo y de Juan, no el de otros. Por lo tanto, porque Juan nació en un gran sacramento, la Iglesia celebra el día de su nacimiento como el único justo. Y se celebra el nacimiento del Señor, pero como del Señor. Denme otro siervo además

de Juan entre los patriarcas, entre los profetas, entre los apóstoles, cuyo día de nacimiento celebre la Iglesia de Cristo. Celebramos el día de la pasión de muchos siervos: el día de nacimiento de nadie, excepto de Juan. Escucharon cuando se leía el Evangelio, cuál fue el orden de los nacimientos de ambos, del precursor y del Dominador, y lo que dije poco antes, del heraldo y del Juez, de la voz y de la Palabra. El ángel Gabriel anuncia a Juan, el mismo ángel Gabriel anuncia al Señor Jesucristo. Aquel precede, este sigue: aquel precede sirviendo, este sigue gobernando. Pues sigue naciendo, precede gobernando: porque incluso a Juan lo creó Cristo, después de quien fue creado Cristo, y creador y creado; creador antes de la madre, creador de la madre, creado en la madre. ¿Y qué digo, creador antes de la madre? "Antes de Abraham yo soy", él mismo dijo, el Evangelio habla (Juan VIII, 58): escuchen, o lean. Pero es poco, creador antes de Abraham: creador antes de Adán, creador antes del cielo y la tierra, creador antes de todos los ángeles y toda la creación espiritual, Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades, creador antes de todo. Porque "en el principio", no fue hecho el Verbo, sino "era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios: este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas" (Juan I, 1-3). Si todas, visibles e invisibles, cielo y tierra, y la virgen María: porque también la virgen María de la tierra, y Cristo, creador de la tierra, fue hecho de la tierra, porque "la verdad brotó de la tierra" (Salmo LXXXIV, 12).

CAPÍTULO III.

3. Juan, un hombre tan grande, para que al humillarse ante Cristo, muestre que él es más que hombre. Brevemente, entonces, encomiendo a su caridad el gran sacramento. Porque muchos habrían de pensar que Cristo no es más que un hombre, nada más que un hombre: por eso un gran hombre, del cual no ha habido mayor entre los hombres, dio testimonio a él, Juan, sometido, inclinado, humillado. ¿Cuán humilde se habría mostrado, si hubiera dicho que era digno de desatar la correa de su calzado? Consideren en el gran sacramento la correa del calzado. ¿Cuán humilde habría sido, incluso si Juan hubiera dicho que era digno? ¿Qué hizo, al decir que era indigno? Por eso fue señalado el día de su nacimiento, y recomendado a la celebración de la Iglesia.

CAPÍTULO IV.

4. Zacarías y María casi las mismas palabras, no la misma incredulidad. Pero hay una gran diferencia, no solo en las madres, ya que aquella fue virgen y aquella mujer fue estéril; aquella concibiendo del Espíritu Santo al Hijo de Dios, nuestro Señor, y aquella de su anciano esposo concibiendo al precursor del Señor. Y noten esto. No creyó Zacarías. ¿Cómo no creyó? Preguntó al ángel por qué conocería lo que prometía, ya que él era anciano y su esposa había avanzado en sus días. Y el ángel le dijo: "He aquí que quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto se cumpla, porque no creíste mis palabras, que se cumplirán a su tiempo". El mismo ángel vino a María, anunció que Cristo nacería de ella en la carne, y María dijo algo similar. Él dijo: "¿Por qué conoceré esto? Porque soy anciano, y mi esposa ha avanzado en sus días". Y se le dice: "He aquí que quedarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que esto se cumpla, porque no creíste mis palabras". Y recibió el castigo del silencio, merecido por su infidelidad. ¿Qué había dicho el profeta sobre Juan? "Voz del que clama en el desierto" (Isaías 40, 3). Zacarías calla al engendrar la voz. Porque no creyó, calló: merecidamente enmudeció hasta que la voz naciera. Pues si está bien dicho, o más bien porque está muy bien dicho en el santo salmo, "Creí, por eso hablé" (Salmo 115, 10): porque no creía, merecidamente no hablaba. Pero te ruego, Señor, junto con los que me escuchan, golpeo a la par, ábrenos, explícanos qué quiere decir esta cuestión. Zacarías busca

razones del ángel, por qué conocería lo que le fue anunciado, ya que era anciano y su esposa había avanzado en sus días: se le dice, "Porque no creíste, quedarás mudo". Se anuncia Cristo a la virgen María, y ella también busca la razón, y dice al ángel, "¿Cómo será esto? porque no conozco varón". Y él, "¿Por qué conoceré esto? Porque soy anciano, y mi esposa ha avanzado en sus días". Y ella, "¿Cómo será esto? Porque no conozco varón". A él se le dice, "Callarás, porque no crees": a ella, sin embargo, se le expone la causa, no se le impone silencio. "¿Cómo será esto? Porque no conozco varón". Y el ángel: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra". He aquí cómo será lo que preguntas, he aquí cómo no conoces varón y darás a luz, he aquí cómo: porque "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra". No temas el ardor de la lujuria, bajo tan gran sombra de santidad. ¿Por qué esto? Si atendemos a las palabras, o ambos creyeron, o ambos dudaron, Zacarías y María. Pero nosotros podemos oír las palabras: Dios puede también interrogar los corazones.

CAPÍTULO V.

5. Zacarías pregunta desesperando, María inquirendo. La gracia de Dios es máxima en la encarnación del Verbo. Entendemos, carísimos, que Zacarías cuando dijo, "¿Por qué conoceré esto? porque soy anciano, y mi esposa ha avanzado en sus días", lo dijo desesperando, no inquirendo: María, en cambio, cuando dijo, "¿Cómo será esto? porque no conozco varón", lo dijo inquirendo, no desesperando. Al preguntar, no dudó de la promesa. ¡Oh, verdaderamente llena de gracia! Pues así fue saludada por el ángel, "Salve, llena de gracia". ¿Quién puede explicar esta gracia? ¿Quién puede agradecer suficientemente esta gracia? Se hace hombre, y por el libre albedrío parece el hombre, y se encuentra hecho hombre quien hizo, para que no perezca quien hizo. En el principio el Verbo era Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas, se hace carne: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1, 14). La carne se hace Verbo, pero la carne se acerca al Verbo, no perece en la carne el Verbo. ¡Oh gracia! Para que tuviéramos esto, ¿qué éramos dignos?

CAPÍTULO VI.

6. Los ricos, es decir, los soberbios, deben ser vaciados; y los hambrientos, es decir, los humildes, llenados. El fariseo, rico; el publicano, pobre. Pero vean lo que dice la misma santa María, llena de fe, llena de gracia, futura madre, virgen que permanecerá. ¿Qué dice entre otras cosas, de las cuales hablar de cada una sería mucho? ¿Qué dice? "A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos despidió vacíos" (Lucas 1). ¿Quiénes son los hambrientos? Los humildes, los necesitados. ¿Quiénes son los ricos? Los soberbios e inflados. No los envío lejos: les muestro ahora en un templo a un rico de aquellos que son despedidos vacíos, y a un pobre de aquellos que son llenados de bienes. Subieron dos al templo a orar; uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo decía. ¿Qué decía? Atiende al rico eructando indigestamente, exhalando embriaguez, pero de soberbia, no de justicia: "Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo". ¿Venías a rogar, o a alabarte? Dijiste que lo tienes todo: no pediste nada como necesitado. ¿Cómo entonces venías a orar? "Te doy gracias, Señor". No dice: "Señor, dame gracia". Porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros. ¿Eres tú solo justo? Porque no soy como este publicano. Insultas, no te regocijas. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo. ¡Oh rico que debe ser vaciado! Ven, ven pobre, hambriento publicano: más bien quédate allí, donde estás. El publicano estaba de lejos. Pero el Señor se acercaba al humilde. Ni siquiera se atrevía a levantar los ojos al cielo. Donde no levantaba los ojos, allí tenía el corazón. Pero

golpeaba su pecho, diciendo: "Señor, sé propicio a mí, pecador". ¡Oh hambriento que será llenado de bienes!

7. Juicio del Señor sobre el fariseo y el publicano. Refuta a los pelagianos más soberbios que el mismo fariseo. Escuchaste, Señor, la controversia; pronuncia la sentencia. Escuchen la sentencia pronunciada entre las partes. No apela el vencido, porque no hay a quién. No apela del Hijo al Padre. Porque el Padre no juzga a nadie; sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan 5, 22). Diga entonces la sentencia entre las partes la Verdad. "Amén, les digo, que este descendió justificado del templo, más que aquel fariseo". ¿Por qué esto, te ruego? ¿Por qué justicia? ¿Quieres oír? Porque "todo el que se ensalza, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado" (Lucas 18, 10-14). Por quien este será ensalzado, y el que se ensalza será humillado. Porque "a los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos despidió vacíos". Ve ahora, y ventila tus riquezas: alardea, y di, Soy rico. ¿Qué tan rico? Si quiero, soy justo; si no quiero, no soy justo. Tengo en mi poder ser justo, y no ser justo. ¿No oyes en el Salmo, "Los que confían en su propia fuerza" (Salmo 48, 7)? Entonces Dios te dio carne, Dios te dio sentido, Dios te dio alma, Dios te dio mente, Dios te dio inteligencia: ¿tú te das a ti mismo la justicia? ¿Qué es la carne, qué son los sentidos, qué es el alma, qué es la mente, qué es la inteligencia sin justicia? ¿No valdrán todas estas cosas para el castigo si carecen de justicia? Entonces, ¿eres tan rico que cuando Dios te dio lo inferior, te das a ti mismo lo superior? Mal rico, rico que debe ser vaciado; si es que tienes lo que dijiste tener: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (1 Corintios 4, 7). Ni siquiera aprendiste del soberbio y rico fariseo a dar gracias al Señor por lo que dijiste tener.

SERMON CCXCI. En el Natalicio de Juan Bautista, V.

1. Natividad de Juan admirable por Cristo. No es necesario deciros qué día celebramos hoy, porque todos, cuando se leyó el Evangelio, escucharon. Hoy hemos recibido al santo Juan, precursor del Señor, hijo de la estéril anunciando al hijo de la virgen, pero sin embargo siervo anunciando al Señor. Porque iba a venir por la virgen Dios hecho hombre, lo precedió de la estéril un hombre admirable: para que cuando se dice indigno de desatar la correa de su calzado el hombre admirable, se reconozca a Dios hecho hombre. Admira a Juan, cuanto puedas: lo que admiras beneficia a Cristo. Beneficia, digo, a Cristo, no porque tú le prestes algo a Cristo, sino para que tú te beneficies en Cristo. Admira, pues, a Juan, cuanto puedas. Has oído lo que debes admirar. Se anuncia por el ángel al padre sacerdote: el ángel quita la voz al padre que no cree; permanece mudo, esperando la lengua en el nacimiento del hijo. Concibe la estéril, concibe también la anciana: doble infecundidad, esterilidad y edad. Se dice por el ángel cómo será: se cumple en él lo que se dice; y lo que es más admirable, se llena del Espíritu Santo aún en el vientre de su madre. Luego, al venir la santa María, exulta en el vientre; y a quien no podía saludar con palabras, lo saluda con movimientos. Nace, da voz al padre; el padre hablando da nombre al hijo: todos admiran tanta gracia (Lucas 1). ¿Qué otra cosa sino gracia? ¿Dónde mereció este Juan a Dios? ¿Dónde mereció a Dios, antes de que existiera quien mereciera? ¡Oh gracia dada gratuitamente!

2. De la grandeza de Juan se entiende la majestad de Cristo. Todos admiran, se asombran, y con el movimiento de su corazón dicen, para que se escribiera para nosotros lo que se leería: "¿Qué, piensas, será este niño? Porque la mano del Señor está con él". ¿Qué, piensas, será este niño? Excede los límites de la naturaleza humana. Conocemos a los niños: pero, ¿qué, piensas, será este niño? ¿Por qué dices, "¿Qué, piensas, será este niño?" Porque la mano del Señor está con él. Porque la mano del Señor está con él, ya lo sabemos; pero qué será, no lo sabemos. Sin duda será muy grande, quien comenzó tan grande. ¿Qué será, quien tan pequeño es tan grande? ¿Qué será? La debilidad humana se embota, los corazones de todos

los que consideran tiemblan: "¿Qué, piensas, será este niño?" Será grande: pero ¿qué será quien será mayor que él? Este será muy grande: pero ¿qué será quien será mayor que este grande? Si aquel que ahora comenzó a ser, será tan grande, ¿qué será quien era? Pero ¿qué dije, quien era? Antes de Juan y Zacarías era, mucho más antes de Juan y Abraham e Isaac y Jacob eran. Antes de Juan ciertamente el cielo y la tierra eran. ¿Qué será quien en el principio era? Porque en el principio, que es antes de Juan, y antes de todo hombre, Dios hizo el cielo y la tierra (Génesis 1, 1). Pero ¿por qué lo hizo preguntas? En el principio no hizo Dios el Verbo, sino que el Verbo era: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era", no cualquiera, sino "Dios era el Verbo". Todas las cosas por él fueron hechas. Y en el último tiempo se hizo quien era, para que no pereciera lo que había hecho. ¿Qué, piensas, será este niño? Porque la mano del Señor está con él. Si el niño será tan grande, porque la mano del Señor está con él; ¿qué la misma mano del Señor? Cristo es la mano del Señor, el Hijo de Dios es la mano de Dios, el Verbo de Dios es la mano de Dios. ¿Qué es la mano de Dios, sino por quien todas las cosas fueron hechas? ¿Qué, piensas, será este niño? Porque la mano del Señor está con él. Oh debilidad humana, ¿qué harás en el juez, que así dudas en el pregonero? Pero también aquí, ¿qué dije? Vuelvo a la consideración de la costumbre humana. ¿Y qué dije? Dije pregonero, dije juez y pregonero: hombre, y juez hombre. Lo que aparecía dije, lo que estaba oculto ¿quién lo dijo? "El Verbo se hizo carne" (Juan 1, 1, 2, 14): sin embargo, el Verbo no se convirtió en carne. El Verbo se hizo carne, tomando lo que no era; no perdiendo lo que era. He aquí que admiramos el nacimiento de su pregonero, que hoy celebramos, pero veamos por quien fue hecho.

3. Ángel enviado a Zacarías y a María. Cómo fue escuchada la oración de Zacarías. Vino el ángel Gabriel a Zacarías, no a Isabel su esposa, madre de Juan: vino, digo, el ángel Gabriel a Zacarías, no a Isabel. ¿Por qué? Porque Juan iba a venir por Zacarías en Isabel. Por tanto, el ángel anunciando la venida de Juan al nacer, no vino al receptáculo del vientre, sino a la fuente de la semilla. Anunció el hijo futuro de ambos, pero al padre lo anunció. Porque Juan iba a venir de la unión del hombre y la mujer. He aquí que de nuevo el mismo Gabriel vino a María, no a José: de donde iba a comenzar esa carne, de donde iba a tener inicio, al mismo ángel vino. Pero ¿cómo el ángel anunció al sacerdote padre Zacarías el hijo futuro? No temas, dice, Zacarías, tu oración ha sido escuchada. ¿Qué, hermanos míos, acaso aquel sacerdote había entrado en el santo de los santos para pedir hijos al Señor? De ninguna manera. Alguien dice: ¿De dónde pruebas esto? Zacarías no indicó qué rogó. Una cosa digo brevemente: Si hubiera pedido un hijo, habría creído lo anunciado. El ángel dice que le nacería un hijo, ¿y él no cree? ¿Acaso esto rogó? ¿Quién ruega sin esperanza? ¿O quién no cree en la esperanza? Si no esperas, ¿por qué pides? Si esperas, ¿por qué no crees? ¿Qué entonces? Tu oración ha sido escuchada, dice: porque he aquí que Isabel concebirá, y te dará un hijo. ¿Por qué? Porque tu oración ha sido escuchada. Si Zacarías dijera, ¿Por qué? ¿Esto rogué? Sin duda el ángel no se equivocaría, ni engañaría, cuando decía: Tu oración ha sido escuchada: porque he aquí que tu esposa dará a luz. Pero ¿por qué se dijo esto? Porque él sacrificaba por el pueblo: el sacerdote sacrificaba por el pueblo, el pueblo esperaba a Cristo; Juan anunciaba a Cristo.

4. María bendita entre las mujeres. El ángel, el mismo, a la virgen María: "Salve, llena de gracia, el Señor está contigo": ya está contigo quien estará en ti. Bendita tú entre las mujeres. La propiedad del idioma hebreo atestigua que todas las mujeres suelen ser llamadas mujeres por la Escritura santa: no sea que se asombren o escandalicen quienes no suelen escuchar las Escrituras. El Señor en cierto lugar de las Escrituras dice abiertamente, "Separad a las mujeres que no han conocido varón" (Números 31, 17, según LXX). Recordad también nuestra misma origen: cuando Eva fue hecha del costado del hombre, ¿qué dice la Escritura? Le quitó una costilla, y la edificó en mujer (Génesis 2, 22). Ya se le llama mujer, tomada del

hombre, pero aún no unida al hombre. Así pues, cuando escuchan del ángel, "Bendita tú entre las mujeres"; entiendan así, como si en nuestro modo se dijera, Bendita tú entre las féminas.

5. Pregunta similar de Zacarías y María, ánimo diferente. Propósito de virginidad. Se promete un hijo a Zacarías, se promete también un hijo a la santa María, y ella dice casi las mismas palabras que había dicho Zacarías. ¿Qué había dicho Zacarías? ¿Cómo será esto? Porque soy anciano, y mi esposa es estéril, y ha avanzado en sus días. ¿Y qué dice la santa María? ¿Cómo será esto? Voz similar, corazón diferente. Escuchemos con el oído la voz similar, pero el ángel anunciando nos haga conocer el corazón diferente. Pecó David, y corregido por el profeta dijo, "He pecado": inmediatamente se le dijo, "Te ha sido perdonado el pecado" (2 Samuel 12, 13). Pecó Saúl, y corregido por el profeta dijo, "He pecado": ni se le perdonó el pecado, sino que permaneció la ira de Dios sobre él (1 Samuel 15, 30, 35). ¿Qué es esto, sino que la voz es similar, el corazón diferente? Porque el hombre es oyente de la voz, Dios inspector del corazón. En aquellas palabras de Zacarías no había fe, sino duda y desesperación, el ángel lo vio, el ángel lo indicó, quitando la voz, condenando la infidelidad. La santa María, en cambio: "¿Cómo será esto, porque no conozco varón?" Reconozcan el propósito de la virgen. ¿Cuándo diría, estando dispuesta a unirse con un hombre, "¿Cómo será esto?" Si se hiciera como suele hacerse con todos los niños, no diría, "¿Cómo será?" Pero ella, consciente de su propósito y de su santo voto, porque sabía lo que había prometido; diciendo, "¿Cómo será esto, porque no conozco varón?" porque no sabía que esto se hiciera sino con los casados y concibiendo con sus maridos, lo cual ella había propuesto ignorar, diciendo, "¿Cómo será esto?" buscó el modo, no dudó de la omnipotencia de Dios. "¿Cómo será esto?" ¿Qué modo hay en que esto se hará? Me anuncias un hijo, tienes mi ánimo preparado, dime el modo. Pues la virgen santa pudo temer, o ciertamente ignorar el consejo de Dios, cómo quería que tuviera un hijo, como si desaprobara el voto de la virgen. ¿Qué si dijera, Cástate, únete a un hombre? No diría Dios, pues aceptó el voto de la virgen, como Dios. Y esto de ella aceptó, lo que él mismo dio. Dime, pues, mensajero de Dios, "¿Cómo será esto?" Ve al ángel sabiendo, ella preguntando, no desconfiando. Porque entonces la vio preguntando, no desconfiando, no se negó a instruirla. Escucha cómo: será tu virginidad, tú solo cree la verdad, guarda la virginidad, recibe la integridad. Porque tu fe es íntegra, también será intacta tu integridad. Por tanto, escucha cómo será esto: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra". Tal sombra no conoce el ardor de la lujuria. Por eso, "porque el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra"; porque concibes por la fe, porque creyendo, en el vientre, no concibiendo tendrás: "por eso el Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios".

6. María, por gracia, madre del Hijo de Dios. ¿Quién eres tú, que después darás a luz? ¿De dónde lo mereciste? ¿De dónde lo recibiste? ¿Cómo se hará en ti quien te hizo? ¿De dónde, digo, te viene este gran bien? Eres virgen, eres santa, has hecho un voto; pero es mucho lo que mereciste, o más bien, mucho lo que recibiste. Pues, ¿cómo lo mereciste? Se hace en ti quien te hizo, se hace en ti por quien fuiste hecha: más aún, por quien se hicieron el cielo y la tierra, por quien se hicieron todas las cosas, el Verbo de Dios se hace carne en ti, tomando carne, sin perder la divinidad. Y el Verbo se une a la carne, y el Verbo se une a la carne; y el tálamo de esta gran unión es tu vientre; y de esta, digo, gran unión, es decir, del Verbo y la carne, el tálamo es tu vientre: de donde el mismo esposo sale de su tálamo (Sal. XVIII, 6). Te encontró virgen en la concepción, te deja virgen al nacer. Da fecundidad, no quita integridad. ¿De dónde te viene esto? Parezco preguntar atrevidamente a la virgen, y como si importunamente golpeará sus oídos pudorosos con mi voz. Pero veo a la virgen avergonzada, y sin embargo respondiendo, y advirtiéndome: ¿Me preguntas de dónde me viene esto? Me avergüenza responderte mi bien, escucha la salutación del ángel mismo, y en mí reconoce tu

salvación. Cree a quien creí. ¿De dónde me preguntas esto? Que el ángel responda. Dime, ángel, ¿de dónde le viene esto a María? Ya lo dije, cuando saludé: Ave, llena de gracia (Luc. 1, 28).

SERMO CCXCII. En el Natalicio de Juan Bautista, VI. En el que se discute contra los Donatistas.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Por qué se celebra el nacimiento de Juan y no el de otros. La solemnidad del día de hoy requiere un sermón solemne con tanta expectación. Por lo tanto, con la ayuda del Señor, les ministraremos lo que Él nos dé, recordando y teniendo presente el deber de nuestro servicio, para hablar, no como maestros, sino como ministros; no a discípulos, sino a condiscípulos; porque no somos siervos, sino consiervos. Sin embargo, tenemos un solo Maestro, cuya escuela está en la tierra y su cátedra en el cielo: de quien Juan es el precursor, cuyo día de nacimiento se nos ha transmitido hoy, hoy se celebra. Esto lo hemos recibido por tradición de los mayores, esto lo transmitimos a los posteriores para que lo imiten con devoción. Celebramos hoy, por tanto, el Natalicio de Juan, no el Evangelista, sino el Bautista. Puesto esto en primer lugar, surge una cuestión que no debe pasarse por alto: ¿por qué celebramos el Natalicio en el que Juan nació del vientre, más que el de cualquier apóstol o mártir o profeta o patriarca? Si se nos pregunta, ¿qué responderemos? Según me parece, según lo que se me ocurre en mi mediocridad de fuerzas, esta es la causa: Los discípulos del Señor nacieron, y al llegar a años más capaces por el acceso de la edad, fueron asumidos en el discipulado; su fe se adhirió al Señor después, pero el nacimiento de ninguno de ellos sirvió al Señor. Recordemos también a los Profetas, recordemos a los Patriarcas: nacieron hombres, llenos del Espíritu Santo por el acceso de la edad, profetizaron a Cristo; nacieron para profetizar después. Pero el mismo nacimiento de Juan profetizó al Señor Cristo, a quien saludó concebido en el vientre.

CAPÍTULO II.

2. Por qué un hombre tan grande como Juan no está entre los discípulos del Señor, sino que tiene discípulos con el Señor. Voces soberbias de los Donatistas. Resuelta esta cuestión como pudimos, abordemos otra, según las fuerzas que el Señor nos dé. Surge otra cuestión, a mi parecer, algo más oculta y más laboriosa de investigar, en la que mucho me ayudará vuestra atención y mi súplica al Señor por mi pequeñez. Este Juan, tan excelente en gracia, que, como se ha dicho, saludó al Señor incluso desde el vientre, no hablando, sino exultando; cuya gracia en Dios ya entonces estaba abierta, cuando su carne estaba incluida en la carne: este Juan, por tanto, no se encuentra entre los discípulos del Señor, sino que se encuentra más bien que tuvo discípulos con el Señor. ¿Qué es esto? ¿Quién es este hombre? Hombre tan grande, ¿quién es tan grande hombre? ¿Cuán grande es tan grande hombre? Sin embargo, no seguía al Señor entre los discípulos, y lo seguían discípulos: lejos de mí decir, contra el Señor; pero sin embargo, como fuera del Señor. Cristo tenía discípulos, Juan tenía discípulos: Cristo enseñaba, Juan enseñaba. ¿Qué más diré? Juan bautizaba, Cristo bautizaba. Aquí digo más sobre el bautismo, Cristo fue bautizado por Juan. ¿Dónde están los que se inflan de arrogancia con el ministerio del Bautismo? ¿Dónde están las voces carentes de humildad, elevadas por la soberbia, Yo bautizo, yo bautizo? ¿Qué habrías dicho, si hubieras merecido bautizar a Cristo? Ya, como advierte vuestra Santidad, comenzó a aparecer y emerger una gran causa, por la cual Cristo debía ser enviado por el Padre, y Juan debía ser enviado antes por Cristo. Juan fue enviado primero, pero como el juez es precedido por los que le obedecen. Cristo fue creado hombre después, pero Juan fue creado por Dios Cristo. Por tanto, Juan era

un hombre perfecto, y cuya gracia tan grande fue encomendada, que el mismo Señor dijo de él: Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista (Mat. XI, 11). Este tan grande, por tanto, reconoce al Señor grande en pequeño: reconoce al hombre que vino como hombre Dios. Pues si entre los nacidos de mujer, es decir, entre los hombres, no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista; quienquiera que sea mayor que Juan, no es solo hombre, sino también Dios. Por tanto, este tan grande debía tener discípulos propios, y con sus discípulos reconocer al maestro de todos, Cristo. Pues, ¿qué mayor testimonio de la verdad que reconocerlo humillándose, a quien podía envidiar emulando? Podía ser considerado Cristo, y no quiso: podía ser estimado Cristo, y no quiso. Los hombres dijeron, cuando se equivocaron en él: ¿Acaso es este el Cristo? Respondió él lo que no era, para que permaneciera lo que era. Pues de ahí cayó Adán y perdió lo que era, porque usurpó lo que no era. Este gran hombre recordaba esto, pero como el menor de Cristo pequeño: conocía esto, recordaba esto, y lo mantenía; porque pensaba recuperar lo que aquel había perdido. Este hombre, por tanto, como dije, gran Juan, a quien el Señor dio tal testimonio, a quien la verdad así recomendó, diciendo: Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista; podía ser creído Cristo, más aún, ya por aquellos que se equivocaban por la gracia de su grandeza, era creído Cristo: y en ese error morirían, si no fueran corregidos por su confesión. Respondió, por tanto, a los que así pensaban, y dijo: No soy yo el Cristo (Juan I, 20). Como si dijera: Ciertamente en mi honor así os equivocáis; y ciertamente al pensar esto de mí, me añadís gran alabanza: pero yo debo reconocerme, para que aquel que yerra pueda ser perdonado. Pues si se pensara falsamente lo que no era, sería amputado por aquel que era verdaderamente.

CAPÍTULO III.

3. Cristo, para enseñar el camino de la humildad, fue bautizado e incarnado. Fue enviado, por tanto, Juan, para bautizar al Señor humilde. Pues el Señor quiso ser bautizado por humildad, no por iniquidad. ¿Por qué fue bautizado el Señor Cristo? El Señor Cristo, Hijo unigénito de Dios, ¿por qué fue bautizado? Encuentra por qué nació, y allí encontrarás por qué fue bautizado. Allí encontrarás el camino de la humildad, que no recorres con pie soberbio: que a menos que lo pises con pie humilde, no podrás llegar a la altura a la que conduce. Fue bautizado por ti, quien descendió por ti. Mira cuán grande se hizo tan pequeño: Quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Pues no era un robo, sino que era naturaleza la igualdad del Hijo con el Padre. Si Juan hubiera querido ser considerado Cristo, eso habría sido un robo para él. No consideró, por tanto, el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Pues lo era, y sin robo lo era, coeterno desde la eternidad había nacido. Sin embargo, se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7); esto es, tomando forma de hombre. Quien, siendo en forma de Dios, no habría tomado forma de Dios: por tanto, siendo en forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo. Así tomó lo que no era, sin perder lo que era. Permaneciendo Dios, asumió al hombre. Tomó forma de siervo, y se hizo Dios hombre, por quien Dios hizo al hombre.

CAPÍTULO IV.

Mira, por tanto, qué majestad, qué poder, qué sublimidad, qué igualdad con el Padre vino por nosotros al vestido de la forma servil: y entiende aquel camino de humildad de tan gran maestro; porque es más lo que quiso hacerse hombre, que lo que quiso ser bautizado por el hombre.

4. Por qué quiso ser bautizado por Juan. Bautiza, por tanto, digo, Juan a Cristo, el siervo al Señor, la voz al Verbo. Recordad, pues, Yo soy la voz del que clama en el desierto: y

recordad que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 23, 14). Bautiza, por tanto, digo, Juan a Cristo, el siervo al Señor, la voz al Verbo, la criatura al Creador, la lámpara al sol; pero al sol, que hizo este sol; al sol del que se dijo, Me ha salido el sol de justicia, y la salud en sus alas (Malach. IV, 2). Del que los impíos, arrepentidos tarde al final en el juicio de Dios, dirán: ¿De qué nos sirvió la soberbia? ¿O qué nos aprovechó la jactancia de las riquezas? Pasaron todas esas cosas, como sombra: y con sombras los que siguieron sombras. Por tanto, dicen, erramos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos iluminó, y el sol no salió para nosotros (Sap. V, 6-8). Para ellos no salió Cristo, por quienes no fue reconocido Cristo. Aquel sol de justicia, sin nube, sin noche; él no sale para los malos, no sale para los impíos, no sale para los infieles. Pues este sol del cielo corporalmente lo hace salir cada día sobre buenos y malos (Matth. V, 45). Bautizó, por tanto, como dije, la criatura al Creador, la lámpara al sol: y no se exaltó el bautizador, sino que se sometió bautizando. Pues al que venía a él dijo: ¿Tú vienes a mí para ser bautizado? Yo debo ser bautizado por ti. Gran confesión, y segura profesión de la lámpara en humildad. Si aquella se hubiera exaltado contra el sol, pronto se habría extinguido por el viento de la soberbia. Esto es, por tanto, lo que el Señor previó, lo que el Señor enseñó con su bautismo. Quiso ser bautizado tan grande por tan pequeño; para explicarlo brevemente, el salvador por el salvado. Pues Juan recordaba alguna, aunque tan grande fuera, enfermedad suya. Pues, ¿de dónde, Yo debo ser bautizado por ti? Ciertamente el Bautismo del Señor es salvación: porque del Señor es la salvación (Sal. III, 9). Pues vana es la salvación de los hombres (Sal. LIX, 13). ¿De dónde, pues, Yo debo ser bautizado por ti, si no tenía necesidad de ser curado? Admirable medicina en la misma humildad del Señor: él bautizaba, y él sanaba. Pues si Cristo es salvador de todos los hombres, especialmente de los fieles (I Tim. IV, 10): es sentencia apostólica y verdadera, porque Cristo es salvador de todos los hombres: nadie diga, No necesito salvador. Quien dice esto, no se humilla al médico, sino que perece en su enfermedad. Si salvador de todos los hombres, por tanto también de Juan: pues Juan no era no hombre. Gran hombre, pero sin embargo hombre. Él salvador de todos los hombres: reconoce, por tanto, él a su salvador. Pues Cristo no era salvador de Juan. No lo dice él mismo, quien humildemente confiesa, diciendo: Yo debo ser bautizado por ti. Y el Señor: Deja ahora, que se cumpla toda justicia (Matth. III, 14, 15). ¿Qué es, toda justicia? Recomendó la justicia con humildad: la justicia nos la recomendó principalmente con humildad el maestro celestial y verdadero Señor. Pues lo que se bautizaba, pertenecía a la humildad: y por eso lo que pertenecía a la humildad iba a hacer, dijo: Que se cumpla toda justicia.

5. Los Donatistas aplican erróneamente el pasaje evangélico del árbol y su fruto al ministro del Bautismo. Previo que muchos se inflarían del ministerio del Bautismo, y dirían, Yo bautizo; y, Como soy yo quien bautiza, así hago al que bautizo. ¿De dónde pruebas esto? Lo pruebo, dice. ¿Con qué testimonios? Con los evangélicos, dice. Escuchemos a no sé qué nuevo evangelista contra el antiguo Bautista. ¿Con qué testimonios evangélicos pruebas, pues, que como eres, así haces al que bautizas? Porque está escrito, dice, El árbol bueno da buenos frutos. Recito lo escrito, traigo el Evangelio: El árbol bueno da buenos frutos, el árbol malo da malos frutos (Id. VII, 17). Reconozco el Evangelio: pero tú, según creo, no te reconoces. Y para soportarte pacientemente un poco, expón lo que dices, no supongas que no lo he entendido por ahora. Dime a qué se refieren estos testimonios, qué ayudan a resolver esta cuestión sobre el Bautismo. El árbol, dice, bueno, es un buen bautizador. El árbol, dice, bueno, como ellos dicen: el árbol bueno, dice, es un buen bautizador; su fruto es bueno, quien es bautizado por él: entonces será buen fruto, si él es buen árbol. ¿Qué dices de Cristo y Juan? Despierta, despierta, el resplandor de la verdad evidente te ciega los ojos; ve lo que se ha puesto antes de nosotros; lee el Evangelio: Juan bautizó a Cristo. ¿Dirás que Juan es el árbol, y Cristo el fruto? ¿Llamarás árbol a la criatura, y fruto al Creador? Por eso quiso el Señor

Cristo ser bautizado por Juan, no para carecer de iniquidad por el bautismo, sino para cerrar la boca a la iniquidad. He aquí que quien bautiza, es inferior; quien es bautizado, ¿diré, mejor? Esto tal vez es mucho para mí entenderlo. Vuelve a los hombres, ve a ambos hombres. Ananías bautizó a Pablo. Ananías, Pablo fue mejor. Nunca el fruto fue mejor que el árbol. Pues el árbol produce el fruto, no es producido por el fruto.

6. Los Donatistas se jactan de ser Cristo. Tú no ves lo que te atribuyes. El mismo Señor dice: Muchos vendrán en mi nombre diciendo, Yo soy el Cristo (Id. XXIV, 5). Muchos errantes y seductores vinieron en el nombre de Cristo, no hemos oído a ninguno decir, Yo soy el Cristo. Innumerables herejes vinieron todos en el nombre de Cristo, es decir, vinieron disfrazados en el nombre de Cristo, blanqueando con espléndido nombre un muro de barro, y no hemos oído a ninguno decir, Yo soy el Cristo. ¿Qué, pues? ¿El Señor no sabía lo que predijo? ¿O más bien nos despertó para entender los mismos secretos a la apertura del secreto, para que investiguemos y llamemos, para que se nos abra lo que está oculto, y con el techo abierto nos sometamos al Señor, para que como aquel paralítico, merezcamos ser sanados por el Señor (Marc. II, 3-12)? Sin duda encontramos a estos diciendo, Yo soy el Cristo: no con estas palabras, sino lo que es peor, con hechos. No con la audacia de estas palabras. Pues, ¿quién los escucha? ¿Quién, tan insensato, engañado, admite esto en sus oídos o en su corazón? Si dice al que va a bautizar, Yo soy el Cristo: aparta su rostro de él, abandona la manifiesta arrogancia del hombre, busca la gracia de Dios. No así, por tanto, él, Yo soy el Cristo. Pero porque de otro modo, Yo soy el Cristo; vean cómo. Cristo sana, Cristo purifica, Cristo justifica: el hombre no justifica. ¿Qué es justificar? Hacer justo. Como mortificar, hacer muerto; vivificar, hacer vivo: así también justificar, hacer justo. He aquí que de repente un bautizador, no entrando por la puerta, sino descendiendo por la pared; no pastor y guardián, sino ladrón y salteador; de repente dice, Yo bautizo. Si como ministro, me atrevo: no añadas; todo lo que es más de esto, es del mal (Matth. V, 37). Y sin embargo añade, no duda. ¿Qué añade? Yo justifico, yo hago justo. Esto es, Yo soy el árbol bueno, de mí nazca quien quiera ser buen fruto. Un poco, si lo admites sabiamente, escucha; son pocas palabras, y si no me equivoco, son claras. ¿Tú, por tanto, justificas, tú haces justo? Entonces, dice, crea en ti quien justificas. Di, atrévete a decir, Cree en mí; quien no duda en decir, Eres justificado por mí. Se turba, vacila, se excusa. Pues, ¿qué necesidad hay, dice, de que le diga, Cree en mí? Cree en Cristo, digo. Dudaste, vacilaste: algo descendiste hacia nosotros. Confesaste algo, de lo que puedes ser sanado. Dijiste algo correcto, de lo que pueden corregirse tus demás errores. Escucha ya no a mí, sino a ti. Ciertamente no te atreves a decir, Cree en mí. Lejos de mí, dice. Y sin embargo te atreves a decir, Te justifico. Escucha, y aprende, porque de donde no te atreves a decir, Cree en mí; de ahí no debes atreverte a decir, Te justifico. Habla el Apóstol, a quien cedes, a quien quieras o no, te sometes. Pues no al Apóstol como hombre, sino a aquel de quien dice el Apóstol, ¿O queréis recibir prueba de aquel que habla en mí, Cristo (II Cor. XIII, 3)? Escucha, por tanto, no al Apóstol, sino a Cristo por el Apóstol. ¿Qué dice el Apóstol? Al que cree en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe por justicia (Rom. IV, 5). Presten atención, les ruego; vean cuán claro es, cuán abierto es: Al que cree en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe por justicia. Quienquiera que crea en aquel que justifica al impío, quien hace justo al que era impío: quienquiera que crea, por tanto, en aquel que justifica al impío, quien hace justo al que era impío, se le cuenta su fe por justicia. Ahora di, si te atreves, Te justifico. Mira cómo te respondí desde el Apóstol: Si me justificas, creeré en ti; porque al que cree en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe por justicia. ¿Me justificas? creeré en ti. Pues si tú me justificas, yo seré creyente en aquel que me justifica, es decir, quien justifica al impío: seguro creo, porque se me cuenta mi fe por justicia. Si, por tanto, no te atreves a decir, Te justifico; más bien si no te atreves a decir, Cree en mí: cuídate ya de no decir, Te justifico. Perdido, te encontré; no me pierdas a mí y a ti.

7. Cómo debe entenderse el pasaje del Evangelio sobre el árbol y el fruto. En cuanto a lo que has propuesto sobre el árbol y el fruto, te propongo algunos ejemplos para que aprendas a entender lo que se ha dicho: Un árbol bueno produce buenos frutos, y un árbol malo produce malos frutos. Yo lo entiendo así, como también el mismo Señor lo expone. ¿Qué significa, Un árbol bueno produce buenos frutos (Mateo VII, 17)? Un hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón; y un hombre malo saca cosas malas del mal tesoro de su corazón (Mateo XII, 35). Ha puesto a los hombres como árboles, y a los actos como tesoros. Según sea el hombre, tales serán sus actos. Si es un hombre bueno, tendrá buenos actos; si es un hombre malo, tendrá malos actos: no puede un hombre bueno tener malos actos, ni un hombre malo tener buenos actos. ¿Qué puede ser más evidente? ¿Qué más claro? ¿Qué más manifiesto? Ahora bien, te haces un árbol bueno al bautizar, y haces fruto a aquel a quien bautizas; para que, como eres tú, así sea él. Que Dios lo impida, y ve cuán perversamente entiendes. Hay entre vosotros alguien, o alguna vez lo hubo, que es un adúltero oculto. Pero lo que no sé, dice, no me contamina. No hablo de eso; es otra cuestión: quiero decir algo sobre el Bautismo; pues eso hemos asumido. Es un adúltero oculto: por tanto, es ficticio; no un adúltero ficticio, sino un verdadero adúltero, ficticiamente casto. A este hombre adúltero ficticio, y más ficticio porque está oculto; pues si fuera un adúltero manifiesto, ya no sería ficticio: a este adúltero, ciertamente, el Espíritu Santo huirá. Es evidente la sentencia pronunciada: El Espíritu Santo de la disciplina huirá del ficticio (Sabiduría I, 5). Siendo, pues, este adúltero oculto, ciertamente bautiza. He aquí que veo a un hombre bautizado por un adúltero oculto: ha nacido el fruto; ¿dónde está el árbol bueno? Ha sido bautizado, es inocente, se ha hecho en él la remisión de los pecados; por tanto, el impío ha sido justificado, ha nacido un buen fruto: pregunto de qué árbol. Dime, respóndeme: ese árbol es el adúltero oculto, es un árbol malo; si este es el fruto de ese árbol, es un fruto malo. La sentencia del Señor es, Un árbol malo produce malos frutos. Responderás, para recomendar que este fruto es bueno, que no ha nacido de ese árbol. No porque no conozcas tú ese árbol malo, por eso no es malo: tanto peor es, cuanto más se ignora. Pues tanto más se ignora, cuanto más oculta su hecho con astucia perdida. Pues si fuera un adúltero manifiesto, al menos por confesión sería sanable. Un árbol pésimo, y sin embargo, he aquí un buen fruto. ¿De dónde ha nacido? ¿Acaso no ha nacido? Ha nacido, dices. Pregunto de dónde: ¿qué vas a decir? ¿De dónde ha nacido este? No hay qué decir, sino, De Dios: no sé si dirá otra cosa que, Nacido de Dios. Si dijera esto de todos, y no se mostrara como un árbol malo fingiendo ser bueno, y se hiciera peor, diría de todos que nacen de Dios; tiene la sentencia evidente del Evangelio: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, los cuales no nacen de carne, ni de sangre, ni de voluntad de varón, ni de voluntad de carne, sino de Dios (Juan I, 12, 13). Vuelve, pues, a este: ¿nacido de Dios? De Dios. ¿Por qué este de Dios? Porque un buen fruto no pudo nacer de un árbol malo. Un bautizador casto es un árbol bueno, no es ficticio; verdaderamente casto bautizó, un buen fruto de un árbol bueno. He aquí también este buen fruto, ¿de qué árbol ha nacido? Di de malo, si te atreves. No me atrevo, dice. ¿Entonces también él de bueno? De bueno. ¿De qué bueno? De Dios. ¿Y aquel qué? De un hombre casto. Presta un poco de atención: entendamos lo que decimos. Este, bautizado por un hombre casto, de un árbol bueno, es decir, de un hombre bueno, ha nacido un buen fruto. Aquel, bautizado por un adúltero oculto, de un árbol malo ha nacido un fruto, ¿qué? Bueno. No puede ser. Si el fruto es bueno: entonces cambia el árbol. Confiesas que este fruto es bueno, aquel hombre malo, porque es un adúltero oculto: cambia el árbol para este fruto. Lo he cambiado, dices: por eso dije, De Dios. Compara ya a estos dos nacidos: aquel fue bautizado por un casto manifiesto; este fue bautizado por un adúltero oculto: aquel nació de un hombre, este nació de Dios. Más felizmente, pues, ha nacido de un adúltero oculto, que aquel de un casto manifiesto.

8. Refuta a los donatistas con las palabras de Juan y del Apóstol. Escucha mejor a Juan, oh hereje; escucha mejor al precursor del que ha de venir; escucha mejor al humilde, oh soberbio; escucha mejor a la lámpara ardiente, oh lámpara extinguida. Escucha a Juan, cuando se acercaban a él: «Yo os bautizo en agua.» Y tú, si te reconoces, eres ministro del agua. «Yo,» dice, «os bautizo en agua; pero el que viene después de mí es mayor que yo.» ¿Cuánto mayor que tú? «De quien no soy digno de desatar la correa de su calzado.» ¿Cuánto se humillaría, si dijera que es digno? Ni siquiera dijo que es digno de desatar la correa de su calzado. Él es quien bautiza en el Espíritu Santo (Lucas III, 16, y Juan I, 27, 33). ¿Por qué te pones en lugar de Cristo? Él bautiza en el Espíritu Santo. Por tanto, él justifica. ¿Qué dices tú? Yo bautizo en el Espíritu Santo, yo justifico. ¿Acaso no dices, Yo soy Cristo? ¿Acaso no eres de aquellos de quienes se ha dicho, Muchos vendrán en mi nombre diciendo, Yo soy Cristo (Mateo XXIV, 5)? Has sido atrapado: y ojalá al menos seas encontrado atrapado, quien no atrapado pereciste. Es bueno ser atrapado en las redes de la verdad para el banquete del gran rey. No digas ya, Yo justifico, yo santifico: no sea que te convenzan de decir, Yo soy Cristo. Di más bien lo que el amigo del esposo, no quien quiera jactarse en lugar del esposo: Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Corintios III, 7). Escucha también al mismo, de quien hablamos, amigo del esposo. Ciertamente tenía discípulos con Cristo, y no era discípulo de Cristo: escúchalo confesándose discípulo de Cristo. Míralo entre los discípulos de Cristo, y tanto más seguro cuanto más humilde; tanto más humilde cuanto más grande. Míralo haciendo lo que está escrito, Cuanto más grande seas, tanto más humíllate en todo, y hallarás gracia ante Dios (Eclesiástico III, 20). Ya dijo, No soy digno de desatar la correa de su calzado: pero no en esto se demostró discípulo. El que viene de lo alto, dice, está por encima de todos (Juan III, 31): nosotros todos hemos recibido de su plenitud (Juan I, 16). Por tanto, él también estaba entre los discípulos, quien con Cristo reunía discípulos. Escucha más claramente confesándose discípulo: El que tiene a la esposa, es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y le oye (Juan III, 29). Y por eso está presente, porque le oye. Está presente y le oye; porque si no le oye, cae. Con razón aquel, A mi oído darás, dice, gozo y alegría. ¿Qué significa, a mi oído? Escucharle a él, no querer ser escuchado en lugar de él. Y para que sepamos que en lo que le oye, recomienda la humildad: cuando dijo, A mi oído darás gozo y alegría; inmediatamente añadió, y se regocijarán los huesos humillados (Salmo L, 10). Está presente, pues, y le oye. Se regocijarán los huesos humillados, porque se quiebran los elevados. Ningún siervo, pues, asuma el poder del Señor. Alégrese de estar en la familia, y si es prepuesto, dé a sus consiervos el alimento a su tiempo (Mateo XXIV, 45); pero de donde él mismo viva, no para que de él vivan ellos. Pues, ¿qué es dar el alimento a su tiempo, sino dar a Cristo, alabar a Cristo, recomendar a Cristo, predicar a Cristo? esto es, dar el alimento a su tiempo. Pues para que él mismo Cristo fuera el alimento de sus bestias, nació y fue puesto en un pesebre.

SERMO CCXCIII. En el Natalicio de Juan Bautista, VII.

1. Comparación entre el nacimiento de Juan y el de Cristo. Celebramos hoy la solemnidad de San Juan, cuya natividad, al ser leído el Evangelio, hemos escuchado con admiración. ¿Cuánta es la gloria del juez, si tanta es la del pregonero? ¿Cómo será el camino que ha de venir, si tal es quien prepara el camino? La Iglesia observa de algún modo consagrada la natividad de Juan: no se encuentra ninguno entre los Padres cuya natividad celebremos solemnemente: celebramos la de Juan, celebramos también la de Cristo: esto no puede ser en vano, y si acaso por la dignidad de tan gran asunto se explica menos por nosotros, sin embargo, se piensa más fructuosamente y más profundamente. Nace Juan de una anciana estéril, nace Cristo de una joven virgen. A Juan lo da a luz la esterilidad, a Cristo la integridad. En la natividad de Juan la edad parental no era congruente, en la natividad de

Cristo no existió el abrazo marital. Aquel es anunciado por un ángel, este es concebido por el anuncio de un ángel. No se cree que Juan vaya a nacer, y el padre queda mudo: se cree en Cristo, y es concebido por la fe. Primero se da el advenimiento de la fe en el corazón de la virgen, y sigue la fecundidad en el vientre de la madre. Y sin embargo, casi las mismas palabras son las de Zacarías diciendo, cuando el ángel anunciaba a Juan, ¿Por qué conoceré esto? Porque yo soy viejo, y mi esposa ya ha avanzado en sus días: y las de la santa María al anunciarle el ángel su futuro parto, «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» casi las mismas palabras. A él se le dice: «He aquí que estarás mudo, y no podrás hablar, hasta que se cumplan estas cosas, porque no creíste a mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.» A ella, en cambio: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.» A él se le reprende, a ella se le instruye. A él se le dice, Porque no creíste: a ella se le dice, Recibe lo que has preguntado. Casi las mismas palabras son, ¿Por qué conoceré esto? y, ¿Cómo será esto? Pero a quien escuchaba las palabras y veía el corazón, no le pasaba desapercibido. En las palabras de ambos se ocultaba el pensamiento; pero no al ángel, sino a quien hablaba por el ángel. Finalmente, nace Juan, cuando ya la luz disminuye, y la noche comienza a crecer: nace Cristo, cuando la noche sufre detrimento, y el día aumento. Y como si mirando este signo de la natividad de ambos, el mismo Juan dice: A él le conviene crecer, y a mí disminuir (Juan III, 30). Hemos propuesto cosas que deben ser investigadas, y hemos predicho que deben ser discutidas: pero he dicho esto de antemano, y si no somos suficientes para escudriñar todos los senos de tan gran misterio, ya sea por capacidad, ya sea por tiempo; mejor os enseñará quien habla en vosotros, incluso en nuestra ausencia, a quien piadosamente pensáis, a quien habéis recibido en el corazón, de quien habéis sido hechos templos.

2. Juan como un límite entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Por eso nace de ancianos, y exulta en el vientre. La boca de Zacarías primero cerrada, y luego abierta. Por tanto, Juan parece ser un cierto límite interpuesto entre los dos Testamentos, el antiguo y el nuevo. Pues él es, como he dicho, de algún modo el límite, el mismo Señor lo testifica diciendo: La Ley y los Profetas hasta Juan el Bautista (Lucas XVI, 16). Sostiene, pues, la persona de la antigüedad, y el pregón de la novedad. Por la persona de la antigüedad, nace de ancianos: por la persona de la novedad, es declarado profeta en el vientre de su madre. Pues aún no nacido, al advenimiento de la santa María, exultó en el vientre de su madre. Ya allí estaba designado, designado antes de nacer: se muestra de quién sería precursor, antes de ser visto por él. Estas son cosas divinas, y exceden la medida de la fragilidad humana. Finalmente, nace, recibe nombre, se suelta la lengua del padre (Lucas I). Refiera lo que ha sucedido a la imagen significativa de las cosas: tanto lo que ha sucedido no pienses que no ha sucedido, porque quizás dirás qué significa. Esto que ha sucedido, refiérelo a la significación de las cosas, y ve un gran misterio. Zacarías calla, y pierde la voz, hasta que Juan nace precursor del Señor, y abre la voz. ¿Qué es el silencio de Zacarías, sino la profecía latente, y antes de la predicación de Cristo de algún modo oculta y cerrada? Se abre con su advenimiento, se hace clara con la venida de aquel que fue profetizado. Esto es la apertura de la voz de Zacarías en la natividad de Juan, lo que es la rasgadura del velo en la cruz de Cristo. Si Juan se anunciara a sí mismo, no abriría la boca de Zacarías. Se suelta la lengua, porque nace la voz: pues a Juan ya anunciando al Señor se le dijo, ¿Tú quién eres? Y respondió, Yo soy la voz del que clama en el desierto (Juan I, 22, 23).

3. Juan es la voz, Cristo es el Verbo. La voz es tomada por el Verbo. Juan es la voz, pero el Señor en el principio era el Verbo (Juan I, 1). Juan es la voz por un tiempo, Cristo es el Verbo en el principio eterno. Quita el verbo, ¿qué es la voz? Donde no hay entendimiento, el ruido es vano. La voz sin el verbo golpea el oído, no edifica el corazón. Sin embargo, en la

edificación de nuestro corazón, observemos el orden de las cosas. Si pienso lo que voy a decir, ya es verbo en mi corazón: pero queriendo hablarte, busco cómo esté también en tu corazón lo que ya está en el mío. Buscando cómo llegue a ti, y el verbo que ya está en mi corazón se asiente en el tuyo, tomo la voz, y con la voz tomada te hablo: el sonido de la voz lleva a ti el entendimiento del verbo: y cuando el sonido de la voz ha llevado a ti el entendimiento del verbo, el sonido mismo pasa; pero el verbo que el sonido ha llevado a ti, ya está en tu corazón, y no ha salido del mío. El sonido, pues, al haber pasado el verbo a ti, ¿no te parece que dice el mismo sonido, A él le conviene crecer, y a mí disminuir? El sonido de la voz ha sonado en el ministerio, y ha pasado, como diciendo, Este mi gozo se ha cumplido (Juan III, 30, 29). Retengamos el verbo, no perdamos el verbo concebido profundamente. ¿Quieres ver la voz que pasa, y la divinidad del Verbo que permanece? ¿Dónde está ahora el bautismo de Juan? Ha ministrado, y ha pasado. El bautismo de Cristo ahora es frecuentado. Todos creemos en Cristo, esperamos la salvación en Cristo: esto ha sonado la voz. Pues porque es difícil discernir el verbo de la voz, el mismo Juan fue tomado por Cristo. La voz fue tomada por el verbo: pero la voz se reconoció a sí misma, para no ofender al verbo. No soy, dice, Cristo, ni Elías, ni profeta. Se le respondió, ¿Tú, pues, quién eres? Yo soy, dice, la voz del que clama en el desierto, Preparad el camino del Señor (Juan I, 20-23). La voz del que clama en el desierto, la voz del que rompe el silencio. Preparad el camino del Señor, como si dijera, Yo por eso sueño, para introducirlo a él en el corazón: pero no se digna venir a donde lo introduzca, si no preparáis el camino. ¿Qué es, Preparad el camino; sino, suplicad congruentemente? ¿Qué es, Preparad el camino; sino, pensad humildemente? Tomad de él mismo el ejemplo de humildad. Se le toma por Cristo, dice que no es lo que se le toma, ni asume para su vanidad el error ajeno. Si dijera, Yo soy Cristo; ¿cuán fácilmente se le creería, quien antes de decirlo, se le creía? No lo dijo: se reconoció a sí mismo, se distinguió a sí mismo, se humilló a sí mismo. Vio dónde tenía la salvación: se entendió a sí mismo como lámpara, y temió ser extinguida por el viento de la soberbia.

4. Por qué un hombre de tanta gracia fue enviado a dar testimonio de Cristo. Pues esta disposición agradó a Dios, que un hombre de tanta gracia diera testimonio de Cristo, quien podría ser tomado por Cristo. De hecho, entre los nacidos de mujer, como dijo el mismo Cristo, nadie ha surgido mayor que Juan el Bautista (Mateo XI, 11). Si ningún hombre era mayor que este hombre, quien es mayor que él, es más que hombre. Gran testimonio de Cristo sobre sí mismo, pero a ojos llagados e infirmos poco se testifica el día sobre sí mismo. Los ojos enfermos temen el día, soportan la lámpara. Por eso el día venidero envió la lámpara. Pero en los corazones de los fieles envió la lámpara, para confundir los corazones de los infieles. Preparé, dice, lámpara para mi Cristo: Dios Padre hablando en profecía, Preparé lámpara para mi Cristo: Juan como pregonero del Salvador, precursor del juez venidero, amigo del esposo futuro. Preparé, dice, lámpara para mi Cristo. ¿Por qué preparaste? A sus enemigos los vestiré de confusión: pero sobre él florecerá mi santificación (Salmo CXXXI, 17, 18). ¿Cómo por esta lámpara sus enemigos fueron vestidos de confusión? Examinemos el Evangelio. Los judíos calumniando al Señor dijeron, ¿Con qué potestad haces estas cosas? Si tú eres el Cristo, dinos abiertamente. Buscaban causa, no fe; de donde acechar, no de donde ser liberados. De hecho, quien vio sus corazones, presten atención a lo que respondió para confundirlos con la lámpara. Pregunto, dice, también a vosotros una palabra: Decidme, ¿El bautismo de Juan de dónde es? ¿del cielo, o de los hombres? Ellos inmediatamente golpeados, y aunque tenuemente brillando el día, obligados a palpar, ya que no podían contemplar aquella claridad, huyeron a las tinieblas de su corazón, y allí comenzaron a turbarse, tropezando y cayendo. Si decimos, dicen: esto entre ellos mismos, donde pensaban, pero donde él veía: Si decimos, dicen, Es del cielo; nos dirá, ¿Por qué, pues, no le creísteis? Pues él había dado testimonio de Cristo el Señor. Pero si decimos, De los hombres; nos

apedrearán los pueblos: porque Juan era tenido por gran profeta. Y dijeron, No sabemos. No sabéis: estáis en tinieblas, perdéis la luz. Pues cuánto mejor, si acaso hay tinieblas en el corazón humano, admitir la luz, no perderla. Donde dijeron, No sabemos: dice el Señor, Ni yo os digo con qué potestad hago estas cosas (Mateo XXI, 23-27). Pues sé con qué corazón dijisteis, No sabemos, no queriendo ser enseñados, sino temiendo confesar.

5. Cristo, Dios oculto en la carne. Esta disposición divina; en la medida en que el hombre puede investigar, lo superior es mejor, lo inferior es inferior; esta disposición divina nos insinúa un gran sacramento. Cristo iba a venir en la carne, no cualquiera, no un ángel, no un enviado; sino que él mismo vendrá a salvarlos (Isaías XXXV, 4). No era cualquiera el que iba a venir: y sin embargo, ¿cómo iba a venir? Naciendo en carne mortal, siendo un niño pequeño, siendo puesto en un pesebre, envuelto en pañales, alimentado con leche, creciendo con el tiempo, y finalmente siendo muerto. Todos estos son signos de humildad y es una forma de extrema humildad. ¿De quién es esta humildad? Del Altísimo. ¿Cuán alto? No busques en la tierra, trasciende incluso las estrellas. Cuando llegues a los ejércitos celestiales de los ángeles, escucharás de ellos, "Pasa más allá de nosotros". Cuando llegues a los Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, escucharás, "Pasa más allá de nosotros; también nosotros fuimos hechos: Todo fue hecho por él". Trasciende toda la creación; lo que sea que haya sido creado, lo que sea que haya sido instituido, lo que sea mutable, ya sea corporal o incorpóreo, trasciéndelo todo. No puedes ver aún, trasciende creyendo: llega al Creador, y mientras tanto, con la fe precediéndote, que te lleva, llega al Creador. Allí ve, "En el principio era el Verbo". No fue hecho en algún momento: sino que en el principio era. No como la criatura, de la cual se dice, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gén. I, 1). Lo que era en el principio, no hay un momento en que no era. Lo que era en el principio, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: y todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada: y en él estaba la vida que fue hecha (Juan I, 1-4), vino a nosotros. ¿A quiénes? ¿A los dignos? De ninguna manera: sino a los indignos. Porque Cristo murió por los impíos (Rom. V, 6), y por los indignos, pero él es digno. Nosotros éramos indignos de su misericordia; pero él era digno de tener misericordia, a quien se le diría, "Por tu misericordia, Señor, libranos". No por nuestros méritos precedentes, sino "por tu misericordia, Señor, libranos; y sé propicio a nuestros pecados por tu nombre" (Sal. LXXVIII, 9), no por nuestro mérito. Porque no por el mérito de los pecados, sino por tu nombre. Porque el mérito de los pecados no es ciertamente un premio, sino un castigo. Por lo tanto, por tu nombre. He aquí a quiénes vino, he aquí cuán grande vino. ¿Cómo vino a nosotros? El Verbo ciertamente se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14). Porque si hubiera venido solo en su divinidad, ¿quién lo soportaría? ¿quién lo comprendería? ¿quién lo recibiría? Pero asumió lo que éramos, para que no permaneciéramos lo que éramos: pero lo que éramos por naturaleza, no por culpa. Porque vino a los hombres como hombre, no como pecador a los pecadores. De estas dos cosas, la naturaleza humana y la culpa humana, asumió una, sanó la otra. Porque si él mismo asumiera nuestra iniquidad, él mismo necesitaría un salvador. Sin embargo, asumió para soportar y sanar, no para tener: y apareció como hombre entre los hombres, Dios oculto.

6. A Dios oculto en la carne le fue necesario el testimonio de un hombre, que no hubiera otro mayor. Juan, teniendo discípulos como Cristo, se convierte en un testigo más creíble de Cristo. ¿Quién, entonces, dará testimonio de este día oculto en una nube de carne? Da una lámpara, que testifique del día: pero aumenta esta lámpara, para que cualquiera que sea más que ella, sea el día: "Entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista" (Mat. XI, 11). ¡Oh disposición inefable! Yo, hermanos, cuando pienso en estas cosas, me maravillo mucho de lo que dice Juan de Cristo, según el testimonio del Evangelio: "No soy digno", dice, "de desatar la correa de su calzado" (Juan I, 27). ¿Qué puede decirse

más humilde? ¿Qué más excelso que Cristo? ¿qué más humilde que el crucificado? "El que tiene la esposa, es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y le oye, se goza grandemente por la voz del esposo" (Juan III, 29), no por la suya. "Nosotros", dice, "de su plenitud todos hemos recibido" (Id. I, 16). ¡Cuán grandes cosas dice de Cristo, cuán espléndidas! ¡cuán excelsas! ¡cuán dignas! si es que algo digno puede decirse de él por alguien. Y sin embargo, no camina entre los discípulos del Señor, no lo siguió, como Pedro, como Andrés, como Juan, como los demás. Pero él mismo también reunió discípulos, y aunque el Señor estaba aquí con sus discípulos, Juan también tenía discípulos. Se les llamaba discípulos de Juan. Se le decía al mismo Señor, "¿Por qué los discípulos de Juan ayunan, y tus discípulos no ayunan?" (Mar. II, 18). Esto era sin duda necesario para el fiel precursor, que Cristo fuera predicado por quien podría ser considerado un rival. Juan tenía discípulos, y Cristo también: enseñaba como si fuera fuera, pero el testigo permanecía adherido. Por eso, entre los nacidos de mujer, nadie ha surgido mayor que Juan el Bautista. Hubo profetas, tuvieron discípulos, pero no con Cristo presente. Después hubo grandes apóstoles, pero porque eran discípulos de Cristo, no porque pudieran tener discípulos con Cristo. Él tiene discípulos, reúne, bautiza: ¿qué pensamos? ¿fuera, o dentro? En realidad, dentro, para que como hombre sea liberado por Dios; en apariencia como fuera, para que se le crea como testigo. Considera esto mismo: Pedro, Andrés, Juan y los demás daban testimonio al Señor; cuando se les decía, "Alabáis a quien seguís, predicáis a quien os adherís". Que venga la lámpara que confunde a los enemigos, que reúna discípulos. Cristo tiene, y Juan tiene. Cristo bautiza, y Juan bautiza; y vienen a Juan, y le dicen, "Aquel de quien diste testimonio, he aquí que bautiza, y todos vienen a él": para que como rival, dijera algo malo de Cristo por envidia. Pero allí la lámpara arde más segura, allí brilla más claramente, allí se fortalece, cuanto más distintamente, tanto más seguro. Ya, dice, os he dicho, que yo no soy el Cristo. El que tiene la esposa, es el esposo: el que viene de arriba, es sobre todos (Juan III, 26-31). Entonces los que creían admiraban a Cristo, entonces los enemigos se confundían, cuando de alguna manera se veía obligado a predicar, quien podía ser creído envidioso. Porque el siervo se ve obligado a reconocer al Señor, la criatura a dar testimonio al Creador: ni siquiera se ve obligado, sino que lo hace de buena gana. Porque es amigo, no envidioso: no es celoso por sí mismo, sino por el esposo.

7. En las bodas de Cristo, Juan es el paranymphe. Cristo es el mediador en cuanto hombre. Esto hacen los amigos del esposo; y hay una cierta solemnidad en las bodas humanas, que además de otros amigos, también se invite al paranymphe, un amigo más íntimo, consciente del secreto del aposento. Pero aquí hay una diferencia, y ciertamente una gran diferencia. Lo que en las bodas humanas un hombre es para otro hombre como paranymphe, eso es Juan para Cristo, y el mismo Dios Cristo es el esposo, mediador entre Dios y los hombres; pero en cuanto hombre. Porque en cuanto Dios no es mediador, sino igual al Padre, lo mismo que el Padre, con el Padre un solo Dios. ¿Cuándo sería esta sublimidad mediadora, de la cual estábamos tan lejos? Para que sea mediador, asume algo que no era: pero para que lleguemos, permanece lo que era. He aquí que Dios está sobre nosotros, he aquí que nosotros estamos debajo de él, y hay muchos espacios intermedios, especialmente la distancia del pecado nos distingue y nos aleja mucho. En esta gran distancia, cuando había que llegar a Dios, ¿cómo íbamos a llegar? Dios mismo permanece Dios: el hombre se acerca a Dios, y se hace una sola persona, para que no sea un semidiós, como si en parte Dios y en parte hombre; sino todo Dios y todo hombre: Dios libertador, hombre mediador; para que por él lleguemos a él, no por otro, ni no a él; sino por lo que en él somos nosotros, a él por quien fuimos hechos. Por eso el Apóstol, aunque conocía a Cristo como Dios: pues él mismo dijo de él, cuando hablaba de los méritos precedentes de los judíos, "De quienes son los padres, y de quienes es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Rom. IX, 5):

aunque sabía que él era Dios, y sobre todas las cosas Dios; y por lo tanto ciertamente sobre todas las cosas, porque por él fueron hechas todas las cosas; llegó a recomendar al mediador, y no dijo Dios; porque no es por ser Dios que es mediador; sino por ser hecho hombre. Esa es nuestra liberación. Porque hay un solo Dios. Como católicos escucháis, instruidos escucháis, vigilantes escucháis, "Un solo Dios": ¿acaso solo el Padre? ¿acaso solo el Hijo? ¿acaso solo el Espíritu Santo? Sino que ciertamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios. Por lo tanto, "Un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (I Tim. II, 5). Si dijera, "Un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús"; se entendería como un Dios menor. Porque se separaría de la deidad de la Trinidad, si se dijera un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, como si no fuera aquel Dios que se decía uno. Pero porque en la unidad de Dios, allí están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: que la divinidad mantenga la unidad, que la humanidad asuma la mediación.

8. La gracia del mediador es necesaria para todos, para reconciliarse con Dios. Con esta mediación se reconcilia con Dios toda la masa del género humano que fue alienada por Adán. Porque por Adán el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). ¿Quién se libraría de esto? ¿quién sería distinguido de esta masa de ira hacia la misericordia? Porque, ¿quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Por lo tanto, no nos distinguen los méritos, sino la gracia. Porque si son méritos, es deuda: si es deuda, no es gratis: si no es gratis, no es gracia. Esto mismo dijo el Apóstol: "Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. XI, 6). Por uno somos salvados, mayores, menores, ancianos, jóvenes, pequeños, infantes; por uno somos salvados. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Por un hombre la muerte, y por uno la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21, 22).

9. Todos en Adán y todos en Cristo. Aquí alguien se presenta y me dice: ¿Cómo todos? Entonces, ¿los que serán enviados al infierno, los que serán condenados con el diablo, los que serán atormentados con fuegos eternos? ¿Cómo todos y todos? Porque nadie va a la muerte sino por Adán, nadie va a la vida sino por Cristo. Si hubiera otro por quien llegáramos a la muerte, no todos morirían en Adán. Si hubiera otro por quien llegáramos a la vida, no todos serían vivificados en Cristo.

10. Incluso los infantes necesitan un libertador. ¿Qué, entonces, dice alguien, incluso el infante necesita un libertador? Claro que lo necesita: es testigo la madre que corre fielmente con el niño para ser bautizado en la iglesia. Es testigo la misma madre Iglesia que recibe al niño para ser lavado, y o bien liberado, o bien nutrido con piedad. ¿Quién se atrevería a dar testimonio contra una madre tan grande? Finalmente, incluso en el mismo infante, el llanto es testigo de su miseria. En la medida en que puede, la naturaleza débil, poco inteligente, da testimonio; no comienza con una sonrisa, comienza con un llanto. Reconoce al miserable, extiende la ayuda. Que todos se revistan de entrañas de misericordia. Cuanto menos pueden por sí mismos, tanto más misericordiosamente hablemos por los pequeños. La Iglesia suele ofrecer ayuda para proteger los bienes de los huérfanos: hablemos todos por los pequeños, que se les ofrezca ayuda de todos, para que no pierdan la herencia celestial. Y por ellos el Señor se hizo niño. ¿Cómo no iban a pertenecer a su liberación, aquellos que merecieron ser los primeros en ser asesinados por él?

11. Cristo es también Jesús para los pequeños, es decir, salvador. Finalmente, sobre el mismo Señor Salvador, cuando se anunciaba su nacimiento próximo, se dijo, "Llamarán su nombre

Jesús: porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. I, 21). Tenemos a Jesús, tenemos la interpretación de este nombre. ¿Por qué Jesús, que en latín se dice Salvador, por qué Jesús? Porque él salvará a su pueblo. ¿De qué? De sus pecados. Moisés salvó a su pueblo con mano poderosa, y con la ayuda del Altísimo de la persecución y dominación de los egipcios: Josué, hijo de Nun, salvó a su pueblo de los perseguidores y guerras de las naciones: los Jueces salvaron a su pueblo, liberándolo de los filisteos; los Reyes también salvaron a su pueblo, liberándolo del dominio de las naciones circundantes. Jesús no salva así: sino de sus pecados. Llamarán su nombre Jesús. ¿Por qué? Porque él salvará a su pueblo. ¿De qué? De sus pecados. Ahora pregunto sobre el pequeño, se lleva a la iglesia para ser hecho cristiano, para ser bautizado, creo que para que esté en el pueblo de Jesús. ¿De qué Jesús? Del que salva a su pueblo de sus pecados. Si no tiene nada que salvar en él, que se lo lleven de aquí. ¿Por qué no decimos a las madres, Llévense de aquí a estos pequeños? Porque Jesús es salvador: si no tienen nada que salvar en ellos, llévenselos de aquí. No necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Id. IX, 12). ¿Se atreverá alguien a decirme en este peligro del pequeño: Para mí es Jesús, para este no es Jesús? Entonces, ¿para ti es Jesús, para este no es Jesús? ¿No viene a Jesús? ¿no se responde por él para que crea en Jesús? ¿Instituimos otro bautismo para los pequeños, en el que no se hace remisión de pecados? Claro que si este pequeño pudiera hablar por sí mismo, refutaría la voz del que contradice, y clamaría: Dame la vida de Cristo; en Adán morí; dame la vida de Cristo, en cuya presencia el mundo no es, ni el infante cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job XIV, 4, según LXX). No negaría la gracia a estos, ni siquiera quien diera de lo suyo. Que se haga misericordia con los miserables. ¿Por qué se alaba tanto su inocencia? Que encuentre un salvador, que aún no sientan al adulador. Nosotros, ciertamente, en tanto peligro de los infantes, ni siquiera debemos discutir, para que no parezca que diferimos su salvación incluso discutiendo. Que se traiga, que se lave, que se libere, que se vivifique. Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. No encontró por dónde venir a la vida de este mundo, sino por Adán: no encontrará por dónde escapar del castigo del mundo futuro, sino por Cristo. ¿Por qué cierras la única puerta? Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Escucha, te clama: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal. ¿Por qué dices que este está sano, sino porque contradices al médico?

12. Juan, nacido con pecado, necesitó un salvador. ¿Es que, dice, incluso Juan, de quien hablabas, nació con pecado? Claro que encontraste a alguien nacido sin pecado, si encuentras a alguien nacido sin Adán. No arrancas esta sentencia de las manos de los fieles: "Por un hombre la muerte, y por uno la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Por un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres. Si estas palabras fueran mías, ¿podría esta sentencia ser dicha más claramente? ¿podría ser más evidente? ¿podría ser más plena? Así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron. Ahora tú exceptúa a Juan: si lo separas de los hombres, si lo separas de esa línea de la propagación humana, si lo separas del abrazo del hombre y la mujer, también lo separarás de esta sentencia. Porque aquel que quiso ser separado de ella, se dignó venir por una virgen. ¿Por qué me obligas a discutir los méritos de Juan? En el vientre saludó al Señor: pero creo que lo saludó, de quien deseó la salvación. No busca tu defensa perniciosísima. Cuando el Señor vino a su bautismo, consciente de la común debilidad, dijo: "Yo necesito ser bautizado por ti" (Mat. III, 14). Porque el Señor venía a recomendar incluso en el bautismo la humildad, a la consagración del mismo sacramento. Porque así como el joven recibió el bautismo, así el infante la circuncisión. Recibió para recomendar los remedios, no las heridas. Pero, ¿por qué dijo, "Yo necesito ser bautizado por ti", si estaba completamente limpio de toda culpa, si no había en él lo que debía ser sanado, si no había en él lo que debía ser limpiado? Él se dice deudor, y tú lo purgas, para que no se le

perdonen las deudas. "Yo necesito ser bautizado por ti": es necesario para mí, es necesario para mí. Y esto le fue concedido allí. Porque cuando el Señor en el agua, no él fuera del agua. ¿Qué más? Que cese de una vez, si es posible, el contradictor; porque incluso a su pregonero lo liberó el mismo Salvador.

SERMO CCXCIV. Pronunciado en la basílica de los Mayores, en el Natalicio del mártir Guddentis, el 27 de junio. Sobre el Bautismo de los infantes, contra los Pelagianos.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ocasión del sermón. En el Natalicio de San Juan, entre otras cosas que parecían necesarias decir, nuestro sermón fue llevado al Bautismo de los infantes: y como ya era extenso, y se pensaba en terminarlo, no se dijeron tantas cosas sobre una cuestión tan grande, como debieron decirse en un peligro tan grande por los que están preocupados. Nos preocupa, no la sentencia misma ya establecida hace tiempo en la Iglesia católica con suma autoridad, sino las disputas de algunos, que ahora intentan proliferar y trastornar las mentes de muchos. Hoy, por lo tanto, con la ayuda del Señor, nos ha parecido bien hablar de esto. Celebramos ciertamente el día solemne del Mártir: pero la causa de todos los fieles es mayor que la de solo los mártires. Porque no todos los fieles son también mártires, pero ellos son mártires porque son fieles. Veamos, entonces, qué proponen, qué los mueve; porque también debemos pensar no tanto en refutarlos como en sanarlos.

2. Los pelagianos admiten el bautismo de los niños, no para la vida eterna, sino para el reino de los cielos. Admiten que es necesario bautizar a los niños. Por lo tanto, no hay cuestión entre nosotros y ellos sobre si los niños deben ser bautizados; sino que se cuestiona la razón por la cual deben ser bautizados. Así que, lo que ellos admiten, lo mantenemos sin ninguna duda con ellos. Nadie duda que los niños deben ser bautizados. Nadie debe dudar, ya que ni siquiera ellos dudan de esto, quienes en parte alguna contradicen.

CAPÍTULO II.

Pero nosotros decimos que de otra manera no tendrán salvación y vida eterna, a menos que sean bautizados en Cristo: ellos, sin embargo, dicen que no es por la salvación, no por la vida eterna, sino por el reino de los cielos. Qué significa esto, mientras lo exponemos como podemos, presten atención por un momento. Dicen que el niño, aunque no sea bautizado, por el mérito de su inocencia, ya que no tiene ningún pecado en absoluto, ni propio ni original, ni de sí mismo ni heredado de Adán, es necesario, dicen, que tenga salvación y vida eterna, incluso si no es bautizado; pero por eso debe ser bautizado, para que también entre en el reino de Dios, es decir, en el reino de los cielos. Si esto debe ser discutido, debe ser discutido ciertamente por ellos, no por nosotros. Son nuestros hermanos, han sido movidos por la profundidad de la cuestión; pero debieron ser guiados por el timón de la autoridad. Pues cuando dicen que no deben ser bautizados para recibir la salvación y la vida eterna, sino solo para el reino de los cielos y el reino de Dios; admiten que deben ser bautizados, pero no por la vida eterna, sino por el reino de los cielos. ¿Qué hay de la vida eterna? Dicen que la tendrán. ¿Por qué la tendrán? Porque no tienen pecado alguno, y no pueden pertenecer a la condenación. ¿Entonces hay vida eterna fuera del reino de los cielos?

CAPÍTULO III.

3. Que no hay vida eterna fuera del reino de los cielos. Entre la derecha de los que pertenecen al reino de Dios, y la izquierda de los condenados no hay lugar intermedio. Este es el primer

error que debe ser rechazado de los oídos, extirpado de las mentes. Esto es nuevo en la Iglesia, nunca antes se había oído, que haya vida eterna fuera del reino de los cielos, que haya salvación eterna fuera del reino de Dios. Primero mira, hermano, no sea que debas consentirnos en esto, que quien no pertenece al reino de Dios, sin duda pertenece a la condenación. El Señor vendrá, y juzgará a los vivos y a los muertos, como dice el Evangelio, hará dos partes, la derecha y la izquierda. A los de la izquierda les dirá: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"; a los de la derecha les dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo". Aquí llama reino, aquí con el diablo condenación. No queda lugar intermedio donde puedas colocar a los niños. Se juzgará a los vivos y a los muertos: unos estarán a la derecha, otros a la izquierda: no conozco otra cosa. Quien introduce un medio, aléjate del medio: no te ofenda quien busca la derecha. Y te advierto a ti mismo: aléjate del medio, pero no vayas a la izquierda. Si, por lo tanto, habrá derecha e izquierda, y no conocemos ningún lugar intermedio en el Evangelio: he aquí que en la derecha está el reino de los cielos, "Heredad", dice, "el reino". Quien no está allí, está a la izquierda. ¿Qué habrá a la izquierda? "Id al fuego eterno". A la derecha al reino, ciertamente eterno; a la izquierda al fuego eterno. Quien no está a la derecha, sin duda está a la izquierda: por lo tanto, quien no está en el reino, sin duda está en el fuego eterno. ¿Puede tener ciertamente vida eterna quien no es bautizado? No estará a la derecha, es decir, no estará en el reino. ¿Consideras la vida eterna como fuego eterno? Y sobre esa vida eterna escucha más claramente, porque nada más es el reino que la vida eterna. Primero llamó reino, pero en la derecha; fuego eterno en la izquierda. Pero la sentencia final, para enseñar qué es el reino, y qué es el fuego eterno, "Entonces", dice, "irán estos al castigo eterno; pero los justos a la vida eterna" (Mateo 25, 33, 34, 41, 46).

CAPÍTULO IV.

He aquí que te ha explicado qué es el reino, y qué es el fuego eterno; para que cuando confieses que el niño no estará en el reino, admitas que estará en el fuego eterno. Porque el reino de los cielos es la vida eterna.

4. La exclusión del reino de Dios está unida a la pena del fuego eterno. Ni tampoco el apóstol Pablo, cuando aterrorizaba a los hombres, no a los niños, no a los no bautizados, sino a los malvados, criminales, contaminados, perdidos; no los aterrorizó diciendo que estarán en el fuego eterno, al que sin duda irán si no se corrigen: sino que solo los aterrorizó diciendo que no estarán en el reino; para que cuando vean que pierden la esperanza del reino, no vean que les sigue sino la pena del fuego eterno. "No os engaños", dice, "ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se acuestan con hombres, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los rapaces heredarán el reino de Dios". No dijo, "Tales y tales serán atormentados en el fuego eterno"; sino, "no heredarán el reino de Dios". Quitada la derecha, no queda sino la izquierda. ¿De dónde, entonces, escapen del fuego eterno? No por otra cosa, sino porque estarán en el reino. Sigue: "Y esto erais algunos de vosotros". ¿Y de dónde ya no son? "Pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados, pero habéis sido justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu de nuestro Dios. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (1 Corintios 6, 9-11). "Porque no hay otro nombre bajo el cielo en el que debamos ser salvos" (Hechos 4, 12), todos nosotros, pequeños con grandes. Si, por lo tanto, debemos ser salvos en este nombre, sin este nombre sin duda no habrá salvación, que sin Cristo se promete a los niños. Con el debido respeto a aquellos, diré, quien promete salvación a alguien sin Cristo, no sé si él mismo puede tener salvación en Cristo.

CAPÍTULO V.

5. La distinción pelagiana entre la vida eterna y el reino de Dios es claramente arbitraria. Luego les preguntamos: ¿Qué, si alguien dice que los niños, por el mérito de su inocencia, como decís, y su inmunidad de todo delito, no solo tendrán salvación y vida eterna, sino también el reino de Dios? ¿De dónde está definido y seguro para vosotros que sin el Bautismo los niños no tendrán el reino de Dios; para que dividáis para ellos a vuestro arbitrio, no como ayudantes de los niños, sino como opresores de los miserables; para que dividáis para ellos a vuestro arbitrio, y les deis salvación y vida eterna aparte del reino de los cielos? Otro más benevolente que vosotros y más misericordioso, y como pensáis más justo, les dará todo, tanto la vida eterna como el reino de los cielos. ¿Cómo lo superaréis? Ya que a veces os deleita la razón humana contra la autoridad más evidente, presentad la misma regla de vuestra razón, y afirmad, con cuánta fuerza podáis, de dónde será vencido aquel que quiera dar a los niños, por los méritos de la inocencia, por ninguna culpa, como decís, esto es, pecado original, incluso no bautizados, no solo vida eterna, sino también el reino de los cielos: vencid a este. Yo, sin prejuicio, asumo por un momento las partes de este, y diré lo que él no siente: pero os advierto, para que veáis un adversario más agudo.

6. Negado una vez el pecado original, los pelagianos no pueden vencer a quien no quiera excluir a los niños del reino de Dios. He aquí que surge no sé quién, y dice: El niño que no tiene ningún pecado en absoluto, ni el que contrajo con su vida, ni el que heredó de la vida del primer padre, tendrá tanto vida eterna como el reino de los cielos.

CAPÍTULO VI.

Responded, vencid al hombre que os resiste, que divide de otra manera. Porque vosotros decís: Este no bautizado tendrá vida eterna, pero no tendrá el reino de los cielos. Él, en cambio: Más bien, tanto vida como reino de los cielos. ¿Por qué le arrebatas al inocente la herencia del reino de los cielos? A quien no se le concede el reino de los cielos, ciertamente se le priva de un gran bien. ¿Qué justicia es esta? Di, ¿por qué? ¿Qué ha hecho el niño no bautizado, que no tiene culpa alguna, ni suya, ni heredada del padre? ¿Qué ha hecho, dime, para que no entre en el reino de los cielos, para que sea separado de la suerte de los santos, para que sea exiliado de la sociedad de los ángeles? Pareces misericordioso, porque no le quitas la vida: sin embargo, condenas a quien separas del reino de los cielos. Condenas: no lo golpeas, pero lo envías al exilio. Pues también los que son exiliados, viven, si están sanos: no están en dolores corporales, no son torturados, no son afligidos por las tinieblas de la cárcel: esta es su única pena, no estar en la patria. Si se ama la patria, es una gran pena: si no se ama la patria, es peor la pena del corazón. ¿Es un mal menor en el corazón del hombre, que no busca la sociedad de los santos, que no desea el reino de los cielos? Si no lo desea, es una pena por la perversidad: si lo desea, es una pena por la caridad defraudada. Pero si, como quieres, es una pena pequeña; y esa pequeña es grande, si no hay culpa alguna. Aquí defiende la justicia de Dios. ¿Por qué se inflige incluso una pequeña pena al inocente, en quien no se encuentra ningún pecado en absoluto? Responde a este adversario, que quiere dar a los niños no bautizados, con mayor misericordia y justicia que tú, no solo vida eterna, sino también el reino de los cielos: responde si puedes, pero trae una razón; porque te deleita gloriarte en esto.

CAPÍTULO VII.

7. En la cuestión de los niños no bautizados, se debe recurrir a la autoridad divina. Siento que esta cuestión es profunda, y no reconozco mis fuerzas como idóneas para sondear su fondo. Me gustaría exclamar aquí lo que Pablo, "¡Oh profundidad de las riquezas!" El niño no

bautizado va a la condenación: porque son palabras del Apóstol, "De uno a la condenación" (Romanos 5, 16): no encuentro una causa digna, porque no la encuentro, no porque no exista. Donde, por lo tanto, no encuentro en lo profundo el fondo, debo atender a la debilidad humana, no condenar la autoridad divina. Yo ciertamente exclamo, y no me avergüenzo: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que le sea recompensado? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas: a él sea la gloria por los siglos de los siglos" (Romanos 11, 33-36). Yo fortalezco mi debilidad con estas palabras, y rodeado por esta cautela, me mantengo armado contra las flechas de tus razonamientos. Pero tú, guerrero, es decir, fuerte razonador, responde a este que te dice: Un niño completamente inocente, e inmune de todo pecado, tanto propio como original, no solo tendrá vida eterna, sino también el reino de los cielos. Esto es justo. ¿Por qué quien no tiene nada malo, no tiene algo bueno? pero sé, dices. ¿Cómo lo sabes? Porque el Señor lo dijo. Finalmente llegaste. No, por lo tanto, porque tú razonas, sino porque el Señor lo dijo. Aplaudo esto, es sano: como hombre no encontraste la razón, huyes a la autoridad. Apruebo, ciertamente apruebo. Bien haces; no encuentras qué responder, huye a la autoridad: no te persigo allí, no te expulso de allí; más bien, al que huye lo recibo y abrazo.

8. Sentencia del Señor excluyendo a los no bautizados del reino de Dios, admitida por los pelagianos. Por lo tanto, presenta la autoridad, estemos en ella juntos contra el enemigo común. Porque tú dices que el niño no bautizado no entra en el reino de los cielos, y yo también. Por lo tanto, resistamos juntos a ese enemigo común, que dice que el niño no bautizado entrará en el reino de los cielos, y presentemos el escudo de la fe contra sus insidiosas flechas.

CAPÍTULO VIII.

Que cedan por un momento las conjeturas de la razón humana, tomemos las armas divinas. "Tomad", dice el Apóstol, "la armadura de Dios" (Efesios 6, 13). He aquí que digamos juntos a este hombre: ¿Eres cristiano? Cristiano, dice. Escucha el Evangelio, tú que quieres enviar a los niños no bautizados al reino de los cielos; escucha el Evangelio: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de Dios". Es sentencia del Señor: a esto no resiste, sino quien no es cristiano. Ha sido rechazado aquel, me queda la contienda contigo: y tal vez de donde venciste para el bien de aquel, de allí serás vencido para tu bien. Pues a quien venciste, si no es duro, lo enseñaste. No seas, por lo tanto, duro tú también: mantengamos juntos por ahora esta sentencia, "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de Dios". ¿Por eso dices? Por eso, dice. Sin embargo, mira, por aquellas cosas que dijimos antes, no sea que tal vez no encuentres vida eterna fuera del reino de Dios. Porque son muy claras las palabras sobre esas dos partes, derecha e izquierda, donde no dio ningún lugar intermedio para la vida sin reino. ¿Te corrige poco esto? ¿Te advierte poco? Observa conmigo la misma lectura, de donde sacaste esta sentencia, un poco.

9. De la misma lectura del Evangelio deben ser vencidos los pelagianos. Una persona en dos naturalezas de Cristo, quien al mismo tiempo dice estar en la tierra y en el cielo. Porque dijiste que por eso no puedes prometer el reino de los cielos a los niños no bautizados, porque la sentencia del Señor es clara, "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no entrará en el reino de los cielos". No advertiste allí, cuando Nicodemo preguntaba cómo se harían estas cosas, es decir, cómo renacería el hombre, cómo nacería de nuevo; ya que ciertamente no puede entrar de nuevo en el vientre de su madre, y nacer de nuevo; qué escuchó del Señor, qué escuchó del buen maestro, qué escuchó el error de la verdad.

CAPÍTULO IX.

Entre otras cosas, mostrando cómo se hace, también puso una similitud. Pero primero dijo: "Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo" (Juan 3, 5, 13). Estaba en la tierra, y decía estar en el cielo; y lo que es más, en el cielo el Hijo del Hombre: para mostrar una persona en ambas naturalezas, y en lo que el Hijo de Dios era igual al Padre, el Verbo de Dios en el principio Dios con Dios, y en lo que era hijo del hombre, asumiendo alma humana y carne humana, y vestido de hombre, saliendo hacia los hombres: porque en ambos no son dos cristos, ni dos hijos de Dios, sino una persona, un Cristo Hijo de Dios, y el mismo un Cristo, no otro, hijo del hombre; sino del Hijo de Dios según la divinidad, hijo del hombre según la carne. ¿Quién de nosotros, que poco advertimos, o poco entendemos, no preferiría distinguir así, Hijo de Dios en el cielo, y Hijo del Hombre en la tierra? Pero para que no dividiéramos así, y al dividir así introdujéramos dos personas, "Nadie ha subido al cielo", dice, "sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre". Por lo tanto, el Hijo del Hombre descendió del cielo. ¿No fue el hijo del hombre hecho en la tierra? ¿No fue el hijo del hombre hecho por María? Pero, oh hombre, no separes, dice, a quien quiero unir. No es suficiente que el Hijo del Hombre haya descendido (porque Cristo descendió, y el mismo hijo del hombre que es Hijo de Dios); está sentado en el cielo, quien camina en la tierra. Estaba en el cielo, porque Cristo está en todas partes, y el mismo Cristo es tanto Hijo de Dios como hijo del hombre. Por la unidad de la persona en la tierra el Hijo de Dios, por la misma unidad de la persona hemos probado que está en el cielo el hijo del hombre, de estas palabras del Señor, "El Hijo del Hombre", dice, "que está en el cielo". Por la unidad de la persona, ¿no es cierto que estando en la tierra y visible, Pedro dice, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16, 17)?

10. Solo Cristo ascendió al cielo. Los miembros de Cristo con la cabeza un Cristo. Por lo tanto, que Nicodemo aprenda cómo se hace aquello, que a él menos entendiendo, le parecía increíble y casi imposible: "Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo".

CAPÍTULO X.

Pero todos los que renacen, ciertamente ascienden al cielo: de los demás nadie en absoluto. Y todos los que renacen, por la gracia de Dios ascienden al cielo: y "nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo". ¿De dónde esto? Porque todos los que renacen, se convierten en miembros de él; y solo Cristo nacido de María es un Cristo, y con su cuerpo cabeza es un Cristo. Por lo tanto, quiso decir, "Nadie ha subido, sino el que descendió". No ha subido, sino Cristo. Si quieres ascender, sé en el cuerpo de Cristo: si quieres ascender, sé miembro de Cristo. Porque así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; así también Cristo (1 Corintios 12, 12): porque cabeza y cuerpo Cristo. Y cómo se hace esto, aún busquemos. La cuestión está oculta, se exalta esa profundidad.

11. Cómo nos convertimos en miembros de Cristo. La fe en Cristo es necesaria para la salvación. Cristo no tiene pecado, ni original ni propio: vino al mundo sin el placer de la lujuria carnal, no hubo unión marital: del cuerpo de la Virgen no tomó herida, sino medicina; no asumió lo que debía sanar, sino de dónde sanar: en cuanto al pecado se refiere, digo. Solo él está sin pecado: ¿cómo serán sus miembros aquellos de los cuales ninguno está sin pecado? ¿Cómo? Escucha la similitud que sigue: Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que crea en él no

perezca, sino que tenga vida eterna (Juan III, 14, 15). ¿De dónde no te parecía que los hombres pecadores pudieran convertirse en miembros de Cristo, es decir, de aquel que no tenía pecado alguno? Te movía la mordedura de la serpiente: por eso Cristo es crucificado, por eso Cristo derrama su sangre para la remisión de los pecados; porque a causa del pecado, es decir, el veneno de la serpiente, Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, para que sanaran los que en aquel desierto eran mordidos por serpientes, y se les ordenaba mirar a aquel que había sido levantado, y quienquiera que lo mirara, sanaba; así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que crea en él, es decir, quien mire al levantado, quien no se avergüence del crucificado, quien se gloríe en la cruz de Cristo, no perezca, sino que tenga vida eterna. No perezca, ¿de dónde? Creyendo en él. ¿De dónde no perezca? Mirando al levantado: de lo contrario, perecería. Esto es, pues, Todo el que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

CAPÍTULO XI.

12. A los pequeños heridos por el pecado ajeno se les ayuda con la fe ajena. Me presentas a un niño y ordenas que mire al levantado, al que niegas tener el veneno de la serpiente. Más bien, si le favoreces, si te conmueve su inocencia en su propia vida, no niegues que ha heredado alguna culpa de la primera vida, no suya, sino de su primer padre. No lo niegues; confiesa el veneno, para que pidas el remedio: de otra manera no se sana. ¿O por qué le dices que crea? Esto es lo que se responde al que lleva al niño. Se sana por palabras ajenas, porque es herido por un hecho ajeno. ¿Cree en Jesucristo? Se hace la pregunta: se responde, Cree. Por el que no habla, por el que calla, por el que llora, y llorando de alguna manera pide ayuda, se responde, y vale. ¿Acaso también intenta persuadirnos esa serpiente de que no vale? Que esto esté lejos de los corazones de cualquier cristiano. Por lo tanto, se responde, y vale. Con una cierta conspiración el espíritu se comunica; cree en otro, porque pecó en otro. ¿Acaso encuentra la vida de este siglo presente, el que fue engendrado por la debilidad; y no encuentra la vida del siglo futuro, el que fue engendrado por la caridad?

13. La serpiente de bronce levantada es figura de Cristo crucificado en semejanza de carne de pecado. Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, para que todo el que fuera mordido por la serpiente mirara al levantado y sanara: así era necesario que el Hijo del Hombre fuera levantado, para que todo el que fuera envenenado por la serpiente mirara al levantado y sanara. Adán fue el primero en recibir la mordedura de la serpiente con veneno. Por lo tanto, nacido en carne de pecado, se salva en Cristo por la semejanza de carne de pecado.

CAPÍTULO XII.

Porque Dios envió a su Hijo, no en carne de pecado; sino, como sigue el que escribió, en semejanza de carne de pecado; porque no fue del abrazo marital, sino del vientre virginal. Lo envió en semejanza de carne de pecado: ¿para qué? Para que condenara el pecado en la carne a causa del pecado (Rom. VIII, 3): del pecado el pecado, de la serpiente la serpiente. ¿Quién duda que con el nombre de serpiente se llame al pecado? Por lo tanto, del pecado el pecado, de la serpiente la serpiente: pero de la semejanza, porque en Cristo no hay pecado, sino solo semejanza de carne de pecado. Por eso fue levantada la serpiente, pero de bronce; fue levantada la semejanza de carne de pecado, para que se sanara el origen del pecado. Porque Dios envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado. No en semejanza de carne; pues es verdadera carne, sino en semejanza de carne de pecado; porque es carne mortal sin pecado alguno. Para que del pecado, por la semejanza, condenara el pecado en la carne, por la verdadera iniquidad. No hubo verdadera iniquidad en Cristo: pero sí hubo mortalidad en él.

No asumió el pecado, pero asumió la pena del pecado. Asumiendo sin culpa la pena, sanó tanto la pena como la culpa. He aquí cómo se hacen estas cosas. Lo que Nicodemo admirado había dicho, ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Así somos sanados, no porque lo merezcamos. He aquí cómo se hacen estas cosas. Ahora, ¿dónde pones a los pequeños? Ya dices, No están heridos por ningún veneno. Aléjalos de la vista de la serpiente levantada. Pero si no los alejas, dices que deben ser sanados, confiesas que están envenenados.

CAPÍTULO XIII.

14. Cualquiera que no cree en Cristo es condenado. Juicio por condenación. Niños llamados fieles. Pecado original. Luego el mismo Señor en el mismo discurso a Nicodemo, ¿no escuchaste lo que dijo, cuando se leyó la misma lección hoy? El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 9, 18). Y aquí buscas un medio, hombre de medio, y discutes, y te fijas, y no te fijas: El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya ha sido juzgado. ¿Y qué es, Ya ha sido juzgado? Ha sido condenado. Pues sabéis que a menudo se pone juicio por condenación: las Escrituras son testigos; especialmente aquel testimonio clarísimo, al que nadie contradice. Cuando el Señor hablaba de la resurrección, Los que hicieron el bien, dijo, a la resurrección de vida; los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Id. V, 29): ciertamente puso juicio por condenación. ¿Y te atreves a discutir o creer de otra manera? El que no cree, ya ha sido juzgado. En otro lugar: El que cree en el Hijo, tiene vida eterna: que tú prometías a los pequeños no bautizados. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna. Pero, dice, también la tiene el pequeño que no cree, aunque no tenga el reino de Dios. Pero mira lo que sigue: Pero el que no cree en el Hijo, no tiene vida; sino que la ira de Dios permanece sobre él (Juan III, 36). ¿Dónde pones a los pequeños bautizados? Ciertamente en el número de los creyentes. Pues por eso, según la antigua, canónica y muy fundada costumbre de la Iglesia, los pequeños bautizados son llamados fieles. Y así preguntamos sobre ellos: ¿Este niño es cristiano? Se responde: Cristiano. ¿Catecúmeno o fiel? Fiel; ciertamente de la fe, la fe de creer. Por lo tanto, contarás a los pequeños bautizados entre los creyentes: y de ninguna manera te atreverás a juzgar de otra manera, si no quieres ser un hereje manifiesto. Por eso tienen vida eterna: porque el que cree en el Hijo, tiene vida eterna.

CAPÍTULO XIV.

No les prometas vida eterna sin esta fe, y sin este sacramento de esta fe. Pero el que no cree en el Hijo, y el que no cree en el Hijo, no tiene vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él. No dijo, Vendrá sobre él; sino, permanece sobre él. Miró al origen, cuando dijo, La ira de Dios permanece sobre él. A lo cual también el Apóstol refiriéndose dijo, Fuimos también nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira (Efes. II, 3). No acusamos a la naturaleza. El autor de la naturaleza es Dios. La naturaleza fue instituida buena por Dios: pero por la mala voluntad fue corrompida por la serpiente. Por eso lo que fue en Adán culpa, no naturaleza, se nos ha hecho ya naturaleza a nosotros propagados. De este vicio de la naturaleza, con el cual nace el hombre, no libera sino aquel que nació sin vicio. De esta carne de pecado no libera sino aquel que nació sin pecado por semejanza de carne de pecado. De este veneno de la serpiente no libera sino la exaltación de la serpiente. ¿Qué dices a esto? ¿Es suficiente esto?

15. Evasión de los pelagianos, cuando son urgidos con las palabras del Apóstol sobre el pecado original. No se significó allí el primer ejemplo de pecar, sino el pecado de origen. Algo muy agudo que ellos presentan, prestad un poco de atención. Cuando comienzan a ser urgidos con las palabras del Apóstol que dice, Por un solo hombre el pecado entró en el

mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en el cual todos pecaron (Rom. V, 12). palabras que no sé quién no entienda; en las cuales palabras no sé si alguien requiera un expositor: intentan responder, y decir, que esto fue dicho por el Apóstol porque Adán pecó primero, y los que pecaron después, pecaron imitando a aquel. ¿Qué es esto sino intentar arrojar tinieblas a la luz manifiesta? El pecado entró por un solo hombre, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en el cual todos pecaron. Dices que es por imitación, porque Adán pecó primero.

CAPÍTULO XV.

Respondo absolutamente: No fue Adán el primero en pecar. Si buscas al primer pecador, mira al diablo. Pero queriendo el Apóstol mostrar que la masa del género humano está envenenada desde el origen, por eso cuando puso de dónde nacimos, no puso a aquel a quien imitamos. Se dice ciertamente también padre tuyo, a quien hayas imitado: Hijos míos, dice, a quienes vuelvo a dar a luz (Gál. IV, 19). Y el mismo dice: Sed imitadores míos (I Cor. IV, 16). Y por esa misma imitación se dice a los impíos: Vosotros sois de vuestro padre el diablo (Juan VIII, 44). Pues es claro en la fe católica, que el diablo ni engendró nuestra naturaleza, ni la creó: solo en él está la seducción del que precede, la imitación del que sigue. Finalmente, como se dijo de Adán, En el cual todos pecaron; léase en alguna parte, Todos pecaron en el diablo. Es diferente pecar con él precediendo y seduciendo, que pecar en él. Porque según la propagación de la carne estábamos todos en él, antes de que naciéramos, como en un padre, como en una raíz estábamos allí: así está envenenado este árbol, donde estábamos. Pues porque al diablo, esto es, al príncipe del pecado, y verdaderamente al primer pecador, no le pertenece el origen, sino la imitación; cuando la Escritura hablaba de él, Por la envidia del diablo, dice, la muerte entró en el mundo: lo imitan, sin embargo, los que son de su parte (Sab. II, 24, 25). Imitándolo se hacen de su parte. ¿Acaso se dijo, En él pecaron? Pero cuando se decía de Adán, por el origen, por la posteridad, por la propagación de las entrañas, En el cual todos, dice, pecaron. Pues si por eso fue constituido Adán primero, porque pecó primero, como si fuera un ejemplo, no un origen; ¿por qué se busca a Cristo contra Adán en un tiempo tan lejano, después de tan largos tiempos? Si todos los pecadores pertenecen a Adán porque fue el primer pecador: todos los justos deberían pertenecer a Abel, porque fue el primer justo. ¿Por qué se busca a Cristo? Despierta, hermano. ¿Por qué se busca a Cristo, sino porque en Adán fue condenada la generación, en Cristo se busca la regeneración?

CAPÍTULO XVI.

16. Objeción de los pelagianos contra el pecado original, ¿Por qué de un bautizado no nace un justo? Por lo tanto, que nadie nos engañe: la Escritura es evidente, la autoridad es muy fundada, la fe es muy católica. Todo nacido, condenado: nadie liberado, sino regenerado. Por eso, ya vosotros instruidos, amadísimos, responded a otra astucia de ellos: cuando dicen, y perturban a los pequeños, Si de un pecador nacen pecadores, ¿por qué de un bautizado ya fiel, a quien se le han perdonado todos los pecados, no nacen justos? Responded rápidamente: Por eso de un bautizado no nace un justo, porque no engendra de donde fue regenerado, sino de donde fue engendrado. De Cristo se dijo, Mortificado en la carne, vivificado en el espíritu (I Pedro III, 18): así se puede decir del hombre, Consumido en la carne, justificado en el espíritu. Lo que nace de la carne, carne es. ¿Quieres que de un justo nazca un justo, cuando ves que un justo no puede ser sino regenerado? Ni atiendes la sentencia del Señor, que tú mismo tienes en la boca: Si alguno no renace del agua y del Espíritu (Juan III, 6, 5). Creo que esto no se hizo en el coito. Te maravillas de por qué nace un pecador de la semilla de un justo: no te deleita maravillarte de por qué nace un acebuche de la semilla de un olivo. Toma otra similitud. Pon un grano purificado como un justo bautizado: no atiendes que de un grano

purificado nace trigo con paja, sin la cual se siembra. Luego, siendo en la propagación de los nacidos la generación carnal, en la propagación de los renacidos la generación espiritual, quieres que de un bautizado nazca un bautizado, cuando ves que de un circunciso no nace un circunciso. Ciertamente esta generación es carnal, y la circuncisión es carnal, y sin embargo de un circunciso no nace un circunciso: así, pues, de un bautizado no puede nacer un bautizado; porque nadie es renacido antes de ser nacido.

CAPÍTULO XVII.

17. Otra burla de los mismos es rechazada. Cristo no beneficia a los no creyentes. A los niños bautizados les beneficia Cristo. Niños bautizados verdaderamente creyentes por la fe de otros. Los niños creen por la fe de los padres. Otra cosa de ellos que parece muy aguda: pero ¿qué cosa aguda no se embota con el escudo de la verdad? Dicen otra cosa, ved cuál. Si Adán, dicen, perjudica a los que no pecaron; entonces Cristo debería beneficiar también a los que no creyeron. Ciertamente veis cuán agudo es esto contra la verdad: escuchad cuánto ayuda a la verdad. Porque el que dice esto, no dice otra cosa sino que Cristo no beneficia a los no creyentes. Esto es verdad. ¿Quién no lo acepta? ¿Quién no consiente que Cristo no beneficia a los no creyentes, beneficia a los creyentes? Pero dime, te ruego, ¿A los niños bautizados les beneficia algo Cristo, o nada? Es necesario que diga que beneficia: es presionado por el peso de la madre Iglesia. Quizás quisieran decir esto; pues sus razonamientos parecen llevar a esto: pero son reprimidos por la autoridad de la Iglesia, para que no sean sepultados, no digo por los escupitajos de los hombres, sino arrastrados como por un río por las lágrimas de los mismos niños. Pues si dijeran que Cristo no beneficia en nada a los niños bautizados; no dicen otra cosa sino que los niños son bautizados en vano. Pero para que no sean bautizados en vano, porque no se atreven a decir esto, confiesan que Cristo beneficia a los niños bautizados.

CAPÍTULO XVIII.

Si beneficia a los bautizados, pregunto a quiénes beneficia, ¿a los creyentes o a los no creyentes? Elijan lo que quieran. Si dijeran, A los no creyentes: ¿dónde está entonces lo que calumniabas, que Cristo no puede beneficiar a los no creyentes? He aquí que confiesas que beneficia a los niños, sin embargo no creyentes. Para cualquier cosa beneficia: no piensas que para la vida eterna, no piensas que para la salvación eterna: para recibir el mismo reino de los cielos ciertamente beneficia Cristo a los niños bautizados. ¿Beneficia entonces a los no creyentes? Pero lejos de mí decir que los niños no son creyentes. Ya he discutido antes, cree en otro, quien pecó en otro: se dice, Cree; y vale, y se cuenta entre los fieles bautizados. Esto tiene la autoridad de la madre Iglesia, esto sostiene el canon fundado de la verdad: contra esta fortaleza, contra este muro inexpugnable quienquiera que arremete, él mismo se rompe. Por lo tanto, Cristo beneficia algo a los niños bautizados; y como yo digo, y como conmigo dice toda la Iglesia, beneficia a los creyentes, beneficia a los fieles: tú elige lo que quieras. Quiero que elijas lo que es más verdadero; que digas con nosotros que beneficia a los creyentes. Pero si dijeras, Beneficia a los no creyentes; te contradijiste. Si dijeras, Beneficia a los creyentes; dijiste conmigo. Elige, si quieres decir contra ti lo que es falso, o decir conmigo lo que es verdadero. Pues tú decías hace poco, que Cristo no beneficia en nada a los no creyentes, queriendo hacer que así también Adán no perjudicó en nada a los que no pecaron, como Cristo no beneficia en nada a los no creyentes. He aquí que ya confiesas que Cristo beneficia algo a los niños bautizados no creyentes. Pero si dices que beneficia a los creyentes, bien dices, dices conmigo, los niños también creen.

CAPÍTULO XIX.

¿De dónde creen? ¿Cómo creen? Por la fe de los padres. Si por la fe de los padres son purificados, por el pecado de los padres fueron manchados. El cuerpo de muerte en los primeros padres los generó pecadores: el espíritu de vida en los padres posteriores los regeneró fieles. Tú das la fe al que no responde, y yo el pecado al que no hace nada.

18. Contra el pecado original el Apóstol citado incorrectamente. Muchos modos de santificación. Santos, dice, debieron nacer de santos: porque dijo el Apóstol, De otro modo vuestros hijos serían inmundos; pero ahora son santos (I Cor. VII, 14). ¿Y cómo entiendes esto? ¿Cómo entiendes que el nacido de fieles es tan santo que no debe ser bautizado? Como quieras, entiende esta santidad. Pues hay muchos modos de santidad, y muchos modos de santificación. No todo lo que se santifica es enviado al reino de los cielos. Sobre nuestra comida dijo el Apóstol, Se santifica por la palabra de Dios y la oración (I Tim. IV, 5). ¿Acaso porque nuestra comida se santifica, no sabemos a dónde se envía? Aprende, pues, que hay algún modo, y como una especie de sombra de santificación, que no es suficiente para la percepción de la salvación. Hay una diferencia, y cuál es la diferencia, solo Dios lo sabe. Sin embargo, cuando se corre al Bautismo con el hijo de los fieles; no se equivoquen los padres, pensando que ya ha nacido fiel. Pues pueden decir que ha nacido, no que ha renacido. Para que sepas cómo entender que los hijos de los fieles son santificados, para no buscar ahora, porque es largo, el modo de esta santificación; donde tienes también al marido infiel, allí tienes también a la esposa fiel. Se santifica, dice, el marido infiel en la esposa, y se santifica la mujer infiel en el hermano (I Cor. VII, 14). ¿Acaso porque hay allí quizás algún modo de santificación, para que el marido infiel se santifique en la esposa fiel, por eso ya debe recibir seguridad de que va a entrar en el reino de los cielos, y no debe ser bautizado, no debe ser regenerado, no debe ser redimido por la sangre de Cristo? Así como se santifica el marido infiel en la esposa, y sin embargo perece, si no es bautizado: así los hijos de los fieles, aunque santificados de algún modo, perecen sin embargo, si no son bautizados.

CAPÍTULO XX.

19. La autoridad de Cipriano sobre el pecado original. Les ruego que me concedan un momento de atención. Solo leo. Es San Cipriano, a quien he tomado en mis manos, un antiguo obispo de esta Sede: escuchen brevemente lo que pensaba sobre el Bautismo de los niños, o más bien, lo que siempre ha mostrado que la Iglesia ha sentido. No es suficiente que estos discutan y debatan no sé qué impías novedades; y traten de acusarnos de decir algo nuevo. Por eso leo a San Cipriano, para que vean cómo se entiende el sentido canónico y católico en estas palabras que traté hace un momento. Se le preguntó si un niño debe ser bautizado antes del octavo día, ya que según la antigua Ley no se permitía circuncidar a un niño sino hasta el octavo día. De ahí surgió la cuestión sobre el día del bautismo: pues sobre el origen del pecado no había cuestión alguna; y por eso, de esa cuestión de la que no había duda, se resolvió la cuestión que surgió. San Cipriano dijo, entre otras cosas que mencioné antes: «Por lo cual no creemos que nadie deba ser impedido de recibir la gracia por la ley que ya está establecida, ni que la circuncisión espiritual deba ser impedida por la circuncisión carnal, sino que todos deben ser admitidos a la gracia de Cristo: cuando incluso Pedro en los Hechos de los Apóstoles habla y dice, Dios me ha dicho que no llame a ningún hombre común o impuro (Hech. X, 15). Además, si los hombres pueden impedir algo para la consecución de la gracia, más aún los adultos y mayores podrían ser impedidos por pecados más graves. Sin embargo, si incluso a los delincuentes más graves y a los que han pecado mucho antes contra el Señor, cuando después han creído, se les concede el perdón de los pecados, y nadie es prohibido del Bautismo y la gracia: cuánto más no debe ser prohibido un

niño, que recién nacido no ha pecado en nada, sino que según Adán, nacido carnalmente, contrajo la contaminación de la muerte antigua en su primer nacimiento; quien para recibir el perdón de los pecados se acerca más fácilmente, porque se le perdonan, no sus propios pecados, sino los ajenos» (Epist. 59, ad Fidum). Vean cómo, sin dudar de este asunto, resolvió aquel del que se dudaba. Esto lo tomó del fundamento de la Iglesia, para confirmar la piedra vacilante.

CAPÍTULO XXI.

20. Hasta qué punto deben ser soportados pacientemente los enemigos de la verdad. Pidamos, pues, si podemos, a nuestros hermanos, que no nos llamen herejes, ya que podríamos llamarlos así a ellos por discutir tales cosas, si quisiéramos, pero no lo hacemos. Que la madre los soporte con entrañas piadosas para ser sanados, los lleve para ser enseñados, para que no llore a los muertos. Es demasiado lo que avanzan; es mucho, apenas soportable, aún debe ser soportado con gran paciencia. No abusen de esta paciencia de la Iglesia, corrijanse, es bueno. Los exhortamos como amigos, no discutimos como enemigos. Nos difaman, lo soportamos: que no difamen al canon, que no difamen a la verdad; que no contradigan a la santa Iglesia que trabaja diariamente por la remisión del pecado original de los niños. Este asunto está fundamentado. Debe ser soportado el disputador que yerra en otras cuestiones no diligentemente digeridas, aún no firmadas con plena autoridad de la Iglesia; allí debe ser soportado el error: no debe avanzar tanto como para intentar sacudir incluso el mismo fundamento de la Iglesia. No conviene, tal vez aún no debe ser reprendida nuestra paciencia: pero debemos temer que también se culpe nuestra negligencia. Que sea suficiente para vuestra Caridad, tengan con aquellos que conocen, tengan con ellos amistosamente, fraternalmente, pacíficamente, amorosamente, con dolor: que la piedad haga todo lo que pueda; porque después no será amada la impiedad. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCXCV. En el Natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La piedra sobre la cual está edificada la Iglesia es Cristo mismo. Este día nos ha sido consagrado por la pasión de los beatísimos apóstoles Pedro y Pablo. No hablamos de mártires oscuros. Su sonido ha salido por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Sal. XVIII, 5). Estos mártires vieron lo que predicaron, siguieron la equidad, confesando la verdad, muriendo por la verdad. El bienaventurado Pedro, el primero de los Apóstoles, vehemente amante de Cristo, quien mereció escuchar, Y yo te digo, que tú eres Pedro. Pues él había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Cristo le respondió: Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mat. XVI, 16, 18). Sobre esta piedra edificaré la fe que confiesas. Sobre esto que dijiste, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente, edificaré mi Iglesia. Tú eres Pedro. De la piedra, Pedro, no de Pedro, la piedra. Así de la piedra, Pedro, como de Cristo, cristiano. ¿Quieres saber de qué piedra se dice Pedro? Escucha a Pablo: «No quiero que ignoréis, hermanos;» dice el Apóstol de Cristo; «No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. Porque bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo» (I Cor. X, 1-4). He aquí de dónde Pedro.

CAPÍTULO II.

2. A Pedro, que representa a la Iglesia, se le dieron las llaves del reino de los cielos. Fueron dadas a uno, porque a la unidad de la Iglesia. Cristo primero resucita, luego la Iglesia desata. El Señor Jesús eligió a sus discípulos antes de su pasión, como sabéis, a quienes llamó Apóstoles. Entre ellos, casi en todas partes, solo Pedro mereció llevar la persona de toda la Iglesia. Por esa misma persona, que solo él representaba de toda la Iglesia, mereció escuchar, Te daré las llaves del reino de los cielos (Mat. XVI, 19). Pues estas llaves no las recibió un solo hombre, sino la unidad de la Iglesia. De aquí se predica la excelencia de Pedro, porque representó la figura de la universalidad y unidad de la Iglesia, cuando se le dijo, Te entrego, lo que fue entregado a todos. Pues para que sepáis que la Iglesia recibió las llaves del reino de los cielos, escuchad en otro lugar lo que el Señor dice a todos sus Apóstoles. Recibid el Espíritu Santo. Y enseguida: A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 22, 23). Esto pertenece a las llaves, de las que se dijo, Lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo; y lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo. Pero esto se lo dijo a Pedro. Para que sepas que Pedro entonces representaba a toda la Iglesia, escucha lo que se le dice a él, lo que a todos los fieles santos: «Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo. Si no te escucha, lleva contigo a uno o dos: porque está escrito, En la boca de dos o tres testigos, se establecerá toda palabra. Si no los escucha, díselo a la Iglesia: si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y publicano. Amén os digo, que lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo» (Mat. XVIII, 15-18). La paloma ata, la paloma desata; el edificio sobre la piedra ata y desata.

CAPÍTULO III.

Teman los atados, teman los desatados. Los que están desatados, teman ser atados: los que están atados, oren para ser desatados. Cada uno está atado con las cadenas de sus pecados (Prov. V, 22): y fuera de esta Iglesia nada se desata. Al muerto de cuatro días se le dice, Lázaro, sal fuera. Y salió del sepulcro atado de pies y manos con vendas. El Señor lo despierta, para que el muerto salga del sepulcro; si toca el corazón, para que la confesión del pecado salga fuera. Pero aún está atado. El Señor, después de que Lázaro salió del sepulcro, a sus discípulos, a quienes había dicho, Lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo: Desatadlo, les dice, y dejadlo ir (Juan XI, 43, 44). Por sí mismo lo despertó, por sus discípulos lo desató.

3. La fortaleza y debilidad de la Iglesia figurada en Pedro. Por tanto, la fortaleza de la Iglesia se encomienda principalmente en Pedro; porque siguiendo al Señor hacia la pasión: y cierta debilidad se nota; porque interrogado por una criada, negó al Señor. He aquí el amante que de repente es negador. Se encontró a sí mismo, quien había presumido de sí mismo. Pues había dicho, como sabéis: Señor, estaré contigo hasta la muerte: y si es necesario morir, pondré mi vida por ti. Y el Señor al presuntuoso: ¿Pondrás tu vida por mí? En verdad te digo, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces (Mat. XXVI, 33-35, y Juan XIII, 37, 38). Sucedió lo que predijo el médico: no pudo suceder lo que presumió el enfermo. Pero ¿qué? Inmediatamente el Señor lo miró. Así está escrito, así habla el Evangelio: El Señor lo miró, y salió fuera, y lloró amargamente (Luc. XXII, 61, 62). Salió fuera: esto es, confesar. Lloró amargamente, quien sabía amar. La dulzura siguió en el amor, cuya amargura había precedido en el dolor.

CAPÍTULO IV.

4. A Pedro, que significa la unidad de la Iglesia, se le encomendaron las ovejas por Cristo. ¿Por qué se le preguntó tres veces a Pedro sobre su amor? Con razón también después de la

resurrección el Señor encomendó a Pedro sus ovejas para que las apacentara. Pues no solo entre los discípulos mereció apacentar las ovejas del Señor: pero cuando Cristo habla a uno, se encomienda la unidad; y a Pedro primero, porque en los Apóstoles Pedro es el primero. Simón de Juan, dice el Señor, ¿me amas? Respondió él, Te amo. Y nuevamente interrogado, nuevamente respondió. Y por tercera vez interrogado, y como si no se le creyera, se entristece. Pero ¿cómo no le creía, quien veía su corazón? Finalmente, después de aquella tristeza respondió así: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Pues no quien todo lo sabe, esto solo no lo sabe. No te entristezcas, Apóstol; responde una vez, responde otra vez, responde por tercera vez. Tres veces venza en el amor la confesión, porque tres veces fue vencida en el temor la presunción. Debe desatarse tres veces, lo que ataste tres veces. Desata por amor, lo que ataste por temor. Y sin embargo, el Señor una vez, y otra vez, y por tercera vez, encomendó sus ovejas a Pedro.

CAPÍTULO V.

5. Contra los donatistas, divisores del rebaño del Señor. Presten atención, hermanos míos: Apacienta, dice, mis ovejitas, apacienta mis corderos (Juan XXI, 15-17). Apacienta mis ovejas: ¿acaso dijo, las tuyas? Apacienta, buen siervo, las ovejas del Señor, que tienen el carácter del Señor. ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pedro y Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13). Por tanto, apacienta sus ovejas, lavadas con su Bautismo, marcadas con su nombre, redimidas con su sangre, Apacienta, dice, mis ovejas. Pues los herejes, siervos malos y fugitivos, dividiendo lo que no compraron, y haciendo de los robos peculiares como propios, parecen apacentar sus propias ovejas. Pues ¿qué es otra cosa, les ruego, sino que si yo no te bautizo, serás impuro, si no tienes mi Bautismo, no serás lavado? ¿Acaso no habéis oído, Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5)? Por tanto, amadísimos, los que bautizó Pedro, son ovejas de Cristo; y los que bautizó Judas, son ovejas de Cristo. Pues vean lo que dice el esposo a su amada en el Cantar de los Cantares, cuando la esposa le dice, Anúnciame, a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía; no sea que me convierta como cubierta, sobre los rebaños de tus compañeros. Anúnciame, dice, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía, en el esplendor de la verdad, en el fervor de la caridad. ¿Por qué temes, oh amada? ¿qué temes? No sea que me convierta, dice, como cubierta, es decir, como oscura, como no Iglesia; porque la Iglesia no está cubierta: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Y errando caiga, no en tu rebaño, sino en los rebaños de tus compañeros. Pues los herejes se llaman compañeros. Salieron de nosotros (I Juan II, 19): a una misma mesa con nosotros, antes de salir, se acercaron. Entonces, ¿qué se le responde? Si no te conoces a ti misma: dice el esposo, responde al que pregunta, Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres. Oh veraz entre las herejías, si no te conoces a ti misma: porque de ti se han predicho tantas cosas, «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18): Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso (Sal. XLIX, 1): Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Sal. II, 8): Por toda la tierra ha salido su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras» (Sal. XVIII, 5): de ti se han predicho estos testimonios. Si no te conoces a ti misma, sal tú. Pues yo no te expulso, para que digan de ti los que se queden, Salieron de nosotros. Sal tú en las huellas de los rebaños: no del rebaño, del que se dijo, Habrá un solo rebaño y un solo Pastor (Juan X, 16). Sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos (Cant. I, 6, 7): no como Pedro, mis ovejas. Por estas ovejas encomendadas a él, Pedro mereció ser coronado con el martirio, lo que mereció ser celebrado en todo el mundo en la solemnidad de hoy.

CAPÍTULO VI.

6. Pablo, de perseguidor a predicador de Cristo. Que venga también de Saulo, Pablo, de lobo a cordero; primero enemigo, después apóstol; primero perseguidor, después predicador. Que venga, reciba cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que dondequiera que encuentre cristianos, los lleve atados al castigo. Que las reciba, que las reciba, que parta, que avance, que anhele la matanza, que tenga sed de sangre: el que habita en los cielos se reirá de él (Sal. II, 4). Pues iba, como está escrito, respirando amenazas de muerte, y se acercaba a Damasco. Entonces el Señor desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo estoy aquí, yo estoy allí: aquí la cabeza, allí el cuerpo. No nos maravillemos, hermanos, pertenecemos al cuerpo de Cristo. Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón. Te haces daño: pues mi Iglesia crece con las persecuciones. Y él, temblando y asustado: Señor, ¿quién eres tú? Y él: Yo soy Jesús de Nazaret a quien tú persigues. Inmediatamente cambiado, espera la orden: deja la envidia, prepara la obediencia. Se le dice qué hacer. Y antes de que Pablo sea bautizado, el Señor habla a Ananías: Ve a esa calle, a ese hombre llamado Saulo, bautízalo; porque es un vaso de elección para mí. Un vaso debe llevar algo, un vaso no debe estar vacío. El vaso debe ser llenado: ¿de qué, sino de gracia? Ananías respondió a nuestro Señor Jesucristo: «Señor, he oído que este hombre ha hecho mucho mal a tus santos. Y ahora lleva cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que dondequiera que encuentre hombres de este camino, los lleve atados. Y el Señor le dijo: Yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre (Hech. IX). Ananías temblaba, al oír el nombre de Saulo» temblaba la fama del lobo la oveja débil, incluso bajo la mano del pastor.

CAPÍTULO VII.

7. Pablo y Pedro sufrieron por Cristo. He aquí que el Señor le mostró cuánto debía padecer por su nombre. Después lo ejercitó en el trabajo. Él mismo en cadenas, él mismo en azotes, él mismo en cárceles, él mismo en naufragios. Él mismo le procuró la pasión: él mismo lo condujo a este día. Un día de pasión para dos Apóstoles. Pero esos dos eran uno: aunque padecieran en días diferentes, eran uno. Pedro precedió, Pablo siguió. Primero Saulo, después Pablo: porque primero soberbio, después humilde. Saulo de Saúl, perseguidor del santo David. Fue derribado el perseguidor, fue erigido el predicador. Cambió el nombre de soberbio a humildad. Pues Pablo significa pequeño. Vean las palabras de vuestra Caridad: ¿acaso no decimos diariamente, Después de un poco te veré, en un poco haré esto o aquello? Entonces, ¿qué es Pablo? Pregúntale a él mismo. Yo soy, dice, el más pequeño de los Apóstoles (I Cor. XV, 9).

CAPÍTULO VIII.

8. Los días de los mártires se celebran para que deleite imitarlos. Celebramos un día festivo, consagrado para nosotros con la sangre de los Apóstoles. Amemos la fe, la vida, los trabajos, las pasiones, las confesiones, las predicaciones. Pues progresamos amando; no celebrando esto por alegría carnal. Pues ¿qué buscan de nosotros los mártires? Tienen menos, si aún buscan alabanzas de los hombres. Si aún buscan alabanzas de los hombres, aún no han vencido. Pero si han vencido, de nosotros no buscan nada por ellos mismos; sino que lo buscan por nosotros mismos. Que nuestro camino sea dirigido en la presencia del Señor. Era estrecho, era espinoso, era duro: al pasar tantos y tan muchos, se ha hecho suave. Pasó primero el Señor, pasaron los Apóstoles intrépidos, después los mártires, niños, mujeres, doncellas. Pero ¿quién en ellos? Aquel que dijo, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5).

SERMON CCXCVI. En el Natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Pedro, débil, promete más de lo que puede. La reciente lectura del santo Evangelio, conveniente para la solemnidad de hoy, que acaba de sonar en nuestros oídos, si ha descendido de los oídos a nuestro corazón, y ha encontrado en él un lugar de descanso (pues en nosotros descansa la palabra de Dios, cuando nosotros nos aquietamos a la palabra de Dios); nos ha advertido a todos, que os ministramos la palabra y el sacramento del Señor, apacentar sus ovejas. El bienaventurado Pedro, el primero de los Apóstoles, mayor amante de nuestro Señor Jesucristo que negador, como indica el Evangelio, siguió al Señor que iba a padecer: pero entonces no pudo seguir padeciendo. Lo siguió con los pies, aún no idóneo para seguir con las costumbres. Prometió morir por él, y no pudo ni siquiera con él. Pues se atrevió a más de lo que su capacidad soportaba. Prometió más de lo que podía: porque era indigno que hiciera lo que prometió. Mi vida, dice, la pondré por ti (Juan XIII, 37). Esto lo iba a hacer el Señor por el siervo, no el siervo por el Señor. Quien, por tanto, se atrevió a más, allí amó desordenadamente; por eso temió y negó. Pero después el Señor, después de resucitar, enseña a Pedro a amar. Amando desordenadamente, desfalleció bajo el peso de la pasión: pero amando ordenadamente, le prometió la pasión.

2. La debilidad de Pedro temiendo la muerte del Señor. Recordamos la debilidad de Pedro lamentándose de que el Señor iba a morir: esto lo conmemoro, he aquí que lo conmemoro. Quienes lo recuerdan, digan conmigo en su corazón: quienes lo habían olvidado, recuérdenlo al recordarlo yo. El Señor Jesucristo predijo su inminente pasión a sus discípulos. Entonces Pedro, amándolo, pero aún carnalmente, temiendo la muerte del destructor de la muerte, dijo: "Lejos de ti, Señor; ten piedad de ti". No habría dicho "ten piedad de ti" si no reconociera al verdadero Dios. Entonces, Pedro, si reconoces a Dios, ¿por qué temes que Dios muera? Tú eres hombre, Él es Dios. Y por el hombre, Dios se hizo hombre, asumiendo lo que no era, sin perder lo que era. En eso, pues, el Señor iba a morir, en lo que también iba a resucitar. Pedro temió, por tanto, la muerte humana, y no quiso que el Señor la sufriera. Sin saberlo, quería cerrar el saco de donde iba a manar nuestro precio. Entonces oyó del Señor: "Apártate de mí, Satanás; porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres". A quien poco antes había dicho, cuando dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVI, 22, 23, 16, 17). Poco antes bienaventurado, después Satanás. Pero, ¿de dónde bienaventurado? No de sí mismo: "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". ¿Y de dónde Satanás? Del hombre, y en el hombre: "Porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres". Tal era Pedro, amando al Señor, temiendo que el Señor muriera, y queriendo morir por el Señor, lo siguió: y se encontró como había predicho el médico, no como había presumido el enfermo. Interrogado por una criada, lo negó una vez, dos veces, y la tercera. El Señor lo miró, y lloró amargamente (Lucas XXII, 56-62): limpió con lágrimas de piedad del corazón las negaciones.

CAPÍTULO II.

3. Cristo encomienda sus ovejas a Pedro ya amante. El Señor resucita, se aparece a los discípulos. Pedro ve ahora al que temía morir, vivo. No ve al Señor muerto, sino a la muerte en el Señor muerta. Ya fortalecido por el ejemplo de la carne del mismo Señor, se le enseña a amar, que la muerte no es tan temible. Ahora es necesario que ame, ya viendo al Señor vivo después de la muerte: ahora ame, ahora seguro ame; seguro, porque va a seguir. Entonces el Señor: "Pedro, ¿me amas?" Y él: "Te amo, Señor". Y el Señor: "No porque me ames, quiero que mueras por mí; esto ya lo hice por ti. Pero, ¿qué? ¿Me amas? ¿Qué me vas a dar porque

me amas? ¿Me amas? Te amo. Apacienta mis ovejas". Y esto de nuevo, y por tercera vez: para que confesara tres veces el amor, lo que tres veces había negado por temor. Ved, percibid, aprended. No se pregunta otra cosa que "¿Me amas?"; no se responde otra cosa que "Te amo". Al que responde se le dice: "Apacienta mis ovejas". Y encomendadas a Pedro sus ovejas, y encomendado a sí mismo Pedro con sus ovejas, ya le predice la pasión, y dice: "Cuando eras joven, te ceñías e ibas donde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará donde no quieras". Esto decía, dice el Evangelista, significando con qué muerte había de glorificar a Dios (Juan XVIII, 15-19). Veis que esto pertenece a apacentar las ovejas del Señor, que no se rehúse la muerte por las ovejas del Señor.

CAPÍTULO III.

4. Pastor idóneo es aquel que puede dar su vida por las ovejas. Apacienta mis ovejas. ¿Encomienda las ovejas a un idóneo, o a uno menos idóneo? Primero, ¿qué ovejas encomienda? Preciosas, compradas, no con oro, no con plata, sino con sangre. Si un señor humano encomendara sus ovejas a su siervo, sin duda pensaría si el peculio de ese siervo es idóneo para el precio de sus ovejas, y diría: Si las pierde, si las disipa, si las consume, tiene de dónde devolver. Encomendaría, pues, sus ovejas a un siervo idóneo, y buscaría las facultades del siervo en dinero, por las ovejas que compró con dinero. Ahora bien, el Señor Jesucristo, porque encomienda las ovejas a un siervo, que compró con sangre; busca la idoneidad del siervo en la pasión de la sangre. Como si dijera: Apacienta mis ovejas, te encomiendo mis ovejas. ¿Qué ovejas? Las que compré con mi sangre. Morí por ellas. ¿Me amas? Muere por ellas. Y ciertamente ese siervo humano devolvería dinero por las ovejas consumidas: Pedro devolvió sangre por las ovejas conservadas.

CAPÍTULO IV.

5. A los demás pastores de la Iglesia se les da el mismo mandato que a Pedro. El ánimo del martirio hace al mártir. Ea, hermanos, quiero decir algo por el momento. Lo que se encomendó a Pedro, lo que se mandó a Pedro, no solo Pedro lo oyó, sino también los otros Apóstoles lo oyeron, lo retuvieron, lo guardaron, y especialmente el mismo consorte de sangre y día, el apóstol Pablo. Oyeron estas cosas, y nos las transmitieron para que las oyéramos. Os apacentamos, somos apacentados con vosotros. Que Dios nos dé fuerzas para amarnos de tal manera, que podamos incluso morir por vosotros, ya sea en efecto o en afecto. Pues no porque al apóstol Juan le faltó la pasión, por eso pudo faltarle el ánimo preparado para la pasión. No sufrió, pero pudo sufrir. Dios conocía su preparación. Así como los tres jóvenes fueron enviados al horno para arder, no para vivir. ¿Negaremos que son mártires, porque la llama no pudo quemarlos? Pregunta a los fuegos, no sufrieron: pregunta a la voluntad, fueron coronados. Porque el Señor es poderoso, dijeron, para librarnos de tus manos: pero si no: allí están los pechos firmes y la fe estable, allí la virtud incommovible, allí la victoria segura: pero si no, sépase, oh rey, que no adoramos la estatua que has levantado. A Dios le agradó otra cosa: no ardieron, pero extinguieron el fuego de la idolatría en el ánimo del rey (Dan. III).

CAPÍTULO V.

6. Las tribulaciones temporales deben soportarse por la gloria futura. La devastación de Roma en tiempos cristianos. Veis, pues, carísimos, lo que se propone en este tiempo a los siervos de Dios, por la futura gloria que se revelará en nosotros: contra la cual gloria no se compara cualquier tribulación temporal, por grande que sea. Porque las pasiones de este tiempo, dice el Apóstol, no son dignas de la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom.

VIII, 18). Si esto es así, ahora nadie piense carnalmente, no es tiempo. El mundo se sacude, el hombre viejo se sacude: la carne se oprime, que el espíritu se licue. Dicen los hombres que el cuerpo de Pedro yace en Roma; el cuerpo de Pablo yace en Roma, el cuerpo de Lorenzo yace en Roma, los cuerpos de otros santos mártires yacen en Roma; y Roma es miserable, y Roma es devastada, afligida, triturada, incendiada. Tantas matanzas de muerte ocurren, por hambre, por peste, por espada; ¿dónde están las Memorias de los Apóstoles? ¿Qué dices? He aquí que dije esto, Roma sufre tantos males, ¿dónde están las Memorias de los Apóstoles? Allí están, pero no están en ti. Ojalá estuvieran en ti, quienquiera que hables así, quienquiera que delires así, quienquiera que llamado en el espíritu pienses carnalmente. Todavía enseño paciencia, no sabiduría. Sé paciente, el Señor lo quiere. ¿Preguntas por qué lo quiere? Deja el secreto del conocimiento, prepara la fortaleza de la obediencia. Quiere que soportes: soporta lo que quiere, y te dará lo que deseas. Y sin embargo, hermanos míos, he aquí que me atrevo a decir: lo escucharéis con gusto, si ya retenéis las primeras partes de la obediencia, si hay en vosotros una paciencia suave y mansa para soportar la voluntad del Señor. Porque no soportamos las cosas suaves, sino que las amamos: soportamos las ásperas, nos alegramos con las suaves. Mira a tu Señor Dios, mira a tu cabeza, mira el ejemplo de tu vida; atiende a tu redentor, a tu pastor: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. ¿Cómo mostró la voluntad humana, y de inmediato convirtió la resistencia en obediencia? Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Mateo XXVI, 39). He aquí que esto dijo a Pedro: Cuando envejeczas, otro te ceñirá y te llevará donde no quieras. Mostró en él la voluntad humana, en torno al temor de la muerte. ¿Acaso porque murió no queriendo, fue coronado no queriendo? Así también tú tal vez no querías perder tu peculio, que aquí ibas a dejar: cuida de no quedarte al dejarlo. No querías que tu hijo muriera antes que tú, no querías que tu esposa muriera antes que tú. ¿Qué? ¿Y si Roma no fuera capturada, no iba a morir alguno de vosotros antes? No querías que tu esposa muriera antes que tú, no quería tu esposa que su marido muriera antes que ella: ¿iba el Señor a obedecer a ambos? Que el orden esté en sus manos, que sabe ordenar lo que creó. Obedece, pues, a tan gran voluntad de Dios.

CAPÍTULO VI.

7. Qué responder al pagano que insulta por la quema de Roma en tiempos cristianos. El cristiano llamado no a lo terrenal, sino a lo celestial. Ya veo lo que dices en tu corazón: He aquí que en tiempos cristianos Roma fue afligida e incendiada. ¿Por qué en tiempos cristianos? ¿Quién dice esto? ¿Un cristiano? Entonces respóndete a ti mismo, si eres cristiano: Cuando quiso Dios. Pero, ¿qué digo al pagano? me insulta. ¿Qué te dice? ¿de qué te insulta? He aquí que cuando hacíamos sacrificios a nuestros dioses, Roma estaba firme, Roma florecía; ahora que ha prevalecido y abundado el sacrificio de vuestro Dios, y se han prohibido los sacrificios de nuestros dioses, he aquí lo que sufre Roma. Responde brevemente por ahora, para que nos libremos de él; sin embargo, para ti hay otra meditación. Porque no has sido llamado a abrazar la tierra, sino a adquirir el cielo; no has sido llamado a la felicidad terrenal, sino a la celestial; no a los éxitos temporales y a la prosperidad volátil y transitoria, sino a la vida eterna con los ángeles. Sin embargo, a este amante de la felicidad carnal, y murmurador contra el Dios vivo y verdadero, que quiere servir a demonios y maderas y piedras, responde rápidamente. Como tiene su historia, este incendio de la ciudad de Roma es el tercero. Como tiene su historia, como tienen sus letras, el incendio de la ciudad de Roma, que ahora ocurrió, es el tercero. La que ahora ardió una vez, entre los sacrificios de los cristianos, ya había ardido dos veces entre los sacrificios de los paganos. Una vez fue incendiada por los galos, de tal manera que solo quedó el monte Capitolino. Después por Nerón, no sé si decir saeviente o fluente, Roma ardió por segunda vez. El emperador Nerón de esa misma Roma, siervo de los ídolos, asesino de los Apóstoles, ordenó, y Roma fue

incendiada. ¿Por qué creéis? ¿por qué causa? Un hombre altivo, soberbio y fluido, se deleitó con el incendio romano. Quiero ver, dijo, cómo ardió Troya. Así ardió una vez, dos veces, tres veces. ¿Ahora qué te deleita rechinar contra Dios, por aquella que solía arder?

CAPÍTULO VII.

8. Es propio de los cristianos sufrir males temporales y esperar bienes eternos. Tribulaciones predichas por Cristo. Pero en ella, dicen, sufrieron tantos males tantos cristianos. Se te olvida que es propio de los cristianos sufrir males temporales y esperar bienes eternos. Tú, quienquiera que seas pagano, tienes de qué llorar; porque perdiste lo temporal, y aún no has encontrado lo eterno. El cristiano tiene en qué pensar: Consideradlo todo gozo, hermanos míos, cuando caigáis en diversas tentaciones (Santiago I, 2). Dices, pues, oh pagano: Los dioses que protegen a Roma ahora no la han salvado, porque no existen; entonces la salvaron, cuando existían. Mostramos a nuestro Dios veraz. Predijo todas estas cosas, leísteis, oísteis: pero no sé si recordáis, quienes os turbáis con tales palabras. ¿No oísteis a los Profetas, no oísteis al mismo Señor Jesucristo prediciendo los males futuros? Cuanto más avanza la edad del mundo, tanto más se acerca al fin. Oísteis, hermanos, lo oímos juntos: Habrá guerras, habrá tumultos, habrá presiones, habrá hambres (Lucas XXI, 9-11). ¿Por qué somos contrarios a nosotros mismos, que cuando se leen creemos, cuando se cumplen murmuramos?

CAPÍTULO VIII.

9. Tribulaciones en tiempos cristianos, si son mayores y por qué. Se nos manda atesorar en el cielo, no en la tierra. Pero dicen que más, más se devasta ahora el género humano. Considerada la historia pasada, con la cuestión a salvo, no sé si más. Pero he aquí que sea más: creo que es más. El mismo Señor resuelve la cuestión: más se devasta ahora el mundo, más se devasta. Escucha por qué ahora se devasta más, cuando el Evangelio se predica en todas partes. Atiendes con cuánta celebridad se predica el Evangelio, y no atiendes con cuánta impiedad se desprecia. Ya, hermanos, dejemos un poco a los paganos afuera, pongamos el ojo en nosotros. El Evangelio se predica en todo el mundo: es verdad. Antes de que se predicara el Evangelio, la voluntad de Dios estaba oculta: en la predicación del Evangelio se manifestó la voluntad de Dios. Se nos dijo en la predicación del Evangelio qué debemos amar, qué despreciar, qué hacer, qué evitar, qué esperar. Todo lo oímos: no se oculta la voluntad de Dios en todo el mundo. Pon al siervo mundo: y atiende al Evangelio. Escucha la voz del Señor. Este siervo es el mundo. ¿Cómo es el mundo siervo? Porque el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció (Juan I, 10). Siervo que no conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado poco. Siervo mundo. Así era el mundo antes. Ahora bien, ¿qué? Pero el siervo que conoce la voluntad de su señor, y hace cosas dignas de azotes, será azotado mucho (Lucas XII, 47). Y ojalá sea azotado mucho, no condenado de una vez. ¿Por qué te niegas a ser azotado mucho, oh siervo que conoces la voluntad de tu señor, y haces cosas dignas de azotes? Se te dice (he aquí una voluntad de tu Señor): Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín destruyen, donde los ladrones no minan ni roban (Mateo VI, 20). Tú atesoras en la tierra: él manda en el cielo, diciéndote, Dame a mí, ten allí el tesoro, donde yo soy el guardián. Envía delante de ti: ¿qué guardas en la tierra? Lo que guarda Cristo, no lo quita el godo. Tú, al contrario, más prudente y sabio que tu Señor, guardas en la tierra. Pero conociste la voluntad de tu Señor: quiso que guardes arriba. Y tú: Yo guardo en la tierra. Prepárate, pues, para ser azotado mucho. He aquí que conoces la voluntad de tu Señor que quiere guardarte en el cielo, y tú guardas en la tierra: haces cosas dignas de azotes. Y cuando eres azotado, blasfemas. Blasfemas, murmuras; dices que lo que te hace tu Señor, no debió hacerse. ¿Lo que haces tú, siervo malo, debió hacerse?

CAPÍTULO IX.

10. No murmurar contra Dios en las adversidades. La gran ira de Dios por la felicidad de los impíos. Al menos mantén ese lugar, no murmures, no blasfemes. Alaba más bien a tu Señor, porque te corrige: alábalo porque te enmienda, para que te consuele. Porque a quien ama Dios, corrige; y azota a todo hijo que recibe (Hebreos XII, 6). Tú, hijo delicado del Señor, y quieres ser recibido, y no quieres ser azotado: para que tú fluyas, él mienta. ¿Debía, pues, la Memoria de los Apóstoles, por la cual se te prepara el cielo, guardarte en la tierra los teatros de los insensatos? En verdad es cierto: por eso murió Pedro, y fue puesto en Roma, para que las piedras del teatro no cayeran. Dios quita las delicias de las manos de los niños indisciplinados. Hermanos, disminuyamos los pecados y los murmullos. Seamos enemigos de nuestras iniquidades, de nuestro murmullo: enojémonos con nosotros mismos, no con Dios. Enojaos, en verdad enojaos: pero ¿para qué usos? Y no pequéis (Salmo IV, 5). Para esto enojaos, para que no pequéis. Porque todo hombre que se arrepiente, se enoja consigo mismo: ejerce la ira de la penitencia en sí mismo. ¿Quieres, pues, que Dios te perdone? No te perdonas a ti mismo. Porque si te perdonas a ti mismo, él no te perdonará: porque si él también te perdona, pereces. No sabes lo que deseas, miserable; pereces. Porque así como está escrito, Azota a todo hijo que recibe: así también teme eso, El pecador irritó al Señor. ¿Cómo lo sabes? como si se le dijera, ¿Cómo sabes que el pecador irritó al Señor? Vio al pecador feliz, haciendo el mal todos los días, y no sufriendo ningún mal, y en el Espíritu Santo se horrorizó, y se dolió, y dijo, El pecador irritó al Señor. Este pecador que hace tantos males, y no sufre ningún mal, irritó al Señor. Provoca al Señor: por la magnitud de su ira no buscará (Salmo IX, 4). Por eso no buscará, porque se enoja mucho. Quien quita la corrección, prepara la condenación. No buscará: porque si buscara, azotaría; y tal vez enmendaría. Pero ahora se enoja mucho: se enoja mucho con los inicuos felices, cuando no son azotados. No os envidiéis a ellos, no queráis ser como ellos infeliz y felizmente. Es mejor ser azotado por un tiempo, que ser condenado eternamente.

CAPÍTULO X.

11. El amor a Dios se manifiesta si se aman las ganancias de Dios. Por tanto, el Señor nos encomendó sus ovejas, porque las encomendó a Pedro: si al menos de alguna manera somos dignos de pisar el polvo de las huellas de Pedro; el Señor nos encomendó sus ovejas. Vosotros sois sus ovejas, con vosotros somos ovejas, porque somos cristianos. Ya lo dijimos, apacentamos y somos apacentados. Amad a Dios, para que Dios os ame. Y no podéis mostrar cuánto amáis a Dios, sino cuánto aparezcáis amar las ganancias de Dios. ¿Qué tienes para ofrecer a Dios, hombre cuerdo? ¿qué ofreces a Dios? ¿Qué ofrecía Pedro? Todo esto: Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17). ¿Qué ofreces a Dios, para que sea mayor, para que sea mejor, para que sea más rico, para que sea más honrado? Cualquiera que seas, él será lo que era. Por tanto, atiende junto a ti, no sea que debas ofrecer al prójimo, lo que llegue a Dios. Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40). Si, pues, se te manda partir el pan al hambriento, ¿debes cerrar la iglesia al que llama?

CAPÍTULO XI.

12. Los que regresan de la herejía después de una recaída deben ser recibidos con benevolencia. ¿Por qué digo esto? Nos entristeció escuchar, aunque no estuvimos presentes, que alguien que venía de los donatistas a la Iglesia, confesando el pecado de la rebautización,

cuando fue exhortado a la penitencia por el obispo, fue rechazado por algunos hermanos y fue rechazado. Digo a vuestra Caridad, nuestros corazones se han retorcido por esto. Confesamos ante vosotros, no nos agrada tal diligencia. Sé que lo hicieron por el celo de Dios y de la Iglesia. ¿Pensáis que no se ha hecho nada porque esto ha resonado en todos? Os ruego, que esta voz haya resonado hoy para que lo que sonó mal sea cubierto por lo que sonó bien. Esforzaos en esto, que esto resuene, que esto prediquemos, que esto proclamemos. Que vengan, que sean admitidos como de costumbre, aquellos que nunca han sido católicos. Pero si ya fueron católicos y se encontraron inestables, inconstantes y débiles, se encontraron traidores; ¿acaso perdonamos completamente a los traidores? Tal vez serán fieles quienes fueron traidores: que también ellos sean admitidos a la penitencia. Y que no se engañen a sí mismos, pensando que al regresar a la parte de Donato hicieron penitencia. Aquella fue una penitencia por una buena causa: que ahora sea verdadera por una mala causa. Cuando hicieron penitencia en la parte de Donato, se arrepintieron de lo que habían hecho bien: ahora actúen para que se arrepientan de lo que hicieron mal. ¿Teméis que, al ser encontrados traidores, profanen lo sagrado? He aquí que también se atiende a este vuestro temor, son admitidos a la penitencia. Estarán en penitencia, cuando deseen reconciliarse, ya sin que nadie los obligue, sin que nadie los aterrorice: porque el penitente católico ya no sufre las amenazas de las leyes; ha comenzado a querer reconciliarse cuando nadie lo aterroriza, entonces se puede creer en su voluntad. Supón que fue obligado a ser católico, será penitente. ¿Quién lo obliga a buscar el lugar de la reconciliación, sino su propia voluntad? Ahora, por tanto, admitamos la debilidad, para que después probemos la voluntad.

SERMON CCXCVII. En el Natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La presunción de Pedro. El temor por la debilidad humana, el amor por la gracia divina. El día de hoy nos ha sido hecho festivo por la sangre de los Apóstoles. Los siervos devolvieron lo que por ellos fue gastado con la sangre del Señor. El bienaventurado Pedro, como acabamos de escuchar, es ordenado a seguir: y sin embargo, meditaba en preceder, cuando dijo al Señor: "Pondré mi vida por ti" (Juan XIII, 37). Llevaba presunción, no conocía su temor. Quería preceder a quien debía seguir. Deseaba el bien, pero no mantenía el orden. Cuán amarga era la muerte, lo sintió con amargo temor, y lavó el pecado del amargo temor con amargas lágrimas. El temor fue interrogado por una criada, el amor por el Señor. ¿Y qué respondió el temor, sino la trepidación humana? ¿Qué respondió el amor, sino la profesión divina? Amar a Dios es un don de Dios. Cuando el Señor preguntaba a Pedro sobre el amor, exigía lo que había dado.

2. A Pedro se le predice que sufrirá lo que no desea. ¿Qué, sin embargo, predijo el Señor a Pedro, de lo que este día es festivo? "Cuando eras joven, te ceñías e ibas donde querías; pero cuando envejecas, otro te ceñirá y te llevará donde no quieras" (Juan XXI, 18). ¿Dónde está, "Contigo estaré hasta la muerte" (Lucas XXII, 33)? ¿Dónde está, "Pondré mi vida por ti"? He aquí que temerás, he aquí que negarás, he aquí que llorarás; y por quien temiste morir, resucitará, y serás fortalecido. ¿Qué maravilla que Pedro temiera antes de que Cristo resucitara? He aquí que Cristo ya ha resucitado, ya aparece la verdad del alma y del cuerpo, ya lo que está en promesa se confirma con el ejemplo. El Señor se muestra vivo después de la cruz, después de la muerte, después del sepulcro. No solo se muestra: se toca, se palpa, se prueba. Pasó cuarenta días con los discípulos, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, no por necesidad, sino por poder; no por necesidad, sino por caridad: comiendo y bebiendo, no por hambre, ni por sed, sino enseñando y mostrando. Probado verdadero y veraz, asciende al cielo, envía el Espíritu Santo, llena a los creyentes y orantes, envía a los predicadores. Y sin

embargo, después de todo esto, otro ceñirá a Pedro y lo llevará donde él no quiera. Lo que deseabas cuando el Señor lo precedía, entonces querrías cuando debías seguir.

CAPÍTULO II.

3. La amargura de la muerte tolerada por los mártires. La corona de los mártires es más ilustre por ello. Espinas pisoteadas por pies de piedra. Otro te ceñirá y te llevará donde no quieras. El Señor nos consuela de esto, transfigurando en sí nuestra debilidad, y diciendo: "Mi alma está triste hasta la muerte" (Mateo XXVI, 38). De ahí que los mártires sean grandes, porque pisotearon la dulzura de este mundo: de ahí que los mártires sean grandes, porque soportaron la aspereza durísima de la muerte amarga. Pues si es fácil soportar la muerte, ¿qué grandeza hay en lo que los mártires soportaron por la muerte del Señor? ¿De dónde su grandeza, de dónde su elevación, de dónde su corona mucho más floreciente que la de los demás hombres? ¿De dónde, como saben los fieles, los mártires son mencionados en su propio lugar, distintos de los difuntos; no se ora por ellos, sino que la Iglesia se encomienda a sus oraciones? ¿De dónde esto, sino porque la muerte que eligieron sufrir por la confesión del Señor, en lugar de negar a Cristo, es ciertamente amarga? Ciertamente la naturaleza rehúye la muerte. Observa toda clase de animales, no encontrarás ninguno que no quiera vivir, que no tema perecer. La humanidad tiene este sentido. La muerte es dura: pero no, digo, porque la muerte es dura, por eso debe negarse la vida. Incluso Pedro, siendo anciano, no quería morir. No quería morir, pero prefería seguir a Cristo. Prefería seguir a Cristo que no morir. Si hubiera un camino amplio por el cual seguir a Cristo sin morir, ¿quién duda que lo tomaría, que lo elegiría? Pero no había camino para seguir a Cristo a donde quería ir, sino por el camino que no quería sufrir. Finalmente, por esa aspereza de la muerte, los carneros pasaron y las ovejas los siguieron. Los santos Apóstoles son los carneros de las ovejas. El camino de la muerte es áspero, lleno de espinas: pero estas espinas, al pasar la Piedra y Pedro, fueron pisoteadas por pies de piedra.

CAPÍTULO III.

4. ¿De quién se alaba el amor a la vida? No reprendemos, no acusamos, incluso si se ama esta vida. Sin embargo, que se ame esta vida de tal manera que no se peque en su amor. Que se ame la vida, pero que se elija la vida. Pregunto a los amantes de la vida, y digo: ¿Quién es el hombre que quiere la vida? Incluso en silencio todos respondéis: ¿Quién es el hombre que no quiere la vida? Añado lo que el Salmo añadió: ¿Quién es el hombre que quiere la vida, y ama ver días buenos? Se responde: ¿Quién es el hombre que no quiere la vida, y que no ama ver días buenos? Si, por tanto, quieres llegar a la vida, y ver días buenos, porque esa es la recompensa, atiende a la obra de esta recompensa: Refrena tu lengua del mal. Esto sigue en el Salmo. ¿Quién es el hombre que quiere la vida, y ama ver días buenos? Añade: Refrena tu lengua del mal, y tus labios no hablen engaño: apártate del mal, y haz el bien (Salmo XXXIII, 13-15). Ahora di, Quiero. Preguntaba, ¿Quieres la vida? Respondías, Quiero. Preguntaba, ¿Quieres ver días buenos? Respondías, Quiero. Refrena tu lengua del mal. Ahora di, Quiero. Apártate del mal, y haz el bien. Di, Quiero. Si esto quieres; busca la obra, y corres hacia la recompensa.

CAPÍTULO IV.

5. La corona se devuelve a Pablo como deuda, porque la gracia indebida precedió. Observa al apóstol Pablo, porque también hoy es su día festivo. Ambos llevaron una vida concordante, ambos derramaron su sangre, ambos recibieron la corona celestial, ambos consagraron el día de hoy. Observa, por tanto, al apóstol Pablo, recuerda las palabras que poco antes, cuando se

leía su Epístola, escuchamos. "Yo, dice, ya estoy siendo ofrecido, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, dice, me está reservada la corona de justicia, que el Señor, el justo juez, me dará en aquel día" (II Tim. IV, 6-8). Pues no negará lo debido, quien dio lo indebido. El justo juez devolverá la corona, la devolverá: pues tiene a quien devolverla. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe: devolverá la corona a estos méritos; ni negará lo debido, como dije, quien dio lo indebido. ¿Qué es lo que dio indebido? Que antes fui blasfemo, perseguidor e injurioso. ¿Qué, entonces, dio indebido? Escuchémoslo confesando, y alabando al dador de la gracia con su confesión de vida. Antes, dice, fui blasfemo, perseguidor e injurioso. ¿Se te debía, entonces, ser apóstol? ¿Qué se debía a un blasfemo, perseguidor e injurioso? ¿Qué, sino la condenación eterna? Y en lugar de la condenación eterna, ¿qué recibió? Alcancé misericordia, porque lo hice por ignorancia en la incredulidad (I Tim. I, 13). Esta es la misericordia que Dios dio indebida. Escucha otra cosa que él mismo dice en otro lugar: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. Veo, entonces, Apóstol, que no eras digno. ¿De dónde esto para ti, para que fueras digno? ¿Por qué, entonces, eres lo que no eres digno? Escucha: Pero por la gracia de Dios soy lo que soy. Mi castigo fue ser lo que fui: por la gracia de Dios soy lo que soy. La gracia, dice, de Dios soy lo que soy: y su gracia en mí no fue en vano; sino que trabajé más que todos ellos. ¿Recompensaste, entonces, la gracia de Dios? ¿Recibiste y devolviste? Observa lo que dijiste. Observo, dice. No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 9, 10). ¿Negará, entonces, el justo Dios la corona debida a este laborioso Apóstol que peleó la buena batalla, terminó la carrera, guardó la fe, a quien dio la gracia indebida?

6. Nuestros méritos son dones de Dios. Vencemos por aquel que nos amó. ¿A quién, entonces, devolverá la corona debida, oh Pablo pequeño, grande, a quién devolverá? Ciertamente a tus méritos. Peleaste la buena batalla, terminaste la carrera, guardaste la fe: devolverá la corona debida a estos méritos tuyos. Pero para que te sea devuelta tu corona, los méritos tuyos son dones de Dios. He aquí que peleaste la buena batalla, terminaste la carrera. ¿Por quién guiado, por quién dirigido, por quién ayudado? ¿Qué dices aquí? Terminé la carrera, dice; pero no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Guardaste la fe, es cierto. Primero, ¿qué fe? ¿La que tú mismo te diste? ¿Es falso lo que dijiste, Como a cada uno Dios repartió la medida de fe (Rom. XII, 3)? ¿No te diriges a algunos contendientes tuyos, y a aquellos que laboran y corren contigo en el estadio de esta vida, a quienes dices, Porque a vosotros os es dado por Cristo? ¿Qué os es dado? No solo que creáis en él, sino también que sufráis por él (Filip. I, 29). He aquí que ambos son dados, tanto creer como sufrir por Cristo.

CAPÍTULO V.

7. Es de Dios guardar sus dones en nosotros. Pero tal vez alguien diga: Ciertamente recibí la fe, pero yo la guardé. Tal vez tú dices esto, quienquiera que seas que escuchas insensato, Recibí la fe, pero yo la guardé: nuestro Pablo no dice esto, Yo la guardé. Pues considera, Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda (Salmo CXXVI, 1). Trabaja, guarda: pero es bueno que seas guardado. Pues no eres suficiente para guardarte a ti mismo. Si eres abandonado, dormirás y te dormirás. Pero no dormita, ni duerme, el que guarda a Israel (Salmo CXX, 4).

8. Que se ame la vida, pero buena. Todos los hombres quieren cosas buenas excepto su propia alma. Por tanto, amamos la vida, y de ninguna manera dudamos que amamos la vida: ni podremos negar en absoluto que amamos la vida. Por tanto, elijamos la vida, si amamos la vida. ¿Qué elegimos? La vida. Primero aquí buena; después de esta, eterna. Primero aquí

buena, pero aún no bienaventurada. Que se lleve a cabo una buena vida ahora, a la que después se le reserva la bienaventurada. La buena vida es obra: la bienaventurada es recompensa. Actúa bien, y recibirás la bienaventurada. ¿Qué más justo, qué más ordenado? ¿Dónde estás amante de la vida? Elige la buena. Si quisieras una esposa, no querrías sino una buena: amas la vida, ¿y eliges la mala? Dime qué mal deseas. Lo que sea que desees, lo que sea que ames, deseas lo bueno. En absoluto no deseas un mal animal, no un mal siervo, no una mala vestimenta, no una mala villa, no una mala casa, no una mala esposa, no malos hijos. Buscas todo lo bueno: sé bueno quien busca. ¿Qué te has hecho a ti mismo, que entre todas las cosas que desees buenas, solo deseas ser malo? Te es querida la villa, tu esposa, tu vestimenta, y, para llegar al extremo, tu calzado; ¿y tu alma te ha despreciado? Ciertamente esta vida está llena de trabajos, de aflicciones, de tentaciones, de miserias, de dolores, de temores está llena esta vida: ciertamente es manifiesto que está llena de todos estos males. Y sin embargo, tal como está llena de todos estos males, si alguien nos diera esta vida eterna así, tal como es, ¿cuántas gracias daríamos, para ser siempre miserables? No promete tal cosa, no cualquier hombre, sino el verdadero Dios. La verdadera verdad promete vida, no solo eterna, sino también bienaventurada; donde no hay molestia, ningún trabajo, ningún temor, ningún dolor. Allí plena y totalmente cierta seguridad. Vida bajo Dios, vida con Dios, vida de Dios, vida misma Dios, Tal vida eterna se nos promete: ¿y a esta temporal, y a esta, es decir, miserable y afligida, se le antepone? ¿Se le antepone, digo, o no? Se le antepone, cuando deseas cometer homicidio, para no morir. Pues temes que te mate un siervo, y tú matas al siervo. Temes que te mate la esposa, de la que tal vez sospechas falsamente; y tú, dejando a la esposa, deseas nupcias adulterinas con otra. He aquí que amando la vida, perdiste la vida: a la vida eterna preferiste la temporal, a la bienaventurada la miserable. ¿Y qué encontraste? Tal vez cuando guardas la vida, sin querer exhalas. Cuando te vas de aquí, no lo sabes. ¿Con qué rostro sales a Cristo? ¿Con qué rostro rechazas el castigo? No digo, ¿Con qué rostro pides la recompensa? Estarás condenado en la muerte eterna, quien eliges la vida temporal, cuya elección desprecias la sempiterna.

CAPÍTULO VI.

9. No se debe buscar aquí la vida bienaventurada. Nosotros hacemos los días malos. Al hombre no le viene el mal sino del hombre. El hombre liberado de su propio mal no puede ser dañado por ningún otro. Pero no escuchas el consejo. Buscas la vida, buscas días buenos. Es bueno lo que buscas, pero no está aquí. Este precioso lapislázuli tiene su región, no nace aquí. Por mucho que trabajes cavando, no encontrarás aquí lo que aquí no está. Pero haz lo que se te manda, y lo que amas te será devuelto. Pues aunque esta vida sea muy larga, ¿acaso encontrarás aquí días buenos? Ved lo que añadió: Vida y días buenos: para que no sea vida, y sea miserable por los días malos. Abundan aquí los días malos: pero los días malos no los hace aquel sol, que corre de oriente a occidente viniendo, y al día siguiente avanzando: sino que los días malos, hermanos, los hacemos nosotros. Si todos viviéramos bien, también aquí tendríamos días buenos. Pues, ¿de dónde le viene el mal al hombre, sino del hombre? Enumerad cuántas cosas sufren los hombres desde fuera. Las que no parecen ser hechas por los hombres, son muy pocas. Abundan los males al hombre por el hombre. Robos por el hombre, sufrió adulterio en su esposa por el hombre, su siervo fue seducido por el hombre, fue engañado por el hombre, proscrito por el hombre, asediado por el hombre, llevado cautivo por el hombre. Líbrame, Señor, del hombre malo (Salmo CXXXIX, 2). Ya tú quienquiera que escuches, no piensas sino en el enemigo, que sufres como vecino malo, poderoso, compañero, ciudadano. Tal vez piensas en el ladrón, cuando escuchas, Líbrame, Señor, del hombre malo; y así oras, cuando oras, para que Dios te libre del hombre malo, de aquel o aquel enemigo tuyo. No seas malo contigo mismo. Escúchame: que Dios te libre de

ti. Pues cuando Dios por su gracia y misericordia te hace bueno de malo; ¿de dónde te hace bueno, de dónde te libra, sino de ti mismo hombre malo? En absoluto, hermanos míos, esto es verdad, esto es cierto, esto es fijo: si Dios te libera de ti mismo hombre malo, nada te dañará cualquier otro hombre malo.

CAPÍTULO VII.

10. Pablo liberado del mal de sí mismo. Propondré un ejemplo del que se trata, del mismo apóstol Pablo, cuya pasión celebramos hoy. Fue perseguidor, blasfemo, injurioso. Era un hombre malo; su propio castigo era él mismo. Sin embargo, mientras anhelaba muertes y sediento de la sangre de los cristianos, dispuesto a derramar la suya propia, con cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que en Damasco pudiera encontrar a los seguidores del camino cristiano y llevarlos encadenados para ser castigados, avanzando por el camino de la crueldad, sin conocer la piedad, escuchó una voz desde lo alto, de nuestro Señor Jesucristo, que decía desde el cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro te es dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 4, 5). Golpeado por esta voz, el perseguidor cayó, y se levantó como predicador: fue cegado en la carne, para que pudiera ver en el corazón; fue iluminado en la carne, para que predicara desde el corazón. ¿Qué parece, hermanos? Saulo fue liberado del hombre malo: ¿de quién, sino de sí mismo, Saulo? Por eso, ya que fue liberado del hombre malo de sí mismo, ¿qué le hizo otro hombre malo? Son palabras del apóstol Pedro: ¿Y quién os hará daño, si sois seguidores del bien? (I Pedro III, 13). Un hombre malo lo persiguió, un hombre malo lo apedreó, un hombre malo lo golpeó con varas: al final, un hombre malo lo apresó, lo ató, lo arrastró, lo mató. Cuantos más males le añadieron, tantos más bienes preparó Dios. Todo lo que sufrió no fue tormento de castigo, sino ocasión de corona. Vean qué significa ser liberado del hombre malo, es decir, de sí mismo. ¿Quién, dice, os hará daño, si sois seguidores del bien?

CAPÍTULO VIII.

11. Los malos no dañan al hombre liberado del mal de sí mismo. Cómo celebrar las fiestas de los santos. Pero he aquí que los hombres malos hacen daño. Tanto te hicieron, oh Pablo. Pablo te responde: Era necesario que fuera liberado del hombre malo, es decir, de mí mismo. ¿Qué me hacen estos hombres malos? «Las aflicciones de este tiempo no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros» (Rom. VIII, 18). Porque lo que es leve tribulación nuestra, sobrepasa increíblemente, operando para nosotros un eterno peso de gloria, no mirando las cosas que se ven. Porque las cosas que se ven son temporales; pero las que no se ven, son eternas» (II Cor. IV, 17, 18). Verdaderamente fuiste liberado del hombre malo, es decir, de ti mismo, para que los demás hombres malos no te perjudicaran, sino que más bien te beneficiaran. Por lo tanto, carísimos, celebremos el día festivo de los santos, que lucharon contra el pecado hasta la sangre, y vencieron con la ayuda y el don de su Señor, de tal manera que amemos; amemos de tal manera que imitemos: para que, imitando, merezcamos llegar a sus premios.

SERMO CCXCVIII. En el Natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las festividades de Pedro y Pablo deben celebrarse con mayor frecuencia. Debimos ciertamente celebrar el día de tan grandes mártires, es decir, de los santos apóstoles Pedro y Pablo, con mayor frecuencia. Pues si celebramos muy frecuentemente los natalicios de los

corderos, ¿cuánto más debemos celebrar los de los carneros? De los fieles, que los Apóstoles ganaron con su predicación, está escrito: Ofreced al Señor hijos de carneros (Sal. XXVIII, 1). A través de las angustias de las pasiones, por el camino lleno de espinas, por las tribulaciones de las persecuciones, para que después los fieles pasen, tuvieron a los Apóstoles como guías. El bienaventurado Pedro fue el primero de los Apóstoles, el bienaventurado Pablo el último de los Apóstoles: quienes adoraron debidamente a aquel que dijo: Yo soy el primero, y yo soy el último (Apoc. I, 17); en un solo día de pasión se encontraron el primero y el último. Pedro fue el ordenante del santo Esteban (Hechos VI, 6). Cuando fue ordenado diácono el mártir Esteban, entre otros Apóstoles lo ordenó el apóstol Pedro. Pedro fue su ordenante, Pablo su perseguidor. Pero no busquemos los primeros de Pablo, alegrémonos de los últimos del último. Pues si buscamos los primeros, tampoco los de Pedro nos agradarán del todo. Dijimos que Pablo fue perseguidor de Esteban, miremos a Pedro, el negador del Señor. Pedro lavó la negación del Señor con lágrimas: Pablo expió la persecución de Esteban con ceguera. Pedro lloró antes del castigo, Pablo sufrió también el castigo. Ambos buenos, santos, devotísimos: Las cartas de ellos se leen diariamente a los pueblos. ¿Y a qué pueblos? ¿y a cuántos pueblos? Consideren el salmo: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5). Y nosotros lo probamos, y esas palabras llegaron hasta nosotros, y nos convirtieron a la salud de la fe desde la locura de la infidelidad.

CAPÍTULO II.

2. Pedro y Pablo deben ser amados en primer lugar. La herida del amor. Hablo de esto, carísimos, alegre ciertamente en el día de hoy por tan gran festividad, pero algo triste, porque no veo congregado tanto pueblo como debería haberse congregado en el Natalicio de la pasión de los Apóstoles. Si nos fuera desconocido, no se nos imputaría: pero si no es desconocido para nadie, ¿qué es esta gran pereza? ¿No aman a Pedro y a Pablo? Hablo en ustedes a aquellos que no están aquí. Pues a ustedes les doy gracias, porque al menos ustedes han venido. ¿Y puede el ánimo de cualquier cristiano no amar a Pedro y a Pablo? Si aún está frío, que lea y ame: si aún no ama, que reciba la flecha de la palabra en el corazón. De los mismos Apóstoles se ha dicho: Tus flechas son agudas, poderosísimas. Con estas flechas se ha hecho lo que sigue: Los pueblos caerán bajo ti (Sal. XLIV, 6). Son buenas tales heridas. La herida del amor es saludable. La esposa de Cristo canta en el Cantar de los Cantares: Estoy herida de amor (Cant. V, 8). ¿Cuándo se sanará esta herida? Cuando nuestro deseo se sacie en los bienes. Se llama herida, mientras deseamos y aún no poseemos. Pues así es el amor, que hay dolor en él. Cuando lleguemos, entonces pasará el dolor, no faltará el amor.

3. El gozo de Pablo ante su inminente pasión. Se pasa por angustias a un lugar de amplitud. Han escuchado las palabras en la Epístola de Pablo, que escribió a su discípulo el bienaventurado Timoteo: Porque yo ya estoy para ser sacrificado. Veía la pasión inminente: la veía, pero no temía. ¿Por qué no temía? Porque ya había dicho: Tengo el deseo de partir y estar con Cristo (Filip. I, 23). Porque yo ya estoy para ser sacrificado. Nadie dice con tanta exultación que va a cenar y tener un gran banquete, como con la exultación con que dice que va a sufrir. Porque yo ya estoy para ser sacrificado. ¿Qué es ser sacrificado? Seré un sacrificio. ¿Sacrificio de quién? De Dios: porque es preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). Porque yo, dice, ya estoy para ser sacrificado. Estoy seguro: tengo arriba al sacerdote, que me ofrecerá a Dios. Tengo al mismo sacerdote, que antes fue víctima por mí. Ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cerca. Llama partida a la separación del cuerpo.

CAPÍTULO III.

Hay un dulce vínculo del cuerpo, y el hombre está atado, y no quiere ser liberado. Sin embargo, aquel que decía: Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, se alegraba de que estos vínculos fueran a ser desatados alguna vez. Desatar los vínculos de los miembros carnales, recibir vestiduras y ornamentos de virtudes eternas. Seguro depositaba la carne, para recibir la corona. Feliz cambio, santa migración. Qué bienaventurada mansión, la fe la ve, aún no el ojo: porque ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II, 9). ¿Dónde están estos santos, creemos? Allí donde está bien. ¿Qué más buscas? No conoces el lugar, pero considera el mérito. Dondequiera que estén, están con Dios. Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará tormento (Sab. III, 1). Pero al lugar sin tormento llegaron a través de tormentos: al lugar de amplitud llegaron por angustias. No tema, pues, el camino laborioso, quien desea tal patria. El tiempo, dice, de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia. Con razón te apresuras, con razón te alegras de ser sacrificado: porque te está reservada la corona de justicia. Aún se acerca la amargura de la pasión, pero la pasa el pensamiento del que va a sufrir, y piensa en lo que hay más allá; no en por dónde se va, sino a dónde se va. Y porque se piensa con gran amor a dónde se va, se pisa con gran fortaleza por dónde se va.

CAPÍTULO IV.

4. La corona no se devolvería como deuda, si no se hubiera dado antes la gracia como no debida. Pero cuando dijo: Me está reservada la corona de justicia; añadió: que me dará el Señor en aquel día, el justo juez (II Tim. IV, 6-8). El justo la dará, antes no la dio. Pues si, oh Pablo, primero Saulo, cuando perseguías a los santos de Cristo, cuando guardabas las vestiduras de los lapidadores de Esteban, el Señor ejerciera sobre ti un juicio justo, ¿dónde estarías? ¿Qué lugar en el fondo del infierno se encontraría para tan gran crimen tuyo? Pero entonces no te la dio, para que ahora te la dé. Porque leemos tus palabras sobre tus hechos anteriores en tu Epístola, y por ti lo sabemos. Tú dijiste: Porque yo soy el último de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol. ¿Por qué? Porque perseguí a la Iglesia de Dios. Si perseguiste a la Iglesia de Dios, ¿de dónde, entonces, apóstol? Pero por la gracia de Dios soy lo que soy. Antes gracia, ahora deuda. Antes se daba la gracia, ahora se devuelve la deuda. Por la gracia de Dios soy lo que soy. Yo no soy nada. Lo que soy, soy por la gracia de Dios. Lo que soy; pero ahora apóstol; pues lo que era, yo era: Por la gracia de Dios soy lo que soy: y su gracia no fue en vano en mí; sino que he trabajado más que todos ellos. ¿Qué es esto, apóstol Pablo? Pareces haberte exaltado, parece que se ha dicho de alguna cerviz: He trabajado más que todos ellos. Reconócelo, entonces. Lo reconozco, dice: No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 9, 10). No lo había olvidado, sino que lo guardaba para que nos regocijáramos al final, el último. No yo, sino la gracia de Dios conmigo.

CAPÍTULO V.

5. La victoria se da al que lucha por medio de Cristo. Los méritos del hombre son dones de Dios. Entonces no se devolvió, ahora ¿qué? He acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez. Has peleado la buena batalla. Pero ¿quién hizo que vencieras? Te leo a ti, y tú dices: Doy gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ibid. 57). ¿De qué servirá haber luchado, si no sirve haber vencido? Por lo tanto, tienes que has luchado, pero Cristo te dio la victoria. Sigue con otra cosa: He acabado la carrera. ¿Y quién hizo esto en ti? ¿No dijiste tú: No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16)? Di lo que sigue: He guardado la fe. ¿Y esto de dónde te viene? Escucha tus palabras: Alcancé misericordia, dice, para que fuera fiel (I Cor. VII, 25). Por lo

tanto, guardaste la fe por la misericordia de Dios, no por tu fortaleza. Por lo demás, entonces, te está reservada la corona de justicia, que te dará el Señor en aquel día, el justo juez. Porque la dará por méritos, por eso es justo juez. Pero tampoco aquí se exalte tu cerviz, porque tus méritos son sus dones. Lo que le dije a él, lo aprendí de él, y ustedes conmigo en esta escuela ciertamente lo han aprendido. En un lugar superior presidimos por el anuncio, pero en una escuela común tenemos al maestro en los cielos.

SERMO CCXCIX. Del Natalicio de los apóstoles Pedro y Pablo, V. En el que se discute contra la herejía de los pelagianos.

1. Pedro, el primero de los Apóstoles, Pablo, el último. Para predicar a los predicadores, y a tan grandes predicadores, de quienes hemos oído y cantado, que por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5), sin duda ninguna de nuestras palabras es suficiente. Debemos devoción, no cumplimos con su expectativa. Esperan de nosotros hoy que prediquemos a los apóstoles Pedro y Pablo, cuyo día solemne es este. Reconozco lo que esperan; y donde reconozco, sucumbo. Pues veo que se espera algo, de alguien. Pero porque Dios de ellos se digna ser alabado por todos nosotros, no se dignen sus siervos ser predicados de alguna manera por aquellos que les sirven a ustedes.

2. Se trata el mismo argumento. Como saben, todos los que conocen las Sagradas Escrituras, el apóstol Pedro fue el primero elegido entre los discípulos, que el Señor eligió presente en la carne: Pablo, sin embargo, no entre ellos, no con ellos; sino mucho después, no diferente a ellos. Pedro, por lo tanto, el primero de los Apóstoles, Pablo el último: pero Dios, de quien son estos siervos, de quien son estos pregoneros, de quien son estos predicadores, el primero y el último. Pedro en los Apóstoles el primero, Pablo en los Apóstoles el último: Dios tanto el primero como el último, antes de quien nada y después de quien nada. Por lo tanto, Dios que se recomendó a sí mismo como el primero y el último por la eternidad, unió a los Apóstoles el primero y el último en la pasión. La pasión de ambos concuerda en solemnidad, la vida de ambos concuerda en caridad. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras resonaron. Donde fueron elegidos, donde predicaron, donde también sufrieron, todos lo sabemos. Pero a ellos mismos, ¿de dónde los conocemos, sino porque por toda la tierra salió su sonido?

3. Palabras de los Apóstoles sobre su inminente pasión. Por la gracia de Dios nos hacemos deudores y pagadores. La virtud de los mártires viene de Dios. Pablo fue confirmado por revelación sobre su futura pasión y victoria. Sobre su inminente y cercana pasión hemos oído a Pablo, cuando se leyó su Epístola: «Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: no solo a mí, dice, sino a todos los que aman su manifestación» (II Tim. IV, 6-8). De esto digamos algo: porque nos ayudan las palabras de ellos que han salido hasta los confines del mundo. Primero vean la santa devoción. Dijo que iba a ser sacrificado, no a morir: no porque no muera quien es sacrificado; sino que no todo el que muere, es sacrificado. Por lo tanto, ser sacrificado es morir para Dios. Pues la palabra se ha tomado del sacrificio. Todo lo que se sacrifica, se mata para Dios. El Apóstol entendió a quién debía su sangre en la pasión: pues se hizo deudor de su sangre, por quien se derramó la sangre de su Señor. Uno solo derramó la sangre, y a todos los comprometió. Todos los que recibimos esa fe, debemos lo que recibimos: y esto porque se dignó hacernos tanto deudores como pagadores. Pues ¿quién de nosotros en tanta pobreza e indigencia de debilidad es idóneo para pagar a tan gran acreedor? Pero como está escrito: El Señor dará palabra a los que evangelizan con gran virtud (Sal. LXVII, 12): palabra, para que sean difundidos; virtud, para

que sufran. Él mismo, por lo tanto, se hizo víctimas, él mismo se dedicó sacrificios, él mismo llenó de Espíritu a los mártires, él mismo instruyó con virtud a los confesores. A ellos les dijo: No sois vosotros los que habláis (Mat. X, 20). Aunque va a sufrir, aunque va a derramar su sangre por la fe de Cristo; sin embargo, dice con razón: ¿Qué daré al Señor por todos sus beneficios para conmigo? ¿Y qué se le ocurre? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV, 12 y 13). Pensabas en la retribución, buscabas qué darías; y se te ocurrió como si fueras a retribuir: Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre del Señor. ¿Ciertamente ibas a devolver? He aquí que tomas. Lo que tomas, entonces, porque recibiste lo que debías, tomas de donde devolver; deudor cuando has recibido, deudor cuando has devuelto. Pues ¿qué daré, dice? Tomaré la copa de la salvación. Por lo tanto, también esto tomas, la copa de la pasión, la copa de la que el Señor dijo: ¿Podéis beber la copa que yo he de beber? (Mat. XX, 22). Pero he aquí que la copa ya está en tu mano, ya la pasión es inminente: ¿qué haces para no temer? ¿qué haces para no vacilar? ¿qué haces para que lo que ya llevas, puedas beber? ¿Qué haré, dice? Y allí tomaré: seré deudor; porque invocaré el nombre del Señor. Yo, dice, ya estoy para ser sacrificado. Le fue confirmado por revelación: pues no se atrevería a prometerse esto la debilidad humana. Su confianza no era de sí mismo, sino de aquel que dio todo, a quien entendió cuando dijo antes: Pues ¿qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Yo, por lo tanto, dice, ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla. Interroga a la conciencia: no duda, porque se gloria en el Señor. He peleado, dice, la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Con razón acabaste la carrera, porque guardaste la fe. Por lo demás, dice, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez.

4. La corona de justicia no solo ha sido prometida a los mártires, sino a todos los que guardan la fe. El deseo del advenimiento de Cristo como juez futuro. Y para que él mismo no pareciera gloriarse en exceso, y reclamar al Señor solo para sí, dice: "No solo a mí, sino a todos los que aman su manifestación". No pudo insinuar mejor y más brevemente lo que deben hacer los hombres para merecer esa corona de justicia. No todos debemos esperar derramar sangre: pocos son mártires, pero muchos son fieles. ¿No puedes ser inmolado como Pablo? Puedes guardar la fe: al guardar la fe, amas su manifestación. Pues si temes que venga el Señor, no amas su manifestación. El Señor Cristo ahora está oculto; se manifestará a su tiempo, como juez futuro justo, quien fue injustamente acusado bajo juicio. Vendrá: ¿y cómo vendrá? A juzgar. No será juzgado de nuevo, sino que ciertamente vendrá a juzgar, como sabemos, como creemos, a vivos y muertos. Pregunto a cualquier hombre atento a mí, para que me escuche; pregunto; que responda no a mí, sino a sí mismo: ¿Quieres que venga este juez? Quiero, dice. Mira lo que dices: si dices la verdad, si quieres que venga, mira cómo te encontrará. El juez vendrá: ya se te ha otorgado la humildad, vendrá el poder. No vendrá de nuevo para ser revestido de cuerpo, nacer de madre, amamantar, ser envuelto en pañales, ser puesto en un pesebre; finalmente, ya joven, ser burlado por el hombre, ser capturado, azotado, colgado, callar cuando es juzgado. No esperes que venga así, porque piensas que vendrá humilde. Calló cuando iba a ser juzgado; no callará cuando venga a juzgar. Aquí estuvo oculto, para no ser reconocido: "Si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria" (1 Cor. II, 8). Cuando aquí ya estuvo oculto en su poder, callado bajo el poder ajeno; lo contrario será de la ocultación y de este silencio lo que esperamos que venga. Dios vendrá manifiesto. Quien primero vino oculto, vendrá manifiesto. He aquí que tienes lo contrario a aquella ocultación: mira lo contrario a aquel silencio. Nuestro Dios vendrá, y no callará. Calló oculto; porque "como oveja fue llevado al matadero", Calló oculto; porque "como cordero ante el que lo trasquila, sin voz, así no abrió su boca". Calló oculto; porque "en su humillación fue quitado su juicio" (Is. LIII, 7, 8). Calló oculto; porque fue considerado

solo hombre: pero Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios y no callará. ¿Qué dices tú que decías, Quiero que venga: Quiero, dice, que venga, que venga: ¿aún no temes? Un fuego irá delante de él (Sal. XLIX, 3). Si no temes al juez, ¿no temes al fuego?

5. La corona debida a los que guardan la fe. Pero si guardas la fe, amas verdaderamente su manifestación, debes esperar con seguridad la corona de justicia: no se da a tales, sino que se debe. Pues el mismo apóstol Pablo la reclama como una deuda: "La cual me dará", dice, "el Señor en aquel día, el justo juez". La dará, porque es justo: se hizo deudor conmigo por promesa. Mandó, escuché: predicó, creí. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera. Con estos dones suyos debe pro. moral, que el bien guardas, de él lo tienes. ¿Qué. recibiste? Pero con estos, digo. suyos. Antes de que tales dones., diera?

6. Cristo Jesús Salvador. Pablo el primer pecador, porque fue superior en crueldad a los demás perseguidores. En lugar del castigo debido, se le otorgó la salvación. Cristo médico recomendó el poder de su arte en la curación de Pablo. Mira al mismo Apóstol. y digno de toda aceptación. en el mundo a los pecadores. de los cuales yo soy el primero. Cristo, dice, Jesús, es decir, Cristo Salvador. Esto es en latín Jesús. No busquen los gramáticos qué tan latino es, sino los cristianos qué tan verdadero. Pues salvación es un nombre latino. Salvar y salvador no eran palabras latinas antes de que viniera el Salvador: cuando vino a los latinos, también hizo latinas estas palabras. Por lo tanto, Cristo Jesús, Cristo Salvador, vino al mundo. Y como si preguntáramos, ¿Por qué? Dice, Para salvar a los pecadores. Por eso vino Jesús. Pues así leemos en el Evangelio, interpretado y expuesto de alguna manera: "Llamarán su nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. I, 21). Por lo tanto, palabra digna de toda aceptación, digna de credibilidad: es decir, porque Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. No porque pecó primero, sino porque pecó más que los demás. Como decimos en las artes, el médico primero, aunque sea más joven en edad, pero superior en arte; el primer herrero, el primer arquitecto: solemos hablar así. Así se llamó el Apóstol a sí mismo el primer pecador. Nadie persiguió más gravemente a la Iglesia. Por lo tanto, a los pecadores, a quienes vino Jesús, si preguntas qué se les debía, no encuentras qué se debía a los pecadores, sino castigo. Si preguntas qué se debía, es castigo: si preguntas qué se le devolvió, es salvación: en lugar de castigo, salvación. Se debía castigo, se devolvió salvación: se debía pena, se devolvió corona. Nada se debía a Pablo antes Saulo, el primer pecador, superando a los demás en crueldad, nada se le debía, sino castigo, y gran castigo; y es llamado desde el cielo, "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hech. IX, 4). Es coaccionado, para que perdone, para que pueda ser perdonado. El lobo se transforma en oveja: poco es, en oveja; más bien en pastor. Con voz celestial es muerto y vivificado, herido y sanado. El perseguidor es derribado, el predicador es levantado. ¿Qué gracia es esta, sino gracia? ¿Qué mérito bueno precedió? Se llama gracia, porque se da gratuitamente. Dice, Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por eso obtuve misericordia. ¿Podría entonces decir, "El Señor me dará en aquel día el justo juez"? Si al primer pecador el Señor le da en aquel día el justo juez, ¿qué le dará, sino lo que al primer pecador se le debe, gran castigo, pena eterna? Esto se debía antes, y no se devolvió. Por eso, dice, obtuve misericordia. No recibí lo debido: sino que obtuve misericordia como primer pecador, para que en mí mostrara Cristo Jesús toda su longanimidad, para instrucción de aquellos que han de creer en él para vida eterna (1 Tim. I, 15, 16). ¿Qué es, para instrucción? Para que cualquier criminal, cualquier involucrado en crímenes, no desespere del perdón, que Saulo recibió. El gran médico, esto es Jesús, el gran médico, viniendo a la región de los enfermos, para que su medicina se difundiera, eligió curar a uno de quien se desesperaba

mucho. Así pues, ahora, quien antes era tal, dice: "Ya estoy siendo inmolado, y el tiempo de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe". ¿Eras tú el que corría precipitadamente, el que arrastraba a los cristianos a la muerte, el que cuando Esteban era apedreado, para que en manos de todos apedrearas, guardabas las vestiduras de todos? ¿Eras tú? Yo, dice, era, pero no soy. ¿Por qué eras, y no eres? Porque obtuve misericordia. Entonces recibiste, Pablo, lo que no se te debía. Di ya seguro qué se te debe, di ya. "Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día el justo juez". Qué confiadamente exige la deuda, a quien se le ha perdonado no deber el castigo. Di ya a tu Señor, di seguro, di cierto, di con plena confianza: Yo era antes en mi maldad, usé de tu misericordia indebida; la corona es de tus dones por derecho. Que esto sea suficiente. Vayamos a Pedro; y a él no le devolvamos una facultad digna, sino una devoción solemne: del último al primero; porque también nosotros intentamos ir de los últimos a los primeros.

7. A Pedro ya sano se le predice su pasión, a quien enfermo se le había predicho la negación. Al santo Pedro, primer apóstol, el mismo Señor Jesús en el Evangelio, que ahora hemos escuchado al ser leído, le predijo su pasión diciendo: "Cuando eras joven, te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras". Y el mismo Evangelista nos explicó a continuación lo que se había dicho: "Esto decía el Señor, significando con qué muerte había de glorificar a Dios" (Juan XXI, 18, 19). Su pasión, su cruz, le fue predicha por el mismo Señor Cristo, pero ya amando, no negando. El médico guardó ambos tiempos en él: negó enfermo, amó sano. El Señor le mostró a Pedro, al mismo Pedro, cuando con cierta confianza temeraria prometió morir por Cristo, cuando Cristo había venido a morir por Pedro. "¿Pones tu vida por mí?", dice. "En verdad te digo; antes de que el gallo cante, me negarás tres veces" (Id. XIII, 38). Te sanaré: pero primero es necesario que reconozcas que estás enfermo. Así que en aquella negación predicha el Señor mostró a Pedro a Pedro: pero en aquel amor el Señor mostró a Pedro a Cristo. "¿Me amas?", dice. "Te amo". "Apacienta mis ovejas" (Id. XXI, 15-17). Esto una vez, esto dos veces, esto tres veces. Tres veces se confesó el amor, tres veces se condenó el temor. Y porque amaba, se le indica su pasión. Pues esto era amar, llegar hasta la pasión por amor a Cristo.

8. Pedro cómo sufrirá no queriendo. La muerte es pena del pecado. Pero, ¿qué es eso, hermanos, que no conmueve? "Otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras". ¿No llegó Pedro queriendo a tan grande gracia de la pasión? He aquí Pablo, "Porque yo ya estoy siendo inmolado, y el tiempo de mi partida está cerca"; parece en estas palabras exultando como apresurarse a la pasión: pero a este, "Otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras". ¿Queriendo Pablo y no queriendo Pedro? Más bien, si entendemos, queriendo Pablo y queriendo Pedro, y no queriendo Pablo y no queriendo Pedro. Mientras explico esto como puedo, necesito vuestra atención. La muerte no puede ser amada, puede ser tolerada. Pues si se ama, no hicieron nada grande los que la aceptaron por la fe. ¿Acaso si los viéramos alegrarse en banquetes, diríamos que son grandes hombres, diríamos que son hombres fuertes? Si los viéramos rodeados de placeres, ¿alabaríamos en ellos la fortaleza o la paciencia? ¿Por qué? ¿Porque harían algo contrario a los dolores, contrario a las molestias, estarían en alegrías, en placeres, en delicias; porque tales, como grandes, como fuertes, como muy pacientes, serían alabados? Pero no alabamos así a los mártires. Grandes hombres, hombres fuertes, hombres pacientes. ¿Quieres saber que debe ser tolerada, no amada? Pregunta el nombre: se llama pasión. Por lo tanto, por naturaleza, no solo los hombres, sino todos los seres animados rehúsan la muerte y la temen. Por eso los mártires son grandes, porque lo que es muy duro, por el reino de los cielos lo aceptaron valientemente, y pensando

en las promesas soportaron las molestias. Mira al Señor diciendo, "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan XV, 13). Si esto no es duro, ¿qué hace grande el amor, porque por mí ama las delicias? No. Sino porque soporta la muerte. "Por las palabras de tus labios"; es la voz de los mártires; "Por las palabras de tus labios", es decir, por tus advertencias y promesas, "yo he guardado caminos duros" (Sal. XVI, 4). Por lo tanto, en cuanto al modo de la naturaleza y la fuerza de la costumbre, se rehúsa la muerte: pero mientras se ama lo que será después de la muerte, se acepta lo que no queremos, para llegar a donde queremos. He aquí de dónde viene, "Te llevará a donde no quieras". Expresó la naturaleza, no la devoción. Esta naturaleza de nuestra debilidad la transfiguró en sí mismo el Señor, cuando iba a sufrir dijo al Padre: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mat. XXVI, 39). "Porque yo ya estoy siendo inmolado", son palabras de quien sufre, no de quien se deleita. Por lo tanto, nuestra muerte es de pena, nos fue dada a beber. De la raíz la recibimos, la difusión de las ramas del género humano. Adán primero la mereció pecando. De la mujer comenzó el pecado, como dice la Escritura, "y por ella todos morimos" (Ecli. XXV, 33). Y, "Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron" (Rom. V, 12). Por lo tanto, en nuestra naturaleza están tanto la culpa como la pena. Dios hizo la naturaleza sin culpa, y si hubiera persistido sin culpa, ciertamente no seguiría la pena. De ahí venimos, de ahí tomamos ambos, y de aquí hemos contraído mucho. En nuestra naturaleza, por lo tanto, están tanto la culpa como la pena: en la carne de Jesús está la pena sin culpa, para que tanto la culpa como la pena sean sanadas. "Otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras". Esto es pena: pero por la pena se tiende a la corona. Pablo despreciaba la pena: por lo tanto, atendiendo a la corona, despreciaba la pena, y decía, "Ya estoy siendo inmolado, se me debe la corona de justicia". Es duro por donde se pasa, pero es grande a donde se pasa. Y Pedro sabía a dónde se dirigía: por eso él también aceptó la pasión con plena devoción; pero soportó, no amó la pasión. Soportó la pasión, amó lo que seguía, y porque amó a donde iba, soportó por donde iba.

9. También se muestra que Pablo no quiso morir. Dijimos que ambos no quisieron y ambos quisieron; ambos, si fuera posible, no quisieron la pena, ambos sin embargo amaron igualmente la corona. Pero mostremos también que Pablo no quiso la pena. Pues el mismo Señor dio testimonio a Pedro: porque también te transfiguró en sí mismo, cuando dijo, "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Por lo tanto, el Señor dio testimonio a Pedro: pero Pablo se dio testimonio a sí mismo. Dice en un lugar sobre este cuerpo mortal, "Gemimos, cargados": según aquello de la Escritura en otro lugar, "El cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sab. IX, 15). Por lo tanto, dice, "gemimos, cargados": bajo la carga, ciertamente, del cuerpo corruptible. "Gemimos, cargados". Si gimes, pon con gusto esta carga. Ciertamente dijo que gime bajo este peso, que está cargado bajo esta carga del cuerpo corruptible: mira si quiere ser despojado de este peso bajo el cual está cargado, bajo el cual gime. No sigue esto: pero ¿qué dice? "En lo cual no queremos ser despojados". ¡Oh voz de la naturaleza, confesión de la pena! Es un cuerpo pesado, es un cuerpo oneroso, es un cuerpo corruptible: se gime bajo él, y no se deja con gusto, y no se deposita con gusto. "No queremos", dice, "ser despojados". ¿Así permanecerás gimiendo? Y si gimes cargado, ¿por qué no quieres ser despojado? No, dice. Mira lo que sigue: "No queremos ser despojados, sino revestidos". Bajo la túnica terrena gimo, a la celestial me apresuro: quiero recibir aquella, no quiero dejar esta. "En lo cual no queremos ser despojados, sino revestidos". Entonces, Pablo, ¿te entiendo, qué dices? ¿Se hará injuria a tan grande vestidura celestial, para que venga sobre estos harapos de mortalidad y corrupción, para que esto esté debajo, aquello encima; esto dentro, aquello fuera? No, dice: no lo digo así. No quiero ser despojado, sino revestido. No obstante, no para que bajo la incorruptibilidad se oculte la corrupción, sino para que "lo mortal sea absorbido

por la vida". Bien has exclamado, tú que conoces las Escrituras. Pero para que nadie ignorante de las Escrituras piense que mis palabras las siguen, son palabras de Pablo, todas estas son palabras apostólicas: "Gemimos, cargados, en lo cual no queremos ser despojados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (II Cor. V, 4). Bien sostienes, lo que en otro lugar dices hablando de la resurrección del cuerpo: "Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Pero cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, entonces se cumplirá la palabra que está escrita, Absorbida es la muerte en victoria". Lo que en aquel lugar dice, "para que lo mortal sea absorbido por la vida"; esto en este lugar, "Absorbida es la muerte en victoria". En ninguna parte la muerte: ni abajo, ni arriba; ni dentro, ni fuera. Absorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? se dirá a la muerte en la futura resurrección del cuerpo, y en tal cambio, para que la muerte sea absorbida en victoria. Cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, se dirá a la muerte, "¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" Este aguijón hace que seas llevado a donde no quieres. "¿Dónde está, muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?" Pero el aguijón de la muerte es el pecado (1 Cor. XV, 53-56).

10. Se prueba contra los pelagianos que la muerte es consecuencia del pecado. ¿Acaso no es la muerte consecuencia del pecado? ¿De qué otra muerte hablaba, cuando se refería a la resurrección del cuerpo? Este cuerpo corruptible se revestirá de incorruptibilidad: la muerte será absorbida en victoria. Esta es la resurrección del cuerpo. Allí se dirá, ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿A quién, sino a la muerte del cuerpo? Porque el discurso trata de la resurrección del cuerpo. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado. El pecado es el aguijón de la muerte, con el cual se produjo la muerte, no el aguijón que la muerte produjo: así como el veneno es la copa de la muerte, porque causa la muerte, no porque sea causado por la muerte. El Señor, por tanto, en la resurrección pone fin a este castigo: pero deja la muerte también a los fieles y santos para la lucha. La muerte te ha sido dejada para el combate. Pues Dios podría haberte quitado la muerte al justificarte, pero la dejó para el combate, para que tuvieras algo que despreciar por la fe. Pues de quienes quiso, lo hizo. Enoc fue trasladado, y Elías fue trasladado, y viven. ¿La justicia de ellos mereció esto? ¿O fue la gracia de Dios y el beneficio de Dios y una concesión especial? Para que el Creador muestre su poder en todo, nos ha encomendado lo que puede hacer.

11. El ejemplo de Enoc y Elías no apoya el error pelagiano de que la muerte es natural, no del pecado. Por tanto, en vano aquellos que dicen que no morimos por el pecado, en lo que respecta a la muerte del cuerpo, sino que es natural que muramos, y que Adán habría muerto incluso si no hubiera pecado, nos oponen a Enoc y Elías. Hablan muy inconsideradamente; y si prestan atención, hablan contra sí mismos. ¿Qué dicen? Si la muerte es del pecado, ¿por qué no murieron Enoc y Elías? ¿No ves, tú que dices esto, que afirmas que la muerte es natural, quien niegas que sea del pecado? Tú dices que es natural; yo digo que es del pecado: es natural, sí, pero ya viciada, ya condenada con este castigo. Por tanto, tú dices que es natural, yo digo que la muerte del cuerpo es del pecado. Y me preguntas: Si es del pecado, ¿por qué Enoc y Elías no murieron? Y yo respondo: Más bien, si es natural, ¿por qué Enoc y Elías no murieron? Enoc y Elías viven; fueron trasladados, dondequiera que estén, viven. Y si no se engaña cierta conjetura de la Escritura de Dios, morirán. Pues el Apocalipsis menciona a dos profetas maravillosos, que morirán, y resucitarán ante los hombres, y ascenderán al Señor (Apoc. XI, 3-12): y se entiende que son Enoc y Elías; aunque allí no se mencionan sus nombres. Y si acaso tú, que piensas estas cosas, no has aceptado esta Escritura; o si la aceptas, la desprecias y dices, No están expresados por nombre: que vivan, como piensas, sin nunca morir. Aún dime: Si la muerte es del pecado, ¿por qué no murieron? Te respondo: Si la

muerte es natural, ¿por qué no murieron? Yo digo que, para que vivan, el pecado ha sido eliminado: tú di, si puedes, que la naturaleza ha sido eliminada.

12. Se ordena precaverse de los pelagianos en aumento. Hemos dicho una cosa tras otra y por ocasión: pero que sin embargo se refiere así a la estabilidad de nuestra fe, contra ciertos disputadores que crecen malamente. Pero no deben vencer nuestra paciencia: ni deben derribar nuestra fe. Seamos cautos y circunspectos contra las novedades de las disputas, ciertamente humanas, no divinas. Hoy celebramos la solemnidad de los Apóstoles, escuchemos al Apóstol que nos advierte: Evita las novedades profanas de palabras; porque mucho avanzan hacia la impiedad (I Tim. VI, 20, y II Tim. II, 16). Queremos que seáis sabios en el bien, pero íntegros en el mal (Rom. XVI, 19). Adán murió, pero aquella serpiente aún no ha muerto. Susurra, y no cesa de silbar. Se le reserva el castigo final: pero busca compañeros de su condenación. Escuchemos al amigo del esposo, celoso por el esposo, no por sí mismo: Porque os celo con celo de Dios; os he preparado para presentaros como una virgen casta a Cristo. Y temo, dice, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes se corrompan de la castidad que está en Cristo. (II Cor. XI, 2, 3). Todos hemos escuchado las palabras apostólicas, todos observémoslas, todos cuidémonos del veneno de la serpiente. No podemos decir, No hemos escuchado, no sabemos, cuando ahora hemos cantado, Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII, 5). Las palabras que corren hasta los confines de la tierra han llegado a nosotros: las hemos recibido, las hemos escrito, hemos instruido a los lectores. El lector no calla, el disputador da a luz: ¿por qué no cesa el insidioso?

SERMO CCC. En la solemnidad de los mártires Macabeos, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Algunos cristianos existieron antes de Cristo. Este día nos lo ha hecho solemne la gloria de los Macabeos: cuyas admirables pasiones, cuando se leyeron, no solo las escuchamos, sino que también las vimos y contemplamos. Estas cosas sucedieron hace tiempo, antes de la encarnación, antes de la pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Existieron en aquel primer pueblo, en el cual existieron los Profetas, que predijeron estas cosas presentes. Y que nadie piense que antes de que existiera el pueblo cristiano, no hubo pueblo de Dios. Más bien, para hablar como la verdad se presenta, no como la costumbre de los nombres, aquel pueblo también fue cristiano entonces. Pues Cristo no comenzó a tener pueblo después de su pasión: sino que aquel pueblo era descendiente de Abraham, a quien el mismo Señor dio testimonio diciendo, Abraham deseó ver mi día; y lo vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Por tanto, de Abraham nació aquel pueblo, que sirvió en Egipto, y que con mano poderosa fue liberado de la casa de servidumbre por Moisés, siervo de Dios, conducido por el Mar Rojo con las olas descendiendo, ejercitado en el desierto, sometido a la ley, colocado en el reino. De donde, como dije, existieron los Profetas, de allí florecieron estos mártires. Cristo aún no había muerto: pero Cristo que iba a morir los hizo mártires.

CAPÍTULO II.

2. Los Macabeos mártires, no de nombre, sino de hecho cristianos. Esto, por tanto, es lo primero que debe ser recomendado a vuestra caridad, para que, al admirar a esos mártires, no penséis que no fueron cristianos. Fueron cristianos: pero el nombre de cristianos, divulgado después, fue precedido por sus hechos. Pero, evidentemente, como si no tuvieran la confesión de Cristo, no eran obligados por el rey impío y perseguidor a negar a Cristo, lo que después los mártires, cuando eran obligados, al no hacerlo, consiguieron una gloria similar. Pues los

perseguidores posteriores del pueblo cristiano, obligaban a negar el nombre de Cristo a aquellos a quienes perseguían: ellos, perseverando firmemente en el nombre de Cristo, sufrían tales cosas, como escuchamos que aquellos sufrieron cuando se leyeron. A estos mártires más recientes, de los cuales la tierra está teñida de púrpura por miles, se les ordenaba y se les decía por los perseguidores, Negad a Cristo. Al no hacerlo, sufrían tales cosas como también aquellos sufrieron. A estos se les decía, Negad la ley de Moisés. No lo hacían: sufrían por la ley de Moisés. Estos por el nombre de Cristo, aquellos por la ley de Moisés.

CAPÍTULO III.

3. La pasión de los Macabeos se celebra con razón en la Iglesia. El misterio de Cristo velado en el Antiguo Testamento. La clave del Antiguo Testamento, la cruz. Se presenta un judío, y nos dice: ¿Cómo contáis a estos nuestros como vuestros mártires? ¿Con qué imprudencia celebráis su memoria? Leed sus confesiones: observad si confesaron a Cristo. A lo que respondemos: Verdaderamente porque eres uno de aquellos que no creyeron en Cristo, y desgajados del olivo, con el acebuche sucediendo, permanecieron fuera secos (Rom. XI, 17); ¿qué dirás tú, uno de los infieles? No confesaban abiertamente a Cristo, porque el misterio de Cristo aún estaba velado. Pues el Antiguo Testamento es el velo del Nuevo Testamento, y el Nuevo Testamento es la revelación del Antiguo Testamento. Mira, pues, de los infieles judíos tus padres, pero en el mal tus hermanos, mira qué dice el apóstol Pablo de tales. Hasta ahora, mientras se lee Moisés, el velo está puesto sobre sus corazones. El mismo velo permanece en la lectura del Antiguo Testamento, que no se revela, porque en Cristo se elimina. Cuando pases, dice, a Cristo, el velo será quitado (II Cor. III, 14, etc.). El velo, dice, permanece en la lectura del Antiguo Testamento, que no se revela, porque en Cristo se elimina: no la lectura del Antiguo Testamento, sino el velo que allí está puesto. La lectura del Antiguo Testamento no se elimina, sino que se cumple por aquel que dijo, No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V, 17). Por tanto, el velo se elimina, para que lo que era oscuro se entienda. Esto ciertamente estaba cerrado, porque aún no había llegado la llave de la cruz.

CAPÍTULO IV.

4. Con la pasión de Cristo se cumplen las profecías y todo se revela en el misterio de la cruz. Contempla, pues, la pasión del Señor, pon ante tus ojos al que cuelga en el madero, y como un león, cuando quiso, recostándose, y para matar a la muerte, muriendo no por necesidad, sino por poder. Observa eso mismo: mira cómo en la cruz dijo, Tengo sed. Y cuando los judíos, sin saber qué se hacía por ellos, qué se cumplía de las manos de los ignorantes, ataban una esponja con vinagre a una caña, y se la daban a sorber; él, habiendo tomado el vinagre, respondió, Está cumplido. E inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 28-30). ¿Quién parte así, como él murió? Con cuánta verdad, con cuánto poder, como aquel que dijo, Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita; sino que yo la pongo de mí mismo, y la vuelvo a tomar (Id. X, 17, 18). Reconoce el reino del viviente, quien dignamente ha considerado el poder del que muere. Esto lo había dicho por el profeta a los mismos judíos, Yo dormí (Sal. III, 6). Como si dijera: ¿Qué os jactáis de mi muerte? ¿Qué, como si me hubierais vencido, os gloriáis vanamente? Yo dormí. Yo dormí, porque quise; no porque vosotros os ensañasteis. Yo cumplí lo que quise: vosotros permanecisteis en el crimen. Por tanto, habiendo tomado el vinagre y sorbido, dijo, Está cumplido. ¿Qué está cumplido? Lo que de mí está escrito. ¿Qué está escrito de él? Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). Contemplando, pues, todas las cosas que habían sucedido en su pasión; ya antes de la cruz habían movido la cabeza, ya le habían dado hiel, ya habían contado los huesos del que colgaba y estaba extendido, ya habían dividido las vestiduras, ya habían echado suertes sobre la túnica

indivisible: habiendo contemplado y de algún modo contado todas las cosas que los profetas habían predicho sobre su pasión, quedaba algo, que era menos: Y en mi sed me dieron a beber vinagre. Para que esto que poco quedaba se añadiera, dijo, Tengo sed. Habiendo tomado lo que faltaba, respondió, Está cumplido. Dicho esto, inclinando la cabeza entregó el espíritu. Entonces los cimientos de la tierra fueron sacudidos, entonces las rocas se rompieron y los secretos del infierno se revelaron, entonces las tumbas devolvieron a los muertos; y para decir por lo que todo fue dicho, porque ya era tiempo de que en el misterio de la cruz todo lo que estaba velado en el Antiguo Testamento se revelara, el velo del templo se rasgó.

CAPÍTULO V.

5. Otros mártires confesaron a Cristo revelado en el Evangelio, los Macabeos en la Ley velada. Por tanto, desde entonces Cristo comenzó a ser predicado abiertamente después de la resurrección. Comenzaron a cumplirse en él las profecías predichas de manera manifiesta; comenzaron los mártires a confesarlo con constancia. Los mártires confesaron abiertamente a aquel a quien entonces los Macabeos confesaron en secreto: estos murieron por Cristo revelado en el Evangelio; aquellos murieron por el nombre de Cristo velado en la ley. Cristo tiene a ambos, Cristo ayudó a ambos en la lucha, Cristo coronó a ambos. Cristo tiene en su ministerio a ambos, como un poderoso que avanza con un séquito de servidores, unos precediéndolo, otros siguiéndolo. Por tanto, contempla más bien a aquel que preside en el vehículo de la carne: y los que preceden, le sirven; y los que siguen, le son devotos. Pues para que sepas, y sepas abiertamente que quienes murieron por la ley de Moisés, murieron por Cristo; escucha al mismo Cristo, oh judío, escucha; y que se abra finalmente tu corazón, que el velo sea quitado de tus ojos. Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí. Escucha esto, acepta esto, si puedes. Si de mí el velo ha sido quitado, ve. Si creyerais, dice, a Moisés, me creeríais a mí: porque de mí escribió él (Juan V, 46). Si Moisés escribió de Cristo; quien verdaderamente murió por la ley de Moisés, por Cristo puso su vida. De mí, dice, escribió él. A quien sirvieron las lenguas de los confesores, a él sirvió la pluma de los que escribieron la verdad. ¿Cómo podréis entender la pluma de Moisés, vosotros que atasteis el vinagre a la caña? Ojalá algún día bebáis su vino, a quien aún blasfemando le ofrecéis vinagre.

CAPÍTULO VI.

6. La solemnidad de los Macabeos se ha instituido con razón. Basílica erigida en su memoria en Antioquía. Las madres aprendan a amar a sus hijos de la madre de los Macabeos. Por tanto, los Macabeos son mártires de Cristo. Por eso, no incongruentemente, ni inoportunamente, sino muy convenientemente, el día de ellos y su solemnidad es celebrada más bien por los cristianos. ¿Qué tal cosa saben celebrar los judíos? Se proclama que hay una basílica de los santos Macabeos en Antioquía: en aquella ciudad, que lleva el nombre del mismo rey perseguidor. Pues soportaron al rey Antíoco, perseguidor impío, y la memoria de su martirio se celebra en Antioquía; para que resuene a la vez el nombre del perseguidor, y la memoria del coronador. Esta basílica es mantenida por cristianos, fue edificada por cristianos. Por tanto, tenemos que celebrar su memoria, la mantenemos: por todo el mundo, miles de santos mártires han imitado sus pasiones. Que nadie dude, hermanos míos, de imitar a los Macabeos; no sea que al imitar a los Macabeos, piense que no imita a los cristianos. Verdaderamente, el afecto de la imitación arda en nuestros corazones. Que los hombres aprendan a morir por la verdad. Que las mujeres aprendan, de la paciencia tan grande de aquella madre, de su virtud inefable; que sabía conservar a sus hijos. Sabía tenerlos, que no temía perderlos. Estos en sí mismos sintiendo individualmente, ella viendo en todos sufrió. Hecha madre de siete Mártires, siete veces mártir: no separada de los hijos al contemplar, y

añadida a los hijos al morir. Veía a todos, amaba a todos. Llevaba en los ojos, lo que en la carne todos; y no solo no se aterraba, sino que también exhortaba.

CAPÍTULO VII.

7. Exhorta al hijo que quedaba a ser mártir. Este rey perseguidor Antíoco la consideró como una madre entre las demás madres. Persuade, le dice, a tu hijo, para que no perezca. Y ella: Claro que persuadiré a mi hijo a la vida, exhortándolo a la muerte: tú quieres persuadir a la muerte, perdonando. Pero qué exhortación, cuán piadosa, cuán maternal, cuán suspendida entre lo espiritual y lo carnal. «Hijo, ten piedad de mí. Hijo,» dice, «ten piedad de mí, que te llevé en el vientre nueve meses, a quien di leche durante tres años, y te llevé a esta edad: ten piedad de mí» (II Macab. VII, 27). Todos esperaban las palabras siguientes: Consiente a Antíoco, no abandones a tu madre. Ella, por el contrario: Consiente a Dios, no abandones a tus hermanos. Si me abandonas, entonces no me abandonas. Allí te tendré, donde no temeré perderte más. Allí te guardará Cristo para mí, de donde no te quitará Antíoco. Temió a Dios, escuchó a su madre, respondió al rey, se unió a sus hermanos, arrastró a su madre.

SERMO CCCI. En la solemnidad de los SS. Macabeos, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuán fuerte fue la madre de los Macabeos en la pasión de sus hijos. Un gran espectáculo se ha puesto ante los ojos de nuestra fe. Con el oído escuchamos, con el corazón comprendimos a una madre deseando que sus hijos terminaran esta vida antes que ella: con deseos muy contrarios a la costumbre humana. Pues todos los hombres desean preceder a sus hijos en la partida de esta vida, no seguirlos: pero ella deseó morir después. Pues no perdía a sus hijos, sino que los enviaba adelante: ni miraba qué vida terminaban, sino cuál comenzaban. Pues dejaban de vivir, donde alguna vez habrían de morir; y comenzaban a vivir, sin fin habrían de vivir. No solo fue espectadora, sino que más bien nos maravillamos de ella como exhortadora. Más fecunda en virtudes que en hijos: viendo a los que luchaban, en los cuales ella misma luchaba en todos; y en todos los que vencían, ella misma vencía. Una mujer, una madre, cómo nos puso ante los ojos a una madre santa, la Iglesia, exhortando en todas partes a sus hijos a morir por el nombre de aquel de quien los concibió y dio a luz. Así, con la sangre de los mártires, el mundo se llenó de semillas esparcidas y la cosecha de la Iglesia brotó. ¿De dónde esto al hombre, sino porque la salvación de los justos es del Señor, y él es su protector en el tiempo de la tribulación (Sal. XXXVI, 39)?

2. Dios asistió no solo a los tres jóvenes, sino también a los Macabeos. Por qué los tres jóvenes fueron liberados del fuego, y los Macabeos consumidos. Vimos, supimos que el Señor fue protector en el tiempo de la tribulación de aquellos tres hombres, que caminaban entre las llamas sin daño, y alababan al Señor sin ninguna lesión. Donde el hombre se ensañaba, la llama perdonaba.

Vidimos, sabemos cómo la salvación de esos justos fue del Señor, para que fueran arrojados al fuego, y aquel rey áspero, a quien irritaron hablando, lo convirtieron viviendo. Creyó, pues, en el Dios de ellos, y promulgó un edicto, para que cualquiera que blasfemara contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, fuera destruido, y su casa saqueada (Dan. III, 96). ¡Qué diferente es esta orden de la primera orden! ¿Cuál fue la primera orden? Que perezca quien no adore la estatua de oro. ¿Cuál es la segunda? Que perezca quien blasfeme contra el Dios verdadero. Los hombres fieles no cambiaron, pero cambiaron al hombre infiel. No

permitieron que permaneciera en la perfidia, porque ellos permanecieron en la fe. Por tanto, la salvación de ellos fue manifiestamente del Señor. Cuando ellos no ardían y alababan, el Señor estaba presente. Cuando estos ardían, confesaban, sin embargo morían, ¿dónde estaba el Señor? ¿Acaso aquellos eran justos y estos pecadores? Pues escuchamos a estos poco antes, cuando se leía su pasión, confesar sus pecados y decir que todo eso lo sufrían por la ira del Señor, pero también por el mérito paterno (II Mac. VII). ¿Y aquellos? Lean, y verán que también ellos confesaban sus propios pecados y decían que sufrían con mérito. Igualmente justos, confesores igualmente de pecados; y por eso justos, porque confesores igualmente de pecados. Por eso irrepreensibles, porque no mentirosos. Pues si dijéramos, dice Juan, que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Pero si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad (I Juan I, 8 y 9). Por tanto, la confesión de pecados pertenece a los justos: la defensa de méritos pertenece a los soberbios. Igualmente, pues, justos confesando pecados, igualmente dando gloria a Dios, igualmente preparados para morir por sus leyes.

CAPÍTULO III.

¿Por qué aquellos son liberados del fuego y estos consumidos por el fuego? ¿Acaso Dios estaba con aquellos y había abandonado a estos? De ninguna manera: más bien estaba presente con ambos; con aquellos abiertamente, con estos en secreto. A aquellos los liberaba visiblemente: a estos los coronaba invisiblemente. Aquellos fueron liberados de la muerte; pero permanecieron en la tentación de esta vida: liberados del fuego, reservados para peligros; habiendo vencido a un tirano, aún debían luchar con el diablo. Hermanos míos, entiendan como cristianos. Los Macabeos fueron liberados mejor y más seguramente. Por aquellos tres hombres, quedando los demás, se superó aquella única tentación: por estos se terminó esta vida, que es toda una tentación. Luego, por el juicio divino, oculto sin duda, pero justo, Nabucodonosor mereció convertirse, Antíoco mereció endurecerse. Aquel encontró misericordia, este aumentó su soberbia.

CAPÍTULO IV.

3. A aquellos que creen que la felicidad está en esta vida y dudan de la otra vida. Pero ¿cuánto y hasta dónde aumentó la soberbia? Vi al impío exaltarse sobre los cedros del Líbano. ¿Hasta dónde? ¿Cuánto tiempo? Pasé, y he aquí que no estaba: y lo busqué, y no se halló su lugar (Sal. XXXVI, 35, 36). Bien: lo buscaste, y no lo encontraste; porque pasaste. ¿Quieres ver que el impío no está? ¿Quieres buscarlo y no encontrar su lugar? Pasa. ¿Qué digo, pasa? No temas: no dije, muere. Pensaste que dije, pasa de esta vida: y por eso temiste, porque no pasaste. ¿Qué es, no pasaste? No pasaste por la elevación del corazón, las seducciones de la felicidad temporal; no pasaste las lisonjas de la carne, no pasaste las sugerencias del mundo que titilan el corazón e infunden temor a las miserias humanas. Por eso piensas que en este mundo está la felicidad, en este mundo no piensas que está la calamidad. La felicidad del reino de los cielos no ha tocado tu corazón, no ha sido rociada en tus ardores con el soplo del refrigerio. Cuando se te dice, la felicidad del mundo es falsa; aunque no te atrevas a decirlo así, veo sin embargo en tu corazón, tal vez tuerces la boca, te burlas, te ríes, y te dices: ¡Oh, si aquí me fuera bien! después no sé qué sucederá. Y no es poco que al menos digas no sé: no sea que también digas, Breve y con tedio es el tiempo de nuestra vida, y no hay retorno al final del hombre, y no hay quien haya sido conocido que haya regresado de los infiernos (Sab. II, 1). Al menos di no sé. La confesión de la ignorancia es un paso hacia el conocimiento. Así pues, te hablaré como si me dijeras, No sé qué sucederá después de la muerte: ignoro por completo si los justos serán bienaventurados y los pecadores miserables; o si ambos no existirán. Sin embargo, aunque no sepas eso, no te atreverás a decir

que después de la muerte los pecadores serán bienaventurados y los justos miserables. No puedes decir, aunque sospeches que ambos no existirán, que los impíos estarán en mejor estado y los justos en mal estado después de la muerte. Ni tu ignorancia puede sugerirte esto. Por tanto, puedes decir: Si bien los justos estarán bien después de la muerte y los impíos mal, o si ambos estarán sin sentido, no lo sé. ¡Oh, si aquí me fuera bien, mientras vivo, mientras siento! Ves que aún no has pasado. Esos, digo, esos pensamientos terrenales, polvorientos, humeantes, vaporosos, carnales, mortales aún no los has pasado. Por eso te parece que el impío se exalta sobre los cedros del Líbano: por eso buscas su lugar, y lo encuentras, porque no has pasado.

CAPÍTULO V.

4. Los malos aquí en su lugar para buenos usos. Buscas su lugar, y lo encuentras; pero aquí. Tiene su lugar en este siglo. Pues no en vano fue creado por la presciencia de Dios, ni en vano es nutrido, ni en vano el sol sale sobre él, y la lluvia cae, ni en vano se le perdona tanta paciencia de Dios al maligno y malviviendo. No es en vano: tiene aquí su lugar. Y si no podemos encontrar todo: pero Dios lo sabe todo, quien sabe disponer todas las cosas. He aquí, para no hablar de otros, ¿qué lugar tuvo aquí este miserable Antíoco? Por él el pueblo de Dios fue azotado y probado: por él estos jóvenes santos fueron coronados. Por tanto, tuvo aquí su lugar. Era malo; pero bien lo usó aquel que no puede ser malo. Pues así como los hombres malos usan mal las criaturas buenas: así el buen Creador usa bien a los hombres malos. Sabe qué hacer con ellos, quien creó todo el género humano. El orfebre lleva, el orfebre pesa, el orfebre equilibra. El pintor sabe dónde poner el color negro, para que la pintura sea hermosa; ¿y Dios no sabe dónde poner al pecador, para que la creación esté ordenada?

CAPÍTULO VI.

Si Dios no hubiera conservado con su paciencia a los pecadores en los siglos anteriores, ¿de dónde nacerían hoy tantos fieles? Algunos malos son conservados, para que de ellos nazcan buenos. Los buenos por la gracia de Dios: pues toda la masa del pecado está condenada. ¿Qué hay más malvado que el diablo? y de su maldad cuántos bienes ha hecho Dios. No se derramaría por nuestra salvación la sangre del Redentor, si no fuera por la maldad del traidor. Lee el Evangelio, y ve lo que está escrito allí: El diablo puso en el corazón de Judas que entregara a Cristo (Juan XIII, 2). Malvado diablo, malvado Judas: tal organista, tal órgano. Usó mal el diablo su vaso: el Señor usó bien a ambos. Intentaron, pues, nuestra perdición: Dios se dignó convertir esto en nuestra salvación.

5. La entrega de Cristo tanto por Judas como por Dios. Judas entregó a Cristo, y fue condenado. Judas entregó, y es condenado: el Padre entregó al Hijo, y es glorificado. Entregó, digo, Judas al maestro, y es condenado: el Hijo se entregó a sí mismo, y es alabado. ¿Cómo entregó Judas a Cristo, todos lo sabemos: tal vez esperas escuchar cómo el Padre entregó al Hijo. Y esto lo sabes: pero lo recordaré, para que lo recuerdes. Escucha al Apóstol hablando de Dios Padre: Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). Escucha también del Hijo: Quien me amó, y se entregó a sí mismo por mí (Gál. II, 20). Ya ves dos traidores: al Padre como traidor del Hijo, al Hijo como traidor de sí mismo, pero ambos salvadores, porque ambos creadores. ¿Qué hizo, pues, Judas? ¿Qué bien hizo? Se hizo el bien de él, no él hizo el bien. Pues Judas no dijo: Entregaré a Cristo, para que el género humano sea liberado. En Judas entregó la avaricia; en Dios, la misericordia. No se le devolvió a Judas sino lo que hizo, no lo que Dios hizo de él.

CAPÍTULO VII.

6. El impío tiene lugar aquí entre los justos, no en la otra vida. ¿Por qué dijimos esto? Porque en este siglo el impío tiene lugar: y el Señor conoce perfectamente a los que son suyos (II Tim. II, 19); y sabe qué hacer por ellos, de aquellos que no son suyos. Pero si pasas, si pisoteas lo terrenal, si no respondes en vano que tienes el corazón en alto; al pasar buscarás el lugar del impío, y no lo encontrarás. Pues en aquella vida futura, ¿qué lugar tiene el impío? ¿Acaso necesitamos ser ejercitados por los males? ¿Acaso el oro necesita ser purificado por la paja? Pues todo el mundo es el horno del orfebre. Allí los justos como oro: allí los impíos como paja. Allí la tribulación como fuego: allí Dios como orfebre. El piadoso alaba a Dios, el oro brilla: el impío blasfema a Dios, la paja humea. A una tribulación, como a un fuego, aquel es purificado, este es devastado: pero Dios el orfebre es alabado en ambos.

CAPÍTULO VIII.

7. Que los piadosos no se perturben por la felicidad secular de los impíos. Diré, carísimos, exhortándolos a ustedes y a mí mismo. Pasemos las cogitaciones carnales con la ayuda del Señor, tengamos el corazón en alto, pensemos en la vida futura: donde esté tu corazón, habrás pasado. ¿Dónde está el impío? No estará allí. Aquí era necesario: allí lo buscarás, y no encontrarás su lugar. Cuando, pues, vean, hermanos, que viven de la fe, cuyo corazón es recto, que esperan la misma felicidad futura, verdadera y eterna; cuando vean a los hombres gozando y alegrándose en esta felicidad falsa y engañosa, si son piadosos, duelan; si son sanos, lloren. Pues así también aquel cuyos pies se movieron, se reprendió a sí mismo, porque había comenzado a acusar a Dios, y ya estaba allí; pero casi estuvo, estuvo un poco menos. No negó la ciencia a Dios: pero como con los pies movidos vaciló. ¿Qué es vacilar? Dudar. Pero cuando se reprendió a sí mismo, porque no tenía corregido, ¿qué dijo? ¿Por qué se me turbaron los pies? Porque tuve envidia, dice, de los pecadores, viendo la paz de los pecadores (Sal. LXXII, 3-17). Porque vi a los ricos inicuos, tuve envidia; y dije que perdí la justicia, y en vano justifiqué mi corazón, y lavé mis manos entre los inocentes. Y cuando dudo, así comencé a conocer. Así comencé, dice, a conocer: esto es un trabajo ante mí. Gran trabajo, resolver esta cuestión. Verdaderamente es un trabajo. Está bien para él, y es malo; está mal para él, y es bueno: y sobre ambos Dios es juez. Por tanto, el justo juez da bienes a los malos, y males a los buenos. Es un trabajo ante mí. Pero ¿hasta cuándo es un trabajo? Hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en los últimos. Por tanto, si entiendes en los últimos, habrá descanso de la búsqueda, desaparecerá el trabajo de la cuestión.

CAPÍTULO IX.

8. Qué felicidad celestial está preparada para los piadosos. La felicidad del mundo para los piadosos no es honor, sino carga. Entiende en los últimos, donde nadie será feliz malo, nadie infeliz bueno. Pues ¿qué dice? ¿Qué tengo en el cielo? Después conocí qué tengo en el cielo, cuando entré en el santuario de Dios, y entendí en los últimos. Pues ¿qué tengo en el cielo? Incorrupción, eternidad, inmortalidad, ningún dolor, ningún temor, ningún fin de la bienaventuranza. Pues ¿qué tengo en el cielo? ¿Qué? ¿diré qué? ¿Cuándo explicaré qué? Por eso admirando dijo esto, no explicando, Pues ¿qué tengo? dice. ¿Por qué no dices qué? ¿Cómo digo lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9)? Pisen abajo qué; porque no es nada: esperen arriba qué; porque no se puede explicar. Y teniendo esta fe, no tengan envidia de los pecadores, cuando los vean como felices, falsamente felices, realmente infelices. Y ustedes alégrense en el Señor (Sal. XXXI, 11). Y si tienen tal vez según el tiempo riquezas, honores, poderes, no piensen que por eso son felices.

CAPÍTULO X.

Al que sabe alegrarse en el Señor, y entiende en los últimos, la felicidad del mundo no es honor, sino carga. El hombre feliz según el siglo está en peligro, no sea que por esa misma felicidad, no en el cuerpo, sino en el alma se corrompa. Pues esta felicidad es falsa. Tales, y si parecen ser algo en este siglo, no se alegran, se deleitan en los preceptos del Señor. Entonces lo que Dios manda, se antepone al mundo, tanto al que halaga como al que amenaza: se pisa todo lo visible, se pasa; pensando, no caminando, se pasa. No dije, todo lo visible; pues es fácil pasar lo que pisas: pero se pasa, dije, todo lo mutable. Pues todo lo visible es mutable: pero no todo lo mutable es visible; porque también el alma es mutable, y sin embargo es invisible. Pasa todo lo que se ve; pasa también lo que no se ve, y sin embargo se cambia: para que llegues a aquel, que ni se ve, ni se cambia. Cuando llegues a él, llegarás a Dios.

CAPÍTULO XI.

9. Breve tiempo de vida. Pero ahora camina por la fe, compón tus costumbres. Está lejos en lo alto: nutre tus alas. Cree lo que aún no puedes ver, para que merezcas ver lo que crees. Vivamos como peregrinos, pensemos que pasamos; y pecaremos menos. Demos más bien gracias al Señor nuestro Dios, porque quiso que el último día de esta vida fuera breve e incierto. Desde la primera infancia hasta la senectud decrepita es un breve espacio. ¿Qué le habría aprovechado a quien vivió tanto tiempo si Adán hubiera muerto hoy? ¿Qué es largo, donde hay fin? Nadie revoca el día de ayer: el de hoy es urgido por el de mañana, para que pase. En ese pequeño espacio vivamos bien, y vayamos a aquel lugar, de donde no pasemos. Y ahora mientras hablamos ciertamente pasamos. Las palabras corren, vuelan de la boca: así nuestros actos, así nuestros honores, así nuestra miseria, así nuestra felicidad. Todo pasa: pero no temamos; La palabra del Señor permanece para siempre (Isa. XL, 8).

SERMON CCCII. En la solemnidad del mártir Lorenzo, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Por qué Dios concede beneficios temporales a través de las oraciones de los mártires. Semejanza adecuada. El día solemne del bienaventurado mártir Lorenzo es hoy. A esta santa solemnidad han sonado lecturas adecuadas. Hemos escuchado, y cantado, y recibido atentamente la lectura evangélica. Sigamos, pues, imitando las huellas de los mártires, para que no celebremos en vano sus solemnidades. ¿De qué mérito es el mártir mencionado, quién lo ignora? ¿Quién oró allí, y no obtuvo? A cuántos enfermos su mérito les ha otorgado incluso beneficios temporales, que él mismo despreció. Pues se concedieron, no para que permaneciera la enfermedad de los que rezaban; sino para que, concedidos los bienes menores, se hiciera amor para desear los mejores. Pues algunas cosas pequeñas y a menudo insignificantes concede el padre a sus pequeños hijos, que lloran si no las reciben. La indulgencia benigna y paternal concede esto, lo dona, lo que no quiere que permanezca en sus hijos ya mayores, ya avanzados. Por tanto, dona a los niños nueces, a quienes guarda la herencia. A los que juegan y se deleitan con algunas cosas lúdicas, cede la piedad paterna, para que no desfallezca la debilidad de la edad. Esto es de quien halaga, no de quien edifica. Lo que edificaron los mártires, lo que pudieron captar, lo que con gran corazón captaron, por lo que derramaron su sangre, lo escucharon en el Evangelio: Grande es vuestra recompensa en los cielos (Mat. V, 12).

CAPÍTULO II.

2. Dos vidas. Qué penosa es la vida presente, y sin embargo muy amada. Que la vida eterna sea amada como esta temporal. Sin embargo, carísimos, siendo dos vidas, una antes de la muerte, otra después de la muerte; ambas han tenido y tienen sus amantes. ¿Qué necesidad hay de describir cómo es esta breve vida? Experimentamos cuán penosa, cuán quejumbrosa: rodeada de tentaciones, llena de temores; ardiente de deseos, sujeta a caídas; doliente en las adversidades, altiva en las prosperidades; exultante en las ganancias, torturada en las pérdidas. Y en las mismas ganancias, con exultación tiembla, no sea que pierda lo que adquirió; no sea que por esto sea buscado, quien antes de tener no era buscado. Verdadera infelicidad, falsa felicidad. El humilde desea ascender, el elevado teme descender. Quien no tiene, envidia al que tiene; quien tiene, desprecia al que no tiene. ¿Y quién puede explicar con palabras tanta y tan evidente fealdad de esta vida? Y sin embargo, esta fealdad tiene sus amantes tales, que deseamos encontrar poquísimos, que así amen la vida eterna, que no pueden terminar, como se ama esta, que pronto termina, y si se prolonga, se teme cada día, no sea que se termine en cada hora. ¿Qué haremos? ¿Qué haremos? ¿Qué diremos? ¿Qué aguijones de amenaza, qué fuegos de exhortación aplicaremos a los corazones perezosos y torpes, y congelados por el hielo del estupor terrenal, para que sacudan alguna vez la torpeza del mundo, y ardan en lo eterno? ¿Qué, digo, haremos? ¿Qué diremos? Se me ocurre, y mientras tanto se me ocurre, porque las cosas cotidianas nos advierten, y nos sugieren qué decir.

CAPÍTULO III.

Del amor a esta vida temporal, acércate, si es posible, a amar la vida eterna, que amaron los mártires, que despreciaron estas cosas temporales. Ruego, suplico, exhorto, no solo a ustedes, sino también a nosotros con ustedes, amemos la vida eterna. No quiero más, siendo más amplia; amémosla como se ama la temporal por sus amantes: no como la vida temporal fue amada por los santos mártires. Pues esta o no la amaron, o la amaron mínimamente, y fácilmente prefirieron la eterna. Por tanto, no me refería a los mártires cuando dije, Amemos la eterna, como se ama la temporal: sino como se ama la temporal por sus amantes, así amemos la eterna, cuyo amor profesa el cristiano.

3. Somos cristianos, no por la vida temporal, sino por la vida eterna. La cruz de Cristo en la frente nos recuerda algo. Por eso nos hicimos cristianos, no por esta vida temporal. ¿Cuántos cristianos inmaduros son arrebatados, y hombres sacrílegos perduran hasta la vejez en esta vida? Pero también entre ellos muchos mueren inmaduros. Muchas pérdidas de los cristianos, y ganancias de los impíos: y nuevamente muchas pérdidas de los impíos, y ganancias de los cristianos. Y muchos honores de los impíos y humillaciones de los cristianos: y nuevamente muchos honores de los cristianos, y humillaciones de los impíos.

CAPÍTULO IV.

Si estos bienes y males son comunes a ambos, ¿acaso, hermanos, cuando nos hicimos cristianos, fue para evitar estos males o para obtener estos bienes, que dimos nuestro nombre a Cristo y sometimos nuestra frente a tan gran signo? Eres cristiano, llevas en la frente la cruz de Cristo. Tu carácter enseña lo que profesas. Cuando Él colgaba en la cruz, ¿qué cruz llevas en la frente (no te deleita el signo de la madera, sino el signo del que cuelga)? Cuando Él colgaba en la cruz, miraba a los que lo rodeaban con furia, soportaba a los que se burlaban, oraba por sus enemigos. El médico, incluso cuando era asesinado, sanaba a los enfermos con su sangre. Dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34). Y esta voz

no fue vacía ni inútil. Y de entre ellos, después, miles creyeron en aquel a quien habían matado, para aprender a sufrir por Él, quien sufrió por ellos y de ellos.

CAPÍTULO V.

De aquí se entiende, hermanos, por este signo, por este carácter que recibe el cristiano, incluso cuando se convierte en catecúmeno; de aquí se entiende por qué somos cristianos, porque no es por los bienes o males temporales y pasajeros, sino para evitar los males que no pasarán, y para obtener los bienes que no tendrán fin.

CAPÍTULO VI.

4. La vida temporal es muy amada; no así la vida eterna. Sin embargo, como había comenzado a decir, hermanos, lo que había advertido, lo que había propuesto, os ruego, prestemos atención a cómo esta vida temporal es amada por sus amantes; en qué gran temor están los hombres, no sea que mueran los que han de morir. Ves a un hombre temblar, huir, buscar escondites, buscar defensas, rogar, postrarse; si es posible, dar todo lo que tiene, para que se le conceda la vida, para vivir un día más, para que la edad incierta siempre se prolongue un poco más. Hacen tanto los hombres: ¿quién hace algo así por la vida eterna? Hablemos con el amante de la vida presente: ¿Qué haces? ¿Por qué te apresuras? ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué huyes? ¿Por qué buscas escondites? Para vivir, dice. ¿Ciertamente para vivir? ¿Para vivir siempre? No. Entonces no te esfuerzas por eliminar la muerte, sino por posponerla. Tú que haces tanto para morir un poco más tarde, haz algo para no morir nunca.

5. El hombre da lo necesario para vivir aquí más tiempo, aunque sea miserablemente; no da lo superfluo para reinar eternamente con Cristo. ¿Cuántos encontramos que dicen: Que el fisco tome mis bienes, para morir más tarde: cuán raro encontramos quien diga: Que Cristo tome mis bienes, para no morir nunca. Y sin embargo, oh amante de la vida temporal, si el fisco toma, te despoja en este mundo; si Cristo toma, te guarda en el cielo. Por esta vida los hombres quieren tener de qué vivir, y por esta quieren dar de qué vivir. Lo que guardas para vivir, lo das para vivir, tal vez a punto de desfallecer de hambre. Y sin embargo dices: Que lo tome, ¿qué me importa? Quiero mendigar. Das de lo que vives, preparado para mendigar para vivir. Estás preparado, incluso dando lo necesario, para mendigar en este mundo; ¿y no estás preparado, distribuyendo lo superfluo, para reinar con Cristo?

CAPÍTULO VII.

Te ruego, pesa. Si se encuentra alguna balanza de equidad en el arca de tu corazón, sácala, y pon estas dos cosas en ella, y pesa: Mendigar en este mundo, y reinar con Cristo. No hay nada que pesar. Porque en comparación con esa cosa, esto no tiene ningún peso. Si dijera reinar en este mundo, y reinar con Cristo; no habría nada que pesar. Me arrepiento de haber dicho, Pesa: en absoluto hay algo que pesar. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (Mateo 16, 26). Pero quien no haya sufrido la pérdida de su alma, él reinará por Cristo. ¿Quién en este mundo reina seguro? Haz que reine seguro; ¿acaso reina eternamente?

6. Inmerecidamente se ama tanto esta vida. Observad lo que proponía, qué tipo de amantes tiene la vida presente, la vida temporal, la vida breve, la vida fea, qué tipo de amantes tiene. A menudo el hombre se queda desnudo, mendigo, por esta vida. Le preguntas por qué. Así responde: Para vivir. ¿Qué amaste, y amando qué a dónde llegaste? ¿Qué dirás, amante perverso de una vida mal amada? ¿Qué dirás a esta vida amada tuya? Di, habla, adula, si

puedes. ¿Qué dirás? A esta desnudez me llevó tu belleza. Te grita, Soy fea, ¿y tú amas? Te grita, Soy dura, ¿y tú abrazas? Te grita, Soy volátil, ¿y tú intentas seguirme? He aquí que tu amada te responde, No estaré contigo: aunque esté contigo un poco, no permaneceré contigo. Pude desnudarte, no pude hacerte feliz.

CAPÍTULO VIII.

7. La vida eterna es Dios; la vida presente, vapor. Por tanto, ya que somos cristianos, implorando la ayuda de nuestro Señor Dios contra las seducciones de una mal amada, amemos la belleza de aquella vida, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Porque Dios ha preparado esto para los que lo aman (1 Cor. 2, 9); y esa vida es Dios mismo. Aclamasteis, suspirasteis. Amemos esto con fuerza. Que el Señor nos conceda que amemos. Derramemos lágrimas por esto, no solo para obtenerla, sino también para amarla. ¿Qué vamos a advertir, qué vamos a mostrar? ¿Acaso recitamos libros para mostrar cuán incierta es, cuán transitoria, cuán casi nada, cuán verdadero es lo que está escrito, ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco; luego será exterminado (Santiago 4, 15). Vivía ayer, hoy no está: hace poco se veía, ahora no está quien se veía. Se lleva al hombre al sepulcro: regresan tristes, pronto olvidando. Se dice cuán nada es el hombre: y esto lo dice el mismo hombre; y el hombre no se corrige, para que no sea nada, sino algo. Por tanto, los amantes de esto fueron mártires, y son los adquirientes de esta vida. Tienen lo que amaron, lo tendrán más abundantemente en la resurrección de los muertos. Por tanto, este camino nos lo allanaron con sus grandes sufrimientos.

CAPÍTULO IX.

8. Lorenzo presenta al perseguidor las riquezas de la Iglesia. San Lorenzo fue archidiácono. Se le pedían las riquezas de la Iglesia por el perseguidor, como se cuenta; por lo cual sufrió tanto, lo cual horroriza escuchar. Fue puesto en una parrilla, quemado en todos sus miembros, torturado con las atroces penas de las llamas: sin embargo, venciendo todas las molestias del cuerpo con gran fortaleza de caridad, con la ayuda de aquel que lo hizo así. Porque somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras, que Dios preparó para que anduviésemos en ellas (Efesios 2, 10). Pero para encender la ira del perseguidor hizo esto, no queriendo que se enojara, sino deseando encomendar su fe a la posteridad, y mostrar cuán seguro moría: «Que vengan,» dijo, «los vehículos conmigo, en los cuales llevaré las riquezas de la Iglesia.» Se enviaron vehículos, los cargó con pobres, y los mandó regresar, diciendo: «Estas son las riquezas de la Iglesia.» Y es verdad, hermanos: grandes riquezas son las necesidades de los cristianos; si entendemos dónde debemos guardar lo que tenemos. Delante de nosotros están los necesitados: si allí guardamos, no perderemos. No tememos que alguien lo quite: porque quien dio, guarda. Ni podemos encontrar mejor guardián, ni más fiel promotor.

CAPÍTULO X.

9. Los mártires deben ser imitados. Pensando en esto, imitemos diligentemente a los mártires, si queremos que nos beneficien las solemnidades que celebramos. Siempre hemos advertido esto, hermanos, nunca hemos cesado, nunca hemos callado. La vida eterna debe ser amada, la presente debe ser despreciada, se debe vivir bien, se debe esperar el bien. El que era malo debe cambiar; el cambiado debe ser instruido; el instruido debe perseverar. Porque el que persevera hasta el fin, este será salvo (Mateo 10, 22; y 24, 13).

CAPÍTULO XI.

10. No se debe ser cruel con los malos. Pero muchos malos dicen muchas cosas malas. ¿Y qué quisieras tú? ¿Acaso bienes de los malos? No busques uva en espinas: se te ha prohibido, De la abundancia del corazón habla la boca (Lucas 6, 45). Si puedes algo, si ya no eres malo, desea al malo que sea bueno. ¿Por qué eres cruel con los malos? Porque son malos, dices. Te unes a ellos, siendo cruel con ellos. Te doy un consejo: te desagrada el malo, no sean dos. ¿Reprendes, y te unes? ¿Aumentas su número, al que condenas? ¿Quieres vencer el mal con el mal? ¿Vencer la malicia con malicia? Habrá dos malicias, ambas deben ser vencidas. ¿No escuchas el consejo de tu Señor por el Apóstol: No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien (Romanos 12, 21)? Tal vez él es peor: aunque tú también seas malo, sin embargo, dos malos. Yo desearía que al menos uno fuera bueno. Finalmente, es cruel hasta la muerte. ¿Qué hay después de la muerte, donde al malo ya no le llega el castigo, y toda la malicia del otro malo se ejerce? Esto es enloquecer, no vengarse.

CAPÍTULO XII.

11. Cada uno debe prohibir a sus subordinados que dañen a los malos. ¿Qué os diré, hermanos míos? ¿Qué os diré, que no os agraden tales? ¿Acaso voy a pensar de vosotros que os agradan tales? Lejos de nosotros que pensemos esto de vosotros. Pero no basta que tales os desagraden, no basta: hay algo que se debe exigir de vosotros. Que nadie diga, Dios sabe que no quise que se hiciera. He aquí que dijiste dos cosas: y no lo hice, y no quise que se hiciera. Aún es poco. Es poco si no quisiste, si no también prohibiste. Los malos tienen sus jueces, tienen sus potestades: de las cuales dice el Apóstol, No lleva la espada en vano. Es vengador para ira, pero para el que hace el mal. Vengador para ira para el que hace el mal. Pero si haces el mal, teme. No lleva la espada en vano. ¿Quieres no temer a la potestad? Haz el bien, y tendrás alabanza de ella (Romanos 13).

CAPÍTULO XIII.

12. Quien hace el bien, cómo merece alabanza de la potestad. ¿Qué, entonces, dice alguien, hizo mal San Lorenzo, para que la potestad lo matara? ¿Cómo se cumplió en él, Haz el bien, y tendrás alabanza de ella, cuando por el bien mereció tantos tormentos de ella? Si no tuviera alabanza de ella, hoy no sería honrado, no sería predicado por nosotros, no sería alabado con tanto elogio. Por tanto, tiene alabanza de ella, incluso a pesar de ella. Porque el Apóstol no dijo, Haz el bien, y te alabará la misma potestad. Porque todos los Apóstoles y mártires hicieron el bien; y no los alabaron, sino que más bien los mataron las potestades. Por tanto, si dijera, Haz el bien, y te alabará la potestad, te engañaría. Pero ahora moderó las palabras, miró alrededor, pesó, moderó, recortó. Aprended lo que habéis oído: Haz el bien, y tendrás alabanza de ella; incluso si ella misma alaba, si es buena. Pero si es injusta, muerto por la fe, por la justicia, por la verdad, tendrás alabanza de ella; incluso si ella misma es cruel. Porque tendrás alabanza de ella, no porque ella misma alabe, sino porque ella misma te da ocasión de alabanza. Por tanto, haz el bien, y tendrás, y estarás seguro.

CAPÍTULO XIV.

13. No cualquiera puede matar a los malos. Pero ese malo hizo tanto, oprimió a tantos, llevó a tantos a la mendicidad y la pobreza. Tiene sus jueces, tiene sus potestades. La república está ordenada. Porque las que son, por Dios han sido ordenadas (Romanos 13, 1-4). ¿Por qué eres cruel? ¿Qué potestad has recibido, sino que estos no son castigos públicos, sino latrocinios abiertos? ¿Qué, entonces? Considerad en los mismos órdenes de las potestades, al destinado al suplicio y condenado, a quien la espada amenaza, no se le permite ser herido, sino por aquel que milita para esto. Milita el verdugo: por él es herido el condenado. Si el ejecutor

hiere al condenado, ya destinado al suplicio, ¿acaso no mata al condenado, y es condenado como homicida? Ciertamente a quien mata, ya está condenado, ya destinado al suplicio: pero herir desordenadamente, es homicidio. Si es homicidio herir desordenadamente al condenado; ¿qué es, os pregunto, querer herir al no escuchado, querer herir al no juzgado, querer herir sin recibir potestad al hombre malo? No defendemos a los malos, ni decimos que los malos no son malos. Rendirán cuentas de eso quienes juzgan. ¿Por qué quieres rendir cuentas de la muerte ajena, tú que no llevas la carga de la potestad? Dios te ha liberado, para que no seas juez: ¿por qué te usurpas lo ajeno? Rinde cuentas de ti mismo.

CAPÍTULO XV.

14. Sentencia del Señor sobre los hombres sin misericordia. Oh Señor, cómo heriste los corazones de los que se ensañan, cuando dijiste, El que esté sin pecado, que tire la primera piedra contra ella. Con una palabra grave y aguda, al ser heridos sus corazones, reconocieron sus conciencias, y se avergonzaron ante la justicia presente; y uno tras otro se fueron, dejando sola a la mujer miserable. Pero no estaba sola la acusada: porque con ella estaba el juez, aún no juzgando, sino otorgando misericordia. Porque fueron despedidos, al irse los que se ensañaban, la miserable y la misericordia. Y el Señor le dijo: ¿Nadie te condenó? Respondió: Nadie, Señor. Ni yo, dijo, te condenaré: vete, y no peques más (Juan 8, 3-11).

CAPÍTULO XVI.

15. Los soldados no son impedidos de ser buenos por la milicia, sino por la malicia. Lo que se ordenó a los publicanos, lo que a todos. Pero este soldado me hizo tanto. Quisiera saber, si fueras soldado, si no harías cosas similares. Ni queremos que tales cosas sean hechas por los soldados, que oprimen a los pobres: queremos que ellos también escuchen el Evangelio. Porque no prohíbe hacer el bien la milicia, sino la malicia. Pero los soldados que venían al bautismo de Juan, dijeron: ¿Y nosotros qué haremos? Juan les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario. Y en verdad, hermanos, si tales fueran los soldados, feliz sería la misma república.

CAPÍTULO XVII.

Pero no solo el soldado sería tal, sino también el publicano sería tal, como se describe allí. Porque los publicanos, es decir, los recaudadores de impuestos, dijeron: ¿Y nosotros qué haremos? Se les respondió: No exijáis más de lo que os está establecido. Fue corregido el soldado, fue corregido el publicano: que sea corregido también el provincial. Tienes una corrección universal y directa. ¿Qué haremos todos? El que tenga dos túnicas, comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo (Lucas 3, 11-14). Queremos que los soldados escuchen lo que Cristo ordenó: escuchemos también nosotros. Porque Cristo no es de ellos, y no es de nosotros. Todos escuchemos, y vivamos en paz concordemente.

CAPÍTULO XVIII.

16. El comerciante expuesto al fraude y al perjurio. Solo los malos se ensañan con los malos. Me oprimió, cuando era comerciante. ¿Tú mismo llevaste bien el negocio? ¿No cometiste fraude en el negocio? ¿No juraste en falso en el negocio? ¿No dijiste, Por aquel que me llevó, por el mismo mar, que compré por tanto, lo que no compraste por tanto? Hermanos, os digo claramente, y cuanto el Señor concede, libremente: Solo los malos se ensañan con los malos. Otra es la necesidad de la potestad. Porque el juez a menudo se ve obligado a sacar la espada, y herir sin querer. Porque en cuanto a él, quería mantener la sentencia incruenta: pero no

quiso tal vez perder la disciplina pública. Pertenece a su profesión, a su potestad, a su necesidad. ¿A ti qué te corresponde, sino rogar a Dios, Líbranos del mal (Mateo 6, 13)? Oh tú que dijiste, Líbranos del mal: que Dios te libre de ti mismo.

CAPÍTULO XIX.

17. El obispo piadoso se ve obligado a tratar con las potestades seculares. En resumen, hermanos, ¿qué evitamos? Todos somos cristianos: nosotros también llevamos la carga de un mayor peligro. A menudo se dice de nosotros, Fue a esa potestad: ¿y qué busca el obispo con esa potestad? Y sin embargo, todos sabéis que vuestras necesidades nos obligan a ir donde no queremos: a observar, a estar ante la puerta, a esperar a los dignos e indignos que entran, a ser anunciados, a ser admitidos apenas alguna vez: a soportar humillaciones, a rogar, a veces obtener, a veces irnos tristes. ¿Quién querría sufrir esto si no fuéramos obligados? Que se nos libere, no suframos eso, que nadie nos obligue: he aquí que se nos conceda, dadnos vacaciones de esto. Os rogamos, os suplicamos, que nadie nos obligue: no queremos tratar con las potestades; Él sabe que somos obligados. Y tenemos esas potestades como debemos tener a los cristianos, si encontramos cristianos en esa potestad; y a los paganos, como debemos tener a los paganos; deseando el bien a todos. Pero, dice, advertiré a las potestades, para que hagan el bien. ¿Vamos a advertirles en vuestra presencia? ¿Sabéis si advertimos? No sabéis, si lo hicimos, o si no lo hicimos. Esto sé, que no sabéis, y juzgáis temerariamente. Sin embargo, hermanos míos, os suplico, de las potestades se me puede decir: Lo advertiría, y haría el bien. Y yo respondo: Lo advertí, pero no me escuchó. Y allí lo advertí, donde tú no escuchaste. ¿Quién amonesta al pueblo en parte? ¿O pudimos amonestar a un hombre en parte, y decir: Haz así, o haz así, donde no hubiera otro? ¿Quién lleva al pueblo aparte, y sin que nadie lo sepa amonesta al pueblo?

18. El malo muerto, dos veces lamentado. Esta necesidad nos obligó a hablaros de esto, para no rendir mala cuenta a Dios de vosotros; para que no se nos diga, Tú advertirías, tú darías, yo exigiría (Lucas 19, 23).

CAPÍTULO XX.

Avertíos, pues, completamente de estos actos sangrientos. No os incumban, cuando veáis y oigáis tales cosas, sino para compadeceros. Pero el malvado ha muerto. Es doblemente lamentable; porque ha muerto y porque era malvado. Doble es su lamento; porque ha muerto dos veces, temporalmente y para la eternidad. Pues si hubiera muerto siendo bueno, nos doleríamos con afecto humano; porque nos ha dejado, porque queríamos que viviera con nosotros. Los malvados son más dignos de lamentación; porque después de esta vida son recibidos por penas eternas. Dolerse, pues, os corresponde, hermanos míos; dolerse os corresponde, no ensañarse.

CAPÍTULO XXI.

19. Cada uno debe, en la medida de sus fuerzas, prohibir los tumultos civiles. Pero es poco, como dije, es poco que no los hagáis, es poco que os doláis, si no prohibís también, en la medida de vuestras fuerzas, lo que concierne al poder del pueblo. No digo, hermanos, que alguno de vosotros pueda salir y prohibir al pueblo: esto ni nosotros podemos hacerlo: pero cada uno en su casa a su hijo, a su siervo, a su amigo, a su vecino, a su cliente, a su subordinado. Actuad con ellos para que no hagan estas cosas. A quienes podáis, persuadid; y a quienes tengáis autoridad, aplicad severidad. Sé una cosa, que todos conmigo saben, que en

esta ciudad se encuentran muchas casas en las que no hay ni un solo pagano; no se encuentra ninguna casa donde no haya cristianos. Y si se examina diligentemente, no se encuentra ninguna casa donde no haya más cristianos que paganos. Es verdad, lo consentís. Veis, pues, que no se harían males si los cristianos no quisieran. No hay respuesta posible. Los males ocultos podrían hacerse, los públicos no podrían, si los cristianos los prohibieran; porque cada uno retendría a su siervo, cada uno retendría a su hijo: al joven lo domaría la severidad del padre, la severidad del tío, la severidad del maestro, la severidad del buen vecino, la severidad de la corrección del mismo superior. Si estas cosas se hicieran así, no nos entristecerían tanto los males.

CAPÍTULO XXII.

20. La ira de Dios por los pecados del pueblo. Hermanos míos, temo la ira de Dios. Dios no teme a las multitudes. Tan pronto se dice: Lo que hizo el pueblo, lo hizo: ¿quién es el que vengará al pueblo? ¿Acaso, quién es? ¿ni Dios? ¿Acaso temió Dios al mundo entero cuando hizo el diluvio? ¿Temió a tantas ciudades de Sodoma y Gomorra cuando las destruyó con fuego celestial? No quiero ya hablar de los males presentes, cuántos y dónde se han hecho, y qué los han seguido; no quiero recordarlos, para no parecer que insulto. ¿Acaso en su ira separó Dios a los que hacían, de los que no hacían? Sino que unió a los que hacían, con los que no prohibían.

CAPÍTULO XXIII.

21. Que el pueblo no tome para sí lo que corresponde a las autoridades, ni se ensañe desordenadamente con los malos. Expliquemos, pues, alguna vez el discurso, hermanos míos. Os exhortamos, os suplicamos por el Señor y su mansedumbre, que viváis mansamente, que viváis pacíficamente; permitid pacíficamente que las autoridades hagan lo que les corresponde, de lo cual habrán de rendir cuentas a Dios y a sus superiores: siempre que haya que pedir algo, pedidlo honorífica y pacíficamente. No os mezcléis con aquellos que hacen el mal y se ensañan infeliz y desordenadamente; no deseéis participar en tales hechos ni en su contemplación. Pero en la medida de lo posible, cada uno en su casa y en su vecindario, con aquel con quien tenga algún vínculo de necesidad y caridad, amonestad, persuadid, enseñad, corregid; incluso con cualquier amenaza, cohibid de tales males: para que alguna vez Dios tenga misericordia, y ponga fin a los males humanos, y no nos haga según nuestros pecados, ni nos retribuya según nuestras iniquidades, sino que, como está lejos el oriente del occidente, aleje de nosotros nuestros pecados (Sal. 102, 10 y 12); y por el honor de su nombre nos libere, y sea propicio a nuestros pecados, no sea que digan las naciones, ¿Dónde está su Dios? (Sal. 78, 9 y 10).

SERMON CCCIII. En el Natalicio del mártir Lorenzo, II.

1. Lorenzo, archidiácono, ordenado a presentar las riquezas de la Iglesia. El ilustre martirio del beato Lorenzo es, pero en Roma, no aquí: veo tan poca vuestra multitud. Así como Roma no puede ocultarse, tampoco puede ocultarse la corona de Lorenzo. Pero por qué aún esta ciudad lo ignoraría, no lo sé. Escuchad, pues, pocos, pocas cosas: porque nosotros, en este cansancio del cuerpo y en los calores, no podemos muchas. Era diácono, seguidor de los Apóstoles: fue en tiempo posterior a los Apóstoles. Cuando, pues, la persecución, que ahora habéis oído en el Evangelio que fue predicha a los cristianos, ardía vehementemente en Roma, como en otros lugares, y como si al archidiácono se le hubieran pedido los bienes de la Iglesia; se dice que él respondió: Enviad conmigo vehículos, en los que traiga las riquezas de la Iglesia. Abrió las fauces la avaricia: pero sabía lo que hacía la sabiduría.

Inmediatamente se ordenó: cuantos vehículos pidió, tantos fueron. Pidió muchos: y cuanto más numerosos eran los vehículos, mayor era la esperanza del botín concebido en el corazón. Llenó los vehículos de pobres, y regresó con ellos: y se le dijo, ¿Qué es esto? Respondió: Estas son las riquezas de la Iglesia. El perseguidor, burlado, pidió llamas; pero él no era frío, para temer las llamas: ardía casi de furia, pero más su alma de caridad. ¿Qué más? Se le acercó una parrilla, y fue asado. Y cuando de un lado se había quemado, se dice que soportó esos tormentos con tanta tranquilidad, que se cumplió en él lo que ahora hemos oído en el Evangelio: En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas (Luc. 21, 19). Finalmente, quemado por la llama, pero tranquilo en la paciencia: Ya, dijo, está cocido; lo que queda, dadle la vuelta, y comed. Así llevó a cabo su martirio: con esta gloria fue coronado. Sus beneficios en Roma son tan claros, que no pueden contarse en absoluto. Este es de quien dijo Cristo: Quien pierda su vida por mí, la salvará (Id. 9, 24). La salvó por la fe, la salvó por el desprecio del mundo, la salvó por el martirio. ¿Cuánta es su gloria ante Dios, cuando tanta es su alabanza entre los hombres?

2. La recompensa de los mártires preparada para los que siguen a Cristo. Sigamos sus huellas con fe, sigamos también con desprecio del mundo. No solo a los mártires se les prometen premios celestiales, sino también a los que siguen a Cristo con fe íntegra y caridad perfecta. Pues entre los mártires ha sido honrado, con la misma verdad prometiendo, y diciendo: No hay nadie que deje casa, o campo, o padres, o hermanos, o esposa, o hijos, y no reciba siete veces tanto en este tiempo, y en el siglo venidero tendrá vida eterna (Mat. 19, 29). ¿Qué es más glorioso para el hombre, que vender lo suyo, y comprar a Cristo, ofrecer a Dios el don más aceptable, la virtud incorrupta de la mente, la alabanza intacta de la devoción; acompañar a Cristo, cuando comience a venir para recibir venganza de los enemigos; estar a su lado, cuando se siente a juzgar; hacerse coheredero de Cristo, igualarse a los ángeles, alegrarse con los Patriarcas, con los Apóstoles, con los Profetas, en la posesión del reino celestial? ¿Qué persecución puede vencer estos pensamientos, qué tormentos pueden superar? Dura, fuerte, y estable la mente fundada en meditaciones religiosas, y el ánimo permanece inmóvil contra todos los terrores del diablo y las amenazas del mundo, que la fe cierta y sólida de las cosas futuras corrobora. Se cierran los ojos en las persecuciones; pero el cielo está abierto. El Anticristo amenaza; pero Cristo protege. Se inflige la muerte; pero sigue la inmortalidad. Se arrebató el mundo al asesinado; pero se le restituye el paraíso. Se extingue la vida temporal; pero se restaura la eterna. ¿Cuánta es la dignidad y cuánta la seguridad de salir de aquí alegre, salir entre presiones y angustias glorioso; cerrar en un momento los ojos, con los que se veían a los hombres y al mundo; abrirlos inmediatamente, para que se vea a Dios, incluso migrando felizmente! ¡Qué velocidad! De repente se te retira de las tierras, para que se te reponga en los reinos celestiales. Estas cosas deben abrazarse con la mente y el pensamiento, estas cosas deben meditarse día y noche. Si tal persecución encuentra al soldado de Dios, la virtud pronta para la batalla no podrá ser vencida. O si el llamado llega antes; a la fe, que estaba preparada para el martirio, sin pérdida de tiempo, se le devuelve la recompensa con Dios como juez. En la persecución se corona la milicia, en la paz la constancia.

SERMON CCCIV. En la solemnidad de Lorenzo mártir, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El oficio del diácono, ministrar la sangre de Cristo. El misterio de la Cena del Señor, para que cuya sangre tomamos, por él pongamos nuestra vida. El día triunfal del beato Lorenzo, en el que pisoteó al mundo rugiente, despreció al halagador, y en ambos venció al diablo perseguidor, nos lo encomienda hoy la Iglesia Romana. Pues cuán gloriosa y cuánta multitud de virtudes, como variedad de flores, está adornada la corona del mártir Lorenzo, toda Roma

es testigo. En la misma Iglesia, como soléis oír, ejercía el oficio de diácono. Allí ministró la sagrada sangre de Cristo: allí por el nombre de Cristo derramó su sangre. Había accedido prudentemente a la mesa del poderoso. A aquella mesa, de la que ahora nos hablaban los proverbios de Salomón, donde está escrito: Si te sientas a cenar en la mesa del poderoso, conociendo entiende lo que se te ofrece; y así extiende tu mano, sabiendo que te conviene preparar cosas semejantes (Prov. 23, 1, 2). El misterio de esta cena lo expuso claramente el bienaventurado apóstol Juan, diciendo: Así como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (1 Juan 3, 16). Entendió esto, hermanos, el santo Lorenzo; lo entendió, y lo hizo: y ciertamente lo que tomó en aquella mesa, tales cosas preparó. Amó a Cristo en su vida, lo imitó en su muerte.

CAPÍTULO II.

2. Todos debemos seguir a Cristo. Y nosotros, pues, hermanos, si verdaderamente amamos, imitemos. No podremos dar mejor fruto de amor, que el ejemplo de la imitación; porque Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (1 Pedro 2, 21). En esta sentencia parece haber visto el apóstol Pedro, que Cristo padeció solo por aquellos que siguen sus huellas, y que de nada sirve la pasión de Cristo, sino a aquellos que siguen sus huellas. Le siguieron los santos mártires, hasta el derramamiento de sangre, hasta la semejanza de la pasión: le siguieron los mártires, pero no solos. Pues no es que después de que ellos pasaron, el puente se cortó; o después de que ellos bebieron, la fuente misma se secó. ¿Cuál es, pues, la esperanza de los fieles buenos, que o bajo el pacto conyugal llevan el yugo del matrimonio castamente y en concordia, o bajo la continencia viudal dominan las tentaciones de la carne, o incluso elevando más alto el ápice de la santidad y floreciendo en nueva virginidad siguen al cordero dondequiera que vaya? ¿Cuál es, digo, cuál es nuestra esperanza, si no siguen a Cristo, sino aquellos que por él derraman su sangre? ¿Perderá, pues, a sus hijos, que tanto más fecunda, cuanto más segura en tiempo de paz ha engendrado la madre Iglesia? ¿Para que no los pierda, se ha de pedir persecución, se ha de pedir tentación? Lejos de nosotros, hermanos. ¿Cómo puede orar por la persecución, quien clama diariamente, No nos dejes caer en la tentación (Mat. 6, 13)?

CAPÍTULO III.

Tiene, tiene, hermanos, tiene aquel jardín del Señor, no solo rosas de mártires, sino también lirios de vírgenes, y hiedras de casados, y violetas de viudas. En verdad, amadísimos, ningún género de hombres debe desesperar de su vocación: Cristo padeció por todos. Verdaderamente de él está escrito, Quiere que todos los hombres se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 4).

3. En qué cosas podemos seguir a Cristo, además del martirio. La humildad de él debe ser seguida. La venganza, no debe ser buscada por el ejemplo de Cristo. Las cosas presentes deben ser despreciadas. Entendamos, pues, además del derramamiento de sangre, además del peligro de la pasión, cómo debe seguir el cristiano a Cristo. El apóstol dice, hablando del Señor Cristo: Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. ¡Cuánta majestad! Pero se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre. ¡Cuánta humildad! Cristo se humilló: tienes, cristiano, lo que debes mantener. Cristo se hizo obediente: ¿por qué te enorgulleces? ¿Hasta dónde se hizo obediente Cristo? Hasta la encarnación del Verbo, hasta la participación de la mortalidad humana, hasta la triple tentación del diablo, hasta la burla del pueblo judío, hasta los escupitajos y las cadenas, hasta las bofetadas y los azotes; si es

poco, hasta la muerte; y si aún algo del género de muerte debe añadirse, muerte de cruz (Filip. 2, 6-8). Tenemos tal ejemplo de humildad, medicina para la soberbia.

CAPÍTULO IV.

¿Qué, pues, te hinchas, oh hombre? Oh piel muerta, ¿por qué te tensas? Oh pus fétido, ¿por qué te inflas? Jadeas, sufres, te agitas, porque no sé quién te ha hecho una injuria. ¿De dónde clamas por venganza, con la garganta seca de sed; y no cesas de tu intención, hasta que te vengas de aquel que te ha ofendido? Si eres cristiano, espera a tu rey: que primero se vengue Cristo. Pues aún no ha sido vengado, quien por ti tanto ha padecido. Y ciertamente aquella majestad podría o bien no padecer nada, o ser vengada inmediatamente. Pero siendo en él tanto poder, por eso fue también tanta paciencia: porque por nosotros padeció, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas. Veis ciertamente, amadísimos, que además del derramamiento de sangre, además de las cadenas y cárceles, además de los azotes y garras, hay muchas cosas en las que podemos seguir a Cristo. Luego, habiendo recorrido esta humildad, y vencida la muerte, Cristo ascendió al cielo: sigámosle. Escuchemos al Apóstol diciendo, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; buscad las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. 3, 1 y 2). Cualquier cosa deleitable de las cosas temporales que el mundo introduzca, sea rechazada: cualquier cosa áspera y terrible que ruja, sea despreciada. Y quien así actúe, no dude de adherirse a las huellas de Cristo, para que con razón se atreva a decir con el apóstol Pablo, Nuestra conversación está en los cielos (Filip. 3, 20).

CAPÍTULO V.

4. La verdadera e invicta virtud es la caridad. Pero entonces puede haber en estas cosas una virtud invicta, si no hay una caridad fingida. Aquel, pues, nos da la verdadera virtud, quien difunde en nuestros corazones la caridad (Rom. 5, 5). ¿Cuándo, pues, el beato Lorenzo temería los fuegos externos que se le aplicaban, si no ardiera en su interior la llama de la caridad? Por eso, hermanos míos, el glorioso Mártir no temía las atroces llamas de los incendios en su cuerpo, porque ardía en su mente con el deseo ardentísimo de los gozos celestiales. En comparación con el fervor, con el que ardía su pecho, la llama exterior de los perseguidores estaba fría. ¿Cuándo, pues, soportaría los agujones de tantos dolores, si no amara los gozos de los premios eternos? Finalmente, ¿cuándo despreciaría esta vida, si no amando una vida mejor? ¿Y quién puede haceros daño, dice el apóstol Pedro; quién, dice, puede haceros daño, si sois amantes del bien? (1 Pedro 3, 13). Que el perseguidor te haga el mal que quiera: tú no desfallezcas amando el bien. Pues si verdaderamente amas lo que es bueno, con todo tu corazón, soportarás todo mal pacientemente y con ecuanimidad. ¿Qué daño hicieron al beato Lorenzo aquellos tormentos que le infligieron los perseguidores; sino que lo hicieron más claro con los mismos suplicios, y nos hicieron este día festivo de su preciosa muerte?

SERMON CCCV. En la solemnidad del mártir Lorenzo, IV. Pronunciado en la Mesa de San Cipriano.

1. Grano multiplicado por la muerte. Reconoce vuestra fe el grano, que cayó en tierra, y muerto se multiplicó. Reconoce, digo, este grano vuestra fe, porque habita en vuestra mente. Pues lo que de sí mismo dijo Cristo, ningún cristiano lo duda. Pero ciertamente, muerto aquel grano y multiplicado, muchos granos han sido esparcidos en la tierra: de los cuales es también el beato Lorenzo, cuya siembra celebramos hoy. De aquellos granos esparcidos por toda la tierra, cuánta cosecha ha brotado vemos, nos alegramos, somos: si, sin embargo,

también nosotros por su gracia pertenecemos al granero. Pues no todo lo que está en la cosecha pertenece al granero. La misma lluvia útil y nutritiva, alimenta tanto al trigo como a la paja. Lejos de nosotros que ambos sean almacenados juntos en el granero; aunque ambos sean nutridos juntos en el campo, y ambos sean trillados juntos en la era. Ahora es tiempo de elegir. Antes de que venga la ventilación, hágase la separación de las costumbres: como en la era, el grano aún se distingue por la limpieza, no se separa aún por el último aventador.

2. El alma aquí no debe ser amada. Cristo, al acercarse la muerte, se turba porque nos transfigura en Él. Escuchadme, granos santos, que no dudo que estáis aquí; pues si dudo, tampoco yo seré grano: escuchadme, digo; más bien escuchad al primer grano a través de mí. No améis vuestras almas en este mundo: no las améis, si las amáis; para que no amándolas, las conservéis: porque no amándolas, las amáis más. Quien ama su alma en este mundo, la perderá (Juan XII, 24, 25). Habla el grano, el grano que cayó en tierra y fue mortificado para multiplicarse, habla: escúchenlo, porque no miente. Lo que advirtió, Él mismo lo hizo: instruyó con el precepto, precedió con el ejemplo. Cristo no amó su alma en este mundo; por eso vino, para perderla aquí, para ponerla por nosotros, y cuando quisiera, retomarla. Pero como Él era hombre, también era Dios: Cristo es el Verbo, alma y carne, verdadero Dios y verdadero hombre; pero hombre sin pecado, que quita el pecado del mundo: era de mayor potestad, para que pudiera decir verdaderamente, Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para retomarla: nadie me la quita; sino que yo mismo la pongo y la retomo (Id. X, 17, 18). Siendo, por tanto, de tan gran potestad, ¿por qué dijo, Ahora mi alma está turbada (Id. XII, 27)? ¿Por qué se turba el Dios Hombre de tan gran potestad, sino porque en Él está la imagen de nuestra debilidad? Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para retomarla. Cuando escuchas esto de Cristo, Él está en sí mismo; cuando, digo, escuchas esto de Cristo, Él está en sí mismo: cuando su alma, al acercarse la muerte, se turba, Él está en ti. Pues su cuerpo no sería la Iglesia, si Él no estuviera también en nosotros.

3. Cristo murió por potestad, resucitó por potestad. Atiende, pues, a Cristo: Tengo poder para poner mi alma, y tengo poder para retomarla: nadie me la quita. Yo dormí: pues así dice en el Salmo, Yo dormí. Como si dijera: ¿Por qué se enfurecen? ¿Por qué se alegran? ¿Por qué se agitan de alegría los judíos, como si ellos hubieran hecho algo? Yo dormí. Yo, dice, yo que tengo poder para poner mi alma, al ponerla dormí, y tomé sueño. Y como tenía poder para retomarla, añadió, Y me levanté. Pero dando gloria al Padre: Porque el Señor, dice, me ha sostenido (Salmo III, 6). Estas palabras donde dice, Porque el Señor me ha sostenido, no deben ocurrir en vuestras mentes como si Cristo no hubiera resucitado su propio cuerpo. El Padre lo resucitó, y Él mismo se resucitó. ¿De dónde probaremos que Él mismo se resucitó? Recuerda lo que dijo a los judíos: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Así, pues, entiende que Cristo nació por potestad de la virgen, no por condición, sino por potestad: murió por potestad, así murió por potestad. Usaba para su bien a los males ignorantes, y trasladaba al pueblo insano que se enfurecía al uso de su virtud para nuestra bienaventuranza, y en aquellos por quienes moría, veía a los suyos que vivirían con Él: y viéndolos aún insanos en el pueblo insano, decía, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Yo, dice, yo médico toco la vena, desde el madero observo a los enfermos; cuelgo, y toco; muero, y vivifico; derramo sangre, y de ella preparo medicina de salvación para mis enemigos. Se enfurecen y derraman: creerán y beberán.

4. Se turba ante la muerte inminente, para que no desesperemos. Así pues, Cristo el Señor y nuestro salvador, cabeza de la Iglesia, nacido del Padre sin madre; Él, digo, el Señor y nuestro salvador Jesucristo, en cuanto a Él mismo concierne, puso su alma por potestad, la retomó por potestad. A esta potestad no pertenece propiamente, Mi alma está turbada. Nos

transfiguró en Él; nos vio, nos observó, nos acogió y consoló fatigados; no sea que cuando llegara el último día a algún miembro suyo, en el que esta vida debía terminar, se turbara por la debilidad, y desesperara de la salvación, y dijera que no pertenece a Cristo, porque no estaba preparado para la muerte de tal manera que ninguna perturbación surgiera en él, ninguna tristeza nublara su mente devotísima. Pues como sus miembros peligrarían por la desesperación, cuando al acercarse la muerte alguien se turbara, no queriendo terminar la vida miserable, perezoso para comenzar la que nunca terminará: para que no se rompieran por la desesperación, Él atendió a sus débiles, recogió en su seno a sus miembros no muy fuertes, los cubrió como la gallina a sus polluelos; y como si les hablara, Ahora mi alma está turbada. Reconózcanse en mí, para que cuando tal vez se turben, no desesperen, sino que vuelvan la mirada a su cabeza, y se digan a sí mismos, Cuando el Señor decía, Mi alma está turbada, nosotros estábamos en Él, nosotros éramos significados. Nos turbamos, pero no perecemos. ¿Por qué estás triste, alma mía? ¿y por qué me turbas? ¿No quieres terminar la vida miserable? Tanto más es miserable, cuanto más es amada, y no quieres terminarla: sería menos miserable, si no fuera amada. ¿Qué clase de vida bienaventurada es, cuando se ama tanto la vida miserable, solo porque se llama vida? ¿Por qué, pues, estás triste, alma mía? ¿y por qué me turbas? Tienes qué hacer. ¿Te has agotado en ti? Espera en el Señor (Salmo XLII, 5). ¿Te turbas en ti? Espera en el Señor, que te eligió antes de la constitución del mundo, que te predestinó, que te llamó, que te justificó siendo impío, que te prometió la glorificación eterna, que por ti soportó una muerte no debida, que por ti derramó su sangre, que te transfiguró en Él, cuando dijo, Mi alma está turbada. ¿Pertenece a Él, y temes? ¿Y el mundo, por el cual murió, por quien fue hecho el mundo, te hará algún daño? ¿Pertenece a Él, y temes? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? (Rom. VIII, 31 y 32). Resiste a las perturbaciones, para que no consientas en el amor del mundo. Tienta, halaga, acecha: no se le crea, aférrate a Cristo.

SERMO CCCVI. En el Natalicio de los mártires de Massa Candida.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La gloria de los mártires oculta a los insensatos. La malicia como castigo. Como hemos oído, y respondido cantando: Preciosa es la muerte de los santos del Señor, pero en su presencia (Salmo CXV, 15), no en la presencia de los insensatos. Parecieron a los ojos de los insensatos morir, y se estimó como malicia su salida. La malicia en el lenguaje latino no suele tener el significado que tiene en la lengua en la que habló la Escritura. Pues la malicia en latín suele referirse a lo que los hombres son malos: pero en esa lengua, malicia también se refiere al mal que sufren los hombres. Por lo tanto, aquí se entiende la malicia como castigo. Así pues, dijo: Parecieron a los ojos de los insensatos morir, y se estimó como castigo su salida: pero ellos están en paz. Y aunque ante los hombres sufrieron tormentos, esto es malicia: su esperanza, dice, está llena de inmortalidad; y habiendo sido afligidos en poco, serán bien dispuestos en mucho (Sab. III, 2-5). Pues no son comparables las pasiones de este tiempo con la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII, 18). Pero mientras no se revele, está oculta. Y porque está oculta, por eso parecieron a los ojos de los insensatos morir. Pero, ¿acaso porque está oculta, también está oculta para Dios, ante quien es preciosa? Por eso es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos. A este sacramento oculto debemos los ojos de la fe, para que lo que no vemos, creamos, y soportemos valientemente los males sufridos injustamente.

CAPÍTULO II.

2. El castigo no daña, si la causa es buena. Massa Candida. Tengamos una causa elegida, para que el castigo no nos dañe. Pues una mala causa no tiene premio, sino justo tormento. No está, por tanto, en el poder del hombre con qué salida termina esta vida: pero está en el poder del hombre cómo vive, para que termine la vida con seguridad. Ni siquiera esto estaría en su poder, si el Señor no hubiera dado el poder de ser hijos de Dios. Pero, ¿a quiénes? A los que creen en su nombre (Juan I, 12). Esta es la primera causa de los Mártires, esta es la Massa Candida de los Mártires. Si la causa es cándida, también la Massa es cándida. Pues se llama Massa, por la multitud del número; Cándida, por el resplandor de la causa. Tantos compañeros no temieron a los ladrones. Pero incluso si caminaran solos, estarían protegidos contra el latrocinio; porque el mismo camino era su protección. Junto al sendero, dice, pusieron escándalos para mí (Salmo CXXXIX, 6). Por eso, quien no se desvía del camino, no cae en el escándalo. Pero tenemos también la suma y fiel promesa de nuestro Señor Jesucristo diciendo, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6).

3. Todos desean la vida bienaventurada, aunque en diferentes géneros de vida. Sin embargo, todo hombre, sea cual sea, desea ser bienaventurado. No hay nadie que no lo quiera, y lo quiera de tal manera que lo quiera por encima de otras cosas; más bien, quienquiera que quiera otras cosas, las quiere por esta sola.

CAPÍTULO III.

Los hombres son arrastrados por diferentes deseos, y uno desea esto, otro aquello: hay diferentes géneros de vida en el género humano; y en la multitud de géneros de vida, uno elige y toma uno u otro: sin embargo, no hay nadie, sea cual sea el género de vida elegido, que no desee la vida bienaventurada. Por lo tanto, la vida bienaventurada es posesión común de todos: pero cómo llegar a ella, cómo tender hacia ella, por qué camino intentar alcanzarla, ahí está la controversia. Y por tanto, si buscamos la vida bienaventurada en la tierra, no sé si podremos encontrarla: no porque lo que buscamos sea malo, sino porque no lo buscamos en su lugar. Uno dice: Bienaventurados los que militan. Otro lo niega, y dice: Bienaventurados, pero los que cultivan el campo. Y esto lo niega otro, y dice: Bienaventurados los que se mueven en el foro con claridad popular, y defienden causas, y moderan con su lengua la vida y la muerte de los hombres. Y esto lo niega otro, y dice: Bienaventurados, pero los que juzgan, los que tienen el poder de escuchar y discernir. Esto lo niega otro, y dice: Bienaventurados los que navegan, aprenden muchas regiones, recogen muchas ganancias. Veis, carísimos, en toda esta multitud de géneros de vida, que no uno agrada a todos: y sin embargo, la vida bienaventurada agrada a todos. ¿Qué es esto, que aunque no a todos les agrada cualquier vida, a todos les agrada la vida bienaventurada?

CAPÍTULO IV.

4. Qué es la vida bienaventurada. Todos quieren vivir, y estar sanos. Definamos, pues, si podemos, la vida bienaventurada, sobre la cual todos respondan, Esto quiero. Pues ya que no hay nadie que, preguntado si quiere la vida bienaventurada, diga, No quiero, buscamos qué es esa vida bienaventurada; debemos definir algo tal, a lo que todo sentido consienta, y que nadie diga, No quiero. ¿Qué, pues, hermanos míos, qué es la vida bienaventurada, que todos quieren, y no todos tienen? Busquemos, pues. Si a alguien se le dice, ¿Quieres vivir? ¿acaso lo escucha como si se le dijera, ¿Quieres militar? En aquella pregunta, que es, ¿Quieres militar? algunos me dirían, Quiero: y tal vez más, No quiero. Pero si digo, ¿Quieres vivir? creo que no hay nadie que diga, No quiero. Pues todos tienen por naturaleza el deseo de vivir, no de morir. También si digo, ¿Quieres estar sano? creo que no hay nadie que diga, No quiero: pues nadie quiere sufrir. La salud es preciosa incluso en el rico, ciertamente en el

pobre es lo único. Pero, ¿de qué sirve la opulencia al rico, si no hay salud allí, que es el patrimonio del pobre? El rico desearía mucho cambiar su lecho de plata por el cilicio del pobre, si pudiera la enfermedad migrar con el lecho. He aquí que a estos dos ha consentido el sentido de todos, la vida y la salud. ¿Acaso el sentido de todos ha consentido en la milicia? ¿acaso el de todos en la agricultura? ¿acaso el de todos en la navegación? El de todos en la vida y la salud.

CAPÍTULO V.

Cuando, pues, el hombre está vivo y sano, ¿no busca nada más? Si es sabio, tal vez no debería buscar nada más. Pues donde hay vida perfecta y salud perfecta, si se busca más, ¿qué será sino una codicia viciosa?

5. La vida en dolores no es propiamente vida. No se debe considerar vida, sino la que es bienaventurada. Los impíos tendrán vida en las torturas. Pues vendrá la hora, como dice el Evangelio, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz: y saldrán los que hicieron bien, a resurrección de vida; pero los que hicieron mal, a resurrección de juicio (Juan V, 28 y 29). Así que aquellos a la recompensa, aquellos al tormento; y ambos viven, y ninguno de ellos puede morir. Aquellos que viven en la recompensa, abrazan la vida dulcísima: pero aquellos que viven en el tormento, desean, si fuera posible, terminar tal vida; y nadie les da el fin, para que nadie les quite el tormento. Pero mira a la Escritura hablando y discerniendo: no se dignó llamar vida a tal vida. En los tormentos, en los sufrimientos, en los fuegos eternos no quiso llamarla vida: para que el mismo nombre de vida sea de alabanza, no de tristeza; para que dondequiera que escuches vida, no pienses en tormentos. Pues estar siempre en tormentos, es muerte eterna, no alguna vida. Esa la llaman las Escrituras la segunda muerte (Apoc. II, 11, y XX, 6, 14), después de esta primera, que todos debemos a la condición humana. Y la segunda muerte, y se llama muerte, y nadie muere allí. Mejor y más acertadamente diría, nadie vive allí. Pues vivir en dolores, no es vivir. ¿Y de dónde probamos que la Escritura habló así? He aquí de dónde; de este testimonio, que acabo de mencionar: Pues oirán su voz, dice, y saldrán los que hicieron bien, a resurrección de vida. No dijo, A resurrección de vida bienaventurada; sino, a resurrección de vida.

CAPÍTULO VI.

El solo nombre de vida atrae la bienaventuranza. Pues si el nombre de vida no tuviera la bienaventuranza consecuente, no se diría a Dios, Porque en ti está la fuente de la vida (Salmo XXXV, 10). Pues tampoco allí se dijo, Porque en ti está la fuente de la vida bienaventurada. No añadió, bienaventurada; solo dijo, de la vida, para que tú entiendas bienaventurada. ¿Por qué? Porque si es miserable, ya no es vida.

6. Esto se muestra también en otro lugar de la Escritura. La vida bienaventurada no es, si no es eterna. He aquí otro testimonio. Ya hemos dicho dos. Pues se dijo, Los que hicieron bien, a resurrección de vida: también se dijo, En ti está la fuente de la vida. En ninguna parte se añadió, bienaventurada: pero solo se entiende vida la que es bienaventurada; la que no es bienaventurada, ni es vida. Toma otro nuevamente del Evangelio. Aquel rico que no quería dejar lo que tenía, y se indignaba por la pérdida de sus cosas, que al morir se veía obligado a dejar: creo que en aquella abundancia de cosas grandes, pero terrenales, se alegraba, era interpelado por el temor de la muerte, y como si su corazón le dijera, He aquí que te alegras en los bienes, y no sabes cuándo vendrá una fiebre. Reúnes, adquieres, compras, y guardas, y te alegras: tu alma es reclamada de ti; estas cosas que has preparado, ¿de quién serán? (Lucas XII, 20). Con este pensamiento, tanto como se entiende, como si fuera con ciertos agujones

de temor, a menudo se pinchaba, se acercó al Señor, y le dijo: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? (Mateo XIX, 16). Temía morir, y se veía obligado a morir. No había por dónde ir, para no perecer. Constreñido por la necesidad de morir, y el deseo de vivir, se acercó al Señor y dijo: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?

CAPÍTULO VII.

Escuchó entre otras cosas, para que digamos lo que concierne al tema presente: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos (Mateo XIX, 17). Esto es lo que dije que probaría. Ni el que preguntó, dijo, ¿Qué haré para conseguir la vida bienaventurada; sino que solo dijo vida eterna. No queriendo morir, buscaba la vida que no tiene fin. ¿Y acaso no, como dije, también en los tormentos de los impíos la vida no tiene fin? Pero él no llamaba vida a esto. Sabía que la que era en dolores y sufrimientos, no era vida: sabía que más bien debía llamarse muerte. Por eso buscaba la vida eterna: para que donde se escuche vida, no se dude de la bienaventuranza. Y el Señor no le dijo, Si quieres entrar en la vida bienaventurada, guarda los mandamientos: sino que Él mismo solo nombró la vida, y dijo, Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Por lo tanto, esa vida en los tormentos no es vida; y esa vida sola es, la que es bienaventurada: ni puede ser bienaventurada, si no es eterna. Por eso el rico, sabiendo que era interpelado diariamente por el temor de la muerte, buscaba la vida eterna. Pues la vida bienaventurada, como le parecía, ya la tenía. Pues era rico y sano, y creo que se decía a sí mismo: No quiero nada más, si pudiera ser perpetuo. Pues tenía como amables placeres, porque satisfacía deseos tontos. Por tanto, el Señor con un solo nombre de vida, si él entendió, lo corrigió. No dijo, Si quieres entrar en la vida eterna, que él buscaba, como si ya tuviera la bienaventurada: ni dijo, Si quieres entrar en la vida bienaventurada; sabiendo que si es miserable, ni debe llamarse vida: sino que dijo, Si quieres entrar en la vida; allí es eterna, allí bienaventurada; Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Por lo tanto, vida, que es eterna y bienaventurada: porque si no es eterna, ni bienaventurada; pero si es eterna en los sufrimientos, ni vida.

CAPÍTULO VIII.

7. La verdadera vida es aquella que es eterna y bienaventurada. Para una vida bienaventurada, es necesaria la certeza de la eternidad. ¿Qué es, hermanos? Cuando pregunté si queríais vivir, todos respondisteis que sí; si queríais estar sanos, todos respondisteis que sí. Pero si la salud y la vida se temen que terminen, ya no es vida. No es vivir siempre, sino temer siempre. Si siempre temer, siempre sufrir. Si el sufrimiento es eterno, ¿dónde está la vida eterna? Ciertamente sostenemos que no es bienaventurada, a menos que sea vida eterna; es más, no es bienaventurada, a menos que sea vida: porque si no es eterna, y si no es con saciedad perpetua, sin duda no es ni bienaventurada ni vida. Lo hemos encontrado, todos están de acuerdo. Lo hemos encontrado claramente en el pensamiento, aún no en la posesión. Esta es la posesión que todos buscan: no hay nadie que no la busque. Sea malo, sea bueno, la busca: pero el bueno confiadamente, el malo descaradamente. ¿Qué buscas bueno, siendo malo? ¿No te responde tu propia petición, cuán deshonesto eres, cuando buscas lo bueno siendo malo? ¿No buscas algo ajeno? Si, por lo tanto, buscas el sumo bien, esto es, la vida; sé bueno, para que llegues al bien. Si quieres llegar a la vida, guarda los mandamientos. Pero cuando hayamos llegado a la vida, ¿qué añadiré eterna? ¿qué añadiré bienaventurada? una vez vida, porque es la vida, que es tanto eterna como bienaventurada: cuando hayamos llegado a la vida, nos será seguro que estaremos siempre en ella. Pues si estuviéramos allí, y si estuviéramos inseguros de si siempre estaríamos allí; también allí habría temor. Y si hubiera temor, habría sufrimiento, no de la carne, sino, lo que es peor, del corazón. Pero donde hay

sufrimiento, ¿qué bienaventuranza? Nos será, por lo tanto, seguro que en esa vida siempre estaremos, y no podremos terminarla: porque estaremos en aquel reino, del cual se ha dicho, Y su reino no tendrá fin (Luc. I, 33).

CAPÍTULO IX.

Y la gloria de los santos de Dios, cuya muerte es preciosa a sus ojos, cuando la Sabiduría lo mostró, dijo, como escuchaste al final de la lectura, Y su Señor reinará para siempre (Sap. III, 8). Estaremos, por lo tanto, en un reino grande y eterno; y por eso grande y eterno, porque es justo.

8. De la felicidad del reino de Dios están lejos las falsas sospechas, que aquí son el origen de los males. Nadie engaña allí, nadie es engañado: no hay allí para que sospeches mal de tu hermano. Pues la mayoría de los males del género humano no surgen de otra parte, sino de falsas sospechas. Crees de un hombre que te odia, quien tal vez te ama; y por una sospecha equivocada te vuelves el más enemigo del más amigo. ¿Qué puede hacer, a quien no crees, y no puede mostrarte su corazón? Te habla diciendo, Te amo. Pero porque podría decirte esto también mintiendo (pues son las palabras del mentiroso, las que del que dice la verdad), no creyendo aún odias. Por eso quiso asegurarte de ese pecado, quien te dijo, Amad a vuestros enemigos (Mat. V, 44). Cristiano, ama también a tus enemigos, para que no odies inadvertidamente también a tus amigos. Por lo tanto, no podemos ver nuestros corazones en esta vida, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5).

CAPÍTULO X.

9. Para que la vida sea bienaventurada, debe estar presente la verdad y el conocimiento de los amigos sin temor al engaño. Por lo tanto, si alguien nos dijera ahora, a quien sin duda creeríamos, si un Profeta dijera, si Dios de cualquier manera quisiera, y por quien quisiera, dijera: Vivid seguros, todo os abundará, ninguno de vosotros morirá, ninguno enfermará, ninguno sufrirá; he quitado la muerte del género humano, no quiero que nadie muera, si dijera; como hechos seguros, exultaríamos, y no pediríamos nada más. Así nos parece completamente. Si escucháramos esto, inmediatamente querríamos que se nos añadiera esto, que viéramos los corazones mutuamente, y no envidiáramos; que viéramos no por sospecha humana, sino por verdad divina: para que no estuviera preocupado por mi amigo, por mi vecino, que no me odiara, que no me deseara mal, y por esa preocupación hiciera el mal antes de sufrirlo. Sin duda buscaríamos esto, buscaríamos una vida segura, y el conocimiento mutuo de nuestros corazones. Ya entendéis qué vida digo; para que no, al recomendarlo con frecuencia, os canse más que instruya. Por lo tanto, querríamos que a la vida se le añadiera la verdad, para que conociéramos mutuamente nuestros corazones, para que no fuéramos engañados por nuestras sospechas: para que de esa vida perpetua, estuviéramos seguros de que no caeríamos de ella. Añade la verdad a la vida, y encuentras la vida bienaventurada. Nadie quiere ser engañado, como no quiere morir. Dame un hombre que quiera ser engañado. Cuántos se encuentran que quieren engañar: nadie que quiera ser engañado. Compón contigo mismo. No quieres ser engañado, no engañes: lo que no quieres sufrir, no lo hagas. ¿Quieres llegar a la vida donde no seas engañado, actúa ahora la vida donde no engañes. ¿Quieres llegar a la vida, donde no seas engañado? ¿quién no lo querría? Atrae la recompensa; no desprecies la obra, cuya recompensa es. Actúa ahora la vida, donde no engañes; y llegarás a la vida, donde no seas engañado. Al veraz se le dará la recompensa de la verdad, y al que vive bien temporalmente se le dará la recompensa de la eternidad.

10. Cristo es el camino a la vida y la verdad. Los mártires siguieron un camino duro tras Cristo, y nos lo trazaron. Por lo tanto, todos queremos esto, hermanos, vida y verdad. Pero, ¿por dónde venimos, por dónde vamos? Pues a donde lleguemos, aunque aún no lo poseamos, ya sin embargo lo creemos y vemos con pensamiento y razón: nos dirigimos a la vida y la verdad. Él mismo es Cristo. ¿Por dónde buscas ir? Yo soy, dice, el camino. ¿A dónde buscas ir? Y la verdad y la vida (Juan XIV, 6).

CAPÍTULO XI.

He aquí lo que amaron los mártires, por eso despreciaron lo presente y transitorio. No os maravilléis de la fortaleza, el amor venció al dolor. Celebremos, pues, la solemnidad de la Masa Cándida con una conciencia cándida; y siguiendo las huellas de los mártires y mirando al jefe de los mártires y nuestro, si deseamos llegar a tan gran bien, no temamos el camino duro. Quien prometió es veraz, quien prometió es fiel, quien prometió no puede engañar. Digámosle, pues, con una conciencia cándida, Por las palabras de tus labios yo he guardado caminos duros (Sal. XVI, 4). ¿Por qué temes los caminos duros de las pasiones y tribulaciones? Él mismo pasó. Respondes tal vez: Pero él. Pasaron los Apóstoles. Aún respondes: Pero los Apóstoles. Lo acepto. Responde: pasaron después también muchos hombres. Avergüénzate: pasaron también mujeres. ¿Llegaste anciano a la pasión? no temas la muerte, al menos porque estás cerca de la muerte. ¿Eres joven? pasaron también jóvenes, que aún esperaban la vida para sí: pasaron también niños, pasaron también niñas. ¿Cómo es aún áspero el camino, que muchos al caminar lo han trazado? Esta, pues, es nuestra solemne y continua exhortación a vosotros, hermanos, para que celebremos las solemnidades de los mártires, no con una solemnidad vana; sino que a quienes amamos en sus solemnidades, no temamos también imitarlos con una fe similar.

SERMO CCCVII. En la Decapitación del bienaventurado Juan Bautista, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. La ocasión de la muerte de Juan Bautista. Cuando se leía el santo Evangelio, se nos presentó un espectáculo cruel ante nuestros ojos, la cabeza del santo Juan en un plato, enviado de una crueldad mortal, por odio a la verdad. La joven baila, y la madre se enfurece: y entre las delicias y las lujurias de los comensales se jura temerariamente, y se cumple impíamente lo que se jura. Le sucedió a Juan lo que él mismo había predicho. Pues de nuestro Señor Jesucristo había dicho, Es necesario que él crezca, y yo disminuya (Juan III, 30). Este fue disminuido en la cabeza, aquel creció en la cruz. La verdad engendró odio. No se pudo tolerar con ánimo equitativo, lo que el hombre santo de Dios advertía: quien ciertamente buscaba la salvación de aquellos a quienes así advertía. Le respondieron mal por bien. Pues, ¿qué diría él, sino lo que estaba lleno? ¿Y qué responderían ellos, sino lo que estaban llenos? Él sembró trigo, pero encontró espinas. Decía al rey, No te es lícito tener la mujer de tu hermano (Marcos VI, 17-28). Pues la lujuria vencía al rey: tenía consigo a la mujer prohibida de su hermano. Pero aún así le agradaba, para no enfurecerse. Honraba a aquel de quien escuchaba la verdad. Pero la mujer detestable concebía odio, que en algún momento, dado el tiempo, daría a luz. Cuando daba a luz, dio a luz a una hija, una hija que bailaba. Y aquel rey que tenía al santo hombre Juan, que lo temía por el Señor, aunque no le obedecía, después de que le fue pedido la cabeza de Juan en un plato, se entristeció. Pero por el juramento y por los que estaban a la mesa, envió al verdugo, y cumplió lo que había jurado.

CAPÍTULO II.

2. Toda jura prohibida por el peligro de la falsa jura. Nos advierte este lugar, carísimos, para que por vuestra vida y costumbres os hablemos algo sobre el juramento. La falsa jura no es un pecado leve: es más, tan grande pecado es jurar en falso, que por la culpa de la falsa jura el Señor prohibió todo juramento. Pues dice: Se ha dicho, No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tu juramento: pero yo os digo, no juréis en absoluto, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni cualquier otro juramento; ni por tu cabeza jures; porque no puedes hacer un cabello blanco o negro. Sea, pues, en vuestra boca, Sí, sí; No, no. Lo que sea más de esto, es del mal (Mat. V, 35-37).

3. Juramento usado por Dios. Pero encontramos en las Escrituras santas que el Señor juró, cuando Abraham le obedeció hasta el sacrificio de su amado hijo. Le habló un ángel desde el cielo diciendo: Por mí mismo juro, dice el Señor, porque has obedecido mi voz, y no has perdonado a tu hijo amado por mí, bendiciendo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo, y como la arena del mar; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 16-18). Lo que veis que todo el mundo cristiano llena, muestra el verdadero juramento de Dios. Asimismo en los Salmos se profetizó de nuestro Señor Jesucristo, Juró el Señor, y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). Los que conocen las Escrituras, saben qué ofreció Melquisedec sacerdote del Dios altísimo, cuando bendijo a Abraham (Gen. XIV, 18-20). No es necesario que lo recordemos, por los catecúmenos. Sin embargo, los fieles reconocen, cómo antes se profetizó, lo que ahora vemos cumplirse. ¿Y de dónde esto? Porque juró el Señor. Y juró el Señor, y no se arrepentirá: no como Herodes se arrepintió porque había jurado.

CAPÍTULO III.

4. Sin embargo, prohibido con razón para nosotros. Entonces, ¿por qué el Señor juró, y por qué el Señor Cristo prohibió a los suyos jurar? Digo por qué. No es pecado, jurar la verdad. Pero porque es un gran pecado jurar en falso, está lejos del pecado de jurar en falso quien no jura en absoluto: se acerca a la falsa jura, quien jura incluso la verdad. Por lo tanto, el Señor, que prohibió jurar, no quiso que caminaras por la orilla, no sea que tu pie resbale en lo estrecho, y caigas. Pero el Señor juró, dices. Seguro jura quien no sabe mentir. No te mueva porque el Señor juró; porque tal vez no debe jurar sino Dios. Pues cuando juras, ¿qué haces? Tomas a Dios como testigo. Tú a él, él a sí mismo. Pero tú hombre, porque en muchas cosas te equivocas, a menudo tomas como testigo la verdad para tu falsedad. A veces incluso sin querer el hombre perjura, cuando cree que es verdad lo que jura. No es, en verdad, tanto pecado, como el de aquel que sabe que es falso, y sin embargo jura. Cuánto mejor, y de este grave pecado completamente lejos se hace, quien escucha al Señor Cristo, y no jura.

CAPÍTULO IV.

5. Costumbre de jurar vencida por Agustín. Sé que es grave para vuestra costumbre: pero también fue grave para nuestra costumbre. Temiendo a Dios quitamos el juramento de nuestra boca. He aquí que vivimos con vosotros: ¿quién nos ha oído alguna vez jurar? ¿Acaso no solía jurar todos los días? Pero cuando leí, y temí, luché contra mi costumbre, en esa lucha invoqué al Señor como ayudador. El Señor me concedió la ayuda de no jurar. Nada me es más fácil que no jurar. Esto lo advertí a vuestra Caridad, para que no digáis, ¿Quién puede? ¡Oh si Dios fuera temido! ¡Oh si los perjueros temieran! la lengua se frena, la verdad se sostiene, el juramento se quita.

SERMO CCCVIII. En la misma solemnidad, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Herodes en la angustia de cometer perjurio o un crimen sangriento. Por este lugar, que hoy hemos escuchado, cuando se recitaba el Evangelio, digo a vuestra Caridad: veis a este miserable Herodes, que amaba al santo hombre de Dios Juan: pero como temerariamente juró ebrio de alegría y deleite de la que bailaba, prometió dar lo que esa joven, que bailando había agradado, pidiera. Pero cuando pidió algo cruel y nefasto, se entristeció; pues veía que se cometía un crimen tan grande: pero puesto entre su juramento y la petición de la joven, donde veía un acto sangriento, allí de nuevo temía la culpa del perjurio; para no ofender a Dios perjurando, ofendió a Dios cometiendo crueldad (Marcos VI, 17-28). Alguien me dice: ¿Qué debía hacer entonces Herodes? Si digo, No debía jurar: ¿quién no ve que no debía hacer esto? Pero no se me consulta sobre si el hombre debe jurar; sino qué debe hacer quien ha jurado. Esa es la gran deliberación. Temerariamente juró: ¿quién no lo sabe? Sin embargo, cayó, juró. He aquí que la joven pidió la cabeza del santo Juan: ¿qué debía hacer Herodes? Démosle consejo. Si decimos, Perdona a Juan, no cometas crimen; aconsejamos perjurio. Si decimos, No perjures; incitamos a cumplir el crimen. Mala condición.

CAPÍTULO II.

Antes de que lleguéis, pues, a este lazo de dos cabezas, quitad de vuestra boca los juramentos temerarios: antes de que lleguéis a esta mala costumbre, advierto a mis hermanos, advierto a mis hijos: ¿qué necesidad hay de que lleguéis a este punto, donde no podemos encontrar consejo?

2. Juramento temerario no cumplido cometiendo homicidio. Perjurio de David gran pecado, aunque menor que el homicidio. Sin embargo, al examinar más diligentemente las Escrituras, me encuentro con un ejemplo, donde veo a un hombre piadoso y santo caer en un juramento temerario, y preferir no hacer lo que había jurado, que cumplir su juramento derramando sangre humana. Recuerdo, pues, a vuestra Caridad. Cuando Saúl perseguía al santo David ingrato, él con los suyos iba a donde podía, para no ser encontrado por Saúl, y ser asesinado. Y un día, de un hombre rico, que se llamaba Nabal, y esquilaba sus ovejas, pidió sustento de alimento, para él y los que estaban con él. El inmisericorde no quiso dar, y lo que es más grave, respondió con desprecio. Juró el santo David, que lo mataría. Pues estaba armado. Y lo que era fácil de hacer, y parecía justo hacer con la ira persuadiendo, imprudente derramó el juramento; y comenzó a ir, para hacer lo que había jurado. Abigail, esposa de Nabal, se le presentó, y le llevó lo necesario que había pedido. Le rogó suplicante, lo convenció, y lo apartó de la sangre de su marido (I Reg. XXV). Juró temerariamente, pero no cumplió el juramento con mayor piedad.

CAPÍTULO III.

Por lo tanto, carísimos, vuelvo de nuevo a advertiros. He aquí el santo David, no derramó sangre humana enojado; pero, ¿quién puede negar que juró en falso? De dos pecados eligió el menor: pero fue menor en comparación con el mayor. Pues por sí mismo considerado, es un gran mal el falso juramento. Primero, pues, debéis trabajar, y luchar contra vuestra mala costumbre, mala, mala, y muy mala; y quitar el juramento de vuestras bocas.

3. Quien jura provocado por otro no peca tanto, como este otro. Pero si alguien te provoca a jurar, para que tal vez así piense que puede ser satisfecho, si juraste sobre esa cosa que piensa que cometiste o hiciste, y tal vez no lo hiciste; para que no quede en él una mala sospecha, si

juraste tú, no pecas tanto como aquel que te provocó: porque dijo el Señor Jesús, Sea en vuestra boca, Sí, sí; No, no. Lo que sea más de esto, es del mal (Mat. V, 37). Pero hablaba del juramento, donde quiso que entendiéramos que el mismo juramento es del mal. Si fuiste provocado por otro, será de su mal que jures, no del tuyo. Y esto es casi del mal común del género humano, ya que no podemos ver nuestros corazones. Pues si pudiéramos ver nuestros corazones, ¿a quién juraríamos? ¿Cuándo se nos exigiría juramento, cuándo se vería con los ojos del prójimo el mismo pensamiento?

CAPÍTULO IV.

4. Quien obliga a jurar a quien cree que jurará en falso, es peor que un homicida. Escribid en vuestros corazones lo que digo: Pero aquel que provocó a un hombre a jurar, y sabe que jurará en falso, supera al homicida. Porque el homicida matará el cuerpo, aquel el alma; es más, dos almas, la de aquel a quien provocó a jurar, y la suya. ¿Sabes que es verdad lo que dices, y que es falso lo que él dice, y lo obligas a jurar? He aquí que jura, he aquí que perjura, he aquí que perece: ¿qué has encontrado? Es más, también tú pereces, quien quisiste saciarte con su muerte.

CAPÍTULO V.

5. Tutuslymeni por este pecado fue castigado con corrección divina. Diré algo que nunca he dicho a vuestra Caridad, en este pueblo, que ocurrió en esta iglesia. Hubo aquí un hombre sencillo, inocente, muy fiel, conocido por muchos de vosotros, es decir, los de Hipona, o más bien por todos, llamado Tutuslymeni. ¿Quién de vosotros, que sois ciudadanos, no conoce a Tutuslymeni? De él escuché lo que digo. No sé quién le negó, ya sea lo que había confiado o lo que se le debía; y se confió a la fe del hombre. Provocado, lo incitó a jurar. Juró aquel, este perdió: pero al perder este, aquel pereció por completo. Decía entonces este hombre grave y fiel, Tutuslymeni, que esa noche fue llevado ante un juez, y con gran ímpetu y terror llegó ante un presidente, un hombre excelso y admirable, a quien obedecía un séquito igualmente excelso, y que se le ordenó, perturbado, ser llamado de nuevo, y fue interrogado con estas palabras: ¿Por qué provocaste al hombre a jurar, sabiendo que juraría en falso? Respondió él: Me negó mi cosa. Se le respondió: ¿Y no era mejor que perdieras la cosa que exigías, que destruiras el alma de este hombre con un falso juramento? Postrado, se le ordenó ser azotado. Fue azotado tan gravemente, que en la espalda del que despertaba aparecían las huellas de los azotes. Pero se le dijo, después de ser corregido: Se perdona tu inocencia, de ahora en adelante cuida de no hacerlo. Ciertamente cometió un grave pecado, y fue corregido: pero cometerá un pecado mucho más grave quien, después de este mi sermón y esta mi advertencia y exhortación, haga algo semejante. Cuídense del falso juramento, cuídense del juramento temerario. De estos dos males se cuidarán con total seguridad, si se abstienen de la costumbre de jurar.

SERMO CCCIX. En el Natalicio de Cipriano mártir, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Se recuerda la pasión de Cipriano. La solemne y religiosa celebración de la pasión del bienaventurado Mártir exige de nosotros un sermón debido a vuestros oídos y corazones. Sin duda, la Iglesia estaba triste entonces, no por la pérdida del que caía, sino por el deseo del que partía; siempre deseando ver presente a tan buen rector y maestro. Pero a quienes afligía la preocupación del combate, consoló la corona del vencedor. Y ahora, no solo sin ninguna

tristeza, sino también con gran alegría, recordamos leyendo y amando todo lo que entonces sucedió; y en este día ya se nos concede alegrarnos, no temer. Pues no le tememos viniendo terriblemente, sino que lo esperamos regresando alegremente. Por lo tanto, agrada recordar con júbilo toda aquella pasión pasada del fidelísimo, fortísimo y gloriosísimo Mártir, que entonces los hermanos soportaron con preocupación esperando que sucediera.

2. Su exilio. Regreso del exilio. Primero, pues, que por la confesión de la fe en Cristo fue enviado al exilio en Curubis, no fue un daño para el santo Cipriano, sino un gran beneficio para aquella ciudad. Pues, ¿a dónde sería enviado él, donde no estuviera aquel por cuyo testimonio era enviado? Cristo, por tanto, que dijo: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mat. XXVIII, 20), en todo lugar recibía a su miembro, dondequiera que el furor del enemigo lo expulsara. ¡Oh, necedad infiel del perseguidor! Si buscas un exilio al que se ordene ir a un cristiano; primero, si puedes, encuentra de dónde se obligue a Cristo a salir. Crees excluir al hombre de Dios de su patria a una tierra extraña, en Cristo nunca exiliado, en la carne siempre peregrino. Pero ya deleita considerar y recordar después de aquello, que Cipriano no sintió, pero el enemigo pensaba que era exilio, lo que siguió en el orden de su pasión. Pues cuando el santo mártir Cipriano, elegido por Dios, regresó de la ciudad de Curubis, a la que había sido enviado al exilio por orden del procónsul Aspasio Paterno, permanecía en sus jardines: y de allí esperaba diariamente que vinieran a él, como se le había mostrado.

CAPÍTULO II.

3. Captura por dos oficiales. ¿Qué ya rugía el ímpetu del perseguidor contra un corazón siempre preparado, fortalecido además por la revelación del Señor? ¿Cuándo abandonaría al paciente, a quien no permitió ser sorprendido ignorante? Ya entonces, que para ser presentado a su pasión fueron enviados dos, quienes también lo llevaron con ellos en un carro y lo colocaron en medio; y esto fue una advertencia divina, para que recordara con alegría que pertenecía a su cuerpo, quien fue contado entre los inicuos. Pues Cristo, suspendido en el madero entre dos ladrones, era presentado como ejemplo de paciencia (Marc. XV, 17, 28). Cipriano, sin embargo, entre dos oficiales, llevado en un carro a la pasión, seguía las huellas de Cristo.

4. Solicitud pastoral de Cipriano. ¿Qué decir de aquello que, cuando fue diferido a otro día y estaba entre los guardias, y allí se congregaba una multitud de hermanos y hermanas, y pasaban la noche ante las puertas, ordenó que se cuidara a las jóvenes, con cuánta atención debe considerarse? ¿Con cuánta alabanza debe proclamarse? ¿Con cuánto pregón debe encomiarse? Cercana la muerte del cuerpo, no moría en el ánimo del pastor la vigilancia pastoral; y el cuidado de proteger el rebaño del Señor se mantenía con mente sobria hasta el último día de esta vida: ni apartaba de su ánimo la diligencia del fidelísimo dispensador, la mano ya próxima del sangriento verdugo. Así se consideraba mártir futuro, que no olvidaba ser obispo: más preocupado por cómo daría cuenta al príncipe de los pastores de las ovejas encomendadas a él, que por lo que respondería al procónsul infiel sobre su propia fe. Pues amaba a aquel que dijo a Pedro: "¿Me amas? Apacienta mis ovejas" (Juan XXII, 17). Y apacentaba sus ovejas, por las cuales preparaba imitando derramar su sangre. Ordenó que se cuidara a las jóvenes, sabiendo que no solo tenía un Señor sencillo, sino también un adversario astuto. Así, contra el león que rugía abiertamente en la confesión, armaba su pecho varonil, contra el lobo que acechaba al rebaño, protegía al sexo femenino.

CAPÍTULO III.

5. Cómo debe cuidarse a sí mismo. Cada día debe contarse como el último. Palabras del procónsul a Cipriano, y su respuesta. Así verdaderamente se cuida a sí mismo, quien piensa en Dios como juez, ante quien cada uno dirá la causa de esta vida vivida y del oficio encomendado por Él: donde cada hombre recibe, como testifica el Apóstol, "lo que hizo por medio del cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10). Así se cuida a sí mismo, quien viviendo por la fe, y esforzándose para no ser sorprendido por el último día, cuenta cada día como el último, y así lleva hasta el último día costumbres agradables a Dios. Así se cuidaba a sí mismo el bienaventurado Cipriano, tanto obispo misericordiosísimo como mártir fidelísimo, no como parecía advertirle la lengua engañosa del diablo a través de la boca del impío juez poseído por él, diciendo: "Cuida de ti mismo". Pues cuando vio su mente inamovible, cuando le dijo: "Los príncipes te han ordenado sacrificar"; y él respondió: "No lo hago": añadió y dijo: "Cuida de ti mismo". Esa es la lengua engañosa del diablo: aunque no de este que no sabía lo que decía, sin embargo de aquel que hablaba a través de él. Pues hablaba el procónsul, no tanto según los príncipes humanos, cuyas órdenes se jactaba de haber recibido, como según el príncipe de la potestad del aire de quien dice el Apóstol: "Que opera en los hijos de desobediencia" (Ephes. II, 2): que también operaba a través de la lengua de este, como Cipriano sabía, lo que él no sabía. Sabía, digo, Cipriano, cuando escuchaba del procónsul: "Cuida de ti mismo", que lo que la carne y la sangre decían neciamente, eso lo decía el diablo engañosamente: y veía en una obra a dos; a este con los ojos, a aquel con la fe. No quería que este muriera, no quería aquel que fuera coronado: por tanto, alrededor de este era apacible, alrededor de aquel era cauteloso; a este respondía abiertamente, a aquel lo vencía ocultamente.

CAPÍTULO IV.

6. Palabras de Cipriano. Sentencia contra Cipriano. "Haz", dijo, "lo que te ha sido ordenado: en una causa tan justa no hay consulta". Pues había dicho aquel: "Cuida de ti mismo". A esto se respondió: "En una causa tan justa no hay consulta". Pues consulta quien da o busca consejo. Pero el procónsul no quería recibir consejo de Cipriano, sino más bien le advertía que lo recibiera de él. Pero él dijo: "En una causa tan justa no hay consulta". No consulto ya, porque no dudo ya: pues la misma justicia me ha quitado la duda. Pero el justo, para morir seguro en la carne, vive seguro en la fe. Muchos mártires habían precedido a Cipriano, a quienes con exhortaciones ardentísimas había encendido para vencer al diablo; y era ciertamente justo que a quienes había enviado con palabras verídicas, los siguiera intrépido sufriendo: por tanto, "en una causa tan justa no hay consulta". ¿Qué diremos a esto? ¿Qué exultaremos a esto? Con tal concepción de gozos, ¿en qué estallará nuestro corazón y nuestra boca, sino en la misma última voz del venerable Mártir? Pues cuando Galerio Máximo recitó el decreto del libelo: "Tascius Cipriano debe ser ejecutado con la espada". Él respondió: "Gracias a Dios". Teniendo, pues, de tan gran asunto la memoria del lugar presente, la festividad del día solemnísimos, la proposición del ejemplo más saludable, con todas nuestras entrañas digamos también nosotros: Gracias a Dios.

SERMO CCCX. En el Natalicio de Cipriano mártir, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El natalicio del mártir Cipriano es muy celebrado en toda África. Que el Espíritu Santo nos enseñe en esta hora lo que conviene decir: pues vamos a decir algo sobre la alabanza del gloriosísimo mártir Cipriano, cuyo Natalicio hoy, como sabéis, celebramos. Este nombre lo frecuenta tanto la Iglesia, es decir, Natalicios, que llama Natalicios a las preciosas muertes de los mártires. Así, digo, este nombre lo frecuenta la Iglesia, que incluso quienes no están en

ella, lo dicen con ella. Pues, ¿quién hoy, no digo en esta nuestra ciudad, sino ciertamente por toda África y las regiones ultramarinas, no solo cristiano, sino pagano, o judío, o incluso hereje, podrá encontrarse, que no diga con nosotros el Natalicio del mártir Cipriano? ¿Qué es esto, hermanos? ¿Cuándo nació, lo ignoramos; y porque hoy sufrió, celebramos su Natalicio hoy. Pero aquel día no lo celebraríamos, aunque lo supiéramos. Pues aquel día contrajo el pecado original: pero este día venció todo pecado. Aquel día salió del vientre fastidioso de su madre a esta luz, que deleita los ojos de la carne: pero este día salió del seno más oculto de la naturaleza a aquella luz, que feliz y bienaventuradamente ilumina la vista de la mente.

CAPÍTULO II.

2. La Iglesia de Cartago ennoblecida por el episcopado y martirio de Cipriano. La mesa de Cipriano en Cartago. La Iglesia de Cartago la gobernó en vida, la honró en muerte. Allí ejerció el episcopado, allí consumó el martirio. Pues en el mismo lugar, donde dejó los despojos de su carne, se había reunido entonces una multitud feroz, que por odio a Cristo derramaba la sangre de Cipriano: allí hoy concurre una multitud venerante, que por el Natalicio de Cipriano bebe la sangre de Cristo. Y tanto más dulcemente en aquel lugar por el Natalicio de Cipriano se bebe la sangre de Cristo, cuanto más devotamente allí por el nombre de Cristo se derramó la sangre de Cipriano. En efecto, como sabéis, quienes conocéis Cartago, en el mismo lugar se ha construido una mesa para Dios; y sin embargo, se llama mesa de Cipriano, no porque allí haya sido alguna vez Cipriano comensal, sino porque allí fue inmolado, y porque con su inmolación preparó esta mesa, no en la que se alimente o sea alimentado, sino en la que se ofrezca sacrificio a Dios, a quien él mismo fue ofrecido. Pero para que aquella mesa, que es de Dios, también se llame de Cipriano, esta es la causa; porque para que ahora sea rodeada por los que sirven, allí Cipriano era rodeado por los que perseguían: donde ahora es honrada por amigos orantes, allí Cipriano era pisoteado por enemigos rugientes: finalmente, donde aquella fue erigida, allí fue postrado. Cantad a Dios, salmodiad a su nombre: quien asciende sobre el ocaso (Sal. LXVII, 5), él hizo estas cosas sobre el occiso.

CAPÍTULO III.

3. La muerte de Cipriano es preciosa. Pero como Cartago tuvo su cátedra, Cartago tenga su memoria; ¿de dónde celebraríamos sus Natalicios, si no fuera "preciosa a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Sal. CXV, 15)? "Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5). Enseñó fielmente lo que iba a hacer, hizo valientemente lo que había enseñado. A la muerte preciosa llegó viviendo justamente, a la vida gloriosa llegó muriendo injustamente; y obtuvo el nombre triunfal de mártir, porque llevó hasta la sangre su lucha por la verdad.

CAPÍTULO IV.

4. Cipriano es célebre tanto por su pasión como por sus escritos en todo el mundo. Pero porque no solo dijo lo que debía ser escuchado, sino que también escribió lo que debía ser leído, y llegó a otros lugares por lenguas ajenas, y a otros por sus propias letras, y se dio a conocer a muchas regiones, en parte por la fama de su fortísima pasión, en parte por la dulzura de su suavísima lectura: celebremos con alegría este día, y así todos unánimes supliquemos, para que en la Iglesia mayor merezcamos escuchar y ver a nuestro común padre; teniendo tanto gozo por su sermón, como provecho por la gloria de su pasión, por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

SERMO CCCXI. En el Natalicio de Cipriano mártir, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las solemnidades de los mártires deben celebrarse con la imitación de sus virtudes. Errores del mundo que halaga y terrores del mundo que amenaza superados por la sabiduría y la paciencia. Este día festivo nos lo ha hecho la pasión del beatísimo mártir Cipriano: cuya victoria nos ha congregado devotísimos en este lugar. Pero la celebración de la solemnidad de los mártires debe ser la imitación de sus virtudes. Es fácil celebrar el honor del mártir: es grande imitar la fe y la paciencia del mártir. Hagamos esto así, para que deseemos aquello: celebremos esto así, para que amemos más bien aquello. ¿Qué alabamos en la fe del mártir? Que hasta la muerte luchó por la verdad, y por eso venció. Despreció al mundo que halaga, no cedió al que amenaza: por eso victorioso se acercó a Dios. Abundan en este siglo errores y terrores: el beatísimo Mártir, los errores con sabiduría, los terrores con paciencia superó. Grande es lo que hizo: siguiendo al cordero, venció al león. Cuando el perseguidor rugía, el león bramaba: pero porque el cordero era mirado hacia arriba, el león era pisoteado hacia abajo: quien con la muerte destruyó la muerte, colgó en el madero, derramó su sangre, redimió al mundo.

CAPÍTULO II.

2. Los apóstoles murieron confesando lo que ellos mismos vieron del Señor. Los primeros bienaventurados apóstoles, carneros del rebaño santo, vieron al mismo Señor Jesús colgando, dolieron al verlo morir, temieron al verlo resucitar, amaron al verlo poderoso, y ellos mismos derramaron su sangre por lo que vieron. Considerad, hermanos, qué fue enviar hombres por todo el mundo, predicar que un hombre muerto resucitó, ascendió al cielo; y por esta predicación sufrir todo lo que el mundo insano infligiera, pérdidas, exilios, cadenas, tormentos, llamas, bestias, cruces, muertes. ¿Esto por no sé qué? ¿Acaso, hermanos míos, Pedro moría por su propia gloria, o se predicaba a sí mismo? Otro moría, para que otro fuera honrado; otro era asesinado, para que otro fuera venerado. ¿Acaso haría esto, si no fuera por el ardor de la caridad, de la conciencia de la verdad? Vieron lo que decían: pues, ¿cuándo morirían por algo que no vieron? Lo que vieron, debían negarlo. No lo negaron: predicaron al muerto, a quien sabían vivo. Sabían por qué vida despreciaban la vida: sabían por qué felicidad soportaban la infelicidad transitoria, por qué premios despreciaban estas pérdidas. La fe de ellos no se compararía con todo el mundo. Habían oído: "¿Qué aprovecha al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?" (Mat. XVI, 26). No los retardó la atracción del siglo a los que se apresuraban, los que migraban de lo transitorio, la felicidad aquí, por más que brillara y de cualquier manera que brillara, aquí debía dejarse, no transferirse a otra vida, alguna vez aquí incluso por los vivos debía abandonarse.

CAPÍTULO III.

3. Los mártires enseñan con su ejemplo el desprecio del mundo. Despreciad, pues, el siglo, cristianos; despreciad el siglo, despreciadlo. Lo despreciaron los mártires, lo despreciaron los apóstoles, lo despreció el bienaventurado Cipriano, cuya memoria hoy celebramos. Queréis ser ricos, queréis ser honrados, queréis ser sanos: todo lo despreció aquel a cuya memoria habéis acudido. ¿Qué, os ruego, amáis tanto, que desprecia aquel a quien así honráis? a quien, si no despreciara estas cosas, ciertamente no honrariais así. ¿Por qué te encuentro amante de esas cosas, de las que veneras al despreciador? Ciertamente, si él amara estas cosas, no lo venerarías. Y tú no las ames: pues no entró, y cerró la puerta contra ti. Desprecia también tú; y entra tras él. Está abierta la puerta por la que entres: Cristo es la puerta. Y para ti está

abierta la puerta, cuando su costado fue perforado con la lanza. Recuerda qué manó de allí; y elige por dónde puedas entrar. Del costado del Señor colgando y muriendo en el madero, después de ser perforado con la lanza, manó agua y sangre (Juan XIX, 34). En uno está tu purificación, en el otro tu redención.

CAPÍTULO IV.

4. El amor a las cosas terrenales es un lazo para el alma. Amad, y no améis: amad para algo, y no améis para algo. Pues hay algo que debe amarse para el progreso, y hay algo que debe amarse para el impedimento. No ames el impedimento, si no quieres encontrar el tormento. Lo que amas en la tierra, es un impedimento: es un lazo para las alas espirituales, es decir, las virtudes, con las que se vuela hacia Dios. ¿No quieres ser atrapado, y amas el lazo? ¿Acaso no eres atrapado porque eres atrapado dulcemente? Cuanto más deleita, tanto más fuertemente estrangula. Digo estas cosas: y alabáis, y clamáis, y amáis. Te responde, no yo, sino la sabiduría: Quiero costumbres, no voces. Alaba la sabiduría viviendo; no sonando, sino consonando.

CAPÍTULO V.

5. Cantos profanos y danzas expulsadas de la iglesia, donde está sepultado Cipriano. El Señor dice en el Evangelio: "Os tocamos la flauta, y no bailasteis" (Mateo XI, 17). ¿Cuándo diría yo esto, si no lo leyera? La vanidad se burla de mí, pero la autoridad me ayuda. Si no hubiera mencionado quién lo dijo, ¿quién de vosotros podría soportarme diciendo: "Os tocamos la flauta, y no bailasteis"? ¿Acaso en este lugar, aunque se deba cantar un Salmo, alguien debe bailar? Hace no muchos años, incluso este lugar fue invadido por la petulancia de los bailarines. Este lugar tan santo, donde yace el cuerpo de un mártir tan santo, como recuerdan muchos que tienen edad; este lugar, digo, tan santo fue invadido por la pestilencia y petulancia de los bailarines. Durante toda la noche se cantaban aquí cosas nefastas, y se bailaba al son de los cantos. Cuando el Señor quiso, a través de nuestro santo hermano, vuestro obispo, desde que aquí comenzaron a celebrarse las santas vigiliass, aquella peste, aunque al principio se resistió un poco, luego cedió ante la diligencia, se avergonzó ante la sabiduría.

CAPÍTULO VI.

6. Nuestro canto debe corresponder con nuestras costumbres, como si fuera una danza. Así que ahora, gracias a Dios, estas cosas no se hacen aquí, porque no celebramos juegos para los demonios, donde suelen hacerse estas cosas para el deleite de aquellos que son adorados, y con su impureza suelen corromper a sus adoradores, sino que aquí se celebra la santidad y solemnidad de los mártires; aquí no se baila, y donde no se baila, sin embargo, se lee del Evangelio: "Os tocamos la flauta, y no bailasteis". Se reprende, se increpa, se acusa a quienes no bailaron. Lejos de nosotros que vuelva esa petulancia: escuchad más bien lo que quiere entender la sabiduría. Canta quien manda; baila quien obedece. ¿Qué es bailar, sino corresponder con el movimiento de los miembros al canto? ¿Cuál es nuestro canto? No lo diré yo, no sea mío. Mejor soy ministro que actor. Digo nuestro canto: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él: porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre, como Dios permanece para siempre" (1 Juan II, 15-17).

CAPÍTULO VII.

7. Bailarines que corresponden al canto espiritual con un cambio de vida. ¿Qué tipo de canto, hermanos míos? Habéis escuchado al que canta, escuchemos a los que bailan: haced vosotros con la congruencia de las costumbres lo que hacen los bailarines con el movimiento de los miembros. Hacedlo internamente: que las costumbres correspondan. Que se extirpe la codicia, que se plante el amor. De este árbol todo lo que sale es bueno. La codicia no puede generar nada bueno; el amor no puede generar nada malo. Y se dice, y se alaba; y nadie cambia. Lejos de nosotros, no es verdad lo que dije. Cambiaron los pescadores, cambiaron después también muchos senadores: cambió Cipriano, cuya memoria celebramos hoy. Él mismo escribe, él mismo testifica, de qué vida fue alguna vez, cuán nefaria, cuán impía, cuán reprobable y detestable (Epístola 2, a Donato). Escuchó al que canta: se mostró, no con el cuerpo, sino con la mente, como un bailarín. Se adaptó al buen canto, se adaptó al nuevo canto: se adaptó, amó, perseveró, luchó, venció.

CAPÍTULO VIII.

8. Los tiempos malos no los hacen sino los hombres malos. Y decís: Los tiempos son molestos, los tiempos son graves, los tiempos son miserables. Vivid bien, y cambiáis los tiempos viviendo bien: cambiáis los tiempos, y no tenéis de qué murmurar. ¿Qué son los tiempos, hermanos míos? Espacios y volúmenes de siglos. Sale el sol, después de doce horas se pone en otra parte del mundo; al día siguiente por la mañana vuelve a salir y se pone de nuevo; cuenta cuántas veces: esos son los tiempos. ¿A quién ha dañado la salida del sol? ¿A quién ha dañado la puesta del sol? Por lo tanto, a nadie ha dañado el tiempo. Los que son dañados, son hombres; por quienes son dañados, son hombres. ¡Oh gran dolor! Los hombres son dañados, los hombres son despojados, los hombres son oprimidos. ¿Por quiénes? No por leones, no por serpientes, no por escorpiones; sino por hombres. Se lamentan los que son dañados. Si pudieran, ¿no harían ellos mismos lo que reprueban? Entonces encontramos al hombre que murmuraba, cuando pudo hacer aquello de lo que murmuraba. Alabo, alabo, si no hizo lo que acusaba.

CAPÍTULO IX.

9. Del oro el bueno hace muchos bienes, el malo muchos males. Pero aquellos, carísimos, que parecen poderosos en el mundo, ¿cómo son alabados cuando hacen menos de lo que pueden? La Escritura alabó a aquel que "pudo transgredir, y no transgredió; que no fue tras el oro" (Eclesiástico XXXI, 8). El oro debe ir tras de ti, no tú tras el oro. Pues el oro es bueno. Dios no creó nada malo. No seas malo; y el oro es bueno. He aquí que pongo el oro entre un hombre bueno y un hombre malo. Tómelo el malo; los pobres son oprimidos; los jueces son corrompidos, las leyes son pervertidas, las cosas humanas son perturbadas. ¿Por qué esto? Porque el malo tomó el oro. Tómelo el bueno; los pobres son alimentados, los desnudos son vestidos, los oprimidos son liberados, los cautivos son redimidos. ¡Cuántos bienes del oro que tiene el bueno! ¡Cuántos males del oro que tiene el malo! ¿Por qué entonces decís a veces con disgusto: Oh, si no existiera el oro? No ames el oro. Si eres malo, vas tras el oro: si eres bueno, va tras de ti. ¿Qué significa, va tras de ti? Tú conduces, no eres conducido: porque posees, no eres poseído.

CAPÍTULO X.

10. No faltan buenos entre los malos en la Iglesia. Masa Cándida. Cipriano, grano escogido. Volvamos, pues, a las palabras de la Sagrada Escritura. "Quien no fue tras el oro. Quien pudo transgredir, y no transgredió. ¿Quién es este, y lo alabaremos?" (Eclesiástico XXXI, 10). ¿Quién es este, o quién es este? ¿Cuántos escuchan: y quién es este? Y sin embargo, lejos de mí que desespere de que haya aquí alguno, más bien no alguno, sino algunos. Lejos de mí que desespere del granero de tan gran padre de familia. Quien ve de lejos el granero, piensa que es solo paja: encuentra granos, quien sabe mirar. Donde te ofende la paja, allí se esconde la masa de granos. Donde te ofende lo que se tritura, allí está lo que se purifica con la trilla: allí está, tenlo por seguro; allí está. Finalmente, él está seguro quien sembró, quien cosechó, quien reunió en el granero: sabe que allí está lo que llenará el granero, cuando sea aventado. Hubo una pequeña ventilación en el tiempo de la persecución: ¿qué granos salieron de allí? De allí floreció la Masa Cándida de Utica: de allí este beatísimo Cipriano, grano tan grande y escogido. ¿Cuántos ricos entonces despreciaron lo que tenían? ¿Cuántos pobres entonces fallaron en la tentación? He aquí, en aquella tentación, como en la ventilación, a los ricos no les perjudicó tener oro; ¿qué les aprovechó a los pobres no tener oro? Aquellos vencieron, aquellos fallaron.

CAPÍTULO XI.

11. Cosas de las que hay buen y mal uso. Algunos bienes son propios de los buenos, otros son comunes a buenos y malos. No hacen buenas costumbres, sino buenos amores. Que se quite el oro de las cosas humanas: más bien, que esté el oro, para probar las cosas humanas. Que se corte la lengua humana por los blasfemadores de Dios: ¿y de dónde serán los que alaban a Dios? ¿Qué te hizo la lengua? Que haya quien cante bien, y es un buen instrumento. Da una buena mente a la lengua: se dicen cosas buenas, se reconcilian los discordantes, se consuelan los que lloran, se corrigen los lujuriosos, se refrenan los iracundos; se alaba a Dios, se recomienda a Cristo, se inflama la mente al amor; pero divino, no humano; espiritual, no carnal. Estas cosas buenas hace la lengua. ¿Por qué? Porque es buena la mente que usa la lengua. Da un hombre malo a la lengua: habrá blasfemadores, litigantes, calumniadores, delatores. Todo mal de la lengua, porque es malo quien usa la lengua.

CAPÍTULO XII.

No se quiten las cosas de las cosas humanas: que haya cosas, y que haya uso de las cosas buenas. Pues hay algunos bienes que no están sino en los buenos, y hay otros bienes que son comunes a buenos y malos. Los bienes que no están sino en los buenos, son la piedad, la fe, la justicia, la castidad, la prudencia, la modestia, la caridad, y otras cosas semejantes. Los bienes que son comunes a buenos y malos, son el dinero, el honor, el poder de este siglo, la administración, la misma salud del cuerpo. Y estos son bienes, pero buscan a los buenos.

CAPÍTULO XIII.

12. ¿Por qué también a los malos Dios da bienes temporales? Aquí el murmurador, que siempre busca qué reprochar; y esto en Dios; ojalá volviera a sí mismo, se viera, se reprochara, se corrigiera: ese, pues, el reprochador y argumentador pronto me objetará en Dios, ¿Y por qué Dios, que gobierna todo, da estos bienes a los malos? No los daría sino a los buenos. ¿Esperas oír de mí el consejo de Dios? ¿Quién, de quién, y qué? Sin embargo, según mi entender, tanto como puedo, tanto como se digna darme, te indico, lo que tal vez no te baste, pero hay aquí alguien a quien le baste. Así que cantaré: pues en esta gran multitud no podrá faltarme quien baile. He aquí, escucha, sabio, pero al contrario: escucha. Que Dios da estos bienes también a los malos, si quieres entender, es tu instrucción, no la perversidad de

Dios. Aún sé que no has entendido lo que dije: escucha, pues, lo que decía, aquel a quien decía, que reprochas a Dios y acusas a Dios, porque da estos bienes terrenales y temporales también a los hombres malos, que según tu sentido piensas que no debió dar sino solo a los buenos. De aquí es de donde a algunos les ha sobrevenido una impiedad letal, para creer que Dios no atiende en absoluto las cosas humanas. Dicen y discuten: ¿Acaso, si Dios atendiera las cosas humanas, tendría aquel riquezas, tendría aquel honores, tendría aquel poder? Dios no cuida de las cosas humanas: pues si cuidara, daría estas cosas solo a los buenos.

CAPÍTULO XIV.

13. Por eso también se dan a los malos, para que sean despreciadas por los buenos, y se busquen cosas mejores. Las riquezas, ¿qué tipo de bien son? Vuelve al corazón, y de allí a Dios. Pues vuelves a Dios desde lo cercano, si vuelves a tu corazón. Porque cuando estas cosas te ofenden, has salido de ti: te has convertido en un exiliado de tu propio pecho. Te mueven las cosas que están fuera de ti, y te pierdes a ti mismo. Tú estás dentro, estas cosas están fuera; fuera son bienes, pero están fuera. Oro, plata, todo dinero, vestido, clientela, familias, ganado, honores, están fuera. Si estos bienes inferiores, bienes terrenales, bienes temporales, bienes transitorios, no se dieran también a los malos, serían considerados grandes por los buenos. Por lo tanto, Dios que da estos bienes a los malos, te enseña a desear cosas mejores. He aquí, digo, con esta moderación de las cosas humanas de algún modo te habla Dios tu padre: y como a un niño insensato te enseña con estas palabras, que, como puedo, te las expongo, tanto más confiadamente, cuanto más se digna permanecer en mí. Supón que Dios te dice, que te ha renovado y adoptado: Oh hijo, ¿qué es lo que cada día te levantas, y oras, y te arrodillas, y golpeas la tierra con la frente, y a veces incluso lloras, y me dices: Padre mío, Dios mío, dame riquezas? Si te las doy, ¿crees que has conseguido algo bueno y grande?

CAPÍTULO XV.

Porque pediste, recibiste: he aquí, haz bien con ello. Antes de tener, eras humilde: comenzaste a tener riquezas, y despreciaste a los pobres. ¿Qué tipo de bien es, del que te has vuelto peor? Te has vuelto peor, porque eras malo: y no sabías qué podría hacerte peor; por eso me pedías estas cosas. Te di, y te probé: encontraste, y fuiste encontrado. Estabas oculto cuando no tenías. Corrígete: vomita la codicia, bebe la caridad. ¿Qué es grande lo que me pides, dice tu Dios? ¿No ves a quiénes se lo he dado? ¿No ves a qué tipo de personas se lo he dado? Si fuera un gran bien lo que me pides, ¿lo tendría un ladrón? ¿lo tendría un traidor? ¿lo tendría un blasfemo mío? ¿lo tendría un infame mimo? ¿lo tendría una prostituta impúdica? ¿Todos estos tendrían oro, si el oro fuera un gran bien?

CAPÍTULO XVI.

Pero me dices: ¿No es entonces el oro un bien? Sí, el oro es un bien. Pero los malos hacen cosas malas con el buen oro: los buenos hacen cosas buenas con el buen oro. Porque ves a quiénes se lo he dado; pide cosas mejores de mí, pide cosas mayores de mí; pide cosas espirituales de mí, pide de mí mismo.

CAPÍTULO XVII.

14. El mundo amargo no deja de ser amado; ¿qué si fuera dulce? Pero, dices, se hacen cosas malas en el mundo, ásperas, inmundas, odiosas. Es feo, no debe ser amado. He aquí, es así, y aún así es amado. La casa está en ruinas, y da pereza mudarse. Las madres o nodrizas, para

que los niños no mamen demasiado, cuando los ven crecer, y ya no es apropiado que se alimenten de leche, aunque les moleste que se aferren a los pechos, los untan con alguna amargura, para que el niño, ofendido, no busque más leche. ¿Por qué entonces se sigue succionando tan deleitablemente, si el mundo se te ha vuelto amargo? Dios ha llenado el mundo de amarguras; y tú te aferras, te inclinas, succionas; no encuentras placer sino de aquí y de allá. ¿Hasta cuándo? ¿Qué, si fuera dulce? ¿Cómo sería amado? ¿Te ofenden estas cosas? Elige otra vida. Ama a Dios, desprecia estas cosas. Desprecia las cosas humanas, siempre que vayas a partir de aquí: pues no estarás aquí para siempre. Y sin embargo, así como es malo, como es amargo el mundo, como está lleno de calamidades el mundo, si se te dijera por Dios que siempre estarías aquí, no cabrías de alegría, exultarías, darías gracias. ¿Por qué? Porque no terminarías la miseria. Esa es la mayor infelicidad, que se obliga a ser amada. Sería menor, si no fuera amada: tanto peor es, cuanto más se ama.

CAPÍTULO XVIII.

15. Tesauro en el cielo. Sursum corda. Hay otra vida, hermanos míos: hay otra vida después de esta, creedlo. Preparaos para ella: despreciad todas las cosas presentes. Si tenéis, haced bien con ello: si no tenéis, no os encendáis en codicia. Migrad, transferid antes de vosotros: lo que tenéis aquí, que vaya allí donde iréis después. Escuchad el consejo de vuestro Señor: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín destruyen, y donde los ladrones minan y roban; sino haced tesoros en el cielo, donde el ladrón no se acerca, donde la polilla no corrompe. Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón" (Mateo VI, 19-21). Escuchas cada día, hombre fiel, Sursum corda: y como si escucharas lo contrario, sumerges tu corazón en la tierra. Migrad. ¿Tenéis de dónde? Haced bien. ¿No tenéis de dónde? No murmuréis contra Dios. Escuchadme, oh pobres: ¿Qué no tenéis, si tenéis a Dios? Escuchadme, oh ricos: ¿Qué tenéis, si no tenéis a Dios?

SERMON CCCXII. En el Natalicio de Cipriano mártir, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El mártir no debe ser alabado en sí mismo, sino en el Señor. La solemnidad de un día tan grato y alegre, y la corona de un mártir tan grande, tan feliz y gozosa festividad, reclama de mí el sermón debido. Pero tal carga la llevan conmigo sus oraciones; para que si algo menos de lo que se debe, pago, no me desprecie hablando a vosotros, sino que a todos os refuerce orando por vosotros. Haré ciertamente lo que sé que le es muy grato, para alabarlo en el Señor, cuando de él alabo al Señor. Pues era manso, incluso cuando soportaba los peligros de esta vida turbulenta y tormentosa en diversas tentaciones, y aquel hombre sabía bien cantar a Dios con un corazón veraz: "Oigan los mansos, y alégrense" (Salmo XXXIII, 3). Y ahora, dejando la tierra de los moribundos, el bienaventurado posee la tierra de los vivientes. Pues él era de aquellos de quienes se dijo: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mateo V, 4). Pero ¿qué tierra, sino de la que se dice a Dios: "Tú eres mi esperanza, mi porción en la tierra de los vivientes" (Salmo CXLI, 6)? O si la tierra de los vivientes no es, sino el cuerpo resucitado, tomado de la tierra y transformado en gloria celestial; no él aún gimiendo en la debilidad de esta mortalidad, para quien permanecer en la carne no fue lo mejor, sino necesario por nosotros; sino liberado y libre del vínculo y deuda, con Cristo tranquilo espera la redención de su cuerpo. Pues quien no fue vencido por la tentación de su carne viva, está seguro de la reparación de la sepultada.

CAPÍTULO II.

2. Cipriano, cómo era antes de su conversión a la fe. En el Señor, pues, sea alabada su alma, para que los mansos oigan y se alegren. En el Señor sea alabada el alma buena, que al poseerla se hace buena, que al inspirarla vive, que al iluminarla brilla, que al formarla es hermosa, que al llenarla es fecunda. Pues al abandonarla, una vez muerta, oscura, deforme, estéril, fluctuaba, antes de que creyera en Cristo. ¿Qué le aprovechaba a él, pagano, la elocuencia, con la que como con un vaso precioso bebía errores mortales y los ofrecía? Pero cuando la benignidad y humanidad de nuestro Salvador Dios brilló (Tito III, 4), lo purificó creyendo en Él de las concupiscencias seculares, y lo hizo un vaso de honor útil para su casa, preparado para toda buena obra (II Timoteo II, 21). Y él no calló estas cosas como ingrato. Lejos de él que conociendo a Dios no lo glorificara como Dios: sino que dio gracias, no reabsorbiendo impíamente lo que había vomitado, sino recordando piadosamente lo que había cambiado. Escribiendo a su amigo, para que él también de las tinieblas, lo que era en sí, se hiciera luz en el Señor: "Yo", dice, "cuando yacía en tinieblas y en noche ciega, y en el mar del mundo fluctuante vacilaba y dudaba con pasos errantes, ignorante de mi vida, ajeno a la verdad y la luz." Y poco después: "Pues como yo mismo, atrapado en muchos errores de mi vida anterior, no creía que pudiera despojarme de ellos; así, con los vicios adheridos, les obedecía, y por desesperación de cosas mejores, favorecía a mis males como si ya fueran propios y nativos" (Epístola 2, a Donato).

CAPÍTULO III.

3. Por la gracia de Dios, Cypriano se convirtió en un verdadero creyente. He aquí el tipo de Cypriano que Cristo encontró: he aquí el alma que el erradicador y plantador vino a golpear y sanar. No en vano dice, "Yo mataré, y yo haré vivir; yo heriré, y yo sanaré" (Deut. XXXII, 39); ni en vano se dijo a Jeremías en figura de lo que vendría, "He aquí que te he puesto hoy sobre naciones y reinos, para arrancar y destruir, para perder y edificar, y para plantar" (Jer. I, 10). Así, el erradicador y plantador se acercó a esa alma; y derribó al viejo Cypriano, y poniendo allí como fundamento a sí mismo, edificó un nuevo Cypriano en él, y de sí mismo hizo un verdadero Cypriano. Pues la Iglesia dice a Cristo, "Racimo de ciprés es mi amado" (Cant. I, 13). Cuando él fue hecho cristiano por Cristo, entonces verdaderamente fue hecho Cypriano del ciprés. Pues se convirtió en el buen olor de Cristo en todo lugar, como dice el apóstol Pablo: quien también fue destruido como perseguidor y edificado como predicador. "Somos", dice, "el buen olor de Cristo para Dios en todo lugar, tanto en los que se salvan como en los que se pierden: para unos, olor de vida para vida, para otros, olor de muerte para muerte. ¿Y para estas cosas quién es suficiente?" (II Cor. II, 15 y 16). Pues algunos vivieron imitando a Cypriano: otros perecieron envidiando a Cypriano.

CAPÍTULO IV.

4. De orador forense a predicador de Cristo. A él la alabanza, a él la gloria, quien justificando por la fe el alma de su siervo, lo sacó de los impíos y lo hizo su espada, es decir, una espada de doble filo; para que por esa lengua se desnudara la necedad de los gentiles, que antes parecía cubierta y velada a los prudentes; y para que el noble instrumento de elocuencia, con el que se hacían ornamentos indignos para las doctrinas ruinosas de los demonios, se convirtiera en edificación de la Iglesia, que al crecer, aquellos caerían; y para que la trompeta de tan poderosa voz, que solía agudizar las contiendas de las mentiras forenses, al derribar al diablo con las preciosas muertes de los santos, excitara a los mártires devotos que militaban para Cristo y se gloriaban en él. Entre los cuales también Cypriano, cuyo piadoso y santo elocuoio, ya no disipando humos fabulosos, sino brillando con la luz del Señor, vivió muriendo, superó al juez siendo juzgado, venció al adversario siendo golpeado, y mató a la

muerte siendo muerto. Pues quien en el juego de la perversidad humana había enseñado a su lengua y a la de otros a hablar mentira, para que lo que el adversario objetara, se negara con astuta falacia, ya en otra escuela había aprendido a evitar al adversario confesando. Pues donde el enemigo convertía el nombre de Cristo en crimen, allí Cristo convertía el suplicio en alabanza.

CAPÍTULO V.

5. La victoria de los mártires sobre los demonios, ahora evidente. Y si aún alguien pregunta quién ha vencido, dejando de lado el reino celestial de los santos, que los infieles no quieren creer porque no pueden ver; ahora en esta tierra, en esta vida, en las casas, en los campos, en las ciudades del mundo, he aquí las fervientes alabanzas de los mártires: ¿dónde están las furiosas acusaciones de los impíos? He aquí cómo se honran las memorias de los muertos, ahora que ellos muestren los ídolos de los demonios. ¿Qué harán juzgando a aquellos que, muriendo, derribaron sus templos? ¿Cómo condenará el esplendor de sus resucitados soldados las orgullosas falacias de aquellos que extinguieron sus altares humeantes con la sangre de los que morían?

CAPÍTULO VI.

6. Cypriano, sobresaliente entre los mártires por doctrina y ejemplo. Lugar de su sepulcro. Beneficios de la gracia en Cypriano. Cuánto amó Cypriano la unidad de la Iglesia. Entre estas legiones de Cristo, el beatísimo Cypriano, doctor de gloriosas batallas y glorioso combatiente él mismo, enseñó lo que iba a hacer, e hizo lo que había enseñado; para que en las palabras del que enseñaba se reconociera el ánimo del mártir, y en el ánimo del que sufría se reconocieran las palabras del doctor. Pues no era como aquellos de quienes el Señor dice: "Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen; porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 3). Este, porque creyó, habló; porque habló, sufrió. Así que enseñó en vida lo que hizo; e hizo en muerte lo que enseñó. A él la alabanza, a él la gloria, al Señor nuestro Dios, rey de los siglos, creador y recreador de los hombres, quien enriqueció a la Iglesia de esta ciudad con tal obispo, y consagró la amplitud de este lugar con tan santo cuerpo. A él la alabanza, a él la gloria, quien se dignó predestinar a ese hombre entre sus santos antes de los tiempos, crearlo entre los hombres en el tiempo oportuno, llamarlo errante, limpiarlo sucio, formarlo creyente, enseñarlo obediente, guiarlo enseñando, ayudarlo combatiendo, coronarlo venciendo. A él la alabanza, a él la gloria, quien hizo a este hombre tal, en quien mostraría a su Iglesia cuántos males deben oponerse y cuántos bienes debe anteponerse la caridad, y cuán nula es la caridad de un cristiano que no guarda la unidad de Cristo. Así la amó él, que no perdonó a los malos por caridad, y toleró a los malos por paz; y libre en decir lo que él mismo sentía, y pacífico en escuchar lo que los hermanos sentían. Merecidamente en la Iglesia católica mereció la altura de tan gran honor, cuyo vínculo de concordia guardó con tanta humildad. Por lo tanto, amadísimos, habiendo pagado con un discurso debido a tan grata festividad según nuestras fuerzas, exhorto a vuestro amor y devoción, para que celebremos este día honesta y sobriamente, y ofrezcamos a este día, en el que el beatísimo Cypriano sufrió, lo que amó para sufrir.

SERMO CCCXIII. En el Natalicio de Cypriano mártir, V.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Ninguna lengua es suficiente para las alabanzas de Cypriano. Un día santísimo y solemne, y más familiar y glorioso ornamento para esta Iglesia, ha amanecido hoy para alegrarnos, que

el beatísimo Cypriano ha iluminado con la gloria de su pasión. Ninguna lengua sería suficiente para las alabanzas de este reverendo obispo y venerado mártir, ni siquiera si él mismo se alabaría. En este nuestro sermón, que sobre él rendimos como deuda a vuestros oídos, aprueben más el afecto de la voluntad que exijan el efecto de la capacidad. Pues así también, cuando el santo alabador se veía menos idóneo para las alabanzas de Dios, para las cuales no solo ninguna oración, sino ni siquiera pensamiento alguno es suficiente, dijo: "Haz que sean agradables los voluntarios de mi boca, Señor" (Sal. CXVIII, 108). Esto también diría yo: que también esta sea mi devoción, que si no soy capaz de explicar lo que quiero, se acepte porque quiero.

CAPÍTULO II.

2. Las alabanzas de los mártires recaen en Dios. Pues, ¿de quién son las alabanzas de tan gran mártir sino de Dios? ¿O de quién es el honor de Cypriano convertido a Dios de todo corazón, sino de aquel a quien se dijo, "Dios de los ejércitos, conviértenos" (Sal. LXXIX, 8)? ¿De quién es obra Cypriano como doctor, sino de aquel a quien se dijo, "Enséñame tus justificaciones" (Sal. CXVIII, 135)? ¿De quién es obra Cypriano como pastor, sino de aquel que dijo, "Os daré pastores según mi corazón, y os apacentarán con disciplina" (Jer. III, 15)? ¿De quién es obra Cypriano como confesor, sino de aquel que dijo, "Os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir vuestros enemigos" (Luc. XXI, 15)? ¿De quién es obra Cypriano, sufridor de tan gran persecución por la verdad, sino de aquel a quien se dijo, "Paciencia de Israel, Señor" (Jer. XVII, 13); y de quien se dijo, "Porque de él es mi paciencia" (Sal. LXI, 6)? Finalmente, ¿de quién es obra Cypriano en todo vencedor, sino de aquel de quien se dijo, "En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Rom. VIII, 37)? No nos apartamos, pues, de las alabanzas de Dios cuando alabamos las obras de Dios y las batallas de Dios en el soldado de Dios.

CAPÍTULO III.

3. Los mártires son armados por Dios y ayudados por el mismo armado. Así exhorta el Apóstol: "Estad ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz; sobre todo, tomad el escudo de la fe, con el que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno; y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Efes. VI, 14-17). ¿Qué es vestirse con la coraza de justicia, y tomar el escudo de la fe, y el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, sino ser armado por el Señor con sus dones? Ni siquiera bastaría ser armado a este soldado, si no hubiera obtenido del mismo armado, por quien fue armado, ser ayudado. Pues el piadosísimo mártir en aquella contienda de pasión no dejó de orar y decir: "Juzga, Señor, a los que me hacen daño, pelea contra los que me combaten. Toma el escudo y la armadura, y levántate en mi ayuda. Saca la lanza, y cierra el camino contra los que me persiguen: di a mi alma, Yo soy tu salvación" (Sal. XXXIV, 1-3). ¿Cómo sería vencido aquel a quien el Señor así producía armado, así ayudaba armado?

CAPÍTULO IV.

4. Cómo debe entenderse a Dios armado. La lanza de Dios, la Iglesia. La lanza de Dios, el alma del justo. Pero lejos esté de nosotros creer con corazón infantil que Dios está armado con ciertos instrumentos corporales. Pues qué tipo de armas son aquellas con las que los soldados de Dios suelen ser ayudados por el Dios armado, lo confiesen ellos mismos ayudados, cuando exclamando y dando gracias dicen: "Señor, como con un escudo de buena voluntad nos has coronado" (Sal. V, 13). La lanza de Dios, es decir, la espada de Dios, que el

cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, ruega que se derrame y se cierre contra los que la persiguen; puede ciertamente entenderse, donde el mismo Salvador dice a su cuerpo, "No he venido a traer paz a la tierra, sino espada" (Mat. X, 34). Con esta espada espiritual, a sus mártires deseosos de los gozos celestiales, separó de los afectos terrenales malamente seductores, a los cuales estarían atados y llamados de nuevo del cielo a la tierra, si la espada de Cristo no los cortara. Pero también hay otra lanza de Dios muy evidente, el alma del justo en la mano de Dios; de la cual se dice en el Salmo: "Libra mi alma de los impíos, tu lanza de los enemigos de tu mano" (Sal. XVI, 13 y 14). Lo que dijo, "mi alma"; lo repitió, "tu lanza"; lo que dijo, "de los impíos"; lo repitió, "de los enemigos de tu mano".

CAPÍTULO V.

5. Gran lanza de Dios, el alma de Cypriano. Altar erigido sobre el cuerpo de Cypriano. Esta lanza la derramó esparciendo por todas partes a sus mártires: y la cerró contra aquellos que perseguían a la Iglesia; para que, como no se doblegaban con las voces de los predicadores, fueran quebrantados por las virtudes de los que morían. Pues Dios se fabrica armas fuertes contra sus enemigos, aquellos mismos que hace amigos. Gran lanza de Dios, por tanto, el alma del beatísimo Cypriano, resplandeciente en caridad, aguda en verdad, actuada y vibrada por la virtud del Dios combatiente, ¿qué batallas libró? ¿Qué tropas de contradictores superó refutando? ¿Cuántos enemigos golpeó? ¿Cuántos adversarios derribó? ¿En cuántos corazones de enemigos mató las mismas enemistades con las que era atacado, y los hizo amigos con los que Dios combatiera más abundantemente contra otros? Pero cuando llegó el tiempo de que, como si prevalecieran los enemigos, fuera capturado, entonces, para que no fuera oprimido y vencido por los impíos, y cayera en sus manos, estuvo presente aquel por quien se le concedió permanecer invicto: recibió la victoria, después de que no quedara más combate, que el de este mundo y del príncipe de este mundo. Estuvo presente ciertamente a su fiel testigo hasta la muerte por la verdad, hizo lo que se le había pedido, libró su alma de los impíos, su lanza de los enemigos de su mano. Cuyo victorioso alma, la santa carne, como la vaina de aquella lanza, adornamos en este lugar con la sublimidad del altar divino; a la misma alma que será devuelta en la resurrección triunfal y no será puesta en muerte de nuevo.

SERMO CCCXIV. En el Natalicio de Esteban mártir, I.

1. Esteban debe ser imitado, especialmente en el amor a los enemigos. Ayer celebramos el Natalicio del Señor; hoy celebramos el Natalicio del siervo: pero celebramos el Natalicio del Señor, en el que se dignó nacer; celebramos el Natalicio del siervo, en el que fue coronado. Celebramos el Natalicio del Señor, en el que tomó el vestido de nuestra carne: celebramos el Natalicio del siervo, en el que desechó el vestido de su carne. Celebramos el Natalicio del Señor, en el que se hizo semejante a nosotros: celebramos el Natalicio del siervo, en el que se hizo cercano a Cristo. Pues así como Cristo se unió a Esteban al nacer, así Esteban se unió a Cristo al morir. Pero la Iglesia celebra el día de la natividad y pasión de nuestro Señor Jesucristo con el servicio de una doble devoción, porque ambos son medicina. Pues nació para que renaciéramos: murió para que viviéramos eternamente. Los mártires, sin embargo, vinieron al mundo al nacer para malas luchas, arrastrando el pecado original: pero al morir pasaron a las buenas y más seguras, terminando todo pecado. Pues si los premios futuros de la bienaventuranza no consolaran a los que estaban en persecución, ¿cuándo soportarían aquellos castigos de diversas pasiones? Si el beato Esteban, bajo la lluvia de piedras, no hubiera pensado en los premios futuros, ¿cómo habría soportado aquella granizada? Pero llevaba en su mente el precepto de aquel cuya presencia veía en el cielo; y suspendido de él con amor ardiente, deseaba dejar la carne cuanto antes y volar hacia él: y ya no temía la muerte, porque a Cristo, a quien sabía que había sido muerto por él, lo veía vivo; y por eso se

apresuraba también a morir por él, para vivir con él. Pues, ¿qué veía el beatísimo mártir en aquella lucha, recordáis sin duda sus palabras, que soléis escuchar del libro de los Hechos de los Apóstoles. "He aquí", dice, "veo los cielos abiertos, y a Cristo de pie a la diestra de Dios" (Hech. VII, 55). Veía a Jesús de pie: por eso él estaba de pie, y no caía; porque estando de pie arriba y mirando hacia abajo al que luchaba desde arriba, le sugería fuerzas invictas a su soldado para que no cayera. "He aquí", dice, "veo los cielos abiertos". Bienaventurado el hombre a quien se le abrieron los cielos. Pero, ¿quién abrió el cielo? Aquel de quien se dice en el Apocalipsis, "El que abre, y nadie cierra; cierra, y nadie abre" (Apoc. III, 7). Cuando Adán fue expulsado del paraíso, después de aquel primer y nefando pecado, el cielo fue cerrado contra el género humano: después de la pasión de Cristo, el ladrón fue el primero en entrar, después Esteban lo vio abierto. ¿Qué nos sorprende? Lo que vio fielmente, lo indicó fielmente, y lo invadió violentamente.

2. El mismo argumento es tratado. Vamos, hermanos, sigámoslo; pues si seguimos a Esteban, seremos coronados. Pero sobre todo debemos seguirlo e imitarlo en el amor a los enemigos. Sabéis que rodeado por la congregación de muchos enemigos, cuando era golpeado con frecuentes golpes de piedras de aquí y de allá, pacífico e intrépido, manso y suave entre las piedras por las que era asesinado, mirando a aquel por quien era asesinado, no dijo, Señor, juzga mi muerte; sino, recibe mi espíritu. No dijo, Señor Jesús, venga a tu siervo, a quien ves condenado a este suplicio de muerte; sino, no les imputes este pecado (Hech. VII, 58, 59). Persistiendo, por tanto, el beatísimo mártir en el testimonio de la verdad, y ardiendo en espíritu de caridad, como sabéis, llegó a un fin gloriosísimo; y quien fue llamado perseveró hasta el fin, en el fin lo que fue llamado alcanzó, con la gloria de su nombre Esteban fue llevado a la corona. Cuando, por tanto, el beato Esteban derramó su sangre por Cristo, como si una corona descendiera del cielo; para que la tomaran como premio los que siguieran en la virtud al que precedía en la batalla. Después llenaron la tierra con frecuentes martirios. Todos los que después derramaron su sangre por la confesión de Cristo, pusieron aquella corona sobre su cabeza, y la guardaron íntegra para los que vendrían después. Y ahora, hermanos, cuelga del cielo: quien la desee, volará rápidamente hacia ella. Y para exhortar brevemente y claramente a vuestra Santidad, no se necesitan muchas palabras: siga a Esteban, quien desee la corona. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCCXV. En la solemnidad de Esteban mártir, II.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Los hechos de Esteban contenidos en el Libro canónico. El libro de los Hechos de los Apóstoles solía leerse desde el Domingo de Pascua. Habéis escuchado cómo fue ordenado diácono el beatísimo Esteban junto con otros seis, siendo él también el séptimo, y cómo llegó a la corona celestial, cuando se leyó la misma lectura. Este primer mérito del primer mártir fue recomendado a vuestra Caridad: porque mientras que de otros mártires apenas encontramos los Hechos que podamos recitar en sus solemnidades, la pasión de este está en el libro canónico. El libro de los Hechos de los Apóstoles es del Canon de las Escrituras. Este libro comienza a leerse desde el Domingo de Pascua, según la costumbre de la Iglesia. En este libro, por tanto, cuyo título es, Hechos de los Apóstoles, habéis escuchado cómo fueron elegidos y ordenados por los Apóstoles siete diáconos, entre los cuales estaba el santo Esteban. Los primeros Apóstoles, los diáconos siguientes. Y el primer mártir de los diáconos, antes que de los Apóstoles; la primera víctima de los corderos, antes que de los carneros.

2. La pasión de Esteban es similar a la de Cristo. Falsos testigos contra ambos. Gran fuerza de la verdad. ¡Cuánta similitud tuvo con su Señor y Salvador en la pasión! Falsos testigos contra él, como contra aquel: y sobre el mismo asunto. Sabéis y recordáis lo que dijeron los falsos testigos contra el Señor Cristo: Nosotros le oímos decir: Destruiré este templo, y en tres días edificaré otro nuevo (Marcos XIV, 58). Pero el Señor no había dicho esto: sino que la falsedad quiso estar cercana a la verdad. ¿Cómo son falsos testigos? Oyeron decir: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. El evangelista dice: Pero él hablaba del templo de su cuerpo (Juan II, 19-21). Los falsos testigos, en lugar de lo que se dijo Destruid, dijeron Destruiré. Cambiaron un poco las sílabas: pero tanto peores fueron los falsos testigos, cuanto más quisieron acercarse a la verdad por calumnia. ¿Y qué se le imputó a este? Nosotros le oímos decir que Jesús Nazareno destruirá este templo, y cambiará la costumbre de la Ley (Hechos VI, 14). Decían falso testimonio, y profetizaban verdades. Como Caifás, su maestro, el príncipe de los sacerdotes, dando consejo a los judíos para que Cristo fuera muerto, dijo esto: Conviene que uno muera, para que no perezca toda la nación. Pero el evangelista dice: Esto no lo dijo de sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que convenía que Cristo muriera por la nación (Juan XI, 50, 51). ¿Qué es esto, hermanos? Gran fuerza tiene la verdad. Los hombres odian la verdad, y profetizan la verdad sin saberlo. No actúan, sino que se actúa sobre ellos. Así pues, estos falsos testigos procedieron como los falsos testigos, pero por quienes Cristo fue muerto.

CAPÍTULO II.

3. Esteban llevado al concilio, ¿por qué no guarda silencio como Cristo? Predicar desde el tejado. Lo llevaron al concilio para tener un juicio mayor. Pero el amigo de Cristo, habiendo expuesto su causa, predicó la verdad de su Señor. Estaba a punto de morir: ¿por qué habría de callar una lengua piadosa ante los impíos? ¿Por qué no moriría por la verdad? En esto, desigual a su Señor, por cierta causa de misterio, en cuanto a la similitud de la pasión. Pues él es Dios en la excelencia de la majestad. El Señor, cuando fue llevado a la pasión, prefirió guardar silencio al ser interrogado: este no guardó silencio. ¿Por qué prefirió él guardar silencio? Porque estaba predicho de él: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). ¿Por qué este no quiso guardar silencio? Porque el mismo Señor había dicho: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados (Mateo X, 27). ¿Cómo predicó el santo Esteban desde el tejado? Porque pisoteó la carne, casa de barro. Pues quien no teme a la muerte, pisa la carne. Primero les expuso desde el principio la ley de Dios, desde Abraham hasta Moisés, hasta la entrega de la ley, hasta la entrada en la tierra prometida; para demostrar que no era verdadero el testimonio del que ellos levantaban calumnia. Luego, de Moisés les dio una gran similitud con Cristo. Moisés fue rechazado por ellos, y él mismo los liberó: rechazado, los liberó. No devolvió mal por mal: más bien devolvió bien por mal. Así también el Señor Cristo, rechazado por los judíos, él mismo los liberará después.

CAPÍTULO III.

4. El pueblo judío liberado en algunos aspectos por Cristo. Pero ahora el que muere, ha muerto. Los judíos que ves, tendrán su tiempo de liberación por aquel a quien rechazaron; pero no lo saben. Ahora los que blasfeman, perecen: entonces serán otros, no estos. Cuando decimos esto, no prometemos salvación a otros, sino a ellos mismos. El pueblo será liberado, no estos. Prestad atención y tomad la similitud. ¿Acaso no libera ahora Dios a los gentiles? Todos los gentiles creen en Cristo, y de hijos del diablo se convierten en hijos de Dios. Sin embargo, aquellos nuestros padres, de quienes nacimos, que adoraron ídolos, perecieron con los ídolos.

5. Esteban, feroz de lengua, pero suave de corazón hacia los judíos. Habéis escuchado, y habéis visto los espectáculos del corazón. El sonido estaba en los oídos, la visión en las mentes. Habéis contemplado el gran combate del santo Esteban, que en la lucha era apedreado. ¿Quién? El que ya desde hace tiempo enseñaba la ley. ¿Qué ley enseñaba? La que ellos recibieron en tablas de piedra. Merecidamente hechos de piedra, apedrearón al amigo de Cristo. Dura cerviz (después de enseñar, comenzó a reprender), y no circuncisos de corazón y oídos. ¿A cuál de los profetas no mataron vuestros padres? Parecía enfurecerse: lengua feroz, corazón suave. Clamaba, y amaba. Se enfurecía, y deseaba que se salvaran. ¿Quién no creería que estaba enojado, quién no creería que estaba inflamado por las llamas del odio, cuando decía: Dura cerviz, y no circuncisos de corazón y oídos? Mientras tanto, el Señor miró desde el cielo, y vio. Se abrió el cielo: vio a Jesús como exhortando a su atleta. Y no calló lo que vio: He aquí, veo, dijo, el cielo abierto, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de la majestad. Ellos, al oír esto, como si fuera una blasfemia lo que él había dicho, se taparon los oídos, y corrieron a las piedras. En el Salmo estaba dicho: Como de áspid sordo, y que tapa sus oídos (Salmo LVII, 5). En verdad mostraron lo que de ellos estaba predicho. Comenzó a ser apedreado. Ahora prestad atención a él enfurecido, recordad las duras palabras: Dura cerviz, y no circuncisos de corazón y oídos (Hechos VII, 51). Como si fuera enemigo: como si, si fuera posible, deseara matar a todos. Que diga esto quien no ve su corazón. Su corazón estaba oculto: pero se escucharon sus últimas palabras, y se revelaron sus secretos cuando era apedreado. Señor Jesús, dijo, recibe mi espíritu. A ti te lo dije: a ti muero. Señor Jesús, recibe mi espíritu. Porque ayudaste, venció a quien recibes. Recibe mi espíritu, de la mano de aquellos que odian lo tuyo. Esto dijo el santo Esteban de pie.

CAPÍTULO IV.

Y después de esto, se arrodilló y dijo: Señor, no les imputes este pecado. ¿Dónde está, Dura cerviz? ¿Es esto todo lo que clamabas? ¿Es esto todo lo que te enfurecías? Fuera clamabas, y dentro orabas.

6. Esteban orando por sí mismo está de pie, porque exige lo debido. El hombre malo por sí mismo, pero bueno por el don de Dios. Señor Jesús, recibe mi espíritu: esto de pie. Exigía lo debido, cuando decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Exigía lo debido, lo que se había prometido a los mártires: lo debido, de lo que dice el Apóstol: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez (II Timoteo IV, 6-8). Me dará, me dará lo que debe. Quien antes era deudor de castigos, después comenzó a tener a Dios como dador de premios. ¿De dónde fue el apóstol Pablo deudor de castigos? Porque enemigo de la Iglesia, porque perseguidor. Escúchalo a él: No soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. No soy digno, dice digno. ¿Por qué no eres digno? Sufrir penas, entrar en el infierno, ser atormentado por mis méritos, eso era digno: ser apóstol, no era digno. ¿De dónde, pues, esto para ti, de lo que no eras digno? Siguio: Pero por la gracia de Dios soy lo que soy (I Corintios XV, 9-10). Por mi mal fui lo que fui: por el don de Dios soy lo que soy. Para que después exigiera lo debido, primero recibió lo indebido. ¿Qué debido después? Me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez. Me dará, me debe: indebido primero. ¿Qué? No soy digno de ser llamado apóstol: pero por la gracia de Dios soy lo que soy. Así también el santo Esteban, Señor Jesús, de pie con confianza, porque había militado bien, había peleado bien, no había cedido al enemigo, había pisoteado el temor, había despreciado la carne, había vencido al mundo y al diablo: por eso estaba de pie cuando decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu.

7. Saulo, más feroz perseguidor en la muerte de Esteban. Saulo llamado Pablo, pequeño, diminuto. Esteban ora de rodillas por sus enemigos, porque pide lo indebido. Cuando este exigía lo debido, el apóstol Pablo acumulaba para sí lo debido. Aquel pedía lo debido bueno: aquel añadía a lo debido malo. ¿Qué pensáis, hermanos? Cuando Esteban era apedreado, lo habéis escuchado, pero quizás no lo habéis advertido, los falsos testigos que iban a apedrear a Esteban, pusieron sus vestiduras a los pies de un joven llamado Saulo.

CAPÍTULO V.

Este Saulo, y después Pablo: Saulo perseguidor, Pablo predicador. Saulo es un nombre derivado de Saúl. Saúl era perseguidor del rey David. Tal fue Saúl con David, como Saulo con Esteban. Pero después, cuando fue llamado desde el cielo; llamado, derribado, cambiado, cuando comenzó a predicar la palabra de Dios como apóstol; cambió su nombre, y se llamó a sí mismo Pablo. ¿Y por qué eligió esto? Porque Pablo es diminuto, Pablo es pequeño. Solemos hablar así: Te veré después de un poco, es decir, después de un pequeño tiempo. ¿De dónde, pues, Pablo? Yo soy el menor de los apóstoles (I Corintios XV, 9). Grandes, divinos espectáculos. Quien era perseguidor en la muerte de Esteban, después se convirtió en predicador del reino de los cielos. ¿Cuánto se enfurecía en aquella muerte, queréis escuchar? Guardaba las vestiduras de los que apedreaban, para apedrear con las manos de todos. Así pues, después de que el santo Esteban de pie exigiera lo debido diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu; atendiendo a sus enemigos, que al apedrearlo le hacían mal debido, y añadían a aquel tesoro, del que dice el apóstol Pablo: Pero tú, según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Romanos II, 5): los atendió, y se compadeció de ellos, y se arrodilló por ellos. Por sí mismo estaba de pie, por ellos se arrodillaba. Separó al justo de los pecadores: por el justo de pie pedía, porque exigía la recompensa; por los pecadores se arrodilló, porque sabía cuán difícilmente podría ser escuchado por tan malvados. Aunque justo, aunque bajo la misma corona, no presumió, sino que se arrodilló: no atendiendo a lo que él mismo era digno de recibir pidiendo, sino a lo que ellos eran dignos, de quienes quería apartar horrendos castigos. Señor, dijo, no les imputes este pecado.

8. Cristo enseñando desde la cátedra de la cruz la regla de la piedad. Esteban tiene a Cristo como imitador. Lo que Esteban humilde, Cristo sublime: lo que aquel inclinado a la tierra, esto Cristo suspendido en el madero. Pues recordad que él también dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Estaba sentado en la cátedra de la cruz, y enseñaba a Esteban la regla de la piedad. Oh buen Maestro, bien pronunciaste, bien enseñaste. He aquí que tu discípulo ora por sus enemigos, ora por sus apedreadores. Mostró cómo debía imitarte a ti sublime, humilde, criatura al creador, mediador a la víctima, Dios y hombre al hombre: Dios, pero sin embargo en la cruz hombre; Dios Cristo, pero en la cruz hombre, cuando decía con clara voz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

CAPÍTULO VI.

Dice aquel para sí: Él oró por sus enemigos, porque Cristo, porque Dios, porque Único; ¿quién soy yo para hacer esto? Si mucho es para ti tu Señor, ¿no sabes que Esteban es tu consiervo? Dios enseñó a través de Esteban no vaciado. Si veis que esto ha precedido en el Evangelio, hermanos míos, que nadie diga en su corazón: ¿Quién hace eso? He aquí que Esteban lo hizo: ¿de sí mismo? ¿de lo suyo lo hizo? Pero si lo hizo por el don de Dios; ¿acaso entró y cerró contra ti? ¿Acaso cruzó el puente y lo cortó? ¿Es mucho para ti? Pide tú también. La fuente mana, no se ha secado.

9. Mansedumbre hacia los enemigos. La ira es un escorpión. La ira enemiga, más allá de lo que los demás enemigos menos dañan. Y verdaderamente digo a vuestra Caridad, hermanos míos: ejercitaos, cuanto podáis, en mostrar mansedumbre, incluso hacia vuestros enemigos. Refrenad la ira, que os estimula a la venganza. Pues la ira es un escorpión. Si te excita con sus llamas internas, crees que es algo grande si te vengas de tu enemigo. Si quieres vengarte de tu enemigo, vuelve a esa ira tuya: porque ella es tu enemiga, que mata tu alma. Oh buen hombre: pues no quiero decir mal hombre; mejor digo esto que quiero que seas, que lo que eres: buen hombre, ¿qué te va a hacer tu enemigo? ¿qué va a hacer, para que pueda mucho; para que Dios le permita todo lo que desea? Desea derramar tu sangre. Es difícil, y son raros los enemigos que se ensañan hasta la muerte. También suelen los enemigos, cuando ven afligidos a aquellos a quienes persiguen, convertir la ira en misericordia. Difícilmente encuentras un enemigo que se ensañe hasta la muerte. Pero hazlo, hasta la muerte. Pon para ti un enemigo que se ensañe hasta la muerte. ¿Qué va a hacer? Lo que los judíos a Esteban: para sí castigo, para él corona. ¿Va a matarte tu enemigo como si no fueras a morir, como si fueras a vivir siempre? ¿Esto te va a hacer tu enemigo, lo que alguna vez iba a hacer la fiebre: si te mata, será como tu fiebre. ¿Te va a dañar, pues, matándote? No: más bien para ti, si mueres bien, y lo amas, se añade algo al premio celestial. ¿No sabes cuánto prestaron estos apedreadores al santo Esteban? ¿Acaso sabían que a él por bondad se le iba a dar la corona, a ellos por maldad se les iba a dar el castigo? ¿Cuánto prestó el diablo? Todos los mártires él nos hizo. Pero ¿acaso de aquí va a irse? Pero de sus beneficios, lo que no quería, se le imputará lo que él deseaba, no lo que Dios hacía de él. Por tanto, cualquier enemigo tuyo hasta la muerte, no te dañará en nada.

CAPÍTULO VII.

10. Cuánto daña nuestra enemiga la ira. La ira no puede ser eliminada, pero puede ser reprimida. Mira cuánto daña la ira. Reconoce a tu enemiga: reconoce con quién luchas en el teatro de tu pecho. Teatro estrecho; pero Dios observa: allí doma a tu enemiga. ¿Quieres ver cuán verdadera enemiga es? Ahora te lo muestro. Vas a orar a Dios: va a llegar la hora de que digas: Padre nuestro, que estás en los cielos. Vas a llegar a ese verso: Perdónanos nuestras deudas. ¿Qué sigue? Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 9, 12). Allí esa enemiga se opone a ti. Cierra el camino de tu oración: levanta un muro, y no hay por dónde pasar. Bien dijiste todo: Padre nuestro. Corrió: Perdónanos nuestras deudas. ¿Y qué después? Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. He aquí la adversaria te contradice; no ante el velo, sino dentro: en el mismo secreto de tu corazón, allí te clama, te contradice. ¿Qué enemiga, hermanos, que contradice? Como también nosotros perdonamos. No se te permite que te ensañes contra tu enemigo: ensáñate contra esta. Mejor es quien vence la ira, que quien toma una ciudad, dice la Escritura (Proverbios XVI, 32). Lo que dije ahora, está escrito: Mejor es quien vence la ira, que quien toma una ciudad. Está en tu mano. No puedes eliminarla, puedes reprimirla. Si eres fuerte, vence la ira: y perdona a la ciudad. Os veo atentos, sé cuán bien habéis recibido. Dios esté presente en vuestras luchas, para que os aproveche haber contemplado el combate de tan gran Mártir; para que como lo visteis vencer y favorecisteis al vencedor, así también vosotros en vuestro corazón venzáis.

SERMON CCCXVI. En la solemnidad de Esteban mártir, III.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Esteban, el primero entre los diáconos. Prodigios hechos por Esteban, pero en el nombre de Cristo. El beatísimo y en Cristo gloriosísimo mártir Esteban ya nos ha alimentado con su

sermón: pero después de esa alimentación, os pongo de mi ministerio una segunda mesa. ¿Y qué encuentro más dulce para poner en ella que a Cristo y al mismo Mártir? Pues él es Señor, este siervo: pero Esteban de siervo amigo. Nosotros sin duda siervos: él conceda que seamos también amigos. Sin embargo, ¿qué clase de siervos? Tales que podamos cantar con frente de conciencia limpia: Para mí, en cambio, son muy honrados tus amigos, Dios (Salmo CXXXVIII, 17). Antes de que el santo Esteban fuera muerto en público, y coronado en secreto, habéis escuchado cómo fue elegido por los Apóstoles. Entre aquellos diáconos es nombrado el primero, como entre los Apóstoles Pedro. Así pues, habiendo sido ordenado por los Apóstoles, en breve precedió a sus ordenadores en la pasión: fue ordenado por ellos, pero primero fue coronado. ¿Qué habéis escuchado, pues, cuando se leía su pasión? Esteban, lleno de gracia y del Espíritu Santo, hacía prodigios y grandes señales en el pueblo, en el nombre del Señor Jesucristo (Hechos VI, 8). Entended quién, por el nombre de quién. Los que sabéis amar a Esteban, amad en Cristo. Pues esto quiere, esto le agrada: de esto se alegra, esto tiene por acepto. Pues no quiso jactarse de su nombre ante sus apedreadores. Atended a quién confesaba, cuando era apedreado; a quién confesaba en la tierra, a quién veía en el cielo; por quién entregaba su carne, a quién encomendaba su alma. ¿Acaso leemos, o podemos leer en sana doctrina en algún lugar, que Jesús hacía o hace señales por el nombre de Esteban? Esteban hizo, pero por el nombre de Cristo. Esto hace también ahora: cualquier cosa que veáis que se hace por la memoria de Esteban, en el nombre de Cristo se hace; para que Cristo sea recomendado, Cristo sea adorado, Cristo sea esperado como juez de vivos y muertos, y por aquellos que lo aman se esté a la derecha. Pues cuando venga, estarán a la derecha, estarán a la izquierda: bienaventurados los que estén a la derecha; miserables los que estén a la izquierda.

CAPÍTULO II.

2. Los judíos duros contra Esteban. Sin embargo, el bienaventurado Esteban imita a su Señor. De manera admirable sufría entre piedras duras, lanzadas por quienes no eran otra cosa que lo que eran. Para que sepáis que sufría a los duros, les dijo: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos, siempre resistís al Espíritu Santo". Quieres morir, te apresuras a ser lapidado, ardes por ser coronado. Siempre resistís al Espíritu Santo. Mientras decía tales cosas, ellos se enfurecían y rechinaban sus dientes. Añade, Esteban, añade lo que no puedan soportar, añade lo que no puedan tolerar: añade de donde puedan lapidarte, para que encontremos qué celebrar. Los cielos se abrieron: el Mártir vio al Jefe de los mártires; vio a Jesús de pie a la derecha del Padre: vio, para no callar. Ellos no veían, sino que envidiaban; y por eso no veían, porque envidiaban. No calló lo que vio, para llegar a aquel a quien vio. "He aquí", dijo, "veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de la majestad". Ellos se taparon los oídos, como si fuera una blasfemia. Los reconocéis en el Salmo: "Como la áspid", dice, "sorda que cierra sus oídos, para no oír la voz del encantador, y el conjuro del sabio" (Sal. 57, 5-6). Pues se dice que las áspides, cuando son encantadas para que no salgan de sus cuevas, presionan una oreja contra el suelo y con la cola se tapan la otra, y sin embargo el encantador las saca: así también ellos aún en sus cuevas rechinaban, cuando en sus corazones ardían. Aún no salían: se taparon los oídos. Ya salgan, aparezcan quienes son: corran hacia las piedras. Corrieron, lapidaron.

CAPÍTULO III.

3. Esteban, al morir, imita al Señor, encomendando su espíritu y orando por sus asesinos. ¿Qué hace Esteban? ¿Qué? Atended primero a aquel a quien el buen amigo imitaba. El Señor Jesucristo, cuando colgaba en la cruz, dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Esto lo dijo como hombre, como crucificado, como nacido de mujer, como revestido de carne; como quien iba a morir por nosotros, como quien iba a estar en el sepulcro, como quien iba a resucitar al tercer día, como quien iba a ascender a los cielos. Todo esto en el hombre. Hombre, pues: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Él dijo, "Padre": Esteban, "Señor Jesús". ¿Y qué él mismo? Recibe mi espíritu. Tú lo dijiste al Padre, yo a ti. Reconozco al mediador. Viniste a levantar al caído: no caíste conmigo. "Recibe", dijo, "mi espíritu". Esto oraba por sí mismo: le vino a la mente otra cosa, para imitar a su Señor. Recordad las palabras del que colgaba en el madero, y prestad atención a las palabras del que era lapidado confesando. ¿Qué dijo él? "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23, 46, 34). Quizás entre ellos estaba entonces Esteban, quienes no sabían lo que hacían. Pues muchos después creyeron. Y nos es incierto de dónde fue el bienaventurado Esteban, si de aquellos que primero creyeron en Cristo, como Nicodemo que vino a él de noche (Juan 3, 2), quien mereció ser sepultado allí donde también este, porque por él también este fue encontrado: si, pues, estaba entre ellos, o quizás entre aquellos que después de la ascensión del Señor, con la venida del Espíritu Santo, cuando los discípulos fueron llenos y hablaban en las lenguas de todas las naciones, compungidos dijeron a los Apóstoles, "Hombres hermanos, ¿qué haremos? indicadnos". Pues desesperaban de la salvación, porque habían matado al Salvador. Y Pedro les dijo: "Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; y recibiréis el Espíritu Santo, y se os perdonarán vuestros pecados" (Hech. 2, 37, 38). ¿Crees que todo? ¿Qué pecado quedaba, cuando también se perdonaba aquel pecado por el cual fue muerto el perdonador de los pecados? ¿Qué peor que matar a Cristo? Esto fue borrado. ¿Qué, pues? Quizás entre ellos estaba Esteban. Si estaba entre ellos; también para él valió aquella oración, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Sin embargo, también Saulo estaba entre ellos. Cuando Esteban, el cordero, era lapidado, él aún era lobo, aún sediento de sangre; aún consideraba poco sus manos para lapidar, guardaba las vestiduras de los que lapidaban. Así que recordando lo que se dijo por él, si también él estaba entre aquellos de quienes dijo el Señor, cuando dijo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"; imitando, pues, también en esto mismo a su Señor, para ser su amigo, dijo también él, "Señor, no les imputes este pecado" (Hech. 7, 59). Pero, ¿cómo lo dijo? Puesto de rodillas en la tierra. De pie se encomendó: cuando oró por los enemigos, se arrodilló. ¿Por qué se encomendó de pie? Porque encomendaba al justo. ¿Por qué por ellos se arrodilló? Porque oraba por los malvados. Señor, no les imputes este pecado.

CAPÍTULO IV.

4. Saulo, el lobo, transformado en oveja por la oración de Esteban. ¿Crees que Saulo escuchó estas palabras? Las escuchó, pero se burló: y sin embargo, pertenecían a la oración de Esteban. Aún se ensañaba, y ya Esteban era escuchado por él. Sabéis ya, para decir algo de Saulo, y después Pablo; ciertamente sabéis: está escrito en el mismo libro cómo Pablo creyó. Muerto Esteban, la Iglesia en Jerusalén sufrió una persecución gravísima. Los hermanos que estaban allí fueron dispersados: solo los Apóstoles permanecieron; los demás fueron dispersados. Pero como antorchas ardientes, dondequiera que iban, encendían. Judíos necios, cuando los expulsaban de Jerusalén, lanzaban carbones de fuego al bosque. Aún Saulo, a quien no le bastó con la muerte de Esteban, lo que recordamos con gusto, porque ya lo veneramos, ¿qué hizo? Recibió cartas de los sacerdotes y escribas, para que dondequiera que encontrara hombres de este camino, es decir, cristianos, los llevara atados para recibir castigos, como los que recibió Esteban. Y Saulo iba enfurecido, iba el lobo a los rediles, a los rebaños del Señor: como lobo rabioso sediento de sangre, anhelaba matanzas, iba por el camino. Y él desde arriba: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Lobo, lobo, ¿por qué

persigues al cordero? Cuando fui muerto, maté al león. ¿Por qué me persigues? Despójate del lobo: sé de lobo oveja, de oveja pastor" (Hech. 8 y 9).

CAPÍTULO V.

5. Pintura que muestra la lapidación de Esteban y la conversión de Saulo. Es una pintura dulcísima, donde veis al santo Esteban siendo lapidado, veis a Saulo guardando las vestiduras de los que lapidan. Este es Pablo, apóstol de Cristo Jesús, este es Pablo, siervo de Cristo Jesús. Bien habéis escuchado la voz, "¿Por qué me persigues?" Derribado estás, levantado estás: derribado perseguidor, levantado predicador. Di, escuchemos: Pablo, siervo de Cristo Jesús, por la voluntad de Dios (Rom. 1, 1, y 1 Cor. 1, 1). ¿Acaso por tu voluntad, oh Saulo? Por tu voluntad sabemos, vimos tus frutos: Esteban fue muerto por tu voluntad. Por la voluntad de Dios, vemos tus frutos: en todas partes eres leído, en todas partes eres recitado, en todas partes conviertes corazones adversos a Cristo, en todas partes como buen pastor reúnes grandes rebaños. Con aquel a quien lapidaste, con Cristo reinas. Ambos os veis allí; ambos ahora escucháis nuestro sermón; ambos orad por nosotros. Ambos seréis escuchados por aquel que os coronó, uno primero, otro después: uno que sufrió persecución, otro que persiguió. Él entonces era cordero, él era lobo: ahora ambos son corderos. Que los corderos nos reconozcan, y en el rebaño de Cristo nos vean: que con sus oraciones nos encomienden, para que obtengan una vida tranquila y pacífica para la Iglesia de su Señor.

SERMON CCCXVII. Sobre el mártir Esteban, IV.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Reliquias de Esteban trasladadas a África, y difundidas por todas partes por los beneficios de Dios. El mandamiento de amar a los enemigos tiene una gran recompensa. Ejemplo dado por el Padre celestial. El mártir Esteban, bienaventurado y primero después de los Apóstoles ordenado diácono por los Apóstoles, coronado antes que los Apóstoles; ilustró aquellas tierras sufriendo, visitó estas muerto. Pero no visitaría muerto, si muerto no viviera. Un poco de polvo congregó a tanta gente: la ceniza está oculta, los beneficios son evidentes. Considerad, carísimos, lo que Dios nos reserva en la región de los vivos, quien tanto concede del polvo de los muertos. La carne del santo Esteban es difundida por todos los lugares: pero el mérito de su fe es recomendado. Así esperemos conseguir beneficios temporales, para que imitándolo merezcamos recibir los eternos. Lo que el bienaventurado mártir nos propuso para imitar en su pasión, eso atender, eso creer, eso cumplir, es verdaderamente celebrar las solemnidades del mártir. Nuestro Señor entre los mandamientos grandes y saludables, divinos y altísimos que dio a sus discípulos, esto parece grave a los hombres, que ordenó que amen a sus enemigos. Mandamiento grave, pero gran recompensa. Finalmente, cuando esto aconsejaba, ved lo que dijo: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen". Oíste la obra, espera la recompensa; y ve lo que añade: "Para que seáis", dice, "hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos" (Mat. 5, 44, 45). Esto vemos, esto no podemos negar. ¿Acaso se dijo a las nubes: Lloved sobre los campos de mis cultivadores, y apartaos de los campos de mis blasfemadores? ¿Acaso se dijo al sol: Que te vean los que me adoran, no te vean los que me maldicen? Beneficios del cielo, beneficios de la tierra: brotan fuentes, los campos se enriquecen, los árboles se cargan de frutos. Esto lo tienen los buenos, lo tienen también los malos; lo tienen los agradecidos, lo tienen los ingratos. Quien concede tanto a buenos y malos, ¿pensamos que nada reserva a los buenos? Esto da a buenos y malos, lo que dio también a los lapidadores de Esteban: esto verdaderamente reserva a los buenos, lo que dio a Esteban.

CAPÍTULO II.

2. Otro ejemplo en Cristo. Por tanto, hermanos, aprendamos a amar a nuestros enemigos con el ejemplo de este mártir. Se ha propuesto un ejemplo del Dios Padre, que hace salir su sol sobre buenos y malos. Esto también lo dijo el Hijo de Dios, después de asumir su carne, por la boca de su carne, que asumió amando a sus enemigos. Pues quien vino como amante de sus enemigos, encontró a todos sus enemigos, no encontró a nadie amigo. Por sus enemigos derramó su sangre: pero con su sangre convirtió a sus enemigos. Los pecados de sus enemigos borró con su sangre: borrando los pecados, de enemigos hizo amigos. De estos amigos era también Esteban: más bien es y será. Sin embargo, el mismo Señor mostró primero en la cruz lo que aconsejó. Pues rodeado de judíos enfurecidos, iracundos, burlones, insultantes, crucificadores, dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23, 34). Pues la ceguera me crucifica. La ceguera crucificaba: y crucificado les hacía colirio de su sangre.

3. Ejemplo también en Esteban. El Evangelio es tanto instrumento como testamento. Pero los hombres perezosos para el mandamiento, ávidos para la recompensa, que no aman a sus enemigos, sino que desean vengarse de ellos, y no atienden al Señor, quien si quisiera vengarse de sus enemigos, no quedaría quien lo alabe; cuando oyen este pasaje del Evangelio, donde el Señor en la cruz dijo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"; se dicen a sí mismos, Él pudo hacer esto, como Hijo de Dios, como único del Padre. Pues la carne colgaba, pero Dios dentro se ocultaba. ¿Y nosotros qué somos, para hacer esto? ¿Engañó quien lo ordenó? De ninguna manera: no engañó. Si piensas que es mucho para ti imitar a tu Señor, atiende a Esteban, tu consiervo. El Señor Cristo, único Hijo de Dios: ¿acaso esto Esteban? El Señor Cristo, nacido de virgen incorrupta: ¿acaso esto Esteban? El Señor Cristo vino, no en carne de pecado, sino en semejanza de carne de pecado (Rom. 8, 3): ¿acaso esto Esteban? Así nació como tú; de donde nació, de allí también tú; de él renació, de quien también tú; con el mismo precio redimido, con el que también tú; tanto vale, cuanto vales. Un mismo instrumento se nos ha hecho. El Evangelio es instrumento, donde todos fuimos comprados: donde tú, allí él. Porque somos siervos, es instrumento: porque somos hijos, es testamento. Atiende a él, atiende a tu consiervo.

CAPÍTULO III.

4. Lámpara encendida para ojos débiles en los ejemplos de los santos. El amor a los enemigos es un don de Dios. ¿Es mucho para ti, porque tienes ojos débiles, mirar al sol? Mira la lámpara. Pues a sus discípulos dijo el Señor: "Nadie enciende una lámpara, y la pone debajo del celmín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa" (Mat. 5, 15). La casa es el mundo: el candelero es la cruz de Cristo: la lámpara en el candelero brillando, Cristo en la cruz colgando. En ese mismo candelero brillaba también aquel, que primero guardaba las vestiduras de los que lapidaban, de Saulo Pablo, de lobo cordero, y pequeño y grande; ladrón de corderos, y pastor de corderos: en ese mismo candelero brillaba, cuando decía, "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo" (Gál. 6, 14). Así brille, dice, vuestra luz delante de los hombres (Mat. 5, 16). He aquí que brilla la luz de Esteban, brilla esa lámpara: atendamos a ella. Nadie diga, Es mucho para mí: era hombre, eres hombre. Pero no lo recibió de sí mismo. ¿Acaso lo recibió, y te lo cerró a ti? La fuente es común: bebe de donde bebió. Lo recibió por el beneficio de Dios: abunda quien dio; y tú pide, y recibe.

CAPÍTULO IV.

5. La reprensión del amante a veces es dura. El amor de Esteban hacia sus asesinos. El Señor reprende y amonesta duramente a los judíos, pero amando: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!" (Mat. 23, 13). Cuando decía estas cosas, ¿quién no diría que los odiaba? Vino a la cruz, y dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Así también Esteban en su discurso primero reprende: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos". Son palabras del santo Esteban, cuando hablaba a los judíos: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y oídos; siempre resistís al Espíritu Santo, como también vuestros padres. ¿A cuál de los profetas no mataron vuestros padres?" Diciendo estas cosas, parece odiar, parece enfurecerse. La lengua clama, el corazón ama. Oímos la lengua clamando, probemos el ánimo amando. Pues cuando corrieron hacia las piedras, duros hacia los duros, lanzaban sobre él sus iguales. Era lapidado con piedras, quien moría por la Piedra; como dice el Apóstol, "Pero la Piedra era Cristo" (1 Cor. 10, 4). Y con tanta constancia en enseñar, ved cómo fue en la paciencia de la muerte. Pues estos con los golpes de las piedras sacudían su cuerpo, y él oraba por sus enemigos: el hombre exterior era golpeado, y el interior suplicaba. Pero el Señor que lo había ceñido, que lo había probado, que le había puesto el carácter, no en la mano, sino en la frente, miraba desde arriba a su soldado, para ayudar al que luchaba, para coronar al que vencía. Finalmente, se le mostró. "He aquí", dice, "veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios". Solo él veía, porque solo a él se le aparecía. ¿Y qué dice por sí mismo? Señor Jesús, recibe mi espíritu. Rogando por sí mismo permaneció de pie, por ellos se arrodilló: por sí mismo erguido, por ellos inclinado; por sí mismo elevado, por ellos humilde: se arrodilló, y dijo, "Señor, no les imputes este pecado". Y dicho esto, se durmió (Hech. 7). ¡Oh sueño de paz! Quien entre las piedras de sus enemigos durmió, ¿cómo vigilará en sus cenizas? Durmió seguro, tranquilo en paz; porque su espíritu al Señor encomendó.

SERMON CCCXVIII. Sobre el mártir Esteban, V.

1. Reliquias del mártir Esteban colocadas en un lugar sagrado. Descubrimiento de los cuerpos de Gervasio y Protasio. Altar erigido a Dios sobre las reliquias de Esteban. Vuestra Santidad espera saber qué se ha colocado hoy en este lugar. Son las reliquias del primer y bienaventurado mártir Esteban. Oísteis, cuando se leyó la lectura de su pasión del libro canónico de los Hechos de los Apóstoles, cómo fue lapidado por los judíos, cómo encomendó su espíritu al Señor, cómo incluso al final, arrodillado, oró por sus lapidadores (Hech. 7). Su cuerpo estuvo oculto desde entonces hasta estos tiempos; pero recientemente apareció, como suelen aparecer los cuerpos de los santos mártires, por revelación de Dios, cuando agradó al Creador. Así, hace algunos años, cuando éramos jóvenes en Milán, aparecieron los cuerpos de los santos mártires Gervasio y Protasio. Sabéis que Gervasio y Protasio sufrieron mucho después que el bienaventurado Esteban. ¿Por qué, entonces, los de ellos primero, y el de este después? Nadie dispute: la voluntad de Dios busca fe, no cuestión. Pero fue revelado a aquel que mostró las cosas encontradas. Pues precediendo señales, el lugar fue mostrado; y como fue revelado, así fue encontrado. Muchos de allí recibieron reliquias, porque Dios quiso, y vinieron aquí. Se encomienda, pues, a vuestra Caridad el lugar y el día: ambos para ser celebrados en honor de Dios, a quien confesó Esteban. Pues en este lugar no hicimos un altar a Esteban, sino de las reliquias de Esteban un altar a Dios. Tales altares son gratos a Dios. ¿Preguntas por qué? Porque "preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Sal. 115, 15). Fueron redimidos con sangre, quienes derramaron sangre por el Redentor. Él derramó, para que su salvación fuera redimida: ellos derramaron, para que su Evangelio fuera difundido. Devolvieron el favor, pero no de lo suyo: para que pudieran hacerlo, él lo concedió; y para que se hiciera lo que por ellos pudo hacerse, él lo concedió. Al mostrar dignación, dio ocasión. Se hizo, sufrieron, pisotearon el mundo.

2. Los mártires no solo vencieron las delicias del mundo, sino, lo que es más difícil, los tormentos. Lucharon hasta la sangre. No les bastó despreciar las delicias del mundo; vencieron penas, amenazas y tormentos. Pues despreciar lo que deleita por la confesión de Dios es algo muy grande: pero es menos despreciar lo que deleita que vencer lo que molesta. Supongamos que a alguien se le dice: Niega a Cristo, y te daré lo que no tienes: despreció lo que deleita y no negó. Pero el perseguidor añadió: ¿No quieres recibir lo que no tienes? Te quito lo que tienes. No se siente el lucro como se siente la pérdida: porque es más fácil no comer que vomitar. No adquirió, no comió: perdió lo que había adquirido, vomitó lo que había comido. Al no comer, se priva al paladar; al vomitar, se revuelve el estómago. Por tanto, es más fuerte en la confesión de Cristo quien no temió las pérdidas que quien despreció las ganancias. Pero, ¿qué tipo de pérdidas? La pérdida de dinero, la pérdida de patrimonio, la pérdida de todas las cosas que poseía. Pero el enemigo aún no se ha acercado de cerca. Se perdieron las cosas que estaban afuera. Si no fueron amadas cuando se tenían, no entristecieron cuando se perdieron. Y para decirlo brevemente, cuando se pierden, dejan tanto dolor como pudieron ser amadas cuando se tenían. Pero al perseguidor de aquellos tiempos, cuando los santos eran asesinados, no le bastó decir: Te quito lo que tienes. Dijo: Te torturo, te ato, te mato. Quien no temió esto, venció al mundo. Llevaron la lucha por la verdad al máximo, quienes lucharon hasta estas cosas. Esto es lo que dice en la Epístola a los Hebreos: Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Heb. XII, 4). Ellos son los perfectos, quienes lucharon contra el pecado hasta la sangre. ¿Qué es luchar contra el pecado? Contra un gran pecado: contra la negación de Cristo. Sabéis cómo Susana luchó contra el pecado hasta la sangre (Dan. XIII). Pero para que no solo las mujeres tengan consuelo de esto, y los hombres busquen algo similar en su número, como existió en Susana: sabéis cómo José luchó contra el pecado hasta la sangre (Gen. XXXIX). La causa es similar. Y ella tuvo falsos testigos, aquellos mismos a quienes no quiso consentir para no pecar; y él, a aquella misma a quien no quiso consentir. Ambos, a quienes no se consintió en el pecado, dieron falso testimonio; y quienes escucharon, creyeron: pero no vencieron a Dios. Ella fue liberada, y él también. ¿Qué si hubieran muerto, no habrían sido liberados aún más, cuando seguros habrían sido coronados? ¿Por qué dije, habrían sido coronados seguros? Porque no quedaría ninguna tentación. Pues aunque Susana fue liberada, aún debía ser tentada; y José, liberado, aún debía ser tentado. ¿De dónde sería tentado? Porque la vida humana es una tentación sobre la tierra (Job VII, 1). Toda tentación hasta la muerte: después de la muerte, solo bienaventuranza; pero de los Santos, cuya muerte es preciosa a los ojos de Dios. Y así, ella contra el pecado, es decir, contra el adulterio, y él contra tal pecado, lucharon hasta la sangre. Es un pecado mayor negar a Cristo que cometer adulterio. El adulterio de la carne es unirse ilícitamente: el adulterio del corazón es negar la verdad. En la fe, en la mente, allí debe estar la castidad. La primera madre Eva fue corrompida allí. ¿Quieres conocer la magnitud de la iniquidad en esa corrupción? Observa en nosotros, que nacimos de allí, la magnitud de la calamidad. Citaré la Sagrada Escritura como testigo de esta palabra mía: De la mujer, dice, comenzó el pecado, y por ella todos morimos (Eccl. XXV, 33). Lo que ella recibió como castigo, los mártires lo desprecian por la victoria. Dios les amenazó con la muerte para que no pecaran: el enemigo amenazó a los mártires con la muerte para que pecaran. Ellos pecaron para morir: los mártires murieron para no pecar. De donde a ellos se les infligió castigo, de allí a estos se les suscitó gloria.

3. Una cierta lucha de martirio en las tentaciones diarias. Lucharon, pues, y vencieron. Los primeros vencieron: pero no cortaron el puente por el que cruzaron, ni prohibieron nuestro acceso. Está abierto para quien lo desee: ni es deseable la persecución que ellos sufrieron, pero la tentación de la vida humana es diaria. A veces un fiel enferma, y allí está el tentador.

Se le promete un sacrificio ilícito por su salud, un amuleto nocivo y sacrílego, un encantamiento nefando, una consagración mágica, y se le dice: Fulano y mengano estuvieron peor que tú, y así escaparon; hazlo, si quieres vivir; morirás si no lo haces. Mira si no es, Morirás si no niegas a Cristo. Lo que el perseguidor decía abiertamente al mártir, esto te lo dice de manera indirecta el tentador oculto. Hazte este remedio, y vivirás: ¿no es esto, Sacrifica, y vivirás? Si no lo haces, morirás: ¿no es esto, Si no sacrificas, morirás? Has encontrado una lucha similar, busca una palma similar. Estás en la cama, y estás en el estadio; yaces, y luchas. Permanece en la fe; y mientras estás fatigado, vences. Tenéis, pues, amadísimos, no un pequeño consuelo, un lugar para las oraciones. Que el mártir Esteban sea honrado aquí: pero en su honor, sea adorado el coronador de Esteban.

SERMO CCCXIX. Sobre el mártir Esteban, VI.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Qué prudente fue el discurso de Esteban a los judíos. Esteban, como siervo, hace milagros en el nombre de Cristo. Que el Señor me conceda decir pocas cosas con salud, quien concedió a San Esteban decir tantas cosas con valentía. Comenzó a hablar a sus perseguidores como si les temiera: Varones hermanos y padres, escuchad. ¿Qué hay más suave? ¿Qué hay más clemente? Conciliaba al oyente para recomendar al Salvador. Comenzó suavemente para ser escuchado por mucho tiempo. Y porque fue acusado de haber dicho palabras contra Dios y la ley, les expuso la misma ley, para ser predicador de esa ley de la que fue acusado de ser destructor. Esto hemos oído y habéis oído: no son necesarias muchas de nuestras palabras, porque habéis oído mucho. Solo exhorto a vuestra Caridad a edificarse, para que sepáis que San Esteban buscó el honor de Cristo, para que sepáis que el santo Mártir fue testigo de Cristo, para que sepáis que hizo tantos milagros en el nombre de Cristo. Pues sabéis con salud que el santo Esteban hizo milagros en el nombre de Cristo, pero el Señor Cristo no hizo ningún milagro en el nombre de Esteban: para que distingáis al siervo del Señor, al adorador de Dios, al adorador del adorado. Pues cuando distinguís, entonces os ama. No derramó su sangre por sí mismo, sino que la derramó por Cristo.

CAPÍTULO II.

2. Encomienda su espíritu a Cristo. Ved a quién encomendó su alma. He aquí, dice, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios. Vio a Cristo confesando a Cristo, a punto de morir por Cristo, a punto de ir a Cristo; y en los últimos momentos, cuando los golpes de las piedras se hacían más frecuentes, y las duras heridas eran lanzadas por corazones duros, vio que estaba cerca, no de la destrucción, sino de la salida; vio su alma ya a punto de salir, y la encomendó. ¿A quién? A aquel a quien vio, a aquel a quien adoró, a aquel a quien sirvió, a aquel cuyo nombre predicó, a aquel por cuyo Evangelio entregó su alma, a aquel encomendó su misma alma. Señor, dice, Jesús, recibe mi espíritu. Me hiciste vencedor, recíbeme en triunfo. Recibe mi espíritu. Ellos persiguen, tú recibe: ellos expulsan, tú introduce. Di a mi espíritu, Entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV, 21). Esto es, Recibe mi espíritu.

3. ¿A dónde fue recibido su espíritu por Cristo? Pero, ¿a dónde recibió Jesús su espíritu? ¿En qué mansión? ¿En qué cielo de cielos? ¿Quién lo comprende? ¿Quién lo explica?

CAPÍTULO III.

¿Quieres escuchar un resumen? Escucha al mismo Cristo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Estar donde está Cristo, ¿qué pensamiento puede comprenderlo? ¿Qué palabra es suficiente para explicarlo? Que se encomiende a la fe, no se espere de la lengua. Habéis oído, cuando se leía el Evangelio, Donde yo estoy, allí también estará mi ministro (Juan XII, 26). Leed el código griego, y encontraréis diácono. Pues lo que el latín interpretó como Ministro; el griego tiene, Diácono; porque verdaderamente diácono en griego, es ministro en latín: como mártir en griego, es testigo en latín; apóstol en griego, es enviado en latín. Pero ya estamos acostumbrados a usar nombres griegos como latinos. Pues muchos códigos de los Evangelios tienen así, Donde yo estoy, allí también estará mi diácono. Pensad que esto se dijo, porque esto se dijo, Donde yo estoy, allí también estará mi diácono. Por tanto, bien el diácono suyo, Señor Jesús, recibe mi espíritu. Tú prometiste que se leería el Evangelio, prediqué el Evangelio, Donde yo estoy, allí también estará mi diácono. He sido tu diácono, te he servido con mi sangre, he entregado mi alma por ti; devuélveme tu promesa.

CAPÍTULO IV.

4. Por qué ora de rodillas por sus lapidadores. Y por los judíos, por sus lapidadores, por corazones crueles, por almas crueles, ¿cómo oró? Se arrodilló. Tan grande humildad de Esteban, gran culpa de ese pueblo. Por sí mismo rogó de pie, por ellos se arrodilló. ¿Los puso por encima de sí mismo? De ninguna manera: no se debe creer. Amaba a sus enemigos: pero se dijo del prójimo, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XXII, 39). ¿Por qué entonces se arrodilló? Porque sabía que oraba por los malvados; y cuanto más malignos eran, tanto más difícilmente sería escuchado. El Señor, colgado en la cruz, dijo: Padre, perdónalos: Esteban, bajo las piedras, arrodillado, dijo: Señor, no les imputes este pecado (Hech. VII). Siguió las huellas de su pastor, como una buena oveja: el buen cordero siguió al Cordero, cuya sangre quitó el pecado del mundo. Cumplió lo que dijo el apóstol Pedro: Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21).

CAPÍTULO V.

5. Esteban en su pasión imitador de Cristo paciente. Mira al hombre siguiendo las huellas de su Señor. Cristo en la cruz, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu: Esteban bajo las piedras, Señor Jesús, recibe mi espíritu. Cristo en la cruz, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34, 46): Esteban bajo las piedras, Señor Jesús, no les imputes este pecado. ¿Cómo podría este no estar donde estaba aquel a quien siguió, donde estaba aquel a quien imitó?

CAPÍTULO VI.

6. Descubrimiento de su cuerpo. Sus oraciones obtienen mucho, no todo. Triunfó, fue coronado. Su cuerpo permaneció oculto tanto tiempo, salió cuando Dios quiso, iluminó las tierras, hizo tantos milagros, muerto hace vivos a los muertos, porque no está muerto. Por tanto, encomiendo esto a vuestra Caridad, para que sepáis que sus oraciones obtienen mucho, pero no todo. Pues encontramos también en los libritos que se dan, que tuvo dificultades para obtener, y sin embargo recibió después el beneficio, no faltando la fe del suplicante. No se cesó, se oró, y Dios dio después por medio de Esteban. Son palabras del orante Esteban, y se le respondió: Por quien oras no es digna, hizo esto y esto. Y sin embargo insistió, rogó, recibió.

CAPÍTULO VII.

Nos hizo entender, porque en cuyo nombre hacía antes de dejar la carne, en su nombre hacen sus oraciones para que se obtengan beneficios, a quienes sabe que deben ser dados.

7. Esteban nuestro consiervo, no debe ser adorado como Dios. Pero él ora como siervo. Un ángel fue adorado junto con Juan. Los ángeles son tales ante Dios, que si somos buenos, y lo merecemos perfectamente, seremos iguales a los Ángeles: Serán, dijo, iguales a los Ángeles de Dios (Mat. XXII, 30). Un ángel mostraba muchos milagros al santo evangelista Juan; turbado por los milagros, lo adoró. El hombre adoró al ángel; y el ángel al hombre: Levántate, ¿qué haces? Adora a aquel: pues soy consiervo tuyo y de tus hermanos (Apoc. XIX, 10).

CAPÍTULO VIII.

Si tal humildad apareció en el ángel, ¿cuánta creéis que debe haber en el mártir, como la hay? No creamos, pues, que Esteban es soberbio, cuando pensamos que hace lo que hace por su propia virtud. Recibamos beneficios por medio del consiervo, demos honor y gloria al Señor. ¿Qué más os diré y hablaré mucho? Leed los cuatro versos que escribimos en la celda, leed, retened, tened en el corazón. Por eso quisimos escribirlos allí, para que quien quiera lea, cuando quiera lea. Para que todos los retengan, por eso son pocos: para que todos los lean, por eso están escritos públicamente. No es necesario buscar un códice: esa cámara sea vuestro códice. Ciertamente salimos un poco más temprano de lo habitual: pero porque se recitó una larga lectura, y los calores son intensos, el librito de los beneficios de Dios por medio de él, que íbamos a leer hoy, lo pospondremos para el domingo.

SERMO CCCXX. Sobre un hombre sanado por las oraciones de San Esteban. Donde el obispo Agustín se excusa por no haber podido hacer un sermón. Celebrado el mismo día de Pascua.

Solemos escuchar libritos sobre los milagros de Dios por las oraciones del beatísimo mártir Esteban. El librito de este, es su aspecto; por escritura, es conocimiento, por papel, se muestra el rostro. Vosotros que sabéis lo que solíais ver con dolor en él, leed ahora con alegría lo que veis: para que nuestro Señor Dios sea honrado más abundantemente, y lo que está escrito en el librito, se escriba en vuestra memoria. Perdonadme, porque no hago un sermón largo: conocéis mi fatiga. Para que ayer pudiera hacer tanto en ayunas y no desfallecer, para que hoy pueda hablar con vosotros, las oraciones de San Esteban lo han concedido. Convertíos al Señor, etc.

SERMO CCCXXI. Donde prometió el librito del hombre sanado, el lunes de Pascua.

Dijimos ayer, como recuerda vuestra Caridad: El librito de este, es su aspecto. Sin embargo, porque nos indicó algunas cosas que debéis conocer, para mayor admiración y gloria de nuestro Señor, de las memorias de sus santos, de las cuales se dijo, Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15); también es adecuado dar el librito, que contiene todo lo que conocimos de su boca. Pero si el Señor quiere, hoy se preparará, y se os leerá mañana.

SERMO CCCXXII. Donde presentó el librito prometido del hombre sanado, el martes de Pascua.

Ayer prometimos el librito a vuestra Caridad, donde también podréis escuchar sobre aquel sanado, lo que no pudisteis ver. Si, pues, agrada a vuestra Caridad, más bien porque debe

agradar lo que también me agrada, que ambos hermanos estén en vuestra presencia: para que quienes no lo vieron, vean en este lo que aquel padecía. Que estén, pues, ambos, uno a quien se le concedió la gracia, y otro a quien se le debe pedir misericordia. Ejemplar del librito dado por Pablo al obispo Agustín. Ruego, señor beatísimo papa Agustín, que ordenes que este mi librito, que he presentado por tu mandato, sea leído a la santa plebe.

Mientras aún residíamos en nuestra patria, Cesarea de Capadocia, nuestro hermano mayor infligió graves e intolerables injurias a nuestra madre común, al punto de no dudar en levantarle la mano. Todos nosotros, sus hijos, reunidos, soportamos pacientemente, sin dirigirle siquiera una palabra a nuestro hermano en defensa de nuestra madre, preguntándole por qué lo hacía. Sin embargo, ella, incitada por el dolor femenino, decidió castigar al hijo injurioso con maldiciones. Y cuando, después del canto del gallo, se apresuraba al sagrado bautismo para invocar la ira de Dios sobre su hijo, un demonio, en la apariencia de nuestro tío, se le apareció y le preguntó a dónde se dirigía. Ella respondió que iba a maldecir a su hijo por la intolerable afrenta. Entonces, el enemigo, encontrando fácilmente un lugar en el corazón enfurecido de la mujer, la persuadió para que maldijera a todos. Inflamada por los consejos viperinos, se postró ante la fuente sagrada, y con el cabello suelto y los pechos descubiertos, pidió a Dios principalmente que, desterrados de la patria y vagando por tierras extranjeras, aterrorizáramos a toda la humanidad con nuestro ejemplo. Pronto, una eficaz venganza siguió a las plegarias maternas, y el mismo hermano nuestro, mayor en edad y culpa, fue invadido por un temblor de miembros tan grande como el que vuestra Santidad vio en mí hasta hace tres días. Siguiendo el orden de nacimiento, en el transcurso de un año, todos fuimos afligidos por el mismo castigo. Al ver la madre que sus maldiciones habían alcanzado tal eficacia, no pudo soportar más la conciencia de su impiedad y el oprobio de los hombres: así que, atando su cuello con una cuerda, puso fin a su vida en un término aún más funesto. Por lo tanto, todos nosotros, incapaces de soportar nuestra deshonra, abandonamos nuestra patria común y nos dispersamos por diversos lugares. De nosotros, los diez hermanos, el que sigue en orden de nacimiento al primero, mereció la sanidad en la memoria del glorioso mártir Lorenzo, que recientemente fue colocada en Rávena, según hemos oído. Yo, que soy el sexto en orden de nacimiento, con esta hermana mía que me sigue en edad, dondequiera que hubiera lugares sagrados entre las naciones y tierras donde Dios obrara milagros, emprendía el camino con gran amor por la salud deseada. Pero, para no hablar de otros lugares célebres de los santos, también llegué a Ancona, ciudad de Italia, donde el Señor obra muchos milagros a través del gloriosísimo mártir Esteban, en el mismo recorrido. Sin embargo, no pude ser curado en otro lugar porque estaba reservado por la divina predestinación para este lugar. Tampoco omití la ciudad de Uzalis en África, donde se proclama frecuentemente que el bienaventurado mártir Esteban obra grandes cosas. Sin embargo, hace tres meses, es decir, el día de las calendas de enero, tanto mi hermana como yo, aún afligidos por la misma pasión, fuimos advertidos por una visión evidente. Un hombre de aspecto resplandeciente y venerable por su cabello blanco me dijo que dentro de tres meses la salud deseada me sería concedida. A mi hermana, en una visión, vuestra Santidad le apareció en la misma figura en la que te vemos presente, lo que nos indicó que debíamos venir a este lugar. Pues yo también veía a vuestra Beatitud frecuentemente después en otras ciudades en el camino que recorriamos, tal como ahora te contemplo. Advertidos, pues, por una evidente autoridad divina, llegamos a esta ciudad hace casi quince días. Mi pasión es testigo de mis ojos, o mi miserable hermana, que ofrece un ejemplo de mal común para la instrucción de todos: para que quienes ven en ella cómo fui yo, reconozcan en mí cuánto ha obrado el Señor por su Espíritu Santo. Oraba yo diariamente con grandes lágrimas en el lugar donde está la memoria del gloriosísimo mártir Esteban. Pero el domingo de Pascua, como

vieron otros que estaban presentes, mientras oraba con gran llanto sosteniendo las rejas, de repente caí. Alienado de mi sentido, no sé dónde estuve. Poco después me levanté, y no encontré aquel temblor en mi cuerpo. A tan gran beneficio de Dios no ingrato, ofrecí este libelo; en el cual también he expuesto lo que ignorabais de nuestras calamidades, y lo que habéis conocido de mi integridad y salud: para que os dignéis orar por mi hermana, y dar gracias a Dios por mí.

SERMON CCCXXIII. Pronunciado después del libelo sobre San Esteban.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las imprecaciones de los padres sobre los hijos, cuán temibles son. La misericordia de Dios, hermanos, como debe creerse, hará que todos estos hermanos, a quienes una plaga materna de Dios golpeó, lleguen algún día a la salud de la que nos alegramos. Sin embargo, aprendan los hijos a obedecer, teman que los padres se enojen. Está escrito: La bendición del padre afirma la casa de los hijos; la maldición de la madre arranca los cimientos (Ecli. III, 11). Ahora estos no están en los cimientos de su patria: ofrecen espectáculo en todas partes, presentan su castigo; muestran su miseria a los ojos, aterrorizan la soberbia ajena. Aprendan, hijos, lo que dice la Escritura, a rendir el honor debido a los padres. Pero también vosotros, padres, cuando os ofendáis, recordad que sois padres. Oró la madre contra los hijos, fue escuchada; porque Dios es verdaderamente justo, porque verdaderamente había sufrido una injuria. Uno de ellos había proferido palabras injuriosas y levantado la mano; y los demás soportaron pacientemente la injuria de la madre, sin responder una palabra por ella contra el hermano. Dios justo que escuchó al que oraba, escuchó al que sufría. Pero, ¿qué de aquella miserable? ¿No fue más castigada por ser escuchada tan pronto? Aprendan a pedir a Dios aquello en lo que no teman ser escuchados.

CAPÍTULO II.

2. Salud no concedida a dos hermanos en Ancona, para que se les concediera en Hipona. Memoria de Esteban y su ocasión en Ancona antes de la detección de su cuerpo. Nosotros, hermanos, esforcémonos en dar gracias a nuestro Señor Dios por aquel que ha sido sanado; y por aquella que aún está retenida, elevemos nuestras oraciones. Bendigamos a Dios, porque nos consideró dignos de ver esto. ¿Qué somos, para que yo apareciera a estos sin saberlo? Ellos me veían, y yo no lo sabía: y se les advertía que vinieran a esta ciudad. ¿Quién soy yo? Soy un hombre entre muchos, no de los grandes. Y verdaderamente, para que vuestra Caridad lo escuche, me maravillo mucho, y me alegro de que nos haya sido concedido: porque este hombre no pudo ser curado en Ancona; más bien pudo, pero no se hizo por nosotros, porque fácilmente pudo hacerse. Muchos saben cuántos milagros se hacen por el beatísimo mártir Esteban en esta ciudad. Y escuchen lo que deben maravillarse: su memoria era antigua allí, y aún está allí. Pero tal vez digas: Su cuerpo aún no había aparecido, ¿de dónde era la memoria allí? La causa es desconocida: pero lo que la fama nos ha traído, no lo callaré a vuestra Caridad. Cuando fue lapidado el santo Esteban, algunos inocentes, y especialmente de aquellos que ya creían en Cristo, estaban alrededor: se dice que una piedra vino al codo, y de allí fue lanzada ante un hombre religioso. La tomó y la guardó. Era un hombre de los navegantes, la suerte de la navegación lo llevó a la costa de Ancona, y se le reveló que allí debía colocar esa piedra. Obedeció a la revelación, y hizo lo que se le ordenó: desde entonces comenzó a haber allí una memoria de San Esteban, y se rumoraba que el brazo de San Esteban estaba allí, sin que los hombres supieran lo que había sucedido. Pero se entiende que fue revelado allí para que colocara la piedra que fue lanzada del codo del Mártir, porque en griego codo se dice ἄγκών. Pero quienes saben qué milagros se hacen allí, que nos enseñen.

No comenzaron a hacerse esos milagros allí, sino después de que apareció el cuerpo de San Esteban. Allí no fue curado este joven, para que se guardara para nuestros ojos.

3. De los milagros hechos en Uzalis. En Uzalis, donde mi hermano Evodio es obispo, pregunten cuántos milagros se hacen allí, y encontrarán. Pero dejando de lado otros, les indicaré uno que se hizo allí, para que vean cuán grande es la presencia de la majestad.

CAPÍTULO III.

Una mujer perdió repentinamente a su hijo enfermo, a quien no pudo socorrer apresuradamente, en su regazo como catecúmeno: quien clamando, dijo: Mi hijo catecúmeno ha muerto.

4. Clamor del pueblo por la súbita curación de una niña. Y mientras Agustín decía esto, el pueblo comenzó a clamar desde la memoria de San Esteban, ¡Gracias a Dios! ¡Alabanzas a Cristo! En ese clamor continuo, la niña que fue curada fue llevada al ábside. Al verla, el pueblo con alegría y llanto, sin interponer palabras, sino solo con ruido interpuesto, prolongó el clamor por un tiempo: y hecho el silencio, el obispo Agustín dijo: Está escrito en el Salmo: Dije, Proclamaré mi pecado al Señor mi Dios, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón (Sal. XXXI, 5). Dije, Proclamaré: aún no he proclamado: Dije, Proclamaré, y tú perdonaste. Recomendé a esta miserable, más bien ex-miserable, la recomendé a vuestras oraciones. Dispusimos orar, y fuimos escuchados. Que nuestra alegría sea acción de gracias. La madre Iglesia fue escuchada más rápidamente que la madre que maldijo para la perdición. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCCXXIV. Con el que Agustín completa la parte del sermón interrumpido por el milagro.

Milagro hecho en Uzalis. A un niño muerto antes del bautismo se le devolvió la vida para que recibiera los sacramentos. Debe completarse el sermón de ayer, que fue interrumpido por una mayor alegría. Había decidido y comenzado a hablar a vuestra Caridad, por qué me parece que estos hermanos fueron dirigidos por la autoridad divina a esta ciudad, para que aquí se cumpliera en ellos la salud largamente deseada y esperada. Y queriendo decir esto, primero comencé a recomendar a vuestra Caridad los lugares santos, en los que no fueron sanados, y de donde fueron dirigidos a nosotros. Y hablé de la ciudad de Ancona en Italia: comencé a hablar de la ciudad de Uzalis, que está en África (tiene como obispo a mi hermano, a quien conocéis, Evodio); porque también a esa ciudad los habría impulsado la fama del mismo mártir y de sus obras. No se les dio allí lo que se pudo dar, para que se les diera aquí donde debía darse. Pero cuando quería brevemente recordar las obras divinas por el santo Mártir, omitiendo otras, había decidido contar una: que cuando lo decía, con la salud restaurada a esa niña, de repente surgió un tumulto de alegría, y nos obligó a terminar el sermón de otra manera. Por lo tanto, sabemos que tal milagro se hizo allí entre muchos otros, que ciertamente no pueden ser todos recordados. Una mujer perdió en su regazo a su hijo enfermo, un infante lactante catecúmeno. Cuando vio que lo había perdido y que estaba irremediablemente perdido, comenzó a llorarlo más fielmente que como madre. No deseaba la vida de su hijo, sino en el futuro siglo, y lloraba que esto le había sido arrebatado y perdido. Llena de afecto y confianza, lo llevó muerto y corrió a la memoria del bienaventurado mártir Esteban, y comenzó a exigirle a su hijo, y a decir: Santo mártir, ves que no me queda consuelo. No puedo decir que mi hijo me ha precedido, a quien sabes que ha perecido: tú ves por qué lloro. Devuélveme a mi hijo, para que lo tenga ante la vista de tu coronador. Mientras oraba estas y otras cosas, con lágrimas que de algún modo no pedían,

sino que, como dije, exigían, su hijo revivió. Y porque había dicho, Sabes por qué lo busco: Dios quiso mostrar también el verdadero ánimo de ella. Inmediatamente lo llevó a los presbíteros, fue bautizado, santificado, ungido, se le impuso la mano, completados todos los sacramentos, fue asumido. Ella lo acompañó con tal rostro, como si no lo llevara al descanso del sepulcro, sino al seno del mártir Esteban. Se probó el corazón fiel de la mujer. ¿Dónde, pues, Dios hizo tal milagro por su Mártir, no pudo curar allí a estos? Y sin embargo, fueron dirigidos aquí a nosotros. Convertidos al Señor, etc.

SERMON CCCXXV. En el Natalicio de los veinte Mártires.

1. Por qué se instituyeron las solemnidades de los mártires. En el día solemne de los santos Mártires, se debe rendir el debido sermón. Al hablar de la gloria de los mártires, brevemente, la justa causa de los mártires, que nos ayuden las oraciones de los mártires. Esto es lo que debe recordar vuestra Santidad en estas solemnidades, primero para que no pensemos que les conferimos algo a los mártires porque celebramos sus días más solemnes. Ellos no necesitan nuestras festividades, porque en los cielos gozan con los Ángeles: pero se alegran con nosotros, no si los honramos, sino si los imitamos. Aunque también lo que honramos, nos beneficia a nosotros, no a ellos. Pero honrar y no imitar, no es otra cosa que adular falsamente. Por lo tanto, estas festividades fueron instituidas en la Iglesia de Cristo, para que a través de ellas la congregación de los miembros de Cristo sea exhortada a imitar a los mártires de Cristo. Esta es completamente la utilidad de esta festividad, no hay otra. Si se nos propone imitar a Dios, responde la fragilidad humana, que es mucho para ella imitar a aquel a quien no puede compararse. Si luego se nos propone el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo para imitar, quien por eso, siendo Dios, se vistió de carne mortal, para insinuar a los hombres que llevan carne mortal el precepto, y mostrarles el ejemplo; de quien también está escrito: Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21): sin embargo, aquí aún responde la fragilidad humana, ¿Qué tengo yo de semejante con Cristo? Él, aunque carne, sin embargo Verbo hecho carne. Porque el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14): asumió carne, no perdió el Verbo; lo que no era, lo tomó, no lo que era, lo perdió. Porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo (II Cor. V, 19). ¿Qué tengo yo de semejante con Cristo? Para eliminar, pues, todas las excusas de la infidelidad débil, los mártires nos han construido un camino. Porque debía construirse con tablas de piedra, para que camináramos seguros. Ellos lo hicieron con su sangre, con sus confesiones. De hecho, despreciando sus cuerpos, al Cristo que venía a ganar a las naciones, como sentado en aquel jumento, extendieron sus cuerpos como vestiduras (Mat. XXI, 7, 8). ¿Quién es el que se avergüenza de decir, Soy inferior a Dios? Claro que inferior. ¿Soy inferior a Cristo? También inferior al Cristo mortal. Pedro era lo que tú, Pablo era lo que tú, los Apóstoles y Profetas eran lo que tú. Si te da pereza imitar al Señor, imita al consiervo. Ha precedido el ejército de los siervos, se ha eliminado la excusa de los perezosos. Finalmente, aún dice: Soy inferior a Pedro, inferior a Pablo. ¿Eres inferior a la verdad? Se corona la rusticidad, no se excusa la vanidad. Finalmente, ¿eres inferior a los niños? ¿Inferior a las niñas? ¿Inferior a la santa Valeriana? Si aún te da pereza seguir, ¿no quieres adherirte a Victoria? Así nos fue recitada la serie de los veinte santos Mártires. Comenzó con el obispo Fidentio, cerró con la fiel mujer santa Victoria. El inicio en la fe, el fin en la victoria.

2. En los mártires no se atiende a la pena, sino a la causa. Critica a los falsos mártires de los donatistas. Vean, pues, hermanos: celebren así las pasiones de los mártires, para que piensen en imitar a los mártires. Ellos, para que su pena fuera fructuosa, eligieron la causa. Porque atendieron al Señor diciendo, no Bienaventurados los que padecen persecución; sino, Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mat. V, 10). Elige la causa, y no te preocupes por la pena. Pero si no eliges la causa, encontrarás pena aquí y en el

futuro. No te conmuevan los suplicios y penas de los malhechores, sacrílegos, enemigos de la paz, y enemigos de la verdad. Porque ellos no mueren por la verdad: sino que mueren para que la verdad no sea anunciada, no sea predicada, no sea sostenida, no sea amada la unidad, no sea amada la caridad, no sea sostenida la eternidad. ¡Oh causa pésima! por eso la pena es infructuosa. No atiendes, tú que te jactas de la pena, que hubo tres cruces cuando el Señor padeció. Entre dos ladrones padeció el Señor: la pena no distinguía, pero la causa distinguía. Por eso la voz de los mártires está en aquel Salmo: Júzgame, Dios. No teme el juicio: no tiene nada que el fuego consuma en él; donde todo es oro, ¿qué se teme de la llama? Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1). ¿Acaso dijo, Discierne mi pena? Se le diría, Un ladrón sufrió la pena. ¿Acaso dijo, Discierne mi cruz? Allí también fue incluido un adúltero. ¿Acaso dijo, Discierne mi cadena? Allí también fueron atados ladrones. ¿Acaso dijo, Discierne mi herida? También los malvados fueron muertos con hierro. Cuando, pues, vio que todo era común a buenos y malos en las pasiones, exclamó y dijo: Júzgame, Señor, y discierne mi causa de la gente no santa. Si disciernes mi causa, coronas mi paciencia. Estas cosas sean suficientes para vuestra Caridad como exhortación en este lugar santo; porque los días son cortos, y aún nos quedan cosas que hacer con vuestra Caridad en la basílica mayor.

SERMON CCCXXVI. En el Natalicio de los Mártires.

1. Los mártires corrieron rápidamente hacia la felicidad. La solemnidad de los beatísimos mártires nos ha hecho el día más alegre. Nos alegramos porque los mártires han pasado de la tierra del trabajo a la región del descanso: pero esto lo merecieron no bailando, sino orando; no bebiendo, sino ayunando; no peleando, sino soportando. Creo que sus padres se entristecían cuando se iban al martirio: pero ellos se alegraban y decían: Me alegré con los que me dijeron: Iremos a la casa del Señor (Salmo 121, 1). No lloren, padres, no lloren nuestras alegrías. Si no quieren que aquellos a quienes criaron vayan al infierno, deben imitarlos, no impedirlos. Ellos sabían a dónde iban, y los padres incrédulos lloraban sin razón. Pero entonces los padres carnales que amaban a sus hijos lloraban: después, creyendo en Dios, decían: Convertiste mi lamento en alegría para mí, rasgaste mi saco y me ceñiste de alegría (Salmo 29, 12). Ojalá, hermanos, se rompa en nosotros el saco de penitencia y se derrame el precio de la indulgencia. Todos los mártires dejaron aquí las cargas de las ganancias de este siglo, las dejaron aquí, y corrieron como buenos soldados por el camino que lleva a la vida; como está escrito: Como si no tuvieran nada, y poseyéndolo todo (II Cor. 6, 10). Y verdaderamente en la tierra no tenían nada, pero en el cielo poseían la felicidad perpetua. Se apresuraban devotamente al cielo, y corrían seguros por el camino de la vida; y aún estando lejos, extendían las manos hacia la palma. Corran, santos; corran así, para que alcancen. El reino de los cielos sufre violencia, y los que hacen violencia lo arrebatan (Mateo 11, 12). No es estrecho: quienquiera que desee ser bienaventurado, apresúrese al reino de los cielos. No está cerrado para nadie, excepto para quien se excluya a sí mismo. Cristo está preparado para recibir a sus confesores. Él mismo dice desde arriba: Los observo, los ayudaré en la lucha, los coronaré al vencer.

2. Interrogatorios del perseguidor y respuestas de los mártires. Los mártires, aferrándose a esta promesa, consideraron los terrores y amenazas del perseguidor como nada. Pues cuando el perseguidor decía: «Sacrifiquen a los ídolos;» respondían: «No lo hacemos, porque tenemos un Dios eterno en los cielos, a quien siempre sacrificamos; pues no inmolamos a los demonios.» Y el juez: «¿Por qué entonces actúan contra el sagrado precepto?» Respondieron: «Porque el maestro celestial en el Evangelio nos dice: Quien haya dejado padre y madre, y esposa, e hijos, y todo lo que posee, por mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida

eterna» (Mateo 19, 29). Y el juez: «¿Entonces no obedecerán los preceptos de los Emperadores?» Y respondieron: «No.» Y él: «¿Qué autoridad pueden tener, cuando ven que están sujetos al castigo?» Y los mártires dijeron: «Llevamos la autoridad del Rey eterno, por eso no nos importa la autoridad del hombre mortal.» Entonces, enviados a las cárceles, fueron cargados con cadenas. Cuánto dijeron los impíos: ¿Dónde está su Dios? (Salmo 113, 2). Que venga su Dios, en quien creyeron, y los libere de las cárceles, los rescate de la espada, los rescate de las bestias. Decían todas estas cosas, pero no derribaban a los que estaban puestos sobre la roca. Ellos se enfurecían, pero ellos no temían. Sabían dónde los dejaban, y a dónde se apresuraban. Los mártires confesores son coronados, y los jueces desertores quedaron. Así quiere Dios probar a cada cristiano, para que, probado, quiera coronarlo con los mártires.

SERMO CCCXXVII. En el Natalicio de los Mártires.

1. Los mártires se distinguen de los malvados, no por el castigo, sino por la causa. Cantamos a Dios con la voz de los mártires: Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Salmo 42, 1). Es la voz de los mártires. ¿Quién se atrevería a decir: Júzgame, Dios, si no tiene la mejor causa? El alma es tentada con promesas y amenazas, es seducida por placeres, es atormentada por dolores: todo fue vencido por los invictos mártires por Cristo. El mundo que promete fue vencido, el mundo que enfurece fue vencido. No los retuvo el placer, no los aterrizó el tormento. El oro purificado en el horno no teme el fuego del infierno. Por eso, como purificado por el fuego de la tribulación, el beatísimo mártir dice con seguridad: Júzgame, Dios. Todo lo bueno que encuentres en mí, júzgalo. Me diste lo que te agrada; encuéntralo en mí, y júzgame. No me retuvo la dulzura del mundo, no me aparta de ti la tribulación del mundo. Júzgame, y discierne mi causa de la gente no santa. Muchos sufren tribulaciones; tienen el mismo castigo, pero no tienen la misma causa. Muchos males sufren los adúlteros, muchos males sufren los hechiceros, muchos males sufren los ladrones y homicidas, muchos males sufren todos los malvados, muchos males, dice, y yo, tu mártir, sufro: pero discierne mi causa de la gente no santa, de los ladrones, homicidas, de todos los malvados. Pueden sufrir tales cosas como yo, pero no pueden tener tal causa. Yo soy purificado en el horno; ellos se convierten en cenizas. Y los herejes también sufren, y más de sí mismos; y quieren ser llamados mártires. Pero contra ellos cantamos: Discierne mi causa de la gente no santa. No hace mártir el castigo, sino la causa.

2. Los crucificados con el Señor tuvieron un mismo castigo, pero diferente causa. En la pasión del Señor había tres cruces; un mismo castigo, pero diferente causa. A la derecha un ladrón, a la izquierda otro ladrón: en medio el juez, colgando en la cruz entre ambos, como pronunciando desde el tribunal, escuchó a uno decir: Libérate, si eres justo; escuchó al otro, su igual, reprendiéndolo y diciendo: ¿No temes a Dios? Nosotros sufrimos esto por nuestros males; pues este es justo. Tenía una mala causa, y discernía la causa de los mártires. ¿Qué es otra cosa que: Nosotros sufrimos esto por nuestros males; pues este es justo? ¿Quién discerniría la causa de los mártires de la causa de los impíos que sufren castigo? Este, dice, es reconocido como justo; nosotros sufrimos por nosotros, sufrimos por nuestros males. Señor: mira lo que dice a su compañero de castigo. Cristo colgaba igualmente; pero no se desvalorizaba igualmente. El Señor era reconocido por el que colgaba. Era una misma compañía en la cruz; no era un mismo premio. ¿Qué digo? ¿Das premio a Cristo, que es el dador de premios? Señor, dice, acuérdate de mí, cuando vengas en tu reino. Lo veía colgando, lo veía crucificado; y esperaba que reinaría. Acuérdate, dice, de mí, no ahora, sino cuando vengas en tu reino. He hecho muchos males, no espero un descanso rápido: que mis tormentos sean suficientes hasta tu venida. Que ahora sea atormentado; cuando vengas, entonces perdóname. Él se difería; pero Cristo ofrecía el paraíso al que no lo pedía. Acuérdate de mí: pero ¿cuándo? Cuando vengas en tu reino. Y el Señor: En verdad te digo,

hoy estarás conmigo en el paraíso (Lucas 23, 39, 43). Mis discípulos me han dejado, mis discípulos han desesperado de mí; y tú en la cruz me reconociste, no despreciaste al que moría, esperaste al que reinaría: Hoy estarás conmigo en el paraíso. No me aparto de ti. La causa fue discernida; ¿acaso el castigo? Buena es, por tanto, la voz: Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa. Todos los que vivimos en este siglo, trabajemos para tener una buena causa: para que si algo nos sucede en este siglo, salgamos de aquí con buena causa.

SERMO CCCXXVIII. En el Natalicio de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo, al sufrir primero, dio a los mártires la virtud de sufrir. En el Salmo dijimos al Señor nuestro Dios: Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos. Preciosa es la muerte de los santos mártires; porque su precio es la sangre de su Señor. Pues sufrió con su pasión, porque habrían de sufrir después de él. Él precedió, y muchos lo siguieron. Pues el camino era muy áspero; pero lo hizo suave cuando él mismo pasó antes que todos. Por eso los demás no temieron pasar, porque él pasó primero. Pues murió, y aterrorizó a sus discípulos. Resucitó, y les quitó el temor, y les dio amor. Pues cuando Cristo murió, los discípulos temblaron, y pensaron que había perecido. Cuando lo siguieron, ahí vean la gracia de Dios. Entonces el ladrón creyó, cuando los discípulos temblaron. Pues había un ladrón en la cruz con él, y creyó en él de tal manera que dijo: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Lucas 23, 42). ¿Quién lo enseñaba, sino el que colgaba junto a él? Pues estaba fijado a su lado: pero habitaba en su corazón.

2. ¿Cómo son veraces los mártires, si todo hombre es mentiroso? Mártir en griego, Testigo en latín. En este salmo, donde dijimos: Preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos: allí está escrito lo que escucharon: Yo dije en mi éxtasis, Todo hombre es mentiroso (Salmo 115, 15, 11).

CAPÍTULO II.

¿Qué decimos, hermanos? Todo hombre es mentiroso. Entonces, ¿también los mártires fueron mentirosos? Pero si los mártires fueron veraces; ¿cómo es verdad que todo hombre es mentiroso? La Escritura dice: Todo hombre es mentiroso. Si decimos que los mártires fueron veraces; hacemos mentirosa a la Escritura. Pero si la Escritura dijo la verdad, porque todo hombre es mentiroso; entonces los mártires fueron mentirosos. ¿Cómo, entonces, podemos mostrar que tanto la Escritura es veraz como los mártires fueron veraces? ¿Acaso los mártires no fueron hombres? Pero si eran hombres, ¿cómo es verdad que todo hombre es mentiroso? ¿Qué haremos entonces? Trabajaremos para mostrarles que tanto la Escritura es verdadera, y todo hombre es mentiroso; y los mártires fueron veraces, porque murieron por la verdad. Pues son mártires porque sufrieron por la verdad. Mártir es una palabra griega, y en latín se dice Testigo. Si fueron verdaderos testigos, dijeron la verdad; y diciendo la verdad recibieron coronas. Pero si fueron falsos testigos, lo que no sea así, no fueron a coronas, sino a castigos: porque está escrito: El testigo falso no quedará impune (Proverbios 19, 5). Entonces mostremos que ellos fueron veraces. Ya se mostraron a sí mismos, cuando quisieron morir por la verdad. ¿Cómo, entonces, es veraz la Escritura, que dice: Todo hombre es mentiroso? Roguemos a nuestro Señor Jesucristo; y él nos resolverá esta cuestión. ¿De dónde tiene él para resolverla? Del Evangelio, del que hablábamos cuando se les leía.

CAPÍTULO III.

3. Los mártires son veraces, porque en ellos hablaba el Espíritu de Dios. Pues escucharon, cuando se leía el Evangelio, que el Señor Jesús decía a los mártires: Cuando los entreguen, no piensen en lo que hablarán, o lo que dirán, porque se les dará en esa hora lo que hablarán. Pues no son ustedes los que hablan, sino el Espíritu de su Padre, que habla en ustedes (Mateo 10, 19 y 20). Porque si ustedes hablan, dicen mentira: porque todo hombre es mentiroso. Entonces el mismo Señor vio que todo hombre es mentiroso, y dio a los mártires su Espíritu; para que no hablaran ellos, sino su Espíritu: para que no fueran mentirosos, sino veraces. He aquí por qué fueron veraces; porque no hablaban ellos, sino su Espíritu. Y ahora lo que les hablamos, si hablamos de lo nuestro, decimos mentira. Pero si son del Espíritu de Dios, lo que les decimos, por eso son verdaderas. Y ustedes progresen: no quieran hablar de lo suyo, si quieren hablar la verdad; para que no permanezcan hombres mentirosos, sino que sean hijos de Dios veraces.

CAPÍTULO IV.

4. Sufrir por la verdad es de los mártires; por la falsedad, también de los impíos. Se elija una buena causa para la paciencia. Todos los herejes también sufren por la falsedad, no por la verdad: porque mienten contra el mismo Cristo. Todos los paganos, los impíos, cualquier cosa que sufran, sufren por la falsedad. Que nadie, pues, se enorgullezca y se gloríe de su sufrimiento, sino que primero muestre la verdad de su lengua. Tú muestras el castigo, yo busco la causa. Tú dices, He sufrido: yo digo por qué has sufrido. Pues si atendemos solo a los sufrimientos, también los ladrones son coronados. ¿Acaso se atreve a decir aquel: He sufrido tanto y tanto? ¿Por qué? Porque se le dice: Por tus malas acciones; por eso tuviste un mal castigo, porque primero tuviste una mala causa. Si hay que gloriarse del sufrimiento; también el diablo puede gloriarse. Vean cuánto sufre, cuyas templos en todas partes son derribados, cuyas ídolos en todas partes son rotos, cuyas sacerdotes y poseídos en todas partes son golpeados. ¿Acaso puede decir: Y yo soy mártir, porque sufro tanto? Entonces el hombre de Dios primero elija una causa, y seguro acérquese al castigo. Porque si en una buena causa se acerca al castigo, después del castigo recibirá también la corona.

CAPÍTULO V.

5. Certeza del juicio futuro. Resurrección de cada uno con su causa. Castigos más severos de los condenados después de la resurrección. Entonces en memoria eterna será el justo, y no temerá el mal rumor (Salmo 111, 7). Pues viene el juez de todos los vivos y muertos, como leemos en el Evangelio. Y es verdad, porque estas cosas que ahora vemos, no existían cuando se decían que serían futuras. Lo que ven ahora que se predica el nombre de Cristo por todas las naciones, que los hombres se convierten a un solo Dios, que se abandonan los ídolos, que se abandonan los demonios, que se derriban los templos, que se rompen las imágenes; todas estas cosas aún no existían, sin embargo se decían, y ahora se ven. En las mismas Escrituras en las que están escritas estas cosas que ya vemos (pero entonces estaban escritas cuando no se veían, sino que se prometían como futuras), en esas mismas Escrituras leemos lo que aún no ha llegado. Pues aún no ha llegado el día del juicio, aún no ha llegado la resurrección de los muertos, aún no ha llegado el que juzgará, que primero vino a ser juzgado. Juzgado injustamente, juzgará justamente. Diferente en poder, cuando quiere mostrar paciencia. Vendrá, pues, y como prometió que vendría con sus ángeles, así vendrá y aparecerá en gloria a todos incluso a los resucitados.

CAPÍTULO VI.

Pues cada uno resucitará con su causa. Pues tal como ahora cuando muere, es recibido en la cárcel, tal sale al juez. Ahora es necesario que componga su causa, encerrado no puede. Los que tienen buenas causas, son recibidos en el descanso: pero los que tienen malas causas, son recibidos en los castigos. Pero sufrirán mayores castigos cuando resuciten: en comparación con los cuales tales son estos que sufren los hombres malos que han muerto, como son los sueños de los hombres que son atormentados en sueños. Pues sus almas sufren, la carne no sufre. Pero el mayor tormento es si despierto es atormentado.

CAPÍTULO VII.

Entonces cuando todos hayan resucitado, y hayan aparecido ante el juez justo, como él mismo predijo, los separará como el pastor separa las ovejas de los cabritos: pondrá a los cabritos a la izquierda, y a las ovejas a la derecha. Y dirá a los que están a la derecha: Vengan, benditos de mi Padre, reciban el reino que les está preparado desde el principio del mundo. A esta voz se alegran los de la derecha, se alegran los justos. Pero a los que están a la izquierda les dirá: Vayan al fuego eterno con el diablo y sus ángeles (Mateo 25, 32, 33, 34, 41). De este mal rumor el justo no temerá.

6. La bienaventuranza y gloria de los mártires después de la resurrección es mayor. Aún no habiendo recibido sus frutos, los santos mártires son bienaventurados ahora, porque sus almas están con Cristo. Pero lo que se les prepara en la resurrección, ¿quién puede explicarlo con palabras? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que lo aman (I Cor. 2, 9). Si tantos bienes que recibirán los fieles buenos, nadie los explica con palabras; no sin razón se preparan tales premios para aquellos que lucharon hasta la sangre por la verdad. No los sedujo el mundo, no los quebró el terror, no los vencieron los tormentos, no los engañaron las lisonjas. Sus mismos cuerpos tendrán grandes ornamentos, en los que sufrieron grandes tormentos.

SERMO CCCXXIX. En el Natalicio de los Mártires.

1. La muerte preciosa de los mártires comprada con el precio de la muerte de Cristo. Por tan gloriosos hechos de los santos mártires, con los que florece en todas partes la Iglesia, probamos con nuestros propios ojos cuán verdadero es lo que cantamos, porque preciosa a los ojos del Señor es la muerte de sus santos: cuando también a nuestros ojos es preciosa, y a los ojos de aquel por cuyo nombre se hizo. Pero el precio de estas muertes es la muerte de uno. ¿Cuántas muertes compró uno muriendo, que si no muriera, el grano de trigo no se multiplicaría? Escucharon sus palabras cuando se acercaba a la pasión, es decir, cuando se acercaba a nuestra redención: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan 12, 24 y 25). Pues en la cruz hizo un gran comercio; allí se soltó el saco de nuestro precio: cuando su costado fue abierto por la lanza del verdugo, de allí emanó el precio de todo el mundo. Fueron comprados los fieles y los mártires: pero la fe de los mártires fue probada; el testigo es la sangre. Lo que se les dio, lo devolvieron, y cumplieron lo que dice San Juan: Así como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan 3, 16). Y en otro lugar se dice: Cuando te sientes a una gran mesa, considera diligentemente lo que se te ofrece, porque tales cosas debes preparar (Proverbios 23, 1, 2). La mesa es grande, donde las viandas son el mismo señor de la mesa. Nadie alimenta a los comensales de sí mismo: esto lo hace el Señor Cristo; él mismo es el invitador, él mismo es el alimento y la bebida. Los mártires, pues, reconocieron lo que comían y bebían, para devolver tales cosas.

2. Los mártires no son vencedores por sí mismos, sino por la gracia de Dios. Pero, ¿de dónde podrían devolver tales cosas, si Él no les diera de dónde devolver, quien primero ofreció? ¿Qué nos enseña el Salmo donde cantamos: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos"? Allí el hombre consideró cuánto ha recibido de Dios; miró los dones de la gracia del Omnipotente que lo creó, que lo buscó cuando estaba perdido, que le otorgó perdón cuando fue encontrado, que lo ayudó en su lucha con fuerzas débiles, que no lo abandonó en el peligro, que lo coronó cuando venció, que se dio a sí mismo como recompensa: consideró todo esto, y exclamó, y dijo: "¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado?" No quería ser ingrato, quería devolver, pero no tenía qué devolver. No dijo: "¿Qué daré al Señor por todo lo que me ha dado?", sino "por todo lo que me ha devuelto". No dio, sino devolvió. Si devolvió, algo habíamos ofrecido. Claramente ofrecimos nuestras maldades, y Él devolvió sus bondades: devolvió bien por mal, mientras nosotros devolvimos mal por nosotros mismos. Por tanto, busca qué devolver; sufre angustia, no encuentra con qué pagar la deuda: "¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado?" Y como si hubiera encontrado qué devolver, dice: "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor" (Salmo 115, 15, 12, 13). ¿Qué es esto? Ciertamente pensaba en devolver. Aún busca recibir: "Tomaré el cáliz de la salvación". ¿Qué cáliz es este? El cáliz de la pasión, amargo y saludable: el cáliz que, si el médico no lo hubiera bebido primero, el enfermo temería tocar. Este es el cáliz: lo reconocemos en la boca de Cristo diciendo: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mateo 26, 39). Pues también los hijos de Zebedeo, a través de su madre, pidieron lugares elevados, para que uno se sentara a la derecha y otro a la izquierda: a quienes Él dijo: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?" (Mateo 20, 22). ¿Buscáis altura? Se llega al monte por el valle. ¿Buscáis el asiento de la gloria? Primero bebed el cáliz de la humildad. De este mismo cáliz dijeron los mártires: "Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor". ¿No temes desfallecer allí? No, dice. ¿Por qué? Porque "invocaré el nombre del Señor". ¿Cómo vencerían los mártires, si no venciera en ellos aquel que dijo: "Alegraos, porque yo he vencido al mundo" (Juan 16, 33)? El Emperador de los cielos gobernaba su mente y su lengua, y a través de ellos vencía al diablo en la tierra, y en el cielo coronaba a los mártires. ¡Oh, bienaventurados los que bebieron así este cáliz! Terminaron sus dolores y recibieron honores. Por tanto, amadísimos, lo que no podéis ver con los ojos, pensadlo con la mente y el alma, y ved que "preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos".

SERMON CCCXXX. En el Natalicio de los Mártires.

1. Comienzo del sermón. La solemnidad de los bienaventurados mártires y la expectativa de vuestra Santidad exigen de nosotros un sermón. Entendemos que debemos hablar de lo que corresponde a este día. Esto queréis, esto queremos: que lo haga aquel en cuya mano estamos nosotros y nuestros discursos; que conceda la capacidad, quien otorga la voluntad. En esto ardieron los mártires: encendidos por el amor de lo invisible, despreciaron lo visible. ¿Qué amó en sí mismo quien se desprecia a sí mismo para no perderse? Eran templos de Dios, y sentían que el verdadero Dios habitaba en ellos; por eso no adoraban a dioses falsos. Habían oído, habían bebido con ansia, y habían entregado a lo más íntimo de su corazón, y de algún modo se habían incorporado lo que el Señor dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo". Niéguese, dice, a sí mismo, y tome su cruz, y sígame (Mateo 16, 24). De esto quiero hablar, y me aterra vuestra atención, me lo ordena la oración.

2. Cómo debe negarse a sí mismo el discípulo de Cristo. ¿Qué es, os pregunto, "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame"? Entendemos qué es "Tome su cruz"; soporte su tribulación: tomar es llevar, soportar. Pacientemente, dice, acepte todo lo que sufre por mí. Y sígame. ¿A dónde? A donde sabemos que fue después de

la resurrección. Ascendió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre. Allí también nos colocó. Mientras tanto, que la esperanza preceda, para que la realidad siga. Cómo debe preceder la esperanza, lo saben quienes oyen: "Arriba el corazón". Resta, pues, buscar, cuanto el Señor ayuda, y discutir, y entrar con Él abriendo, y encontrar con Él dando, y ofrecer lo que podamos encontrar, qué significa lo que dice: "Niéguese a sí mismo". ¿Cómo se niega a sí mismo quien se ama a sí mismo? Así es, según la razón, pero humana: el hombre me dice: "¿Cómo se niega a sí mismo quien se ama a sí mismo?" Pero Dios dice al hombre: "Niéguese a sí mismo, si se ama a sí mismo". Porque amándose a sí mismo, se pierde a sí mismo: negándose a sí mismo, se encuentra a sí mismo. "Quien ama", dice, "su alma, la perderá" (Juan 12, 25). Ordenó quien sabe qué ordena, porque sabe aconsejar quien sabe instruir, y sabe reparar quien se dignó crear. Quien ama, pierda. Es doloroso perder lo que amas. Pero a veces también el agricultor pierde lo que siembra. Lo saca, lo esparce, lo arroja, lo entierra. ¿Qué te sorprende? Este despreciador y perdedor es un avaro segador. Lo que ha hecho, el invierno y el verano lo han probado; te ha mostrado la alegría del que siega el consejo del que siembra. Por tanto, "quien ama su alma, la perderá". Quien busca fruto en ella, que la siembre. Esto es, pues, negarse a sí mismo, para no perderse amándola perversamente.

3. El amor propio perverso es, en verdad, desprecio de sí mismo. Amor al dinero hasta el desprecio del alma. Nadie hay que no se ame a sí mismo; pero se debe buscar el amor recto, evitar el perverso. Porque quien, dejando a Dios, se ama a sí mismo, y deja a Dios amándose a sí mismo, no permanece ni en sí mismo, sino que sale de sí mismo. Sale exiliado de su propio pecho, despreciando lo interior, amando lo exterior. ¿Qué dije? Todos los que hacen el mal, ¿no desprecian su propia conciencia? Pero quien pone un límite a su iniquidad, es quien se avergüenza de su conciencia. Por tanto, porque despreció a Dios para amarse a sí mismo, amando lo que está fuera de sí, también se despreció a sí mismo. Ved, escuchad al Apóstol dando testimonio de este sentido: "En los últimos tiempos vendrán tiempos peligrosos". ¿Cuáles son los tiempos peligrosos? "Serán los hombres amadores de sí mismos". Este es el principio del mal. Veamos, pues, si permanecen siquiera en sí mismos, amándose a sí mismos; veamos, escuchemos lo que sigue: "Serán", dice, "hombres amadores de sí mismos, amadores del dinero" (2 Timoteo 3, 1, 2). ¿Dónde estás tú que te amabas? Sin duda estás fuera. Te pregunto, ¿acaso eres tú el dinero? Sin duda, quien dejando a Dios se amó a sí mismo, amando el dinero, también se dejó a sí mismo. Primero te dejaste, luego te perdiste. Pues el amor al dinero hizo que te perdieras a ti mismo. Mientes por el dinero: "La boca que miente, mata el alma" (Sabiduría 1, 11). He aquí que buscando el dinero, perdiste tu alma. Saca la balanza de la verdad, no de la codicia: saca la balanza, pero de la verdad, no de la codicia; saca, te lo ruego, y pon en un lado el dinero, en el otro el alma. Ya tú pesas, y por codicia aplicas los dedos fraudulentos; quieres que se hunda la parte que tiene el dinero. Pon, no peses: quieres hacer fraude contra ti; veo lo que haces. Quieres anteponer el dinero a tu alma; mentir por él, perder esta. Pon, que Dios pese; quien no sabe ser engañado, ni engañar, que pese. He aquí que Él pesa; ve al que pesa, escucha al que anuncia: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo?" Es voz divina, es voz del que pesa, ni engaña; del que anuncia, del que advierte. Tú ponías el dinero en un lado, y en el otro el alma; ve dónde pusiste el dinero. ¿Qué responde el que pesa? Tú pusiste el dinero: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?" (Mateo 16, 26). Pero querías pesar el alma con la ganancia: pésala con el mundo. Querías perderla, para que la tierra se adquiriera de ti: esta tiene más peso que el cielo y la tierra. Pero haces esto, porque dejando a Dios, y amándote a ti mismo, saliste de ti; y ya estimas más las cosas exteriores que a ti mismo. Vuelve a ti: pero de nuevo hacia arriba cuando vuelvas a ti, no te quedes en ti. Primero de las cosas que están fuera vuelve a ti, y luego devuélvete a quien te hizo, y te buscó cuando estabas perdido, y te encontró fugitivo, y te convirtió a Él cuando estabas alejado. Vuelve,

pues, a ti, y ve a aquel que te hizo. Imita a aquel hijo menor; porque tal vez eres tú. Hablo al pueblo, no a un solo hombre; y aunque todos puedan oírme, no hablo a uno, sino al género humano. Vuelve, pues, sé aquel hijo menor, que viviendo prodigiosamente su sustancia, dispersa y perdida, tuvo necesidad, cuidó cerdos, fatigado por el hambre respiró, recordó a su padre en su memoria. ¿Y qué dice el Evangelio de él? "Y volviendo en sí mismo". Quien se había dejado a sí mismo, volviendo en sí mismo, veamos si permaneció en sí mismo. Volviendo en sí mismo dijo: "Me levantaré". Por tanto, había caído. "Me levantaré", dice, "e iré a mi padre". He aquí que ya se niega a sí mismo, quien se encontró a sí mismo. ¿Cómo se niega? Escuchad: "Y le diré: Padre, he pecado", dice, "contra el cielo y contra ti". Se niega a sí mismo. "Ya no soy digno de ser llamado tu hijo" (Lucas 15, 11-19). He aquí lo que hicieron los santos mártires. Despreciaron las cosas que estaban fuera; todas las seducciones de este siglo, todos los errores y terrores, todo lo que agradaba, todo lo que aterraba, todo lo despreciaron, todo lo pisotearon. Llegaron a sí mismos, y se miraron; se encontraron en sí mismos, se disgustaron consigo mismos: corrieron hacia aquel que los formara, en quien revivieran, en quien permanecieran, en quien pereciera lo que ellos mismos habían comenzado a ser por sí mismos, y permaneciera lo que en ellos Él había creado. Esto es negarse a sí mismo.

4. El temor de Pedro al oír la futura pasión de Cristo. Negarse a sí mismo, qué. Esto el apóstol Pedro aún no podía comprender, cuando a nuestro Señor Jesucristo, anunciando su pasión, le dijo: "Lejos de ti, Señor, no sucederá esto". Temía que la vida muriera. Ahora, cuando se leía el santo Evangelio, escuchasteis qué respondió el bienaventurado Pedro al Salvador anunciando su pasión por nosotros, y de algún modo prometiéndola. El cautivo contradecía al Redentor. ¿Qué haces, Apóstol? ¿Cómo contradices? ¿Cómo dices: "No sucederá esto"? ¿Entonces el Señor no va a sufrir? El escándalo de la palabra de la cruz: para los que perecen es necedad. Vas a ser redimido, y contradices al mercader. Deja que sufra: sabe lo que hace, sabe por qué vino, sabe cómo buscarte, sabe cómo encontrarte. No enseñes a tu maestro; busca en su costado tu precio. Escucha más bien al que corrige: tú no quieras corregir; es perverso, es al revés. Escucha lo que dice: "Vete detrás de mí". Y porque él dijo, yo digo; no callaré la palabra del Señor, ni hago injuria al Apóstol. El Señor Cristo dice: "Vete detrás de mí, Satanás" (Mateo 16, 22, 23). ¿Por qué Satanás? Porque quieres ir delante de mí. ¿No quieres ser Satanás? Vete detrás de mí. Si vas detrás de mí, me sigues: si me sigues, tomarás tu cruz, y no serás mi consejero, sino mi discípulo. Pues, ¿de qué te espantaste, cuando el Señor anunciaba su muerte? ¿De qué te espantaste, sino porque también tú temiste morir? Temiendo morir, no te negaste a ti mismo, amándote mal, lo negaste a Él. Pero después el bienaventurado apóstol Pedro, después de haber negado tres veces al Señor, borró esa culpa llorando: con el Señor resucitado fue confirmado, edificado, murió por aquel a quien temiendo morir había negado; confesando encontró la muerte, pero encontrando la muerte alcanzó la vida. Y he aquí que ya Pedro no muere; pasó todo temor, no hay más lágrimas para él, todo se ha ido, permanece bienaventurado con Cristo. Pues pisoteó todas las seducciones exteriores, amenazas y terrores: se negó a sí mismo, tomó su cruz, y siguió al Señor. Escucha también al apóstol Pablo negándose a sí mismo: "A mí", dice, "lejos esté gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo" (Gálatas 6, 14). Aún escucha negándose a sí mismo: "Vivo", dice, "no yo". Negación abierta de sí mismo: pero ya sigue la gloriosa confesión de Cristo, "sino que vive en mí Cristo" (Gálatas 2, 20). ¿Qué es, pues, negarse a sí mismo? No vivas tú mismo en ti. ¿Qué es, no vivas tú mismo en ti? Noagas tu voluntad, sino la de aquel que habita en ti.

SERMON CCCXXXI. En el Natalicio de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Amar y perder su alma, se entiende de dos maneras. Aquella trompeta evangélica, cuando el Señor dice: "Quien ama su alma, la perderá; y quien la pierda por mí, la encontrará" (Mateo 10, 39, y Juan 12, 25), encendió a los mártires para la batalla; y vencieron, porque no confiaron en sí mismos, sino en el Señor. "Quien ama su alma, la perderá". Se puede entender de dos maneras lo que se dijo: "Quien ama su alma, la perderá". Si la amas, la pierdes. Y de otro modo: No la ames, para que no la pierdas. El primer modo tiene este sentido: Si la amas, piérdela. Si la amas, pues, si la amas, piérdela. Aquí siémbrela, y en el cielo la cosecharás. El agricultor, si no pierde el trigo en la siembra, no lo ama en la cosecha. El otro modo es así: No la ames, para que no la pierdas. Se creen amar sus almas, quienes temen morir. Si los mártires hubieran amado así sus almas, sin duda las habrían perdido. Pues, ¿de qué serviría retener el alma en esta vida, y perderla en la futura? ¿De qué serviría retener el alma en la tierra, y perderla en el cielo? ¿Y qué es retenerla? ¿Cuánto tiempo retenerla? Lo que retienes, perece de ti: si la pierdes, la encuentras en ti. He aquí que los mártires retuvieron sus almas. ¿Y cómo serían mártires, si siempre las hubieran retenido? Pero he aquí que si las hubieran retenido, ¿acaso habrían vivido hasta hoy? Si negando a Cristo hubieran retenido sus almas en esta vida, ¿no habrían ya pasado de esta vida, y perdido sus almas?

CAPÍTULO II.

Pero porque no negaron a Cristo; pasaron de este mundo al Padre. Buscaron a Cristo, confesando; lo retuvieron, muriendo. Por tanto, con gran ganancia perdieron sus almas; perdiendo el heno: mereciendo la corona: mereciendo, digo, la corona, y teniendo la vida sin fin.

2. No hace mártir la pena, sino la causa. Muriendo por Cristo, no aconsejaron a Cristo, sino a sí mismos. De hecho, se cumplió en ellos lo que el Señor añadió: "Y quien pierda su alma por mí, la encontrará". "Quien pierda", dice, "por mí". Toda la causa está allí. "Quien pierda", no de cualquier manera, no por cualquier causa, sino "por mí". Pues ya los mártires habían dicho en profecía: "Por ti somos muertos todo el día" (Salmo 44, 22). Por tanto, no hace mártir la pena, sino la causa.

CAPÍTULO III.

Cuando el Señor sufrió, tres cruces distinguió la causa. Estaba crucificado entre dos ladrones: a un lado y al otro, malhechores clavados, en medio Él. Y como si aquel madero fuera un tribunal, condenó al que insultaba, coronó al que confesaba. ¿Qué hará juzgando, si esto pudo hacer siendo juzgado? Ya, pues, distinguía las cruces. Pues, si se preguntara por la pena, Cristo era semejante a los ladrones. Pero si alguien pregunta por la cruz, ¿por qué fue crucificado Cristo? Nos responde: "Por vosotros". Digan, pues, también los mártires: "Y nosotros morimos por ti". Él por nosotros, nosotros por Él. Pero Él por nosotros, para conferimos un beneficio: nosotros por Él, no para impartirle un beneficio. Por tanto, en ambos casos se nos ha aconsejado: y lo que mana de Él, viene a nosotros; y lo que se hace por Él, vuelve a nosotros. Pues Él es de quien dice el alma que se alegra en el Señor: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios; porque no necesitas de mis bienes" (Salmo 15, 2). Pues, ¿qué son "mis bienes", sino dados por ti? ¿Y cómo necesita de algún bien, quien da todo bien?

CAPÍTULO IV.

3. Dones de Dios comunes a buenos y malos. Se reserva lo propio para los buenos. Nos dio la naturaleza, para que existiéramos: nos dio el alma, para que viviéramos: nos dio la mente, para que entendiéramos: nos dio alimentos, para que sostuviéramos la vida mortal: nos dio la luz del cielo, las fuentes de la tierra. Pero todos estos son dones comunes a buenos y malos. Si dio esto también a los malos, ¿no reserva nada propio para los buenos? Sí, lo reserva. ¿Y qué es lo que reserva para los buenos? Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Pues lo que subió al corazón del hombre, estaba debajo del corazón del hombre: por eso subió al corazón, porque está por encima de aquel corazón al que subió. Lo que reserva para los buenos, el corazón sube allí. No lo que sube a tu corazón, sino a donde sube tu corazón, eso te reserva Dios. No oigas sordamente: "Arriba el corazón". Lo que, pues, ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre; ojo no vio, porque no es color; oído no oyó, porque no es sonido; ni subió al corazón, porque no es pensamiento terrenal. Así entendamos: "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2, 9).

CAPÍTULO V.

4. Dios mismo será la recompensa de los buenos. Quizás aún me preguntéis qué significa esto. Preguntad a aquel que ha comenzado a habitar en vosotros. Sin embargo, os diré lo que siento al respecto. Vosotros buscáis saber qué guarda Dios exclusivamente para los buenos, si tanto da a malos como a buenos. Y cuando dije, "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre", no faltan quienes digan, "¿Qué crees que es?" He aquí lo que Dios guarda solo para los buenos, a quienes Él mismo ha hecho buenos: he aquí lo que es. Brevemente, nuestro premio ha sido definido por el profeta: "Seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Levítico 26, 12; 2 Corintios 6, 16). Seré su Dios: se ha prometido a sí mismo como nuestra recompensa. Busca otra cosa, si encuentras algo mejor. Si dijera, "Prometió oro", te alegrarías: se prometió a sí mismo, ¿y estás triste? Si el rico no tiene a Dios, ¿qué tiene? No busquéis nada de Dios, sino a Dios mismo. Amad gratuitamente, deseando solo a Él. No temáis la escasez: se da a sí mismo a nosotros, y nos basta. Que se dé a sí mismo a nosotros, y nos baste. Escuchad al apóstol Felipe en el Evangelio: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta" (Juan 14, 8).

CAPÍTULO VI.

5. Mártires avaros de oro. ¿Por qué os maravilláis, hermanos, si los amantes de Dios, los mártires, han soportado tanto para adquirir a Dios? Mirad cuánto sufren los amantes del oro. Se lanzan a las asperezas invernales navegando: tan ardientes están de avaricia, que no temen el frío; son zarandeados por los vientos, suspendidos y hundidos por las olas; son agitados por peligros indecibles hasta la muerte. Que también ellos digan al oro, "Por ti somos muertos todo el día". Que los mártires digan a Cristo, "Por ti somos muertos todo el día". La voz es similar, pero la causa es muy diferente. He aquí que ambos dijeron, estos a Cristo, aquellos al oro, "Por ti somos muertos todo el día". Que Cristo responda a sus mártires, "Si morís por mí, me encontraréis a mí y a vosotros mismos". Que el oro responda a los avaros, "Si naufragáis por mí, os perderéis a vosotros y a mí". Amemos e imitemos; no amemos en vano, sino amemos e imitemos, celebremos los días de los mártires, y mitiguemos estos ardores nuestros con el refrigerio de los gozos. Con ellos reinaremos sin fin, si los amamos fielmente y no en vano.

SERMON CCCXXXII. En el Natalicio de los Mártires.

1. Mártires, amigos de Cristo. Se nos manda amar mutuamente por el reino de Dios. Cuando honramos a los mártires, honramos a los amigos de Cristo. ¿Buscáis qué los hizo amigos de Cristo? El mismo Cristo lo muestra: dice, "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros". Se aman mutuamente quienes ven juntos a los actores, se aman mutuamente quienes se embriagan juntos en las tabernas, se aman mutuamente quienes están unidos por una mala conciencia. Cuando Cristo dijo, "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros", debió distinguir el amor. Lo hizo, escuchad. Cuando dijo, "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros", añadió enseguida "como yo os he amado". Así amaos mutuamente, por el reino de Dios, por la vida eterna. Amad juntos, pero a mí. Os amaríais mutuamente si juntos amarais a un actor: amad más mutuamente, amando juntos a aquel que no puede desagradar, el Salvador.

2. Cuánto se nos manda amar mutuamente. El Señor añadió y enseñó más: como si le dijéramos, "¿Y cómo nos amaste, para que sepamos también cómo debemos amarnos?" Escuchad: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15, 12-13). Así amaos mutuamente, que cada uno ponga su vida por los demás. Esto hicieron los mártires, lo que también dice el evangelista Juan en su Epístola: "Como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos" (1 Juan 3, 16). Os acercáis a la mesa del poderoso: sabéis, fieles, a qué mesa os acercáis: recordad la Escritura que dice, "Cuando te acerques a la mesa del poderoso, sabe que debes preparar tales cosas" (Proverbios 23, 1-2). ¿A qué mesa del poderoso te acercas? Él te ofrece a sí mismo, no una mesa preparada por el arte de los cocineros: Cristo te ofrece su mesa, es decir, a sí mismo. Acércate a esta mesa y saciaos. Sé pobre, y te saciarás. Comerán los pobres, y se saciarán (Salmo 21, 27). Sabe que debes preparar tales cosas. Para entender, atiende a Juan el expositor. Quizás no sabías qué significa, "Cuando te acerques a la mesa del poderoso, sabe que debes preparar tales cosas". Escucha al expositor: "Como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos preparar tales cosas". ¿Qué significa preparar tales cosas? Poner las vidas por los hermanos.

3. La caridad, don de Dios. Para saciarte, te acercaste pobre: ¿de dónde prepararás tales cosas? Pide al mismo que te invitó, para que tengas de dónde alimentarlo. Si Él no te da, no tendrás nada. Pero, ¿ya tienes algo de caridad? No te lo atribuyas: "¿Qué tienes que no hayas recibido?" (1 Corintios 4, 7). ¿Ya tienes algo de caridad? Pide que aumente, pide que se perfeccione, hasta que llegues a esa mesa, que no hay mayor en esta vida. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Te acercaste pobre, te retiras rico: más bien, no te retiras, sino que permaneciendo serás rico. Los mártires recibieron de Él lo que sufrieron por Él: creedlo; lo recibieron de Él. El Padre de familia les dio de dónde alimentarlo. Lo tenemos a Él, pidamos de Él. Y si somos menos dignos de recibir, pidamos por sus amigos, que lo alimentaron con su don. Que ellos oren por nosotros, para que también nos lo conceda. Y para que tengamos más, recibimos del cielo. Escucha a Juan el precursor de Él, "No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo" (Juan 3, 27). Por tanto, lo que tenemos, lo hemos recibido del cielo; y para tener más, lo recibimos del cielo.

4. Fornicadores no entrarán en la ciudad celestial. Esa es la ciudad que desciende del cielo: seamos tales, para entrar en ella. Porque habéis oído qué clase de personas entran, y qué clase no entran. No seáis tales como los que habéis oído que no entrarán: especialmente los fornicadores. Pues cuando la Escritura mencionó a aquellos que no entrarán, también nombró a los homicidas: no os espantasteis. Nombró a los fornicadores (Gálatas 6, 19-21): escuché que golpeasteis vuestros pechos. Yo escuché, yo escuché, yo vi: y lo que no vi en vuestros lechos, lo vi en el sonido, lo vi en vuestros pechos, cuando golpeasteis vuestros pechos. Expulsad de allí el pecado: porque golpear el pecho, y hacer lo mismo, no es otra cosa que

pavimentar los pecados. Hermanos míos, hijos míos, sed castos, amad la castidad, abrazad la castidad, amad la pureza: porque Dios, autor de la pureza, la busca en su templo, que sois vosotros; expulsa lejos del templo a los impuros. Que os basten vuestras esposas, porque queréis bastar a vuestras esposas. No quieres que ella haga algo sin ti: no hagas tú algo sin ella. Tú eres el señor, ella la sierva: Dios hizo a ambos. Sara, dice la Escritura, obedecía a Abraham, llamándolo señor (1 Pedro 3, 6). Es cierto; el obispo firmó estas tablas: vuestras esposas son vuestras siervas, sois señores de vuestras esposas. Pero cuando se trata de ese asunto, donde se distingue el sexo, y ambos sexos se mezclan; "La esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido". Te alegrabas, te erguías, te jactabas. Bien dijo el Apóstol, muy bien dijo el Vaso de elección: "La esposa no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido". Porque yo soy el señor. Lo alabaste: escucha lo que sigue, escucha lo que no quieres, te ruego que quieras. ¿Qué es esto? Escucha: "De igual manera el marido; ese señor; de igual manera el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer" (1 Corintios 7, 4). Escucha esto con gusto. Se te quita el vicio, no el dominio: se prohíben tus adulterios, no se levantan las mujeres. Tú eres hombre, demuestra: porque hombre viene de virtud, o virtud de hombre. ¿Tienes entonces virtud? Vence la lujuria. "El hombre", dice, "es cabeza de la mujer" (1 Corintios 11, 3). Si eres cabeza, conduce, y que ella siga: pero mira a dónde conduces. Eres cabeza, conduce a donde ella siga: pero no vayas a donde no quieres que ella siga. No caigas en el precipicio, mira que camines por el camino recto. Así preparaos para entrar en esa nueva esposa, en esa hermosa, adornada para su esposo, no con joyas, sino con virtudes. Porque si entráis castos, y santos, y buenos, seréis miembros de esa nueva esposa, de la bienaventurada y gloriosa Jerusalén celestial.

SERMON CCCXXXIII. En el Natalicio de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Seguridad dada a los mártires. La paciencia dada por Dios, cómo es nuestra. Nuestro pan, Cristo. Nuestro Señor Jesucristo dio gran seguridad a sus testigos, es decir, a sus mártires, preocupados por la fragilidad humana, no sea que confesándolo y muriendo perecieran, diciendo, "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18). ¿Temes entonces perecer, tú cuyo cabello no perecerá? Si se cuidan así tus cosas superfluas, ¿en cuánta protección está tu alma? No perece el cabello, que cuando se corta, no sientes; ¿y perecerá el alma, por la cual sientes? Ciertamente predijo que sufrirían muchas cosas duras, para que al predecirlo los hiciera más preparados, y dijeran, "Mi corazón está preparado" (Salmo 56, 8). ¿Qué significa "mi corazón está preparado", sino "mi voluntad está preparada"? Por tanto, los mártires tienen la voluntad preparada en el martirio: pero "la voluntad es preparada por el Señor" (Proverbios 8, 35, según la LXX). Sin embargo, después de mencionar esos males duros y ásperos que vendrían, añadió, "Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Lucas 21, 18-19). "Con vuestra paciencia", dice. Pues no sería tu paciencia, si no estuviera también tu voluntad allí. "Con vuestra paciencia": pero, ¿de dónde es nuestra? Lo nuestro es lo que tenemos de nosotros, lo nuestro es también lo que se nos da. Pues si no es nuestro, no se da. ¿Cómo das algo, sino para que sea de aquel a quien lo das? Esa confesión es clara: "¿No se someterá mi alma a Dios? Porque de Él es mi paciencia" (Salmo 61, 6). Él nos dice, "Con vuestra paciencia". Digámosle también nosotros, "De Él es mi paciencia". Lo hizo tuyo al darlo, no seas ingrato asignándotelo. ¿No decimos en la oración del Señor que es nuestro lo que es de Dios? Diariamente decimos, "Nuestro pan de cada día". Ya dijiste, "nuestro"; y dices, "danos" (Mateo 6, 11). He aquí "nuestro", he aquí "danos". Al darlo Él, se hace nuestro. Si al darlo Él se hace nuestro, al enorgullecernos se hace ajeno. Dices, "nuestro"; y dices, "danos". ¿Qué te asignas, lo que no te diste a ti mismo? ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1 Corintios 4, 7). Dices, "nuestro"; y, "danos". Reconoce al dador, confiesa que

recibes, para que Él se digne dar con gusto. ¿Qué si no necesitaras, tú que mendigas y eres orgulloso? ¿No mendigas, tú que pides pan? Nuestro pan eterno, Cristo en la igualdad del Padre; nuestro pan de cada día, Cristo en la carne: eterno sin tiempo, de cada día en el tiempo. Sin embargo, Él es "el pan que descendió del cielo" (Juan 6, 41). Los mártires son fuertes, los mártires son firmes: pero "el pan fortalece el corazón del hombre" (Salmo 104, 15).

CAPÍTULO II.

2. Recompensa debida a Pablo. A él primero, por el castigo debido, se le dio gracia. Escuchemos ahora al apóstol Pablo diciendo, cuando se acercaba a la pasión, presumiendo de la corona preparada para él. "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su manifestación" (2 Timoteo 4, 7-8). "Me dará", dice, "el Señor la corona, el justo juez". Por tanto, debe lo que dará. Por tanto, dará el justo juez. Pues no puede negar la recompensa al ver la obra. ¿Qué obra ve? "He peleado la buena batalla", es obra: "he acabado la carrera", es obra: "he guardado la fe", es obra. "Me está reservada la corona de justicia", es recompensa. Pero en la recompensa no haces nada; en la obra no actúas solo. La corona es de Él; pero la obra es tuya, aunque no sin su ayuda. Pero cuando el apóstol Pablo, antes Saulo, era un perseguidor cruel e inhumano, no merecía nada bueno, más bien merecía mucho mal: merecía ser condenado, no elegido. Y he aquí que de repente, mientras hacía el mal, y merecía el mal, con una sola voz celestial es derribado: el perseguidor es abatido, el predicador es levantado. Escúchalo confesando esto mismo: "Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso; pero alcancé misericordia" (1 Timoteo 1, 13). ¿Acaso dijo allí, "Me dará el justo juez"? "Alcancé misericordia", dice: merecía el mal, recibí el bien. No nos hizo según nuestros pecados. "Alcancé misericordia". No se me devolvieron mis deudas. Pues si se devolvieran las deudas, se devolvería el castigo. No, dice, recibí lo que se debía: "alcancé misericordia". No nos hizo según nuestros pecados.

CAPÍTULO III.

3. Cambio de Pablo. Profecía de Jacob cumplida en Pablo. "Cuanto dista el oriente del occidente, alejó de nosotros nuestras iniquidades" (Salmo 102, 10, 12). Cuanto dista el oriente del occidente: apártate del occidente, conviértete al oriente. He aquí un hombre, Saulo y Pablo: Saulo en el occidente, Pablo en el oriente; perseguidor en el occidente, predicador en el oriente. En el occidente mueren los pecados, de allí surge la justicia. En el occidente viejo, en el oriente nuevo: en el occidente Saulo, en el oriente Pablo. ¿De dónde esto a Saulo, de dónde esto al cruel, de dónde esto al perseguidor, de dónde esto no al pastor? Él mismo era un lobo rapaz, de la tribu de Benjamín. Él dice (Romanos 11, 1). Pero se dijo en la Profecía, "Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá los despojos" (Génesis 49, 27). Primero consumió, después alimentó. Rapiñaba, ciertamente rapiñaba. Leed, rapiñaba: leed el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hechos 9). Había recibido cartas de los sumos sacerdotes, para que a quienes encontrara siguiendo el camino de Cristo, los llevara atados para ser castigados. Iba, se enfurecía, anhelaba matanzas y sangre. He aquí que rapta: pero aún es de mañana, es vanidad bajo el sol. Se le hace tarde, cuando es golpeado con ceguera. Sus ojos se cierran a la vanidad de este mundo, otros interiores se iluminan. El vaso de perdición, se convierte en vaso de elección: y he aquí que se cumple, "Repartirá los despojos": las divisiones de sus despojos se recitan por todas partes. Mira cómo reparte los despojos. Sabe qué conviene a cada uno. Reparte; no distribuye al azar, no dispensa confusamente. Habla sabiduría entre los perfectos (1 Corintios 2, 6): pero a algunos

que no pueden recibir alimento sólido, repartiendo dice, "Os di a beber leche" (1 Corintios 3, 2).

CAPÍTULO IV.

4. Pablo después de la gracia de Dios retribuye buenas obras. He aquí lo que hace, quien poco antes hacía: ¿qué? No quiero recordar: más bien recordaré la maldad del hombre, para aprobar la misericordia de Dios. De quien sufría Cristo, sufre por Cristo: se hace Pablo de Saulo; se hace verdadero testigo de falso. Quien esparcía, recoge: quien atacaba, defiende. ¿De dónde esto a Saulo, lo que decimos? Escuchémoslo a él mismo. ¿Preguntáis, dice, de dónde esto a mí? No es, dice, esto de mí: "Alcancé misericordia". No es, dice, esto a mí de mí: "Alcancé misericordia". ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Pues retribuyó, pero no males por males: retribuyó ciertamente, pero no males por males; retribuyó bienes por males. ¿Qué daré entonces? Tomaré el cáliz de la salvación (Salmo 115, 12-13). ¿Ciertamente retribuías? Recibes: aún recibes. Pero ahora ciertamente, con la pasión cercana, retribuiré bienes por bienes, no bienes por males. Primero, por tanto, el Señor debía males por males: pero no quiso retribuir males por males, sino que retribuyó bienes por males. Retribuyendo bienes por males, encontró cómo retribuir bienes por bienes.

CAPÍTULO V.

5. Buenas obras, dones de Dios. Propio de Pablo, solo lo malo. Pues en Pablo, antes Saulo, no encontró nada bueno. Cuando en él no encontró nada bueno, perdonó los males, retribuyó los bienes. Cuando primero le retribuyó bienes, lo previno: pero al dar bienes con los que retribuir bienes, he aquí que retribuye recompensa a estas buenas obras. Buen combate al que combate, carrera al que consume, fe al que guarda, retribuye bienes; pero ¿qué bienes? Los que Él mismo dio. ¿Acaso no dio Él mismo, para que combatieses el buen combate? Si no lo dio Él mismo, ¿qué es lo que en otro lugar dices, "He trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo" (1 Corintios 15, 10)? He aquí que dices de nuevo, "He acabado la carrera". ¿No dio Él mismo, para que acabaras la carrera? Si no lo dio Él mismo, ¿qué es lo que en otro lugar dices, "No es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Romanos 9, 16)? He guardado la fe. La guardaste: lo reconozco, lo apruebo; lo confieso, la guardaste. Pero, "Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda" (Salmo 126, 1). Por tanto, con la ayuda de Él mismo, y con el don de Él mismo, combatiste el buen combate, acabaste la carrera, guardaste la fe. Perdona, Apóstol, no conozco tus propias cosas, sino las malas. Perdona, Apóstol; decimos, porque tú enseñaste: escucho al que confiesa, no encuentro al ingrato. Ciertamente no conocemos tus cosas preparadas por ti, sino las malas. Por tanto, cuando Dios corona tus méritos, no corona sino sus dones.

CAPÍTULO VI.

6. Contra los que presumen del libre albedrío, se prueba que no hay en nosotros nada bueno, sino de Dios. El espíritu de este mundo hace soberbios. Esta fe y verdadera piedad, para que nadie se ensalce por el libre albedrío en las buenas obras (que quien las recibe, las reciba de tal manera que reconozca al dador, para que no sea ingrato con el dador, no se enorgullezca ante el médico, ni aún enfermo, ni sano por sí mismo): esta, digo, fe y verdadera piedad, que ningún argumento arranque de vuestros corazones. Conservad lo que habéis recibido. ¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Esto es confesar a Dios, decir lo que dice el apóstol Pablo: Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo. El espíritu de este mundo hace

soberbios, el espíritu de este mundo infla, el espíritu de este mundo hace que cada uno piense que es algo, cuando no es nada. Pero contra el espíritu de este mundo, ¿qué dice el Apóstol? Contra el espíritu de este mundo inflado, soberbio, hinchado, altivo, no sólido, ¿qué dice? Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios. ¿De dónde lo pruebas? Para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (I Cor II, 12). Escuchemos, pues, al Señor diciendo: Sin mí no podéis hacer nada (Juan XV, 5). Y aquello: Nadie tiene nada, si no le ha sido dado de arriba (Id. III, 27). Y: Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Id. VI, 44). Y aquello: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí (Id. XV, 5 y 4). Y aquello que el apóstol Santiago declara, diciendo: Todo buen don y todo don perfecto es de arriba, que descende del Padre de las luces (Santiago I, 17). Y lo que el apóstol Pablo, para reprimir la presunción de aquellos que se glorían del libre albedrío, clama y dice: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Y aquello: Por gracia somos salvos mediante la fe, y esto no de nosotros. Es don de Dios, para que nadie se ensalce (Efes. II, 8, 9). Y aquello: A vosotros os ha sido concedido por Cristo, no solo que creáis en él, sino también que sufráis por él. Y aquello: Dios, que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará (Filip. I, 29, 6). Pensando diligente y fielmente en estas cosas y en otras semejantes, no consintamos a aquellos que, ensalzando el libre albedrío en soberbia, intentan precipitar más que elevar. Sino consideremos humildemente aquello que dice el Apóstol: Dios es quien obra en vosotros el querer y el hacer (Id. II, 13).

7. Debemos dar gracias a Dios. Demos gracias al Señor y Salvador nuestro, que sin méritos precedentes nos curó estando heridos, nos reconcilió siendo enemigos, nos redimió de la cautividad, nos trajo de las tinieblas a la luz, nos devolvió de la muerte a la vida: y confesando humildemente nuestra fragilidad, imploramos su misericordia, para que, como dice el Salmista, su misericordia nos ha precedido (Sal. LVIII, 11), se digne no solo conservar en nosotros, sino también aumentar sus dones o beneficios, que él mismo se dignó dar; quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.]

SERMO CCCXXXIV. En el Natalicio de los Mártires.

1. La seguridad de los mártires bajo la protección de Dios. Esta es la voz de todos los buenos fieles cristianos, pero especialmente de los gloriosos mártires: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El mundo rugía contra ellos, los pueblos meditaban vanidades, los príncipes se reunían en uno (Sal. II, 1, 2): se ideaban nuevos tormentos, y una crueldad ingeniosa encontraba penas increíbles. Eran abrumados con oprobios, acusados de crímenes falsos, encerrados en prisiones intolerables, desgarrados con uñas, muertos con hierro, expuestos a las bestias, quemados con fuego, y decían los mártires de Cristo: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Todo el mundo contra vosotros, y decís: ¿Quién contra nosotros? Te responden: ¿Y quién es todo el mundo, cuando morimos por aquel por quien fue hecho el mundo? Que digan, que digan, escuchemos, digamos juntos: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Pueden enfurecerse, pueden maldecir, pueden calumniar, pueden agitar con falsos oprobios, finalmente pueden no solo matar el cuerpo, sino también desgarrarlo; ¿y qué harán? He aquí que Dios es mi ayudador, y el Señor es el sustentador de mi alma (Sal. LIII, 6). Dime, bienaventurado mártir: tu cuerpo es desgarrado, ¿y tú dices que no te importa? Sí, lo dije. ¿Por qué? Dinos por qué. Porque el Señor es el sustentador de mi alma. Mi cuerpo es restaurado por mi alma. ¿Mi cabello no perece, y mi cabeza perece? Mi cabello no perece. Pero tu cuerpo es lacerado por los perros. ¿Y qué me importa? Aunque mi cuerpo sea lacerado por los perros, es resucitado por el Señor. El mundo es el asesino de mi

cuerpo, pero el Señor es el sustentador de mi alma. ¿Y qué me importa, si el Señor es el sustentador de mi alma, que el mundo sea el asesino de mi cuerpo? ¿Qué he perdido? ¿Qué he echado de menos? Cuando el Señor es el sustentador de mi alma, también será el restaurador de mi cuerpo. ¿Qué me faltará, si mi enemigo desgarrá mis miembros, cuando Dios cuenta mis cabellos? Cristo, exhortando a sus mártires a no temer nada de los enemigos perseguidores, dice: Todos vuestros cabellos están contados (Luc. XII, 7). ¿Temeré entonces por la pérdida de mis miembros, cuando he recibido seguridad sobre el número de mis cabellos? Por tanto, digamos, digamos con fe, digamos con esperanza, digamos con ardentísima caridad: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?

2. De dónde estamos seguros y ciertos de la protección de Dios. La muerte de Cristo, prenda de la vida que nos ha sido dada. He aquí que el rey está contra ti, y tú dices: ¿quién contra nosotros? He aquí que todo el pueblo está contra ti, y tú dices: ¿Quién contra nosotros? ¿De dónde pruebas, oh glorioso mártir; de dónde me pruebas lo que dices: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Pues es evidente que si Dios está por vosotros, ¿quién contra vosotros? Pero prueba que Dios está por vosotros. ¿No lo pruebo entonces? He aquí que enseño: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. Lo que sigue, lo escuchasteis cuando se leía el Apóstol. Pues cuando dijo: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? como si se le dijera: Prueba que Dios está por vosotros: inmediatamente presentó un gran testimonio, inmediatamente introdujo al Mártir de los mártires, al Testigo de los testigos; a aquel a quien el Padre no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros: de aquí probó el Apóstol que verdaderamente dijo: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. ¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 31, 32). Cuando con él nos dio todas las cosas, nos dio a él mismo. ¿Acaso me asusta el rugido del mundo, a quien se le ha dado el artífice del mundo? Alegrémonos de que Cristo nos haya sido dado, y no temamos a ningún enemigo de Cristo en este siglo. Pues ved quién nos ha sido dado: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él es Cristo, él es el unigénito Hijo de Dios, él es coeterno con el que lo engendra. Todas las cosas fueron hechas por él. ¿Cómo no nos han sido dadas las cosas que fueron hechas por él, cuando nos ha sido dado él mismo, por quien todas las cosas fueron hechas? Y para que sepáis que él es: El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 3, 14). Desea y anhela la vida de Cristo que te ha sido dada; y hasta que llegues, mantén como prenda la muerte de Cristo. Pues prometiéndonos que viviría con nosotros, no pudo darnos mayor prenda que morir por nosotros. ¿Soporté, dice, vuestros males, y no os devolveré mis bienes? Prometió, hizo una garantía, dio una prenda; ¿y tú dudas en creer? Prometió, cuando aquí caminaba entre los hombres; hizo una garantía, cuando escribió el Evangelio. A su prenda dices cada día, Amén. Recibiste la prenda, cada día se te distribuye. No desesperes, tú que vives de la prenda.

3. Cristo mismo será nuestra posesión futura. ¿Acaso se hace injuria al unigénito Hijo, cuando se dice que nos ha sido dado, como si él mismo fuera a ser nuestra posesión? Claramente él lo será. Pues si alguien hoy te diera una villa amena y fértil, donde te deleite siempre habitar por su amenidad, de donde puedas fácilmente sustentarte por su fertilidad; ¿no abrazarías el don, y darías gracias al dador? En Cristo permaneceremos. ¿Cómo no será nuestra posesión, donde moraremos, y de donde viviremos? Que lo diga también la Escritura, para que no parezca que hemos usurpado algo contra la disciplina de la palabra de Dios con nuestras conjeturas. Escucha lo que le dice alguien que sabía, porque si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Señor, dice, parte de mi heredad (Sal. XV, 5). No dijo: Oh Señor, ¿qué heredad me das? Cualquier cosa que me des, es vil. Sé tú mi heredad, te amo, te

amo todo, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente te amo. ¿Qué será para mí, cualquier cosa que me des aparte de ti? Esto es amar a Dios gratuitamente, esperar de Dios a Dios, apresurarse a ser llenado de Dios, ser saciado de él. Pues él mismo te basta; aparte de él, nada te basta. Esto lo sabía Felipe, cuando decía: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta (Juan XIV, 8). Cuando, pues, será lo que el Apóstol dice al final, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28), para que él mismo sea para nosotros todo lo que aquí sin él deseamos, y por cuyo deseo a menudo pecamos contra él? por todo él mismo será para nosotros, cuando Dios sea todo en todos. Pecas contra Dios para comer, pecas contra Dios para vestirte, pecas contra Dios para vivir, pecas contra Dios para ser honrado. ¿Y cuándo enumeraré todo? No peques contra él por estas cosas. ¿Pecas contra Dios por comida? Dios será tu alimento eterno. ¿Pecas contra Dios por vestido? Dios te vestirá de inmortalidad. ¿Pecas contra Dios por honor? Dios será tu honor. ¿Pecas contra Dios por amor a la vida temporal? Dios será tu vida eterna. No peques contra él por nada. Pues debes amarlo gratuitamente, quien él mismo podrá saciarte por todas las cosas.

SERMO CCCXXXV. En el Natalicio de los Mártires.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Voces de los santos mártires. Los mártires vencieron deleites y dolores. Como es el día de los santos mártires, ¿de qué otra cosa nos deleitaría hablar, sino de su gloria? Que nos ayude el Señor de los mártires, porque él mismo es su corona. Con la voz de los mártires escuchamos hace poco al bienaventurado apóstol Pablo predicando: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Esta es la voz de los mártires: ¿Tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o espada? Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día, somos contados como ovejas de matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por aquel que nos amó (Rom. VIII, 35-37). Esta es la voz de los mártires, soportar todo, y no presumir de sí mismos, amar a aquel que es glorificado en los suyos: para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Conocían también aquello que cantamos hace poco: Alegraos en el Señor, y regocijaos, justos (Sal. XXXI, 11). Si los justos se alegran en el Señor, los injustos no saben alegrarse sino en el mundo. Pero esa es la primera línea que debe ser derrotada: primero deben ser vencidos los deleites, y luego los dolores. ¿Cómo puede superar al mundo que se enfurece, quien no puede superar al que halaga? Este mundo halaga, prometiendo honores, riquezas, placeres: este mundo amenaza, intentando dolores, escasez, humillaciones. Quien no desprecia lo que promete, ¿cómo puede superar lo que amenaza? Las riquezas tienen su deleite: ¿quién no lo sabe? Pero más deleite tiene la justicia. Deleítate en las riquezas con justicia: pero cuando tal tentación ocurra, que estas dos cosas vengan a tentación, riquezas y justicia, y no puedas tener ambas, sino que si extiendes la mano a las riquezas, necesariamente perderás la justicia; si extiendes la mano a la justicia, que perezcan las riquezas: ahora elige, ahora lucha; ahora veamos si no cantaste en vano: Alegraos en el Señor, y regocijaos, justos: ahora veamos si no escuchaste en vano: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Y ciertamente omitió todo lo que el mundo halaga; y quiso recordarte, a quien el mundo halaga. ¿Por qué? Porque preanunciaba las luchas de los mártires, aquellas luchas donde vencieron la persecución, el hambre, la sed, la escasez, la ignominia, finalmente el temor a la muerte y al enemigo más feroz.

CAPÍTULO II.

2. No es la pena, sino la caridad lo que distingue a los mártires. Avaro como mártir del oro. Pero ved, hermanos, porque todo lo hace el arte de Cristo. Nos advierte el Apóstol, para que prefiramos el amor de Cristo al mundo. ¿Cuántas angustias sufren los que quieren arrebatarse

las cosas ajenas? ¿Persecución, dice? Y eso no lo rompe. La avaricia se aterra, el avaro arrebatado y teme la pena, arde en la rapiña. Muchos también sufren hambre, mientras adquieren y hacen ganancias, a quienes les pedimos que ayunen, y se excusan con el estómago. Les sobra tiempo todo el día para contar monedas, y duermen en ayunas. ¿O desnudez, dice? ¿qué diré de la desnudez? Diariamente los comerciantes escapan desnudos del naufragio, y vuelven a navegar al peligro. ¿De dónde diariamente se arriesgan los hombres, sino para adquirir riquezas? Ni la espada lo prohíbe. Es un crimen capital la falsedad, y sin embargo se disminuye la herencia. Si, pues, esto merece la codicia temporal, ¿por qué no merecerá la herencia de Cristo? El avaro dice en su corazón, que tal vez no se atreve en su lengua: ¿Quién nos separará de la codicia del oro? ¿Tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? También pueden decir al oro: Por ti somos muertos todo el día. Muy bien dicen los santos mártires en el Salmo: Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1). Discierne, dice, mi tribulación: también los avaros son atribulados. Discierne mis angustias: también los avaros sufren angustias. Discierne mis persecuciones: también los avaros las sufren. Discierne mi hambre: por adquirir oro también los avaros pasan hambre. Discierne mi desnudez: por el oro también los avaros son despojados. Discierne mi muerte: por el oro también los avaros mueren. ¿Qué es, Discierne mi causa? Por ti somos muertos todo el día. Ellos por el oro, nosotros por ti. Semejante pena, pero causa distinta. Donde la causa es distinta, allí la victoria es segura. Si, pues, miramos la causa, amamos las solemnidades de los mártires. Amemos en ellos, no las pasiones, sino las causas de las pasiones. Pues si amamos solo las pasiones, encontraremos a muchos que sufren peores cosas en malas causas. Pero atendamos a la causa, mirad la cruz de Cristo: allí estaba Cristo, allí estaban también los ladrones. Semejante pena, pero causa distinta. Un ladrón creyó, el otro blasfemó. El Señor, como desde el tribunal entre ambos, juzgó: al que blasfemó, lo condenó al tártaro; al otro lo llevó consigo al paraíso (Luc. XXIII, 39-43). ¿Por qué esto? Porque aunque la pena era igual, la causa era desigual. Elegid, pues, las causas de los mártires, si queréis llegar a las palmas de los mártires.

SERMO CCCXXXVI. En la Dedicación de la Iglesia, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Edificación y dedicación de la casa de Dios en nosotros. Mandamiento nuevo, cántico nuevo. La celebración de esta congregación es la dedicación de la casa de oración. Esta es, pues, la casa de nuestras oraciones, nosotros mismos la casa de Dios. Si nosotros mismos somos la casa de Dios, en este siglo somos edificados, para ser dedicados al final del siglo. El edificio, o mejor dicho, la edificación tiene trabajo, la dedicación exultación. Lo que aquí se hacía, cuando esto se levantaba, es lo que ahora se hace cuando se congregan los creyentes en Cristo. Pues creyendo, como si de bosques y montañas se cortaran maderas y piedras: cuando son catequizados, bautizados, formados, como entre las manos de los artesanos y obreros son labrados, alineados, alisados. Sin embargo, no hacen la casa del Señor, sino cuando se ensamblan con caridad. Estas maderas y piedras, si no se unieran en cierto orden, si no se enlazaran pacíficamente, si no se amaran de algún modo al unirse entre sí; nadie entraría aquí. Por tanto, cuando ves en alguna construcción maderas y piedras bien unidas, entras seguro, no temes la ruina. Queriendo, pues, el Señor Cristo entrar y habitar en nosotros, como edificando decía: Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan XIII, 34). Mandamiento, dice, os doy. Pues erais viejos, no me hacíais casa, yacíais en vuestra ruina. Por tanto, para ser rescatados de la vejez de vuestra ruina, amaos unos a otros. Considere, pues, vuestra Caridad, que esta casa aún se edifica en todo el orbe, como fue predicho y prometido. Pues cuando se edificaba la casa después de la cautividad, como dice otro salmo, se decía: Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra (Sal. XCV, 1). Lo que allí

dijo, cántico nuevo; esto dijo el Señor, mandamiento nuevo. Pues ¿qué tiene el cántico nuevo, sino amor nuevo? Cantar es propio del amante. La voz de este cantor es el fervor del santo amor.

CAPÍTULO II.

2. Amar a Dios por Él mismo, y al prójimo por Dios. Amemos, amemos gratuitamente: pues amamos a Dios, en quien no encontramos nada mejor. Amémosle por Él mismo, y a nosotros en Él, pero por Él. Pues verdaderamente ama al amigo quien ama a Dios en el amigo, ya sea porque está en él, o para que esté en él. Este es el verdadero amor: si nos amamos por otra cosa, más bien nos odiamos que nos amamos. Pues quien ama la iniquidad: ¿qué odia? ¿quizás a su vecino, quizás a su vecina? Tébase, odia su propia alma (Sal. X, 6). Odio del alma, amor de la maldad. Por tanto, contra el odio de la maldad, amor del alma. Los que amáis al Señor, aborreced el mal (Sal. XCVI, 10). Dios es bueno, el mal es lo que amas, y te amas a ti mismo en el mal: ¿cómo amas a Dios, cuando aún amas lo que Dios odia? Pues has oído que Dios nos amó (I Juan IV, 10): y es verdad, nos amó; y si atendemos a cómo nos amó, nos avergonzamos. Pero no nos avergonzamos porque amándonos así, hizo que no fuéramos así. Nos avergonzamos al recordar el pasado, nos alegramos con la esperanza del futuro. ¿Por qué, pues, avergonzarnos ya de lo que fuimos, y no más bien confiar porque hemos sido salvados en esperanza? Finalmente hemos oído, Acercaos a Él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Sal. XXXIII, 6). Si se aleja la luz, vuelves a la confusión. Acercaos a Él, y seréis iluminados. Por tanto, Él es la luz, nosotros sin Él somos tinieblas. Si te alejas de la luz, permanecerás en tus tinieblas: si te acercas, no brillarás por ti mismo, Pues fuisteis en otro tiempo tinieblas, dice el Apóstol a los fieles que fueron infieles: Fuisteis en otro tiempo tinieblas, ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Si, pues, luz en el Señor, tinieblas sin el Señor. Ahora bien, si luz en el Señor, y tinieblas sin el Señor; acercaos a Él, y seréis iluminados.

CAPÍTULO III.

3. La pasión de Cristo predicha en el Salmo de la dedicación. Prestad atención en el Salmo de la dedicación, que acabamos de cantar, de la ruina al edificio. Rasgaste mi saco: esto pertenece a la ruina. ¿Qué, pues, al edificio? Y me ceñiste de alegría. Voz de dedicación, Para que cante mi gloria a Ti, y no me aflija. ¿Quién es el que habla? Reconocedlo en sus palabras. Si lo explico, es oscuro. Por tanto, diré sus palabras, inmediatamente reconoceréis al que habla, para que améis al que os habla. ¿Quién pudo decir, Señor, sacaste mi alma del infierno (Sal. XXIX, 12, 13, 4)? ¿De quién ya fue sacada el alma del infierno, sino de quien se dijo en otro lugar, No dejarás mi alma en el infierno (Sal. XV, 10)? Se propone la dedicación, y se canta la liberación: se celebra el cántico de dedicación de la casa, y se dice, Te ensalzaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí (Sal. XXIX, 2). Prestad atención a los judíos enemigos, que pensaban haber matado a Cristo, haber vencido como a un enemigo, haber perdido como a un hombre similar a los demás y mortal. Resucitó al tercer día, y esta es su voz, Te ensalzaré, Señor, porque me has acogido. Prestad atención al Apóstol diciendo, Por lo cual Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre (Filip. II, 9). Y no alegraste a mis enemigos sobre mí. Ellos ciertamente se alegraban en la muerte de Cristo, pero en su resurrección, ascensión, predicación algunos se compungían. En su predicación, pues, y por la constancia de los Apóstoles en la difusión, algunos se compungían y se convertían, algunos se endurecían y se confundían; sin embargo, ninguno se alegraba. Ahora, cuando se llenan las iglesias, ¿creemos que los judíos se alegran? Las iglesias se edifican, se dedican, se llenan, ¿cómo se alegran ellos? No solo no se alegran, sino

que también se confunden; y se cumple la voz del que exulta, Te ensalzaré, Señor, porque me has acogido, y no alegraste a mis enemigos sobre mí. No alegraste sobre mí: si me creen, los alegrarás en mí.

CAPÍTULO IV.

4. Nuestro precio es la sangre de Cristo. Para no decir mucho, vengamos a lo que alguna vez cantamos. ¿Cómo dice Cristo, Rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría? Su saco era la semejanza de la carne del pecado. No te sea vil, lo que dice, mi saco: allí estaba incluido tu precio. Rasgaste mi saco. Escapamos a este saco. Rasgaste mi saco. En la pasión fue rasgado el saco. ¿Cómo, pues, se dice a Dios Padre, Rasgaste mi saco? ¿Cómo se dice al Padre, quieres oír? Rasgaste mi saco. Porque no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32). Pues hizo a través de los judíos ignorantes, de donde serían redimidos los que saben, y se confundirían los que niegan. No saben, pues, qué bien nos hicieron con su mal. Fue colgado el saco, y como si el impío se alegrara. El perseguidor rasgó el saco con una lanza, y el Redentor derramó nuestro precio. Cante Cristo el redentor, gima Judas el vendedor, avergüéncese el judío comprador. He aquí Judas vendió, el judío compró, hicieron un mal negocio, ambos fueron perjudicados, se perdieron a sí mismos el vendedor y el comprador. Quisisteis ser compradores: ¿cuánto mejor habríais sido redimidos? Aquel vendió, este compró: infeliz comercio; ni este tiene el precio, ni este tiene a Cristo. A este le digo: ¿Dónde está lo que recibiste? A aquel le digo: ¿Dónde está lo que compraste? A este le digo: Donde vendiste, te engañaste. Exulta, cristiano, en el comercio de tus enemigos tú venciste. Lo que aquel vendió y este compró, tú adquiriste.

CAPÍTULO V.

5. Profecía de Cristo cabeza, adaptada a nosotros sus miembros. Diga, pues, nuestra cabeza, diga la cabeza por el cuerpo muerto, por el cuerpo dedicado; diga, escuchemos: Rasgaste mi saco, y me ceñiste de alegría, es decir, rasgaste mi mortalidad, y me ceñiste de inmortalidad e incorruptibilidad. Para que cante mi gloria a Ti, y no me aflija. ¿Qué significa, no me aflija? Ya no me lleve el perseguidor la lanza contra mí, para que me aflija: pues Cristo resucitando de entre los muertos ya no muere, la muerte ya no tendrá dominio sobre Él: porque en cuanto murió, al pecado murió una vez; pero en cuanto vive, vive para Dios. Así también nosotros, dice, considerémonos muertos al pecado, pero vivos para Dios, en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VI, 9-11). Por tanto, en Él cantamos, en Él hemos sido dedicados. Pues donde la cabeza ha precedido, también esperamos seguir los miembros. Pues en esperanza hemos sido salvados: pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Id. VIII, 24 y 25), con paciencia somos edificados. Quizás también está allí nuestra voz, si bien atendemos, si miramos diligentemente, si llevamos un ojo agudo; no como suelen los amantes ciegos de los cuerpos: si, pues, dirigimos el ojo espiritual, en las mismas voces de nuestro Señor Jesucristo también nos encontramos a nosotros mismos. Pues no en vano dijo el Apóstol, Sabiendo que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado (Id. VI, 6). Reconoce allí tu voz: Para que cante mi gloria a Ti, y no me aflija. Pues ahora, mientras llevamos estas cargas del cuerpo mortal, no falta de qué afligirse. Pues si el corazón no se aflige, ¿por qué se golpea el pecho? Cuando, pues, venga también la dedicación de nuestro cuerpo, que precedió en el ejemplo del Señor, entonces no nos afligiremos. Pues la aflicción que tenemos por el pecado, la significó la lanza del perseguidor. Finalmente, porque está escrito, De la mujer vino el principio del pecado, y por ella todos mueren (Ecli. XXV, 33): recordad de qué miembro fue hecha, y ved dónde el Señor fue herido con la lanza. Recordad, digo, recordad nuestra

primera condición: pues no en vano, como dije, Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, para que ya no sirvamos al pecado. Pues Eva, de quien se hizo el principio del pecado, fue tomada, para ser formada, del costado del hombre. Dormido yacía aquel, cuando fue hecho: muerto colgaba este, cuando fue hecho. Son afines el sueño y la muerte, el costado y el costado, fue herido el Señor en el lugar de los pecadores. Pero de aquel costado fue hecha Eva, que nos mortificaría pecando; pero de este costado fue hecha la Iglesia, que nos vivificaría dando a luz.

[CAPÍTULO VI.

6. Nueva dedicación de la Iglesia. Por tanto, mientras atendemos con gusto la nueva construcción de esta santa iglesia, que hoy dedicamos al nombre divino, encontramos que debemos a nuestro Dios la mayor alabanza, y a vuestra Santidad un discurso adecuado sobre la edificación de la casa divina. Entonces nuestro discurso será adecuado, si tiene en sí algo de edificación, que, con Dios edificándoos interiormente, aproveche a la utilidad de vuestras almas. Lo que aquí vemos hecho corporalmente en las paredes, se haga espiritualmente en las mentes; y lo que aquí vemos perfecto en piedras y maderas, se perfeccione en vuestros cuerpos con la gracia de Dios edificando. Principalmente, pues, demos gracias al Señor nuestro Dios, de quien es todo don perfecto, y alabemos su bondad con toda la alegría del corazón, porque para construir esta casa de oración visitó el ánimo de sus fieles, excitó el afecto, proporcionó la ayuda; inspiró a los que aún no querían para que quisieran, ayudó los esfuerzos de la buena voluntad para que hicieran; y por tanto Dios, que obra en sus fieles el querer y el hacer por su buena voluntad (Filip. II, 13), comenzó todo esto, Él mismo lo perfeccionó. Y porque nunca permite que las buenas obras en su presencia sean vanas, dará a sus fieles, a quienes proporcionó el favor de su virtud al obrar, la recompensa digna por tan gran obra. Aún más, deben darse gracias a nuestro Dios. Pues esta Iglesia, que hizo construir para su nombre, también hizo que fuera más honrada con las reliquias de los santos mártires.]

SERMO CCCXXXVII. En la Dedicación de la Iglesia, II.

CAPÍTULO PRIMERO

1. La construcción de la Iglesia debe ser estimada como una buena obra de fe y caridad del que la realiza. La fábrica de la Iglesia celestial. Las buenas obras de los fieles de su sustancia temporal y terrena, cuando se guardan en los tesoros celestiales, la fe lo ve, que tiene el ojo de la piedad en el corazón. Por lo cual también estos edificios, que se construyen para congregar reuniones religiosas, cuando el ojo de la carne los contempla, alaba interiormente lo que ve exteriormente, y recibe con la luz visible lo que se alegra con la verdad invisible. Pues la fe no se ocupa en mirar cuán hermosos son los miembros de esta morada; sino de cuánta belleza del hombre interior proceden estas obras de amor. Retribuya, pues, el Señor a sus fieles que tan piadosa, tan alegremente, tan devotamente realizan estas obras, para que también a ellos mismos los componga en la construcción de su fábrica, hacia donde corren piedras vivas, formadas por la fe, solidificadas por la esperanza, unidas por la caridad. Donde el sabio arquitecto Apóstol puso el fundamento Cristo Jesús (I Cor. III, 10, 11), Él mismo la piedra angular, como también Pedro recuerda de la Escritura profética, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios (I Pedro II, 4). Adhiriéndonos a Él, somos pacificados; apoyándonos en Él, somos fortalecidos. Pues Él es tanto fundamental, porque Él nos gobierna; como angular, porque Él nos une. Él es la roca, sobre la cual el hombre sabio edificando su casa, persevera segurísimo contra todas las tentaciones de este mundo: ni al caer la lluvia se derrumba, ni al inundar el río se subvierte, ni al soplar los vientos se conmueve (Mat. VII, 24, 25). Él es también nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efes. II, 14):

pues en Él ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura (Gál. VI, 15). Pues estos dos como paredes que vienen de diverso, estaban lejos entre sí, hasta que llevados a Él, como a un ángulo, también en Él se unieron entre sí.

CAPÍTULO II.

2. Edificación en el trabajo, dedicación en la alegría. Así como este edificio visible fue hecho para congregarnos corporalmente; así aquel edificio, que nosotros mismos somos, se construye para que Dios habite espiritualmente. Pues el templo de Dios es santo, dice el Apóstol, que sois vosotros. Así como construimos esto con materiales terrenales, así levantemos aquello con costumbres bien compuestas. Pues ahora visitándonos esto, aquello al fin del mundo será dedicado al venir el Señor, cuando esto corruptible nuestro se vista de incorrupción, y esto mortal nuestro se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53): porque conformará el cuerpo de nuestra humildad al cuerpo de su gloria (Filip. III, 21). Ved, pues, qué dice en el Salmo de la dedicación: Convertiste mi luto en alegría para mí; rasgaste mi saco y me ceñiste de alegría: para que cante mi gloria a Ti, y no me aflija (Sal. XXIX, 12, 13). Pues cuando somos edificados, nuestra humildad gime para Él; pero cuando seamos dedicados, nuestra gloria cantará para Él: porque en la edificación hay trabajo, en la dedicación hay alegría. Mientras se cortan piedras de los montes, y maderas de los bosques, mientras se forman, se labran, se ajustan; hay trabajo y cuidado: pero cuando se celebra la dedicación del edificio perfecto, el gozo y la seguridad suceden a los trabajos y cuidados. Así también la edificación espiritual, cuyo habitador será Dios no por un tiempo, sino eternamente; mientras se separan hombres de la vida infiel a la fe, mientras se corta y se elimina todo lo que en ellos no es bueno y es perverso, mientras se hacen uniones aptas, pacíficas y piadosas; ¿cuántas tentaciones se temen, cuántas tribulaciones se soportan? Pero cuando venga el día de la dedicación de la casa eterna, cuando se nos diga, Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mat. XXV, 34); ¿cuál será aquella exultación, cuál será aquella seguridad? Cantará la claridad, y no se afligirá la debilidad. Cuando se muestre a nosotros mismo quien nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros; y quien apareció a los hombres lo que fue hecho en la madre, aparecerá a ellos Dios hacedor lo que era en el Padre: cuando entre en su casa perfecta y adornada, estabilizada en unidad, vestida de inmortalidad, el eterno habitador; llenará todo, brillará en todos, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28).

CAPÍTULO III.

3. Deseo de habitar en la casa de Dios. La casa de Dios son sus mismos habitantes. Esta única visión pidió a Dios alguien; y ese alguien, si queremos, somos nosotros. Por el deseo de esta laboró en su gemido, de aquí lavó cada noche su lecho, y en lágrimas regó su lecho (Sal. VI, 7). Pues por esta fueron sus lágrimas su pan día y noche, mientras se le decía cada día, ¿Dónde está tu Dios? (Sal. XLI, 4). Pues él mismo dice: Una cosa pedí al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la delicia del Señor, y ser protegido en su templo (Sal. XXVI, 4). Él mismo habitador, ellos mismos habitación. Pues quienes habitan en la casa de Dios, ellos mismos son también la casa de Dios: que contempla su delicia, y es protegida en su templo, y es escondida en el escondite de su rostro. Esta esperanza tenemos, la cosa aún no la vemos. Pero si lo que no vemos esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 25), y con paciencia somos edificados.

CAPÍTULO IV.

4. Nuestro fundamento está arriba, no abajo. Ea, pues, hermanos, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 1 y 2). Pues por eso también Cristo nuestro fundamento está puesto allí, para que seamos edificados hacia arriba. Pues así como para construir materiales terrenales, cuyos cuerpos pesados no se dirigen sino hacia abajo, se pone el fundamento en lo bajo: así a nosotros, por el contrario, se nos ha puesto arriba aquella piedra fundamental, para que nos lleve hacia arriba también con el peso de la caridad. Alegrementemente, pues, con temor y temblor trabajad en vuestra propia salvación. Pues Dios es quien obra en vosotros el querer y el hacer por su buena voluntad. Haced todo sin murmuración (Filip. II, 12-14). Y como piedras vivas, sed edificados en el templo de Dios (I Pedro II, 5): y como maderas incorruptibles, haced de vosotros mismos la casa de Dios. Cuadraos, labraos, en trabajos, en necesidades, en vigiliass, en negocios, preparaos para toda buena obra: para que en la vida eterna merezcáis descansar como en la unión de la sociedad de los Ángeles.

CAPÍTULO V.

5. Preparar la morada eterna mediante buenas obras. Pues este lugar ha sido construido temporalmente, ni durará eternamente: así como nuestros mismos cuerpos, por cuya necesidad se hizo mediante obras de misericordia, no son ciertamente eternos, sino temporales y mortales. Pero tenemos una morada de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1): donde también nuestros mismos cuerpos serán celestiales y eternos por la conversión de la resurrección. Y ahora, aunque aún no por la apariencia, como será cara a cara (I Cor. XIII, 12), sin embargo, por la fe Dios habita en nosotros: y a Él así habitando le hacemos morada mediante buenas obras; las cuales obras no son eternas, pero conducen a la vida eterna. De las cuales es también esta obra, por la cual esta basílica ha sido fabricada: pues no realizaremos tales construcciones allí. Ningún lugar allí se construye que vaya a caer, donde ningún habitante que vaya a morir entra. Ahora, sin embargo, sea vuestra buena obra temporal, para que vuestra recompensa sea eterna. Ahora, digo, construid la casa de la fe y la esperanza con amor espiritual en toda buena obra, que entonces no será; porque no habrá ninguna necesidad. Por tanto, echad los fundamentos en vuestros corazones con las advertencias apostólicas y proféticas, extendid vuestra humildad como un pavimento sin tropiezo; fortificad la doctrina salvadora en vuestro corazón con oraciones y sermones como con paredes firmes, iluminadlas con testimonios divinos como con luces, soportad a los débiles como columnas, protegéd a los pobres como techos: para que el Señor nuestro Dios os restituya bienes eternos por los temporales, y os posea eternamente perfectos y dedicados.

SERMO CCCXXXVIII. En la Dedicación de la Iglesia, III. CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las buenas obras hechas en público tienen una doble utilidad. Cuando las buenas obras, incluso las que se hacen por Dios, se muestran a los hombres, cuando las realizan personas buenas y religiosas, no se buscan alabanzas humanas, sino que se proponen como ejemplo a seguir. Hay una doble misericordia que se realiza en la buena obra, corporal y espiritual. A los hambrientos, sedientos, desnudos, peregrinos, se les socorre con misericordia corporal: sin embargo, cuando se muestran, y provocan a otros a la imitación, también se alimentan los espíritus y las mentes. Uno se alimenta con la buena obra, otro con el buen ejemplo: ambos tienen hambre. Aquel quiere recibir de donde alimentarse, este quiere ver lo que debe imitar. Nos advierte sobre esta verdad también la lectura del santo Evangelio, que acaba de ser recitada. A los cristianos que creen en Dios, que obran bien, que esperan la esperanza de la vida eterna por las buenas obras, se les dice: Vosotros sois la luz del mundo. Y a la Iglesia

difundida por todo el mundo se le dice: No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Será, dice, en los últimos tiempos manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes (Isaías II, 2). Él es el monte, que creció de una pequeña piedra, y llenó el mundo entero al crecer (Dan. II, 34, 35). En él se edifica la Iglesia, que no puede ocultarse.

CAPÍTULO II.

2. La lámpara en el candelabro. — Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un celémín, sino sobre el candelabro, para que alumbre a todos los que están en la casa (Mat. V, 15). Bien coincide la lectura, cuando se dedican los candelabros, para que haya quien opere como lámpara puesta en el candelabro. La lámpara es el hombre que obra bien. ¿Qué es el candelabro? Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál. VI, 14). Quien obra según Cristo, y por Cristo, para no gloriarse sino en Cristo, es el candelabro. Que alumbre a todos, que vean lo que deben imitar: que no sean perezosos, ni áridos: que aproveche lo que ven; que no sean ojos que ven, y corazones ciegos.

CAPÍTULO III.

3. Dos preceptos del Señor aparentemente contrarios se concilian. Pero no sea que a alguien le ocurra que el Señor parece mandar ocultar las buenas obras, donde dice: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos (Mat. VI, 1): esta cuestión debe resolverse, para que sepamos cómo obedecer al Señor, y no podamos dejar de obedecerle, cuando le oímos mandar lo contrario. Aquí dice: Que brillen vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras: aquí dice: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos. ¿Queréis saber cómo debe resolverse esta cuestión, y que si no se resuelve, será molesto que quede sin solución? Algunos hombres hacen el bien, y temen ser vistos; y con todo esfuerzo, cuanto pueden, ocultan sus buenas obras. Buscan cuando nadie los vea: entonces dan algo, temiendo ofender aquel precepto donde se dijo: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos. Pero el Señor no mandó ocultar las buenas obras, sino no pensar en la alabanza humana en las buenas obras. Finalmente, cuando dijo: Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres: ¿dónde terminó? Para ser vistos por ellos. Para que lo hagan con el fin de ser vistos por los hombres; busquen este fruto de la buena obra, lleven este fruto: no esperen nada más, no deseen ningún bien superior y celestial. Pero si lo hace solo para ser alabado: esto lo prohibió el Señor. Guardaos de hacer. ¿Cómo? Para ser vistos por ellos. Guardaos de tener este fruto, la visión de los hombres.

CAPÍTULO IV.

4. Se nos prohíbe buscar nuestra alabanza en la buena obra. Pero manda que se vean nuestras obras, y dice: Nadie enciende una lámpara y la pone debajo de un celémín, sino sobre el candelabro, para que alumbre a todos los que están en la casa. Y, Así brillen vuestras obras delante de los hombres, para que vean, dice, vuestras buenas obras. Y no se detuvo allí: sino que añadió, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Id. V, 16). Una cosa es buscar tu alabanza en la buena obra, otra cosa es buscar la alabanza de Dios en la buena obra. Cuando buscas tu alabanza, te quedaste en la visión de los hombres: cuando buscas la alabanza de Dios, adquiriste la gloria eterna. Así pues, hagamos de modo que no seamos vistos por los hombres, es decir, hagamos de modo que no busquemos la visión de los

hombres como recompensa: sino que hagamos de modo que al vernos e imitarnos busquemos la gloria de Dios y reconozcamos que si Él no nos hiciera tales, no seríamos nada.

SERMO CCCXXXIX. En el día de su Ordenación, I.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. El peso de la carga episcopal. Cómo afectaban a Agustín las alabanzas de los hombres. El día de hoy, hermanos, me recuerda pensar con más atención en mi carga. De cuyo peso, aunque deba pensar día y noche, de alguna manera este día aniversario la impone a mis sentidos, de modo que no puedo dejar de pensar en ella. Y cuanto más avanzan los años, o mejor dicho, retroceden, y nos acercan al último día, que sin duda alguna llegará algún día; tanto más aguda es mi reflexión, y más pleno el estímulo, sobre qué tipo de cuenta podré rendir a nuestro Señor Dios por vosotros. Pues esto es lo que diferencia a cada uno de vosotros de nosotros, que vosotros casi solo de vosotros mismos rendiréis cuenta, pero nosotros de nosotros y de todos vosotros. Por eso la carga es mayor: pero bien llevada, adquiere mayor gloria; sin embargo, llevada infielmente precipita a un castigo inmenso. ¿Qué debo hacer hoy principalmente, sino encomendaros mi peligro, para que seáis mi alegría? Mi peligro es, si atiendo a cómo alabáis, y disimulo cómo vivís. Pero Él sabe, bajo cuya mirada hablo, o más bien bajo cuya mirada pienso, que no me deleitan tanto las alabanzas populares, como me estimulan y angustian cómo viven quienes me alaban. No quiero ser alabado por los que viven mal, lo aborrezco, lo detesto: es para mí un dolor, no un placer. Ser alabado por los que viven bien, si digo que no quiero, miento: si digo que quiero, temo ser más ávido de vanidad que de solidez. Entonces, ¿qué diré? Ni quiero completamente, ni no quiero completamente. No quiero completamente, para no ponerme en peligro con la alabanza humana: no quiero completamente, para no ser ingrato con quienes predico.

CAPÍTULO II.

2. Cuánta preocupación por la salvación de los demás se impone al obispo. Mi carga es, como habéis oído, cuando se leía al profeta Ezequiel. Pues no solo el día mismo nos recuerda pensar en esa carga: además, se ha recitado una lectura tal, que nos infunde gran temor, para que pensemos en lo que llevamos; porque si no lleva con nosotros quien la impuso, desfallecemos. He aquí que habéis oído: Tierra, dice, sobre la cual he traído la espada, y ha puesto un explorador para sí, que vea la espada que viene, y diga y anuncie: si al venir la espada calla ese explorador, y la espada que viene mata al pecador; el pecador ciertamente morirá por su iniquidad, pero su sangre la demandaré de la mano del explorador. Pero si ve la espada que viene, y toca la trompeta, y anuncia, y aquel a quien se anuncia no observa; él ciertamente morirá en su iniquidad, pero el explorador habrá salvado su alma. Y tú, hijo de hombre, te he puesto como explorador para los hijos de Israel. Explicó qué quiso decir con espada, explicó qué quiso decir con explorador, explicó qué quiso decir con muerte. No nos permitió excusar nuestra negligencia en la oscuridad de la lectura. Te he puesto, dice, como explorador. Si digo al pecador, Morirás, y tú callas, y él muere en su pecado; él ciertamente morirá en su pecado digna y justamente, pero su sangre la demandaré de tu mano. Pero si tú dices al pecador, Morirás, y él no se observa; él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma (Ezequiel XXXIII, 2-9).

CAPÍTULO III.

3. Exhorta a los suyos a que, viviendo bien, le alivien. Aliviad, pues, hermanos, aliviad mi carga, y llevadla conmigo. Vivid bien. Se acerca el nacimiento del Señor, tenemos que

alimentar a nuestros compañeros pobres, y con ellos compartir la humanidad. Pero para vosotros mis palabras son mis manjares: no puedo alimentar a todos con pan tangible y visible. De donde me alimento, de allí os alimento. Soy ministro, no soy el padre de familia. De allí os sirvo, de donde yo también vivo. Del tesoro del Señor, de los banquetes de aquel padre de familia, que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza nos enriqueciera (II Cor. VIII, 9). Si os pusiera pan, al partir el pan tomaríais cada uno un trozo: aunque yo pusiera mucho, muy poco llegaría a cada uno. Pero ahora lo que digo, todos lo tienen todo, y cada uno lo tiene todo. ¿Acaso habéis dividido entre vosotros las sílabas de mi palabra? ¿Acaso habéis tomado cada uno las palabras del discurso pronunciado? Cada uno de vosotros ha escuchado todo: pero vea cómo ha escuchado; porque soy dispensador, no cobrador.

4. El Evangelio le aterra, no sea que, dejando la carga episcopal, elija una vida más segura. Es del siervo dispensar; del Señor, exigir cuentas. Si no dispenso, y guardo el dinero, el Evangelio me aterra. Pues podría decir: ¿Qué me importa ser tedioso para los hombres, decir a los inicuos, No obréis inicuamente, obrad así, dejad de obrar así? ¿Qué me importa ser una carga para los hombres? He recibido cómo vivir, cómo he sido instruido, cómo he sido mandado, asignaré cómo he recibido: ¿por qué he de rendir cuentas de los demás? El Evangelio me aterra. Pues a esa seguridad ociosísima nadie me vencería. Nada es mejor, nada más dulce, que escudriñar lo divino, sin que nadie haga ruido, el tesoro: es dulce, es bueno. Predicar, reprender, corregir, edificar, preocuparse por cada uno es una gran carga, un gran peso, un gran trabajo. ¿Quién no huiría de ese trabajo?

CAPÍTULO IV.

Pero el Evangelio aterra. Salió un siervo, y dijo a su señor: Sabía que eres un hombre severo, que cosechas donde no sembraste; guardé tu dinero, no quise dispensarlo, toma lo que es tuyo. Si falta algo, indícalo; si está íntegro, no me molestes. Pero él dijo: Siervo malo, te condenaré por tus propias palabras. ¿Por qué esto? Porque dijiste que soy avaro; ¿por qué descuidaste mis ganancias? Pero temí darlo para no perderlo: eso dices. A menudo se dice: ¿Por qué corriges? Se pierde lo que dices, no te escucha. Y yo, dice él, no quise darlo para no perder tu dinero. Yo, viniendo, lo exigiría con intereses (Luc. XIX, 21-23). Te había puesto como dispensador, no como cobrador. Tú ejercerías la dispensación, me dejarías a mí la cobranza. Así pues, temiendo esto, cada uno vea cómo recibe. Si yo, dispensando, temo, ¿quién que recibe debe estar seguro?

CAPÍTULO V.

5. Exhorta a cambiar la vida para mejor. Los hombres no se preocupan de tener una buena vida. Quien fue malo ayer, sea bueno hoy. Esta es mi dispensación. Quien fue malo ayer, sea bueno hoy. Fue malo ayer, y no ha muerto. Si hubiera muerto, y hubiera sido malo, habría ido donde no volvería. Fue malo ayer, vive hoy: que le aproveche vivir, que no viva mal. ¿Por qué, pues, quiere añadir al día de ayer el mal de hoy? Quieres tener una vida larga; ¿no quieres tener una buena? ¿Quién soporta un mal almuerzo largo? ¿Hasta tal punto la ceguera de la mente se ha endurecido, hasta tal punto el hombre interior es sordo, que quiere tener todo bueno excepto a sí mismo? ¿Quieres tener una finca? Niego que quieras tener una mala finca. ¿Quieres tener esposa? No quieres sino buena: casa sino buena. ¿Por qué he de recorrer cada cosa? No quieres tener un mal zapato, ¿y quieres tener una mala vida? Como si te dañara más un mal zapato que una mala vida. Cuando un zapato malo y apretado te daña, te sientas, te descalzas, lo tiras, o lo corriges, o lo cambias, para no lastimarte el dedo; y te calzas. La vida mala es, por la cual pierdes el alma. Pero claramente veo de dónde te engañas.

El zapato que daña causa dolor, la vida que daña causa placer: aquello duele, esto agrada. Pero lo que agrada por un tiempo, después duele peor. Pero lo que duele por un tiempo saludablemente, después con infinita alegría y abundante gozo regocija; según lo que está escrito, Los que siembran con lágrimas, cosecharán con gozo (Sal. CXXV, 5); y aquello, Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5).

6. Conclusión. Así pues, atendiendo diligentemente a esto, pensemos en lo que está escrito sobre la lujuria y el placer: Por un tiempo, dice, endulza la garganta, después se encuentra más amarga que la hiel (Prov. V, 3 y 4). Y porque nuestra vida en este mundo se reconoce como un camino, nos conviene llegar del trabajo al descanso, más que del descanso al trabajo: y es mejor para nosotros trabajar por un breve tiempo en el camino, para que después en la patria podamos llegar felizmente al gozo eterno; por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre, etc.

SERMO CCCXL. En el día de su ordenación, II.

1. La carga episcopal. Necesita la ayuda de Cristo para ser llevada. El amor gratuito de Dios no quita la esperanza de recompensa. Siempre, desde que esta carga, de la cual es difícil rendir cuentas, fue impuesta sobre mis hombros, la preocupación por mi honor me inquieta: sin embargo, mucho más me conmueve esta consideración, cuando su día aniversario renovando su memoria pasada, me la pone ante los ojos, de modo que lo que ya antes asumí, lo sostengo como si hoy estuviera a punto de asumirlo. Pero, ¿qué se teme en este cargo, sino que nos deleite más lo que es peligroso en nuestro honor, que lo que es fructuoso en vuestra salvación? Ayudadme, pues, con vuestras oraciones, para que se digne llevar su carga conmigo. Cuando oráis, también oráis por vosotros. Pues esta carga mía, de la que ahora hablo, ¿qué otra cosa es sino vosotros? Orad verdaderamente por mí, como oro, para que no seáis pesados. Pues el Señor Jesús no diría que la carga es ligera, si no la llevara con el que la lleva. Pero también vosotros sostenedme, para que según el precepto apostólico, llevemos mutuamente nuestras cargas y así cumplamos la ley de Cristo (Gál. VI, 2). Si Él no lleva con nosotros, sucumbimos; si no nos lleva, caemos. Donde me aterra lo que soy para vosotros; allí me consuela lo que soy con vosotros. Pues soy obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros. Aquello es el nombre del cargo asumido, esto de la gracia; aquello es de peligro, esto de salvación. Finalmente, como en un gran mar somos sacudidos por la tempestad de aquella acción: pero recordando por cuya sangre fuimos redimidos, como un puerto de seguridad entramos en la tranquilidad de esta reflexión; y en este oficio propio trabajamos, en el beneficio común descansamos. Si, pues, me deleita más lo que soy con vosotros, que lo que soy para vosotros; entonces, como el Señor manda, seré más abundantemente vuestro siervo, para no ser ingrato al precio, por el cual merecí ser vuestro consiervo. Pues debo amar al Redentor: y sé lo que dijo a Pedro, Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas (Juan XXI, 17). Esto una vez, esto dos veces, esto tres veces. Se interrogaba el amor, y se imponía el trabajo: porque donde hay mayor amor, hay menor trabajo. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado (Sal. CXV, 12)? Si digo que esto lo doy porque apaciento sus ovejas; también esto lo hago, no yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). ¿Dónde, pues, seré encontrado como retribuidor, cuando en todas partes soy prevenido? Y sin embargo, porque amamos gratuitamente, porque apacentamos las ovejas, buscamos recompensa. ¿Cómo se hará esto? ¿Cómo se concilia, Amo gratis para apacientar; y, Pido recompensa porque apaciento? De ningún modo se haría esto, de ningún modo se buscaría recompensa de aquel que se ama gratuitamente, si no fuera recompensa aquel que se ama. Pues si esto retribuimos por habernos redimido, porque apacentamos sus ovejas; por eso mismo, ¿qué retribuiremos, por habernos hecho pastores? Pues los malos pastores, que de nosotros se aleje, somos por nuestra maldad: los buenos, que de Él nos venga, no podemos

ser sino por su gracia. Por lo cual también vosotros, hermanos míos, os rogamos, no recibáis en vano la gracia de Dios (II Cor. VI, 1). Haced fructuoso nuestro ministerio. Sois la agricultura de Dios (I Cor. III, 9). Recibid externamente al plantador y al regador; internamente al dador del crecimiento. Deben ser corregidos los inquietos, consolados los pusilánimes, sostenidos los débiles, reprendidos los que contradicen, evitados los que acechan, enseñados los ignorantes, despertados los perezosos, contenidos los contenciosos, reprimidos los soberbios, pacificados los litigantes, ayudados los pobres, liberados los oprimidos, aprobados los buenos, tolerados los malos, amados todos. En esta tan grande, y tan múltiple y variada acción de diversas cosas, ayudadnos tanto orando como obedeciendo; para que nos deleite no tanto presidir sobre vosotros, como ser útiles para vosotros.

2. El obispo debe orar por los fieles, y los fieles por el obispo. Pues así como es conveniente para vosotros que nos esforcemos en orar a la misericordia de Dios por vuestra salvación, así también os corresponde a vosotros elevar plegarias al Señor por nosotros. No juzguemos esto como algo inapropiado, ya que sabemos que el Apóstol lo hizo. Pues deseaba tanto ser recomendado a Dios mediante oraciones, que él mismo suplicaba a todo el pueblo diciendo: Orad también por nosotros (Colosenses IV, 3), etc. Y por eso debemos hablar de tal manera que nos podamos exhortar a nosotros mismos y también instruir a vosotros. Pues así como nosotros debemos reflexionar con gran temor y preocupación sobre cómo podemos cumplir el oficio del pontificado sin reproche, así también debéis observar que en todo lo que se os mande, procuréis tener una obediencia humilde. Oremos, pues, juntos, amadísimos, para que mi episcopado sea provechoso para mí y para vosotros. Me será provechoso a mí si digo lo que debe hacerse; a vosotros, si hacéis lo que habéis escuchado. Pues si tanto nosotros por vosotros, como vosotros por nosotros, oramos incesantemente con perfecto amor de caridad, llegaremos felizmente a la eterna bienaventuranza, con la ayuda del Señor.